



85

47

CCIÓN

CEBADA

SERMONES

4

BV4247

M6

V. 4

C. 1

135912

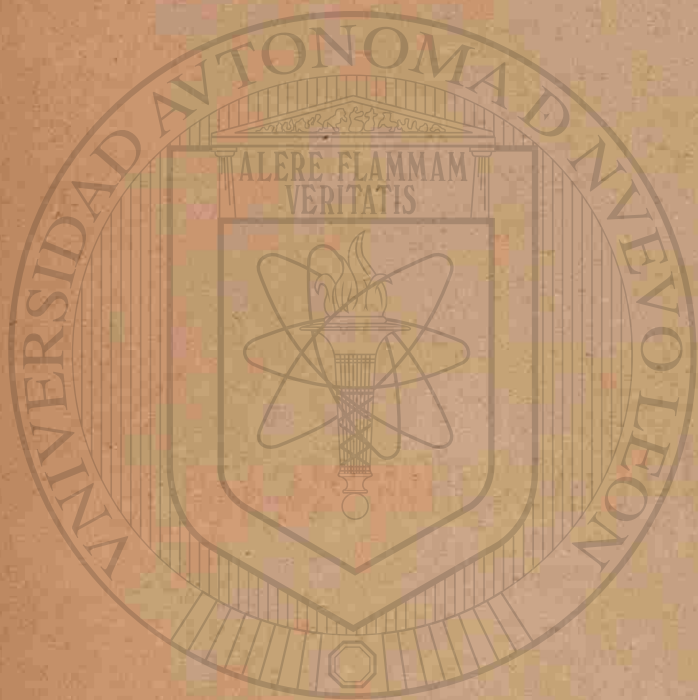




1080042739



Vol 2 - 6 # 40



# UANL

BIBLIOTECA PREDICABLE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







BIBLIOTECA PREDICABLE

ó sea

COLECCION DE SERMONES

PANEGÍRICOS, DOGMÁTICOS, MORALES  
Y PLÁTICAS PARA TODOS LOS DOMINGOS DEL AÑO  
Y PARA LA SANTA CUARESMA

FOR

**D. EMILIO MORENO CEBADA,**

PRISBÍTERO, PREDICADOR DE S. M. LA REINA NUESTRA SEÑORA (Q. D. G.) Y DEL  
ARZOBISPADO DE TOLEDO, EXAMINADOR SINODAL DE LA DIÓCESIS DE JAEN, AUTOR Y  
TRADUCTOR DE VARIAS OBRAS RELIGIOSAS.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO IV. 252

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID.

IMPRENTA DE LUIS BELTRAN, EDITOR DE LA BIBLIOTECA,  
calle del Sacramento, núm. 10.

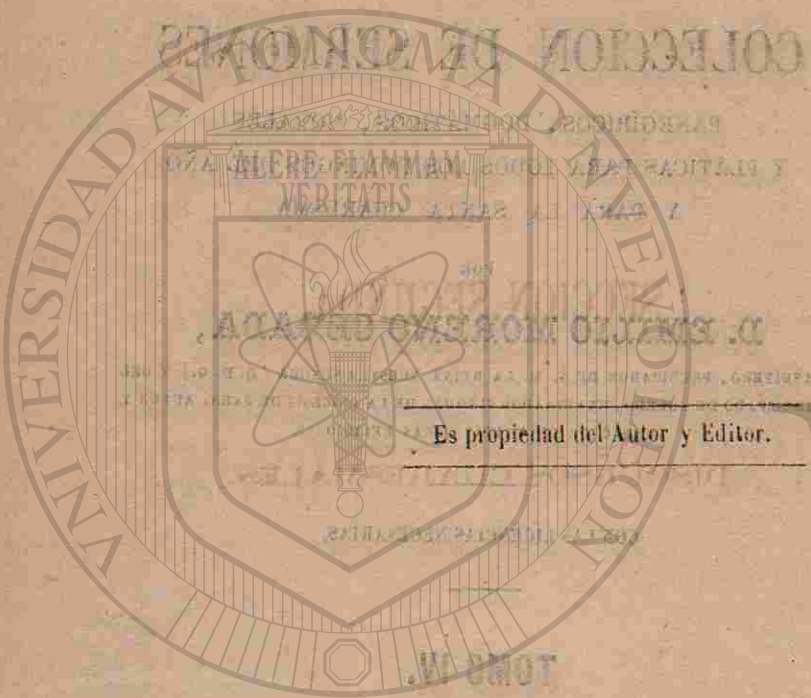
1864.



13213

B 14247  
M 6  
V. 4

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



Es propiedad del Autor y Editor.

SECCION SEGUNDA.

DISCURSOS CUARESMALES.

JUAN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135912

1917





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DISCURSOS CUARESMALES.

### SERMON

#### PARA EL MIERCOLES DE CENIZA.

**El pensamiento de la muerte es utilísimo y de felices resultados para convertirnos á Dios.**

*Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Acuérdate, hombre, que eres polvo, y que en polvo te convertirás.

*Ecclesia in ceremonia hujus diei.*

Monarcas de la tierra que dais leyes á las naciones y sois aclamados y respetados de multitud de vasallos, y á quienes tal vez la magestad y grandeza de que os hallais rodeados, os hace olvidar vuestro origen y el fin que os espera; hombres de la alta sociedad, grandes del mundo que halagados por la fortuna y creyendo que vuestra grandeza ha de ser eterna, pasais los dias de vuestra vida en festines y banquetes, en goces y placeres; pobres infelices, los que os habeis mecido en humilde cuna, ó á quienes



la inconstancia de las cosas del mundo ha privado de los bienes que antes poseiais; guerreros ilustres de quienes mañana se ocupará la historia, refiriendo los laureles que adornan vuestras frentes y que adquiristeis en cien batallas; mujeres del gran mundo, que olvidadas de la piedad que es inherente á vuestro sexo, vivís engreidas en vanidad, os adornais con un lujo escandaloso, que no puede menos de insultar á la pobreza; ministros del Altísimo, destinados por vuestro estado á dirigir al mundo por la senda que conduce al cielo; hombres y mujeres, ricos y pobres, grandes y pequeños; personas de toda edad, sexo y condiciones, ¿habeis presenciado la ceremonia que se acaba de efectuar ante ese altar santo? ¿Habeis escuchado con atencion las palabras que os ha dirigido la Iglesia, nuestra mejor madre y nuestra mas sincera amiga? Pues ella ha dirigido su voz á cada uno de nosotros, y al abrir la santa Cuaresma, al dar principio á estos dias de salud y tiempo aceptable, nos acaba de decir: sujetad vuestras pasiones; no pequeis; no os dejeis alucinar por los encantos y atractivos del mundo seductor, y acordaos que sois polvo y que en polvo os habeis de convertir.

*Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*  
 ¡La muerte!... ¡ah! que ella es la que pone término á todas las cosas del mundo; ella entra á recoger víctimas, lo mismo bajo la dorada techumbre de los palacios de los reyes, que en la mísera cabaña del pastor; y ora se presenta pausadamente arrebatando al hombre despues de una larga y penosa enfermedad, ora de improviso ejerce su fatal destino en medio de un banquete, entre la confusion de las gentes, en el lugar santificado por la reli-

gion, ó allí donde reunidas algunas personas se llevan á cabo criminales proyectos. ¡Qué es esto, Dios de mi corazon! ¿No habrá en la tierra lugar alguno donde el hombre pueda librarse de tal tributo? ¿No habrá?... ¡Pero qué digo! Solo Vos sois eterno: todo lo demas tiene fin; lo que tiene vida ha de perderla; cumplirse ha la sentencia del Paraiso. Empero no nos quejemos, al ver que hasta vuestro Santísimo Hijo que tomó nuestra carne murió.

Yo no puedo menos, hermanos míos, de bendecir continuamente á nuestro Dios y alabar sus misericordias, al comprender que en la Iglesia nos ha dado una Madre tan caritativa y tan solícita por nuestra salvacion: ella mira con dolor el extravío de muchos de sus hijos, que durmiendo tranquilos entre las ruinas de la culpa, pueden despertar en el infierno: vé á esa juventud impregnada en las teorías de un filosofismo material, que corre presurosa por el ameno jardín de los placeres, empero cubiertos sus ojos con tupido velo que les impide ver el precipicio que existe en medio de las flores, y en el que vendrán á dar por necesidad: bien así como la incauta mariposa que revoloteando tranquilamente alrededor de la luz, viene á perder su vida entre la llama. Vé una corrupcion general debida á las funestas predicaciones de los apóstoles de la impiedad. Por eso nos congrega con cariño en este dia, é imponiendo la ceniza en nuestras cabezas, nos hace un lúgubre recuerdo de la nada de nuestra existencia, y con las palabras que nos dirige por boca de los sacerdotes, nos hace entrar en el conocimiento de lo breve de una vida que pasa como la sombra, que puede concluir con la velocidad que una luz, que muer-



re al mas débil soplo. No es necesario por cierto probar una verdad que la esperiencia de cada dia nos demuestra con la mayor evidencia. ¿Dónde están nuestros ascendientes? ¿Dónde la generacion productora de la presente? ¡Ah! que en vano la buscaremos. ¡Duerme en el terrible sueño de la eternidad!.... Y hubo en los tiempos que pasaron olvido de Dios como al presente; y hubo quien se abriera un camino de sangre para llegar al colmo de su ambicion; y hubo odios, y hubo enemistad, y hubo adulterios, y no dejaron de efectuarse crímenes, sacrilegios, toda clase de pecados; y la tierra recibió y quitó la forma á los cuerpos del bueno y del malo, del justo y del pecador, porque polvo es el hombre y en polvo se ha de convertir. *Pulvis es, et in pulverem reverteris.*

Para hacernos entrar dentro de nosotros mismos, y animarnos á vivir en justicia y hacer penitencia por nuestros pecados; para que concluyamos nuestra vida con una muerte cristiana, que sea el principio de una felicidad eterna, nos avisa en este dia la Iglesia. Su deseo es que nos apartemos de una vez de las delicias del mundo, y que suspiremos por los goces del cielo. Arreglándome yo al pensamiento de la Iglesia y en conformidad con la doctrina que nos da en este dia, voy á demostraros que *el pensamiento de la muerte es utilísimo y de felices resultados para obrar nuestra conversion.* Materia es de suyo interesante, y que reclama toda vuestra atencion. ¡Plegue á Dios daros docilidad para que os aprovecheis de la saludable doctrina con que mediante sus auxilios me propongo alimentar vuestras almas durante esta santa Cuaresma! ¡Ojalá que ella sea suficiente á neutralizar, al menos entre vosotros, el mal efecto de las

perversas doctrinas que viene esparciendo la incredulidad!

Dios omnipotente: el Evangelio es santo; es vuestra misma palabra y predicado al mundo por los apóstoles y por los demas ministros vuestros ha sido el regenerador de las sociedades. Al eco de esa palabra santa cayeron por tierra los ídolos que adoraron los hombres, y la cruz se enseñoreó sobre el Capitolio: el sonido encantador de la trompeta evangélica, atrajo á Vos y atrae continuamente millares de adoradores. Si pues os habeis dignado escoger á este miserable pecador, para dispensador de vuestra palabra, comunicadme las luces necesarias y no atended, Señor, á la debilidad y miseria de este vuestro ministro, sino á la utilidad de esta parte de vuestros hijos, cuyas almas os son tan caras, y ya que fué tan extraordinaria vuestra caridad, que os hizo verter vuestra preciosísima sangre por salvarnos, dadme la uncion necesaria para persuadir y mover los corazones de mis oyentes, haciéndoles conocer los medios seguros de aprovecharse de vuestros tormentos é ignominiosa muerte. Esta gracia, os suplico, por la mediacion de la Santísima Virgen, á quien saludamos con el ángel. *Ave María.*

## REFLEXION UNICA.

Para el hombre impío que nada ve mas allá del sepulcro; para el que el Evangelio es una quimera, y no haciendo uso de su razon, vive como las bestias que carecen de entendimiento, la muerte tiene un aspecto muy diferente en verdad, del que presenta á los ojos del cristiano. No desconoce el incrédulo que



es polvo y que se ha de convertir en polvo, pero juzga que todo acaba con la muerte, no parando mientes en la inmortalidad del alma ni en la vida futura. La muerte para ellos no es un objeto de terror, y de aquí es que miserablemente cobardes y no atreviéndose á sufrir las adversidades de la vida, miran el fin de ella como remedio de todos los males. De este lamentable y funesto error proceden esos suicidios que cada día se repiten, y esos duelos que se llevan á cabo con menoscabo de la ley de Dios, y escándalo y mal ejemplo de la sociedad.

Nosotros por la misericordia de Dios no hemos caído en los errores de los materialistas: conocemos que tenemos un alma y creemos su inmortalidad: sabemos que hemos de morir, pero no ignoramos que tras la muerte hay un juicio (1): estamos ciertos que la tierra recibirá nuestros cuerpos, pero que el sepulcro no encerrará nuestras almas: sabemos que hemos de dejar esta vida transitoria, pero creemos que será para empezar otra vida que no tendrá fin. Por eso no miramos la muerte con indiferencia, y nos hace temblar su solo recuerdo, en la consideracion de que si bien ella puede ser el principio de nuestra perdurable felicidad, puede ser fácilmente la entrada á nuestra perdicion eterna.

Todo esto conocen bien los hijos de la Iglesia de Jesucristo: estan convencidos que son breves los dias del hombre, como dice Job (2). Pero la desgracia es que entregados la mayor parte á los negocios del mundo, viven sin pensar en tan importantes verda-

(1) Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem iudicium Ad. Heb. c. IX v. 27.

(2) Breves dies hominis sunt. Job. cap. XIV. v. 5.

des, y las inclinaciones de la corrompida naturaleza, les hace entregarse á los placeres mundanos, beber la copa de los deleites, y vivir tranquilos olvidados de sus deberes. La conciencia es un avisador continuo, que mal que pese al hombre le dá en rostro con sus extravíos. Cansado el pecador de sus locuras, se retira al descanso para entregarse de nuevo al día siguiente á sus vicios y desórdenes: la conciencia le remuerde y le pone ante sus ojos la muerte: pero el insensato responde: soy jóven, tengo salud, poseo bienes de fortuna. ¿Qué he de hacer? ¿Me retiraré de los placeres? ¿Abandonaré el juego, el baile, y mis reuniones? ¿Deberé entregarme á una vida de recogimiento? ¡Pero qué dirá el mundo! Seguramente se burlará de mí, y mis amigos me llenarán de improperios do quiera que me vean. ¡Ah! Lugar tengo de convertirme en adelante: mi Dios, es un Dios de misericordia y me oirá en cualquier tiempo que le llame: dejemos las prácticas piadosas para la vejez, y goce-mos en la juventud de los placeres mundanos. ¡Ah, pobres insensatos! ¡Os decidís á dejar vuestra conversion para cuando llegueis á la vejez!... ¿Sabeis por ventura, si á ella llegareis? ¿No veis que la muerte arrebatada cada día lo mismo al tierno parvulito que al decrepito anciano? ¿Cuántos de vuestra misma edad no fueron al sepulcro? Os fiáis de vuestra salud y robustez ¿pero que es necesario para dejar de existir? ¿Acaso una larga enfermedad que os dé tiempo suficiente para arrepentiros? ¡Miserable condicion de la humana naturaleza! Un poco de aire, una caída, un golpe imprevisto, una mano alevosa puede cortar instantáneamente el hilo de vuestra vida. ¿Y qué será de vosotros si así sois sorprendidos por la muerte, y



os hallais en pecado? Una perdicion eterna será el triste, pero ya el irremediable efecto de vuestra necia confianza. Yo quiero suponer que sois llamados al sepulcro por los trámites mas comunes de una enfermedad: siempre en ella tendreis esperanzas de vida, siempre querreis esperar á ver si os empeorais para prepararos á morir, y dado caso que no quedeis privados del uso de vuestros sentidos antes de vuestra decision, ¡qué momento para prepararse á morir, aquel en que con un pié se está tocando el borde del fatal sarcófago!... Penetrará en vuestra morada el ministro del Santuario, y cumpliendo su deber os hará conocer que estais al fin de vuestra existencia: palabras de consuelo penetrarán hasta el fondo de vuestros corazones; sobre vosotros se derramará el bálsamo de la religion, pero el necesario aviso de vuestra próxima muerte, turbará vuestros sentidos. ¿Y podreis acordaros en aquel momento de todas vuestras culpas para hacer una buena confesion? ¿No agitará vuestro espíritu el recuerdo de aquellas reuniones pecaminosas donde acudiais con frecuencia? ¿Aquellos placeres en que pasásteis lo mejor y mas florido de vuestros dias? Las lágrimas correrán por vuestras mejillas; pero tal vez no será por el recuerdo de vuestros pecados, sino de vuestros goces mundanos que sentís dejar... Pero yo quiero, mis hermanos, suponer que la muerte no os arrebate en vuestra juventud, que llegueis á la ancianidad. ¿Y creéis que entonces se llevará á cabo vuestra conversion? ¿Creéis que mudareis de conducta? No es esto lo mas comun. Bien avenidos con los desórdenes de vuestra vida, y prorogando de dia en dia vuestra conversion, el corazon se os habrá endurecido y la indiferencia en que

habreis vivido tendrá por castigo la impenitencia final, que os conducirá á las lóbregas mansiones de los réprobos, y el mundo que os adulaba y aplaudia vuestros excesos, os olvidará prontamente dándoos así el pago á los servicios que le habeis prestado.

¿Cuál es, mis hermanos, la causa que produce tan funestos efectos? No es otra que olvido de la muerte. Por eso hoy la Iglesia que os la recuerda, haciéndoos ver que la muerte es el fin de los placeres, de las galas, de los vicios, el fin de todo, haced penitencia, os dice: mirad que es ilusion cuanto el mundo os ofrece y que solo permanece la virtud: no te engrias hombre, con las riquezas, con los honores, con la elevacion de tu nacimiento, por que eres polvo y en polvo te has de convertir. *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Sí, polvo somos todas las criaturas, y esto me hace recordar una reflexion de un santo Padre, que repetiré, pues que ella es un antemural á la soberbia y vanidad del mundo. Hablo, mis hermanos, de un San Bernardo, que dirigiéndose al sumo pontífice Eugenio III le dice: «Tú eres el gran sacerdote, pontífice sumo y príncipe de los obispos. En tí »veo un Melchisedech en el orden, un Aaron en la »dignidad, y en la autoridad un Moisés, en la ju- »dicatura un Samuel, un Pedro en la potestad, en la »uncion un Cristo: tú tienes las llaves de la univer- »sal Iglesia, y todos sus rebaños te obedecen. ¿Qué »mas puedes desear? Pues tú eres nada: dá un soplo »á esos velos que te cubren, á esas plumas que te »adornan, á esos resplandores de gloria que te rodean. ¡Ah! Acuérdate que eres polvo y que en polvo te has de convertir. *Memento, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.*» Sí, mis hermanos; polvo son los pontífices, pol-



vo los monarcas; polvo el rico y el pobre: ¡el hombre, cualquiera que sea su dignidad ó gerarquía, es pobre, es miserable, es polvo, es nada!!! (1). Huye, pues, de nuestra presencia, soberbia del demonio, confúndete á nuestra vista, vanidad del mundo. Del hombre solo quedan las obras, las buenas que se premian en el cielo, las malas que se penan en el infierno.

Maraviloso es que los cristianos se olviden con tanta facilidad de una verdad tan importante, y que mil objetos diversos nos ponen delante de nuestra vista. A cada instante hiere nuestros oidos el tañido de la campana, que nos anuncia que uno de nuestros hermanos ha sido borrado del libro de la vida y que su cadáver es conducido al sepulcro: nos recuerda nuestro fin: nuestros mas usuales alimentos son despojos de la muerte, que no solo arrebatá al hombre, sino á todo lo que tiene vida. Las mismas telas que cubren nuestra carne, despojos son tambien de la muerte. Todo cuanto nos rodea parece que conspira á recordarnos la nada de la existencia; y sin salir del recinto de este santuario, este púlpito, esas bóvedas, esas imágenes, todo nos recuerdan manos que edificaron y que se han convertido en polvo. Oid, pues, cristianos á la Iglesia que amorosamente nos recuerda el fin de nuestra existencia, y lejos de dormir tranquilos en el pecado, procuremos prepararnos para conseguir la muerte del justo que es preciosa á los divinos ojos (2). ¿No habeis observado que cuando una ciudad está sitiada por enemigos, nadie se entrega al sueño y al descanso por temor de ser sorprendido y perder la

(1) Tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus. Apoc. cap. III, v. 17.

(2) Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus. Ps. CXV, versículo 15.

vida? ¿Y es por ventura mas interesante la vida del cuerpo que la del alma? ¿Cómo, pues, nos dormimos tranquilos cuando siempre la tenemos sitiada por las pasiones? ¿Cómo es que sabiendo que hemos de morir y ser juzgados somos tan poco observadores de las máximas que nos prescribe la santa moral del Evangelio? Porque aunque lo sabemos lo olvidamos con facilidad. La muerte del pecador es pécima á los ojos de Dios (1). ¿Quereis evitarla? Traed de continuo á la memoria el pensamiento de la muerte, y su recuerdo os dará ánimo y fuerza para vencer los afectos desordenados, para apartar de vuestro corazon las pasiones, los vicios, la concupiscencia de la carne, para vencer el orgullo, la vanidad y el espíritu de soberbia. Recordad que Dios es misericordioso, pero no olvidar que es justiciero. El mundo tratará de seduciros: el enemigo de nuestras almas procurará no perder ocasion para aprisionaros en las terribles cadenas de su ominosa esclavitud; pero cuando os veais cercados de la tentacion; traed á la memoria el pensamiento de la muerte: recordad la brevedad de vuestros dias y que cuando menos penseis comparecereis ante el tribunal de la justicia divina, y pronto vencereis la tentacion: os deslumbrará el falso oropel de las grandezas: ante vuestra vista vereis brillar la seductora decoracion del mundo que os brinda con sus halagos: no temais, recordad que sois polvo y que en polvo os habeis de convertir: comparad lo pasajero de las cosas del mundo con la duracion de la eternidad, y viendo que aquello es menos, infinitamente menos que un punto imperceptible, no os determinareis á servir á un dueño tan miserable.

(1) Mors peccatorum pessima. Ps. XXXIII, v. 22.  
Tomo IV.



La vida del hombre no es otra cosa que un corto tránsito para otra vida mas duradera. El mundo no es nuestra patria, porque el cielo es la ciudad donde debemos habitar. Jesucristo nos la conquistó con su preciosa sangre. Yo considero al hombre como un viajero que camina para su pais natal. Los viajes siempre ocasionan incomodidades, pero el viajero que desea con ansia llegar al término de su partida, sufre gustoso la falta de sueño, la escasez ó mala condicion de los alimentos, los ardores del sol y otras veces lo escesivo del frio, pues que todo se lo recompensará el placer de verse en los brazos de unos padres á quien ama, ó de una tierna esposa de la que se ha visto separado por largo tiempo. Nosotros caminamos por el mundo, y en el cielo adonde debemos dirigirnos nos espera un Padre amante que es nuestro Dios, y una Madre cariñosa que es la Santísima Virgen María. Para conseguir tanto bien; para llegar á tomar posesion de nuestra patria, ¿nos parecerán escesivos los trabajos del viaje? Para llegar á nuestro destino hay que atravesar un golfo terrible, que ciertamente sumerge á muchos bajo sus aguas: hablo de las pasiones, hablo de la seduccion del mundo, de los halagos de la sociedad. Empero ¿deberemos temer? De ningun modo, puesto que ó estamos ciegos ó no podremos menos de ver el hermoso puente que el que nos llama á sí nos ha formado, y por el cual podremos pasar sin temor á las cenagosas y hediondas aguas de la maldad. Los Santos Sacramentos que ha instituido Jesucristo, la mortificacion de las pasiones, el ayuno, la penitencia, ved aquí, hermanos míos, los materiales de que se compone el puente por el que debemos pasar. Esto lo sabe el cristiano, y sin embargo ca-

mina tranquilo por una senda que no es la trazada por el Evangelio. Es necesario hacer penitencia; es necesario vivir en pureza y santidad; es en suma necesario recordar que somos polvo y que en polvo hemos de convertirnos. *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* ¡ Ah! ; Qué pensamiento mas á propósito para convertirnos á Dios! El pensamiento de la muerte pobló los desiertos, condujo millares de inocentes jóvenes al cláustro, é hizo desprenderse de sus riquezas á muchos que habiendo vivido en el olvido de Dios le buscaron despues por el abatimiento y la penitencia.

Todo tiempo es á propósito para que el hombre entre dentro de sí mismo, reconozca sus pecados, y llorándolos con amargura implore de Dios el perdon; pero entramos hoy en unos dias santificados por la religion, dias en que la Iglesia habiendo suspendido sus alegres *aleluyas*, reúne alrededor del altar y bajo de las bóvedas del santuario á sus hijos, para prepararlos al solemne aniversario de la Pasion y muerte de nuestro amabilísimo Redentor: por eso dedica la santa Cuaresma á enseñarnos las virtudes cristianas; por eso nos exhorta al ayuno y á la penitencia, á la mortificacion y al cilicio, á la práctica en fin de las buenas obras, y empieza su mision divina recordándonos nuestra pequeñez y miseria, nuestra pobreza y nuestra nada. Este es el tiempo aceptable, estos son los dias de salud (1). Procuremos aprovecharnos de ellos y santificar nuestras almas: busquemos á nuestro Dios por medio de buenas obras, y no vanas escusas sirvan para hacernos desobedecer la voz de la Iglesia, que nos llama al ayuno y á la penitencia. No

(1) *Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* II ad Cor, cap. VI, v. 2.



trateis de escusaros de vuestros deberes cristianos: huid tanto del escándalo como de la hipocresía. Cuando ayuneis, nos dice el Evangelio de este día, no os manifesteis tristes como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para hacer ver á los hombres que ayunan, en lo que únicamente reciben su galardón. Tú, por el contrario lava tu rostro y unge tu cabeza, para que solo á Dios sea conocido tu ayuno, y de Dios recibirás tu galardón (1).

¡Oh moral siempre sublime del Evangelio! ¡Oh Iglesia santa, por cuántos medios procuras la salvación de tus hijos! Admirad, señores, su maternal cariño. Después que imponiendo la ceniza sobre nuestras cabezas, nos ha recordado nuestro origen y fin, nos dirige sublimes lecciones en el trozo del Evangelio de San Mateo que hemos oído de labios del sagrado Levita. En él se nos dan primero las reglas del ayuno que debemos practicar en la Santa Cuaresma á que hoy damos principio, y después queriendo despegar nuestros corazones de las cosas terrenas, nos hace fijar nuestra vista en el cielo, diciéndonos que allí, en aquel lugar de seguridad donde no reina la maldad, es donde debemos ocultar nuestros tesoros. Sí, hombres de la tierra, hombres avaros que habeis pasado una vida de miserias por juntar inmensas riquezas, volved en vosotros mismos y no seais insensatos; no atesoreis para vosotros tesoros en la tierra donde la polilla los consume, y en donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume la polilla, y á donde no están espues-

(1) Tu autem cum jejunas, unge caput tuum, et faciem tuam lava. Math. cap. VI, v. 17.

tos á la codicia de los ladrones (1). ¿Y de qué modo atesorar podremos en el cielo? Es muy fácil: desprendeos de esos bienes, en quien teneis vuestro corazón y que habeis de abandonar muy en breve á vuestro pesar. Socorred las necesidades de vuestros prójimos; dad limosnas y no dudeis que cuanto hagais en favor del pobre, serán obras que en el cielo irán formando un tesoro que no acaba, un tesoro con el que si bien no podreis comprar galas mundanas, adquirireis sin duda la posesión de un palacio hermoso y deleitable en sumo grado, que es la gloria.

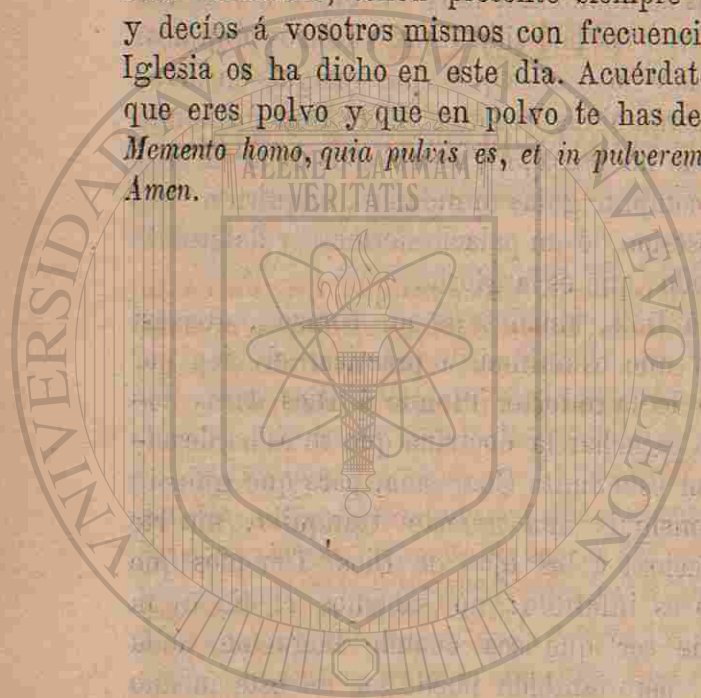
Plegue á Dios, amados de mi corazón, que así lo hagais, y que os animeis á practicar el bien por el recuerdo de la muerte. Plegue á Dios daros docilidad para escuchar la doctrina que se os ha de administrar en esta Santa Cuaresma, para que guiados por ella consigais una muerte tranquila, muerte que sea preciosa á los ojos de Dios. Tenemos que morir; esto es infalible: no sabemos el día ni la hora; puede ser que sea cuando lleguemos á la ancianidad; pero también puede ser en este mismo año, en esta misma Cuaresma, en esta misma hora. Si, pues, la muerte puede sorprendernos cuando menos lo pensemos, empecemos á prepararnos desde este instante. Como sea nuestra vida así será nuestra muerte. Una vida de pecado conduce á una muerte desgraciada, una vida santa á una muerte preciosa: y así como de la vida pende la muerte, del mismo modo, dice San Bernardo, de la muerte pende la eternidad. ¿Qué partido tomareis? ¿Cuál será vuestra resolución? ¡Ah! que ya compren-

(1) Math. cap. VI. v. 20.



do que quereis salvaros, optando por la muerte del justo. Es natural, pues sois cristianos. Para conseguirlo, para que se efectúe en vosotros una conversión verdadera, tened presente siempre la muerte y decíos á vosotros mismos con frecuencia lo que la Iglesia os ha dicho en este día. Acuérdate hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir.

*Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Amen.*



## SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE CENIZA.

**El precepto de amar á los enemigos, que no es de difícil observancia, como algunos suponen, no solo es benéfico para nosotros, sino utilísimo y de positivas ventajas para la sociedad.**

*Diligite inimicos vestros: benefacite his qui oderunt vos: et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos.*

Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.

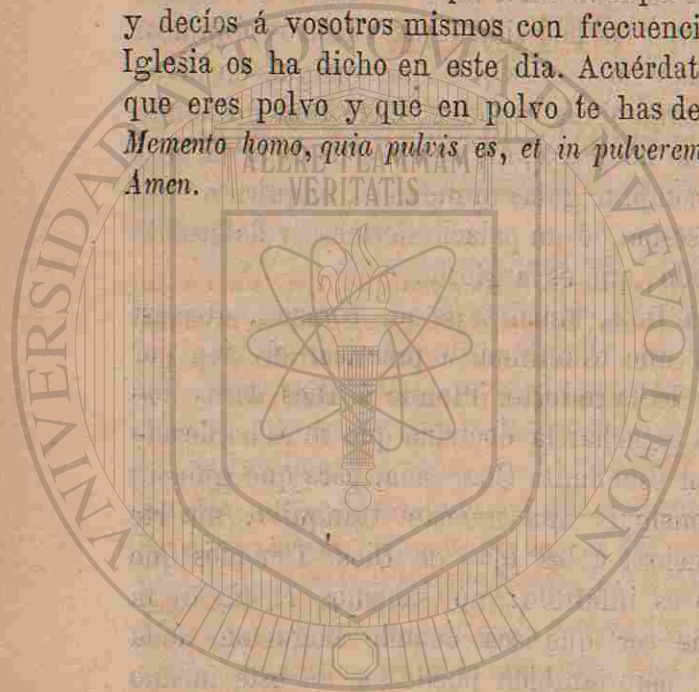
Math. cap. V, v. 44.

Para apreciar debidamente el gran beneficio que dispensara Jesucristo á los hombres con el precepto del amor á los enemigos, necesario se hace que subamos hasta aquellos dias desventurados en que el mundo estaba sepultado en las tinieblas de los mas crasos errores: necesario es que fijemos nuestra vista en aquellos tiempos en que fuera del pueblo judío en ninguna parte era conocido ni adorado el verdadero Dios. Todas las ideas se hallaban confundidas: la razon parece que habia huido de los hombres, y en cada pueblo, en ca-



do que quereis salvaros, optando por la muerte del justo. Es natural, pues sois cristianos. Para conseguirlo, para que se efectúe en vosotros una conversión verdadera, tened presente siempre la muerte y decíos á vosotros mismos con frecuencia lo que la Iglesia os ha dicho en este día. Acuérdate hombre, que eres polvo y que en polvo te has de convertir.

*Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris. Amen.*



## SERMON

PARA EL VIERNES DESPUES DE CENIZA.

**El precepto de amar á los enemigos, que no es de difícil observancia, como algunos suponen, no solo es benéfico para nosotros, sino utilísimo y de positivas ventajas para la sociedad.**

*Diligite inimicos vestros: benefacite his qui oderunt vos: et orate pro persequentibus, et calumniantibus vos.*

Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.

Math. cap. V, v. 44.

Para apreciar debidamente el gran beneficio que dispensara Jesucristo á los hombres con el precepto del amor á los enemigos, necesario se hace que subamos hasta aquellos dias desventurados en que el mundo estaba sepultado en las tinieblas de los mas crasos errores: necesario es que fijémos nuestra vista en aquellos tiempos en que fuera del pueblo judío en ninguna parte era conocido ni adorado el verdadero Dios. Todas las ideas se hallaban confundidas: la razon parece que habia huido de los hombres, y en cada pueblo, en ca-



da familia habia un objeto distinto de adoracion; quién se postraba ante el sol y la luna, quién ante estatuas de oro ó plata edificadas por los hombres: seguid vuestras investigaciones sin soltar la historia de la mano, y no podreis menos de admiraros al ver altares dedicados á los vicios: aquí vereis sacrificar víctimas á Júpiter y Mercurio; allí tributar todo género de honores á la lasciva Venus; ora vereis prostituirse la inocencia en las fiestas dedicadas á Priapo; ora vereis postrarse á muchos ante las bestias que colocaban en el templo: hasta las plantas encontraron adoradores en Egipto. En una palabra, todo era Dios para ellos, menos Dios.

En una sociedad arreglada de tal modo, podeis comprender cuál seria la moral que guiaria los actos de sus individuos. Triunfaban los vicios, y la virtud era desconocida. El egoismo tenia un trono en los corazones, y no existia por lo tanto principio alguno de amor, vislumbre la mas opaca de caridad. Entre sus máximas se encontraba una que no podia menos de acarrear terribles males. Amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo. Mientras podian dispensarse beneficios recíprocos se unian los hombres en estrecha amistad, que concluia en el momento mismo en que uno de ellos se veia en el infortunio. Hasta deshonroso era el procurar el alivio de aquel á quien veian en la miseria. ¡Qué moral tan funesta! ¡Qué sociedad tan desgraciada! ¡Qué caos de confusion y de miserias! El mundo debia ser regenerado con una doctrina mas benéfica, con una moral sublime que enseñase á todos los hombres á adorar á un solo Dios, é hiciera que se desterraran los errores; y Jesucristo que vino á efectuar la gran obra de nuestra Redencion, fué el

autor de la reforma del mundo, el que destruyó los errores por su boca, y despues por sus apóstoles y discípulos. ¡Ah! ¡Qué preceptos tan dulces! ¡Qué moral tan sublime la del Evangelio! A la verdad que si él no fuera obra de un Dios, no hubiera producido en su predicacion tan ópimos frutos. Cada página de ese código sagrado, depósito de nuestras leyes divinas, contiene mil consejos y avisos saludables para nuestro bien. Con parar nuestra consideracion en el trozo del Evangelio de San Mateo que acabais de oír resaltará á nuestra vista lo heróico, lo beneficioso, lo sublime de la moralidad que arroja: «Habeis oido, decia Jesucristo á sus discípulos, que fué dicho: amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y envia su lluvia sobre justos y pecadores. Porque si amais tan solo á los que os aman, ¿qué recompensa tendreis? ¿No hacen tambien lo mismo los publicanos? ¿Y si saludais tan solamente á vuestros hermanos, qué haceis de mas? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial perfecto es.» Tal es, hermanos míos, la saludable y benéfica doctrina que Jesucristo enseña á sus discípulos, para que ellos la extiendan por el mundo. Solo de los lábios de un hombre que era Dios podian salir palabras tan divinas. Solo Jesucristo, en cuyo corazon ardía el fuego de una caridad inestinguible, podia enseñar una doctrina tan benéfica para la sociedad que daba muerte á la doctrina del paganismo. Sí, cristiano:



ese que te ha ofendido, que te ha injuriado, que te ha hecho un grave mal, es tu hermano; lejos de odiarle, lejos de abrigar en tu corazón un odio implacable contra él, compadece su miseria, ámale, hazle bien y ruega al Señor por él. *Diligite inimicos vestros: benefacite his qui oderunt vos et orate pro persequentibus et calumniantibus vos.* Esta doctrina es sin duda la muerte de los errores de la gentilidad: ella sirve para apagar la hoguera de Saturno, que se sostenía con toda clase de víctimas, y para destruir las inhumanas órdenes de Licurgo y otros legisladores. «El precepto de amar á los enemigos, que no es de dificultosa observancia, como algunos suponen, no solo es benéfico para nosotros, sino utilísimo y de positivas ventajas para la sociedad.» Tal es la proposición que pienso probar en el presente discurso, si antes me acompañais á impetrar las luces de la divinidad, por la intercesión de la Santísima Virgen María, á la que con el mayor afecto de nuestros corazones, saludaremos reverentes con las espresiones del Ángel. *Ave María.*

#### PARTE ÚNICA.

En vano los hombres, amantes del bien de la sociedad, buscarán fuera del catolicismo un código de leyes perfectas en todas sus partes, por las cuales pueda guiarse el monarca y el vasallo, el opulento y el miserable, el hombre de estado lo mismo que el pastor menos ilustrado: una colección de leyes en las que se santifiquen y perfeccionen las virtudes domésticas y se impida el desbordamiento de las pasiones y todos los excesos: un código en donde

se enseñe á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que le pertenece al César: un Código, en suma, donde se ofrezcan al hombre recompensas de valor incalculable, en premio de la virtud, para hacerla amable, y castigos terribles á la maldad para hacerla aborrecible. No llameis mi atención á la antigüedad pagana, porque ni Sócrates, ni Zenon, enseñaron moral tan sublime en sus escuelas. No seré yo el que tenga la temeridad de afirmar que no se encuentran preciosos fragmentos de moral en los escritos de los sábios de la antigüedad: empero en sus mismas obras encontramos envueltos con la verdad, los mas groseros errores. Platon y Ciceron con sus escritos nos prueban esta verdad.

A Jesucristo, legislador y Salvador de las naciones estaba reservado el dictar un código sublime, un código admirable que observado en todas sus partes, pueda formar la felicidad de los pueblos y de las naciones. El Evangelio es la escuela de la verdadera moralidad: dictado por el mismo Jesucristo trasmite á todas las generaciones su vida entre los hombres, sus asombrosos milagros y su celestial doctrina. Mas poderoso el Evangelio y mas fuerte que formidables ejércitos en orden de batalla, penetró por el celo de los apóstoles, así en el alcázar de los Césares como en las humildes chozas, y á su eco desaparecieron los errores, cayeron por tierra las estatuas de los falsos dioses, se regeneraron las costumbres, y conociéndose en todas partes la verdad y lo beneficioso de las doctrinas que escuchaban, se apresuraban á aumentar el número de los que componían la escuela de Jesucristo; no obstante que la nueva doctrina chocaba de frente con sus



costumbres, con las creencias de su educacion y con sus constantes prácticas. La sublimidad de la moral del Evangelio, ha arrebatado la admiracion hasta de aquellos mismos enemigos de la Iglesia que han combatido algunos de sus dogmas. Y en efecto, á nadie se le ha ocurrido decir que la moral evangélica no es la que forma el corazon del hombre y le dirige al bien. Nadie que haya leído los preceptos que nos impone la religion, podrá decir á no estar en estado de demencia, que ellos no son beneficiosos para el buen orden de la sociedad. Nadie que haya parado mientes en los consejos que se nos dan en los libros santos, podrá dejar de conocer que solo un Dios puede ser el legislador de tan sublime código.

Toquemos, señores, para abrirnos campo dilatado al asunto principal á que debemos contraer el discurso al origen de los grandes males que afligen al mundo, á la raiz de donde nacen todas las desgracias, y veamos la sencillez al par que la sublimidad con que el Evangelio corta con sus preceptos y consejos tales y tan funestas raices. Buscad, señores, el origen de tantos trastornos políticos, de tantas revoluciones como afligen al mundo y principalmente á la Europa desde hace muchos años, y vereis por corta que sea vuestra vista, que á tantas desgracias, á la ruina de los tronos á la desmoralizacion de las costumbres, á rios de inocente sangre vertida sin que supieran el por qué, los mismos que se entregaron al sacrificio, ha dado margen y principio la soberbia. Si, no lo dudeis: la soberbia y la ambicion de hombres que mal avenidos con el estado en que les colocara la Providencia, les ha hecho abrirse paso para ocupar los primeros y mas elevados puestos del Estado, sin reparar en que para conseguir

sus planes, haya sido necesario fijar la planta en gradas ensangrentadas. Pues bien, el Evangelio ve los males que trae al mundo la soberbia, y queriendo poner un ante-mural á tan funesto vicio, dice al hombre que sea humilde. Fijad vuestra vista en otros desórdenes de gran tamaño que cada dia tenemos ocasion de observar. Buscad el origen de esas grandes fortunas improvisadas que vemos formarse como por encanto, y observareis que en ellas tuvo parte un ilícito y criminal comercio con la necesidad agena: vereis que se defraudó de parte de su salario al infeliz jornalero; vereis en suma unos huérfanos en la mayor miseria, por que la herencia que les dejara un padre, cayó en poder de un avaro. ¿De un avaro he dicho? Asi es la verdad; porque la avaricia, el amor de las riquezas que se apodera del corazon es ciertamente el origen y la raiz de tan lamentables escesos. Por esto el Evangelio sale al encuentro del hombre diciéndole que no ponga su corazon en las riquezas, que no sea avaro, que no atesore en la tierra sino que coloque su tesoro en el cielo. No condena las riquezas si son bien adquiridas; y si pondera la dificultad de salvarse un rico es para condenar la avaricia y ambicion, y el mal uso que se hace de ellas. El rico se salvará como el pobre si usa rectamente de sus bienes, si obra en caridad: empero al que adquirió sus bienes por medios tan ilícitos y criminales como los que hemos bosquejado, de nada le servirá el que quiera lavarse con la limosna, por que es un principio cierto é indudable que no hay caridad allí donde no hay justicia.

Sin detenernos en otras reflexiones oportunas por no dilatar el discurso, ya podeis conocer la sublimidad de la ley evangélica y los muchos males de que



preserva su observancia. Ahora pues, para venir á mi propósito, yo os pregunto. ¿Dónde traen su origen la ruina de muchas familias, la mayor parte de las guerras donde tantas víctimas se sacrifican, y esos duelos criminales, donde pierden la vida miembros que podían ser útiles en la sociedad? ¡Ah! La falta de caridad, el espíritu de ódio y de venganza. La caridad no era conocida en la antigüedad. La falta de esta virtud, y el deseo de vengar las ofensas eran las causas de gravísimos males. Escuchemos la narracion del evangelista San Mateo. Continuando Jesucristo la série de documentos que daba á sus discípulos: *Habeis oido, les dice, que fué dicho, amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo: mas yo os digo á vosotros: Amad á vuestros enemigos, haced bien á aquellos que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* De este modo Jesucristo, legislador divino, que vino para perfeccionar la ley, y enseñar á los hombres el camino de la salvacion, sale al encuentro de grandes errores, publicando una doctrina que jamás hubiera podido salir de los labios de los celebrados filósofos de la gentilidad, y nunca pensaron en ella los presumidos sábios y doctores de la Sinagoga.

Varias cosas llaman mi atencion en este precepto, impuesto por Jesucristo y consignado en el Evangelio: «*Habeis oido que fue dicho: Amarás á tu amigo y aborrecerás á tu enemigo.*» El pueblo á quien Dios se dirigia por Moisés, no conocia límites en sus venganzas: por esto impuso la ley del Talion, que consistía en ser el castigo igual al delito: «ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pié por pié, decia el legislador de los judios (1).» Jesucristo, pues, que como hemos dicho,

(1) *Oculum pro oculo, dentem pro dente, manum pro manu, pedem pro pede.* Exod. cap. XXI, v. 24.

vino á perfeccionar la ley, establecè no una cosa contraria sino una cosa mas perfecta: *Yo os digo á vosotros: Amad á vuestros enemigos: haced bien á aquellos que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* ¡Qué moralidad tan santa! ¡Qué palabras tan sublimes! No son un consejo del Salvador; forman sí un mandato obligatorio. No dice por cierto: será bueno que ameís á vuestros enemigos, sino: *Ego autem dico vobis.* Yo os digo, yo os mando que lo hagais. Como si dijera: Yo que aunque estoy revestido de la humana naturaleza; soy un Dios con el Padre y el Espíritu Santo: yo que soy vuestro Redentor y que tengo un derecho propio sobre vosotros, os mando y ordeno que ameís á vuestros enemigos. Si los cristianos estuviesen identificados con su Redentor como debian estarlo, bastábales este solemne mandato para deponer todo ódio y mala voluntad, y practicar esta perfeccion evangélica. Por este mandato no solo nos prohíbe Jesucristo odiar á nuestros enemigos, sino que nos obliga á amarlos, dándoles pruebas de nuestro amor y caridad, cuando de ello necesiten. ¿No desea Dios la salvacion de todos? ¿Jesucristo no vertió su preciosísima sangre por todos los hombres? Pues al mismo modo nosotros debemos desear la salvacion de todos, y debemos rogar muy especialmente por aquellos de quienes hemos recibido ofensas: porque no hay duda, mis hermanos; ó somos de Jesucristo ó somos del demonio. Si de Jesucristo, necesario es que le obedezcamos, que observemos sus mandatos, que copiemos sus ejemplos. El Salvador, que nos manda perdonar las injurias y amar al enemigo, ¿qué hizo cuando estaba pendiente del sagrado madero de la cruz? Darnós un ejemplo admirable de lo



mismo que nos habia mandado , disculpando con su Eterno Padre á los mismos que le crucificaban ; é implorando para ellos el perdon y la misericordia. Suficiente es este ejemplo divino para que el cristiano se apresure á practicar el mandato que hoy se nos intimó.

Yo bien sé amadísimos hermanos , que no hay precepto mas combatido que el perdon de las injurias ; que á nada han hecho mas resistencia los hombres que á amar á los enemigos ; que á esta accion humilde y caritativa se la llama bajeza. ¿ Yo , dice el mundano , perdonar á aquel de quien he recibido ofensas ? ¿ Yo amarle ? ¿ Yo rogar por él ? ¿ Yo echarle mis brazos al cuello á aquel que vilmente me calumnió , que descubrió mi secreto , que causó un daño en mi honra ó hacienda ? Esto es imposible de practicar , y aunque no lo fuera , me parece judicaria y atraeria sobre mí las burlas del mundo , que me tendria por miserable y bajo. Yo os haré ver que ambos extremos son falsos de todo punto. Decís que es imposible. ¿ Es acaso por los sentimientos que son propios á vuestra naturaleza ? Pues qué , ¿ eran por ventura de otra naturaleza que la vuestra los apóstoles y discípulos del Salvador , que imitando la conducta del Divino Maestro amaban á sus enemigos y rogaban por ellos ? ¿ Lo era Esteban , que al llover una multitud de piedras sobre su cuerpo y cabeza , dirigia sus oraciones al cielo pidiendo por sus verdugos ? ¿ Lo era el Levita Lorenzo , que hacia lo mismo sobre las parrillas ? ¿ Era de otra carne y de diversa naturaleza que vosotros nuestra ilustre compatriota santa Teresa de Jesus , á quien los sábios del mundo tenian por loca , y que se vió perseguida , insultada y maltratada de cuantos la rodeaban , no cono-

ciendo los altos designios para que Dios la tenia destinada ? ¿ Y qué hacia á través de tantas persecuciones ? Ni una palabra de queja salió jamás de sus lábios : amaba cordialmente á aquellos mismos que la ultrajaban ; procuraba el mayor bien por sus hermanas de cláustro , de quienes tambien tenia que sufrir , y rogaba á Dios por todos. ¿ No hicieron otro tanto los fervorosos mártires , los ilustres confesores , las santas vírgenes y tantos millares de bienaventurados como hoy reinan con Jesucristo en la gloria en premio de su paciencia y caridad heróica ? ¿ Pues qué os impide practicar lo que aquellos practicaron ? Mejor es que digais que vuestro corazon está corrompido , y que no dais en él entrada á la gracia , á esa gracia divina con la que ayudados aquellos pudieron ser perfectos observadores del Evangelio. Ni me digais que es contrario á vuestro honor y reputais por bajeza el perdonar , pues por el contrario es benéfico para nosotros en alto grado no solamente el perdonar , sino el amar y hacer bien á nuestros enemigos.

¿ Qué cosa puede sernos mas útil para atraer hácia nosotros el corazon de nuestro Dios , que el observar fielmente sus mandatos ? La obediencia le es mas agradable que las víctimas , toda vez que teniendo sobre nosotros mas poder que el alfarero sobre el barro que maneja para formar sus vasijas , exige una rendida sumision de parte de aquellas criaturas que formara del barro de la tierra. En perdonar al enemigo y amarle cumplimos un precepto explicado con bastante claridad por parte del Legislador Divino , y que se nos intimó al ser regenerados en las sacrosantas aguas del bautismo , donde se nos mandó amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.



Y qué ¿no es nuestro prójimo el que nos ha ofendido? ¿No es hijo de Dios como nosotros? ¿No ha recibido el mismo bautismo? ¿No es miembro de la misma Iglesia? ¿No participa de los mismos sacramentos? Y aunque no atendiéramos á todo esto, nosotros somos cristianos y el cristiano de nadie es enemigo, como dice Tertuliano. El apóstol San Pablo nos exhorta á cumplir con docilidad este mandato diciendo: *Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien* (1). Además nos es utilísimo, puesto que de no hacerlo, atraemos sobre nosotros las venganzas divinas pedidas por nosotros mismos. ¿Y cómo así? Diariamente dirijis mas de una vez á Dios la oracion dominical, ó sea el Padre nuestro: yo no puedo creer que haya un cristiano tan descuidado de sí mismo, que no la rece diariamente. Ahora bien: ¿no decís en ella: perdonáanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores? Pues esto es pedir á Dios que obre con vosotros al modo que vosotros obráis con vuestros prójimos. ¿Y qué comparacion puede haber entre las ofensas que nosotros hemos hecho á Dios, á las que podemos recibir de nuestros hermanos? Y sin embargo, nosotros deseamos alcanzar misericordia, anhelamos por el perdon y decimos en nuestras oraciones: «Perdonáanos, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Luego si nosotros conservamos en nuestro corazon odio y rencor á nuestros enemigos, y nos resistimos á perdonarlos, pedimos á Dios que no se olvide de nuestros crímenes y nos castige.

(1) Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitit, potum da illi... Noli viuci a malo, sed vince in bono malum. Ad Rom. cap. XII, v. 20. y 21.

Hay, señores, tambien quien queriendo arreglar á sus inclinaciones y á su gusto la moral evangélica, dice hablando de su enemigo: «yo le perdono, pero no quiero que se presente delante de mi vista, no quiero verle ni que se me hable de él.» Estamos en el mismo caso que antes, toda vez que entonces pedimos á Dios que nos perdone, pero que no quiera vernos, ni oiga á la Santísima Virgen y á los bienaventurados que por nosotros intercedan. Ved como cae sobre nosotros nuestra misma venganza, y como por lo tanto nos es útil y beneficioso el cumplir con el precepto del perdon de las injurias. Insensatos por demas seremos si no sujetando nuestras pasiones por las persuasiones del Evangelio y de la misma razon, no damos oido á los mandatos de nuestro Dios.

Mas no es solamente útil al individuo en particular, sino tambien á la sociedad en general. ¡En qué caos mas profundo de miserias y desgracias nos veriamos sumidos si cada individuo estuviese autorizado para tomar por su misma mano venganza de sus enemigos! La mas mínima ofensa, el mas leve agravio daria ocasion á que el hombre clavara el puñal en el pecho de su ofensor: si no perdonásemos no habria amor de padres á hijos, de hermanos con hermanos. Desgraciadamente existen vengativos en medio del pueblo cristiano; vengativos que arrebatando á Dios las facultades que á él solamente son propias, hacen de jueces quitando la vida á sus contrarios. ¿Y qué efectos experimenta la sociedad por la venganza de sus individuos? Bien lo sabeis, y la esperiencia de cada dia nos lo demuestra con claridad: lágrimas, desgracias, y lutos dolorosos, porque un vengativo está dispuesto á todo. Tratemos, pues, mis



hermanos, de dar cumplimiento á un mandato de que pende como antes he manifestado, nuestro perdon y salvacion. Ni me digais que no podeis observarlo, porque es difícil el perdon. Que es difícil bien lo conozeo yo, como lo conocia San Agustin, pero sacrificios se nos exigen y no debemos rehusar ofrecerlos, al que se sacrificó en un madero por nosotros. Ya os manifesté que en todos tiempos ha tenido observadores la moral del Evangelio: tal vez alegueis que han variado las circunstancias, y que estando hoy el mundo en su mayor grado de corrupcion, no podeis practicar lo que otros practicaron en mejores tiempos. ¡Vanos pretestos! ¡Frivolas excusas! Por ventura ¿no tenemos el mismo Dios, el mismo Evangelio? Rodeado el hombre de pasiones, ¿no ha sido inclinado al mal en todo tiempo? ¿El mundo no le ha presentado su aspecto encantador y con sus halagos no le ha escitado al odio, á la soberbia, á la venganza, á todos los vicios? ¿El ángel de las tinieblas ha tomado alguna vez reposo dejando de tentar á las criaturas para conducir las á su dominio? Y digo poco, ¿no nos está ofrecido el mismo premio que á aquellos por nuestra docilidad al cumplimiento de la ley, y no se nos amenaza con los mismos castigos con que siempre se ha amenazado al malvado? Decid mas bien que sois unos cobardes, que no teneis grandeza de alma, que consiste en perdonar y no en tomar venganza como quiere el mundo: decid que no quereis sujetaros al yugo del Evangelio y que os importa poco el perder vuestras almas, con tal de vivir á vuestro gusto y capricho los cuatro dias que se os han concedido de vida. Pues bien, si seguís en ese modo de obrar, sabed que con la medida que midiereis sereis medidos:

se os dará odio por odio, venganza por venganza. Si no perdonais, de nada os servirán todas las demas obras buenas que hagais, porque en el terrible dia de la cuenta, aunque pudierais presentar otros méritos, y aunque hubieseis hecho milagros en nombre del Señor, oireis estas tristísimas palabras de lábios del Juez eterno. «Nunca os conocí; apartaos de mí los que habeis obrado la iniquidad (1).»

Decidámonos, pues, á reconciliarnos con nuestros enemigos, y que esta reconciliacion sea pronta como Jesucristo exige de nosotros. Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, nos dice el Salvador, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ves primeramente á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda (2). El Apóstol San Pablo, exhortando á los fieles de Epheso á la práctica de la caridad cristiana que todos debemos observar, les dice: que no se dejen llevar de la ira, que la desechen en el momento para que no tome asiento en sus corazones. *Sol non occidat super iracundiam vestram* (3). Del mismo modo, y valiéndome de las mismas espresiones, deberé yo dirigirme á vosotros en este dia, en cumplimiento de mis sagrados deberes; hombres vengativos que hasta este momento conservais odio implacable á un enemigo, á un hermano que os hizo una ofensa, corred, buscarlo, echarle vuestros brazos al cuello y perdonarle para que seais

(1) Multi dicent mihi in illa die: Domine, Domine, ¿nonne in nomine tuo prophetavimus, et in nomine tuo demonia ejecimus, et in nomine tuo virtutes multas fecimus? Et tunc confitebor illis: quia nunquam novi vos: discedite á me qui operamini iniquitatem. Math. cap. VII, v. 22. y 23.

(2) Math. cap. V. v. 23 y 24.

(3) Ap. Ephes. cap. IV. v. 26.



de Dios perdonados. *Sol non occidat super iracundiam vestram.* Padres desnaturalizados, que por haberos ofendido un hijo le habeis abandonado y le negais el perdon, si quereis tener parte con Dios buscad á ese hijo, dirigirle palabras amorosas, y estrecharle en vuestro corazon. *Sol non occidat super iracundiam vestram.* Vosotros hombres casados á quienes una falta que observasteis en vuestra consorte os hizo apartaros de ella, y dejarla tal vez sumida en la miseria; es verdad que fué grande la ofensa que recibisteis, empero mayores las has hecho tú á tu Dios y deseas ser perdonado. Búscala, pues, perdónala con generosidad, con verdadera caridad cristiana, porque asi te lo manda tu Redentor: pero esta diligencia sea pronta para que sea mas meritoria, y que no se ponga el sol conservando tu la ira. *Sol non occidat super iracundiam vestram.*

No deberia ser necesario tanto esfuerzo por parte de los predicadores de la religion para inculcar en el pueblo cristiano máximas tan santas y sublimes como las del Evangelio. La del perdon de las injurias habeis visto que es beneficosa para nosotros y utilísima para el buen órden de la sociedad. Empero sin detenerse en presentar pruebas deberia bastar el hacer observar que es precepto espreso de Jesucristo á quien estamos obligados á obedecer.

Si quereis que el precepto os sea dulce y suave: si deseais que os haga practicable, siempre que recibais una ofensa, ó por parte de vuestro prógimo os sobrevenga algun mal, considerad en el momento que aquel que os ha ofendido no es otra cosa que un instrumento escogido por Dios para vuestra humillacion y castigo. ¿Querriais vengaros del aire porque

soplando con fuerza os dejó caer en tierra? Pues considerad que los hombres, así como los elementos son instrumentos de que Dios se sirve cuando es su voluntad, para demostrar su amor y su justicia. Si así lo haceis, lejos de desear venganza besareis humildes la mano que os castiga, y en premio de vuestra docilidad, recibireis del Señor su galardón en la gloria.

¡Dulce Redentor mio! Con vuestra gracia todo lo podemos. Comunicádnosla á fin de que no obrando como los publicanos, que amaban tan solo á los que los amaban, nuestra caridad se estienda á nuestros mismos enemigos, imitando de este modo lo que nos habeis mandado y practicasteis en el Calvario, para que seamos perfectos como nuestro padre celestial perfecto es. Haced Señor que nuestra caridad sea el camino que nos conduzca á Vos y labre nuestra corona de gloria. *Amen.*



al cuerpo del alimento, y á este modo el alma que es inmortal puede morir en el sentido de que es una verdadera muerte el privarse para siempre de la vista de Dios, faltándole el alimento espiritual. Todo lo habia previsto el Salvador, y conociendo que el hombre que tanto afan habia de tener por procurarse el alimento del cuerpo y las comodidades de la tierra, habia de descuidar el negocio que le es mas importante, que es la vida del alma; nos instruye en el Evangelio de este dia con breves, pero sublimes y significativas palabras. Por tres veces seguidas tentó el diablo á Jesucristo, nos dice san Mateo; una vez presentándole unas piedras para que las convirtiese en pan, otra diciéndole que se echase abajo desde el pináculo del templo á donde le habia conducido, y la tercera ofreciéndole todos los reinos del mundo si postrado le adoraba. Desde luego me preguntareis, ¿cómo y por qué razon se dejó tentar Jesucristo, puesto que era impecable y no podia caer en tentacion, pues que cargó sobre sí todas las miserias de la humana naturaleza menos el pecado? Yo os responderé con el Crisóstomo, que para nuestra instruccion y ejemplo. El diablo le tienta deseando conocer si verdaderamente era el Hijo de Dios; por esto, como nota oportunamente el citado Padre, no le dice el tentador, si tienes hambre; sino, si eres Hijo Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan (1). Esta y las dos siguientes tentaciones venció el Señor contestando al que habia apurado todo su ardid maldito con palabras de la Escritura.

(1) Si filius, inquit, Dei es, dic ut lapides isti panes fiant. Non dixit, si esuris: sed, si filius Dei es: videlicet, existimans posse se aliquid per laudum blandimenta furari. Joan. Chriss. Hom. XIII. in cap. IV. Math.

## SERMON

### PARA EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

**Disposiciones con que debe oírse la palabra de Dios para que produzca en nuestros corazones ópimos frutos.**

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.*

No con solo pan vive el hombre, sino con toda palabra que procede de boca de Dios.

Math. cap. IV, v. 4.

Constituyen nuestro ser racional alma y cuerpo: este formado por manos del Criador del barro de la tierra, aquella que fué criada por el soplo de su omnipotencia. Ambas partes necesitan de un alimento natural que les nutra y fortalezca. El pan es el alimento del cuerpo, que como es de tierra, debe necesariamente alimentarse con los productos de la misma tierra. El alma como quiera que es espiritual, y nada tiene de terrena, reclama un alimento tambien espiritual, con el cual pueda nutrirse para llegar al altísimo destino que le está señalado.

La muerte es la necesaria consecuencia de privar



A la primera tentacion le dice: *No con solo pan vive el hombre, sino con toda palabra que procede de la boca de su Dios.* A la segunda: *Notentarás á tu Dios, y á la tercera, retírate Satánás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás.*

Cada palabra del presente Evangelio encierra una doctrina sublime digna de nuestra atencion: mas por el giro que he tomado, habreis comprendido que fijándome en la contestacion del Salvador al tentador, cuando le pide convierta las piedras en pan, he juzgado oportuno el hablaros de la palabra de Dios y sus efectos. Porque en efecto, cristianos, Jesucristo que ha sido tan prodigo en dispensarnos beneficios, y que desea vivamente que nos sea fructuosa su preciosa sangre, ha destinado á sus ministros para que repartan con abundancia el pan de la divina palabra, para recordar á las criaturas sus deberes para con Dios, para consigo mismos y para sus semejantes. Por el órgano de la palabra regeneradora se anuncia á los hombres la gloria como premio de las virtudes, y el infierno como castigo del crimen: tan sublime palabra alienta al justo para que se justifique mas, y penetra al corazon del pecador atrayéndole á penitencia. Nada le es vedado: anuncia la justicia de Dios lo mismo al monarca que al vasallo, al guerrero que al filósofo, al potentado que al menestral. Caen los imperios y húndense los tronos, agitados por los fuertes huracanes de las revoluciones, cámbianse las dinastías; múdanse las leyes de los Estados; succédense unas á otras las generaciones, y siempre la misma, sin variacion, siempre poderosa, siempre eficaz permanece la palabra de Dios; y la oyeron las generaciones que se hundieron en el polvo; y la oye la pre-

sente; y su sonido resonará en los oidos de los postreros hombres. ¿A quién se debió la propagacion de la religion en el mundo? ¿Quién arrancó á innumerables de la muerte de la idolatría y los atrajo á la vida de la gracia? La palabra de Dios. ¿Cuál fué el móvil de la conversion de tantos pecadores que se justificaron por la penitencia? La palabra de Dios. ¿Quién regeneró las sociedades, desterrando los errores en que estuvieran envueltas? La palabra de Dios. Tan cierto es, hermanos míos, que ella hace prodigios; tan cierto es que la palabra de Dios permanecerá para siempre.

¿Y cómo es que distribuyéndose tan abundantemente en nuestros dias, no produce los frutos que en otros siglos? ¿Habrá por ventura perdido su eficacia? No: si la palabra de Dios, que es una semilla fructífera, no produce frutos en nosotros, es porque no la oimos con las disposiciones necesarias. La palabra de Dios da vida al alma, como el pan la da al cuerpo; nos es mas interesante aquella vida que esta: debemos por lo tanto alimentar el espíritu. *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

Instruiros en las disposiciones con que debeis escuchar la divina palabra, para que produzca en vosotros los saludables frutos que la Iglesia se propone al dispensarle á sus hijos, va á ser el asunto del presente discurso y de vuestra devota atencion. ®

Dios santo: pura es la palabra que voy á anunciar en vuestro nombre; ¡ojalá que tambien fuesen puros los lábios que la han de pronunciar! Dad, os ruego, eficacia á los ecos de mi voz y conceded docilidad á mis oyentes, á fin de que aprovechándose de la saludable doctrina que se preparan á escuchar, les sirvan las



predicaciones de la presente Cuaresma para su arrepentimiento y santificacion. Por vuestra Santísima Madre os lo suplico saludándole con el ángel. *Ave Maria.*

## REFLEXION ÚNICA.

Cuando fijo mi vista en el establecimiento de la religion católica, y observo la rápida estension del Evangelio, no puedo menos de bendecir la Providencia que se vale de medios desconocidos al hombre, para poner en juego su accion, para llevar á cabo sus divinos planes. La lucha de la religion católica en su cuna, contra los grandes errores de que estaba plagado el mundo, presenta el espectáculo admirable y en verdad digno de observacion. Jesucristo por espacio de treinta años, habia pasado una vida escondida sin dar á conocer al mundo su divinidad. El año 31 de su edad hizo el primer milagro á ruegos de su Madre en las bodas de Caná, siendo repetidísimos los que efectuara despues en los tres años que duró su predicacion. Los prodigios palpables de dar vista á ciegos de nacimiento, agilidad en sus miembros á los paralíticos y resucitar á los muertos, no fueron bastantes para hacer comprender á los ciegos judíos que era el verdadero Mesías. *Jesus era la luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: en el mundo que fue hecho por él estaba, y el mundo no le conoció (1).* El ingrato pueblo que pidió cayese sobre él y sus hijos la sangre del justo, le crucificó en un madero. No les fué posible ocultar el estremecimiento de la naturale-

(1) *Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hanc mundum. In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. Joan. I. v. 9. y 10.*

za, y de nada les sirvieron sus sofismas y embustes para ocultar el misterio de la Resurreccion que habia puesto el sello, digámoslo así, á la verdad de sus prodigios y de su doctrina. La Iglesia quedaba fundada, pues su piedra angular es Jesucristo; faltaba tan solo estender su imperio por todas partes á través de las preocupaciones, de las naturales resistencias con que se habia de tropezar: este maravilloso triunfo estaba reservado á la divina palabra. El chocar de frente con todas las prácticas establecidas, con todos los usos arraigados, el trastornar el mundo, variando sus leyes, sus costumbres y su religion, era una empresa capaz de asustar á los genios mas atrevidos y gigantescos. Pues bien, para llevar á cabo esta obra magna, Jesucristo habíase rodeado de hombres á los cuales dió el nombre de discípulos, y á los que dejó ordenada y encomendada la conversion de las gentes; y no los buscó por cierto en el Senado de Roma, en el Areópago, ni en el Pórtico, ni el Liceo. No era necesaria la ciencia mundana: todo el saber humano se hubiera estrellado ante obstáculos insuperables: la mas elocuente retórica de los discípulos del Areópago no hubiese conseguido triunfo alguno. Los discípulos de Cristo no eran doctores, ni filósofos, ni estaban versados en los secretos de la política: eran unos pobres ignorantes; unos hombres sin reputacion, sin trato de gentes: en suma, unos pescadores. Escogidos por Jesucristo para tan alto ministerio, é iluminados por el Espíritu Santo, los ecos de sus voces resonaron por todas partes, llevándose á efecto la revolucion moral mas grande que han conocido los siglos. Sin mas armas que la poderosa palabra de Dios, penetraron los apóstoles en las naciones mas bárbaras como en las mas civilizadas, di-



sipando las tinieblas del error con la refulgente luz de la verdad. Leed la historia del cristianismo desde su nacimiento hasta nuestros días, y cuando os admire el ver tantos y tan repetidos triunfos conseguidos á favor de la Iglesia de Jesucristo, conoceréis que todo es debido á la eficacia de la palabra de Dios, que es una semilla que siempre ha producido ópimos y abundantes frutos. Si veis el estandarte de la Cruz enseñorearse sobre el Capitolio, si veis altares levantados sobre las ruinas de los templos de los ídolos: si no descubris los groseros errores del paganismo: si el mundo entero se prostra ante el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, todo es debido á la palabra de Dios, ¡cuántos triunfos no consiguió hasta en los mismos verdugos de los Santos Mártires! ¡A cuántos condujo á poblar los desiertos! ¡Cuántas conversiones no ha obrado en todos tiempos!

El Señor, decía á Jeremías, que hiciera resonar su voz en las plazas de Sion, dando en rostro á Jerusalem con sus crímenes (1). Sonad la trompeta en Sion, decía á otro profeta; dad alaridos en mi santo monte para que se estremezcan todos los moradores de la tierra (2). El apóstol san Pablo, celoso predicador de Cristo y fiel propagador de su doctrina, conoce muy bien que la palabra de Dios es un dique poderoso á la maldad, y conociendo los errores que habian de nacer, exhorta á Timoteo á que predique la palabra divina oportuna é inoportunamente en todo tiempo y lugar, y á que reprenda, ruegue y amoneste con pa-

(1) Vociferare omnia verba hæc in civitatibus Juda, et foris Jerusalem, dicens: audite verba pacti hujus, et facite illa. Jerem. cap. XI, v. 6.

(2) Canite tuba in Sion, ululate in monte sancto meo, conturbentur omnes habitatores terræ. Joel. cap. II, v. 1.

ciencia y doctrina (1). Tan necesaria es para la vida del espíritu la palabra de Dios. ¿Por qué dijo Jesucristo á la mujer que le colmaba de bendiciones: «Dichoso y bienaventurado es el que oye la palabra de Dios y la observa: *Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud* (2)»? La razon nos la da bien clara Jesucristo en su respuesta á la primera tentacion de Satanás: Porque no con solo pan vive el hombre, sino con toda palabra que procede de la boca de Dios. *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

Ahora bien, señores, siendo la palabra de Dios viva y eficaz, debemos culparnos á nosotros mismos, como dice el Apóstol, si no obra en nosotros los prodigios que siempre ha obrado. Esto no es á mi vista un fenómeno inesplicable, toda vez que conozco á la clara luz de la razon, que en la mayor parte de los cristianos faltan las disposiciones necesarias para escuchar la divina palabra. Continuamente vemos los templos llenos de fieles, y muy particularmente en este santo tiempo de Cuaresma en que acuden en tropel á los sermones. Pero yo os preguntaré á todos en general, y cada uno de los que me escucháis podrá contestarse á sí mismo. ¿Qué objeto os conduce al templo de nuestro Dios? ¿Venís con hambre y sed de la divina palabra? ¿Venís en alas de vuestra fé y con deseos de aprovecharos de las doctrinas que se predicán? ¡Ah! que la curiosidad trae á muchos, y el querer ocupar el tiempo mueve á otros. Se desea saber si el predicador dice bien, si es buen retórico, si deleita el entendimiento con lo correcto de su oracion. ¿A

(1) Prædica verbum, insta opportune, importune; argue, obsecra, inrepa in omni patientia et doctrina. II ad Timoth. cap. IV, v. 2.

(2) Luc cap. XI, v. 28.



dónde he de ir, esclaman otros, que pase el tiempo mas entretenido? En uno y otro caso falta ya la primera disposiciou que debe tener el cristiano para oír con fruto la palabra de Dios. Si tuvierais no una fé muerta, que no os servirá mas que para vuestra eterna confusion, sino una fé viva y eficaz, no buscariais el deleitar el entendimiento, sino que seria una preparacion para que ella moviese vuestro corazon. La segunda disposicion despues de la fé que os persuade, vais á oír al mismo Jesucristo por boca de su ministro, es un deseo grande de aprovecharos de la palabra divina. Si yo os preguntase en particular, querriais hacerme creer que siempre os habia animado la fé para conduciros al templo, y vuestro deseo de aprovecharos de la doctrina que en él se enseña. Si esto es cierto, la palabra de Dios habrá infaliblemente obrado vuestra conversion. Empero para que os persuadais de si es asi, yo os presentaré un argumento incontestable. Vosotros asististeis la Cuaresma anterior á escuchar la palabra de Dios; se os enseñó el camino que conduce al cielo; se anatematizó la soberbia, la ira, la envidia, la lujuria: se os pusieron de manifesto los escollos y peligros del mundo, y se os exhortó á las virtudes cristianas. ¿No es asi? Pues decidme ahora: ¿abandonásteis esa mala compañía que os perdía? ¿Habeis dejado la ocasion próxima que os hacia pecar con la mayor frecuencia? ¿Restituisteis los bienes mal adquiridos? ¿Os apartásteis de la usura y reparásteis los daños que con ella habiais acarreado á vuestros prójimos? ¿Sois ya humildes, obedientes, caritativos, hombres de bien, hombres religiosos, sirviendo de ejemplo á la sociedad? ¿Sois buenos padres de familias, hijos obedientes y dóciles, esposas

fieles? Si nada de esto sois, si os hallais con los mismos resabios que en el año anterior; si reinan en vosotros los mismos vicios; si en suma no os habeis convertido á Dios, claro y evidente es que no oisteis con fé y buenos deseos de aprovechamiento la palabra de Dios. De otro modo no se puede comprender que una semilla tan fecunda, que ha producido en todos tiempos los mas ópimos frutos, ninguno haya producido en vosotros. Vuestros corazones por falta de disposicion han sido una tierra estéril, y por buena que sea la semilla, nunca puede dar frutos en tierra de tal condicion.

No obstante, como quiera que la misericordia de Dios es infinita, y se vale de mil medios para atraer á sí el corazon de la criatura, sucede muchas veces que el oyente que ha venido al sermón sin disposiciones, se mueve y reconoce sus vicios y lo grande de sus pecados por las narraciones del predicador: entre estos hanse observado algunas conversiones, pero son los mas los que disipan su temor y olvidan sus momentáneos remordimientos en el momento mismo en que se ven fuera del templo; y prueba esto el que aquellos á quienes mas pueden haber retratado las pinturas que presentó el ministro de la religion, se entregan de nuevo á sus vicios y diversiones sin volver á fijar su imaginacion en lo que hace pocos momentos oyeran. ¡Infelices! Mas les valiera no haber oido nunca la voz del Evangelio, pues que menos cuenta se les pediria que la que tienen que dar por haberle despreciado. Muchos son los que creen que cumplen con asistir á la predicacion de la divina palabra, aunque ningun efecto haga en ellos; pues comprender que no dijo Jesucristo solamente: «Bien-



aventurados los que oyen la palabra de Dios,» sino que añadió una cláusula del mayor interés diciendo: Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la observan. *Beati qui audiunt Verbum Dei, et custodiunt illud.*

¡Qué desgracia mas lamentable! ¿A qué podrá conducirnos, mis hermanos, esa indiferencia con que se oye la palabra de Dios? ¿A qué podrá conducirnos esa dureza y obstinacion que vemos en muchos hijos de la católica Iglesia? ¡Ah! A la mas lamentable de todas las desdichas que nos pudieran sobrevenir. A que cansado el Señor de darnos silbos amorosos, de anunciarnos sus caminos por medio de sus ministros, retire la fé de nuestro pueblo y la llave entre otras gentes que hagan frutos de penitencia. Asi ha sucedido ya en otras naciones, y sucederá infaliblemente en la nuestra, sino tratamos de ser dóciles y sumisos á la voz de Dios, y nos aprovechamos de su doctrina.

Cosa es digna de llorarse con lágrimas de sangre: mientras las doctrinas de la falsa filosofía son escuchadas con placer y adquieren prosélitos; mientras los predicadores de la impiedad llevan tras sí con la elocuencia y bellas palabras de sus engañosos discursos á la juventud, á esa juventud que vuela en alas de sus extravíos al abismo de su perdicion; la palabra de Dios, que es la palabra de verdad, no se oye, y si se oye es con una indiferencia criminal, y hace el mismo efecto en muchos cristianos que el eco de la campana que arrebató el aire. Pero sabed, mis hermanos, que la palabra de Dios no se predica en vano, pues que si conduce al cielo á los que la escuchan con fé y docilidad, y se aprovechan de ella, servirá sin duda de mas cargo para su eterna reprobacion á aquellos que

la desprecian. ¿Qué hubiera sido de los Ninivitas si se hubieran negado á escuchar la voz del Profeta Jonás, ó si habiéndola escuchado la hubiesen despreciado? ¡Ah! que hubieran perecido sin remedio. El Profeta se presenta á ellos por orden de Dios, y exclamando toda la ciudad: si en término de cuarenta dias no os convertís, Nínive será destruida (1). Esta voz no solo hirió sus oídos, si no que penetró hasta lo íntimo de sus corazones, y desde el rey hasta el último vasallo no solamente se cubrieron de silicios y ayunaron, sino que hasta á las mismas bestias hicieron ayunar, por lo que el Señor usó de misericordia con ellos, perdonándoles sus pecados (2). No nos da el Señor á nosotros los mismos saludables avisos por cuarenta dias, ¿pero no nos ha dicho hace cuatro dias que nos acordemos que somos polvo y que en polvo nos hemos de convertir? ¿No nos está repitiendo á cada momento que vivamos vigilantes, pues que ignoramos el dia y la hora en que seremos llamados á juicio? ¿Y qué excusa tendremos cuando desde los púlpitos llega diariamente á nosotros la divina palabra que nos recuerda nuestros deberes? ¡Ah! no permita el Señor por su misericordia que llegue el dia en que impotentes ya para proveernos de remedios, tengamos que decir desde el lugar de la perdicion eterna. ¡Qué insensatos hemos sido! ¡Nosotros juzgábamos debilidad y locura la devocion y la piedad, y ahora conocemos nuestro error! ¡Ojalá que hubiésemos escuchado las voces saludables de los sacerdotes que ya nos anunciaban nuestro de-

(1) *Adhuc quadraginta dies, et Ninive subvertetur. Jonás cap. III versículo 4.*

(2) *Et vidit Deus opera eorum, quia conversi sunt de via sua mala, et misertus est Deus super malitiam quam locutus fuerat ut faceret eis; et non fecit. Ibid. v. 10.*



astroso fin! ¡Ojalá hubiésemos hecho penitencia y con ella hubiésemos lavado nuestros pecados! ¡Ya no nos queda otra cosa que el rabiarse y el crugir de dientes!..

No permitais, amorosísimo Redentor que llegue un día tan desgraciado en el que de nuestros labios tengan que salir tan tristes lamentos; no permitais que se pierdan nuestras almas, cuyo rescate os costó tantas aflicciones, tormentos é ignominias! Es verdad que hemos pecado, que no nos hemos aprovechado de vuestra divina palabra, que tantas veces ha herido nuestros oídos, pero en adelante otra será nuestra conducta, pues que os ofrecemos ser dóciles á las exhortaciones cristianas que nos enviáis por boca de vuestros ministros.

Tales deben ser, amados hermanos, nuestros votos y súplicas, si no queremos perdernos miserablemente como se perdieron todos aquellos que se han apartado de la doctrina de Jesucristo. Os dije antes que la falta de fé y de docilidad á escuchar las palabras de Dios, podía darnos por resultado el que el Señor apartase de nosotros el reino de la fé que seria la mayor de las calamidades que podrian sobrevenirnos. ¡Cuántas veces resonó la autorizada voz de San Agustín en los pulpitos de una nacion vecina! ¡Con cuánto celo no anunció en ella las verdades católicas un Santo Tomás Cantuariense! Y esa nacion plantel de santos se volvió ingrata á su Dios, y cayó en el indiferentismo, y el castigo terrible que el Señor le envió fué dar un soplo omnipotente á la lámpara de su fé que quedó apagada allí, para aparecer con mas brillo en otra parte del mundo. Plegue al Señor que la fé que ya va volviendo á aparecer en la nacion desgraciada á que me refiero, se estienda prodigiosamente en todos sus

ángulos, y que despues de tantos años de espesas tinieblas, vuelva á radicarse en ella la verdadera religion.

Señores: nosotros los ministros de la religion no cumpliríamos nuestros deberes si no os enseñásemos los caminos de la salvacion, si fuéramos perros mudos que no defendiéramos el rebaño de Jesucristo, de los asaltos de los lobos de la impiedad y de la mala doctrina: á nosotros nos ha enviado Jesucristo como á Jesucristo lo envió su Padre: nuestro ministerio es por lo tanto el mismo ministerio que el del Salvador: ser regeneradores de la sociedad y de las costumbres, que es continuar la obra de nuestro Divino Maestro, es nuestra mision sublime. Tal vez veais defectos y pecados en los ministros de la divina palabra. Esto no debe retraeros de escucharlos y tomar sus lecciones. Jesucristo no envió ángeles para predicar su doctrina, sino que ¡oh admirable Providencia! quiso destinar al hombre para santificar al hombre mismo. Si nosotros no somos como debemos ser, estrecha cuenta se nos exigirá: á vosotros solo toca el reverenciar al sacerdocio, el oír su voz, el practicar sus consejos, pues que terminantemente ha dicho el mismo Jesucristo á sus ministros. «El que á vosotros oye á mi me oye: el que á vosotros desprecia á mi me desprecia.» No quiera Dios que al hacer la apología del sacerdocio católico, busque mi propia estimacion, por verme elevado á un ministerio que tan indignamente ejerzo. Pero creo tocar á la llaga cancerosa que corro las entrañas de la sociedad. Nunca, en ningun tiempo ha sido mas vilipendiado en nuestra España el sacerdocio que en la triste época que hemos atravesado. No ha habido males, ni han ocurrido trastornos en que no se haya culpado al sufrido clero, que no ha



hecho otra cosa que verter lágrimas ante el vestíbulo y el altar. A los jóvenes se nos ha pintado con negros colores y se les ha acostumbrado á temernos y huirnos, y eso en una nacion que al clero debe sus mayores glorias, y las piedras mas brillantes de la corona de sus monarcas. ¿Quién sino el clero ha sostenido en todo tiempo la piedad de nuestra patria? ¿Quién sino el clero civilizó esas Américas, formando de hombres incultos, varones religiosos é instruidos, y fieles vasallos del trono de Castilla? ¿Y quiénes han dejado pasar á poder extraño parte de aquellos países sino los enmascarados enemigos del sacerdocio?... Pero no es mi mision en este día defender al sacerdocio, ni el sacerdocio necesita defenderse. Por fortuna la España, la Europa entera vá entrando en la feliz época de su regeneracion, y poco valen ya los esfuerzos del filosofismo, ni las luchas del error.

Concluyamos, católicos, exhortándoos por vuestro bien, por lo mucho que nos interesamos en la salvacion de vuestras almas, á que entreis en el conocimiento de vuestros deberes. Amad á Dios y respetad á sus ministros: oid con fé, con docilidad y con deseos de aprovecharos la divina palabra que se os anuncia. Jesucristo os llama por nosotros: cuando asistais á los sermones, oirlos como si oyerais al Salvador, pues suyas son nuestras palabras, y practicar cuanto se os anuncie. Si asi lo haceis lloverán sobre vosotros las bendiciones de Dios. ¿No procurais hacer provisiones de alimentos para sostener la vida del cuerpo? Pues al mismo modo procurar no dejar perder el alma por falta de su alimento espiritual que es la palabra de Dios que la nutre y la salva: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. Amen.*

## SERMON 2.º

PARA EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

**El ayuno y la mortificacion son los medios mas conducentes para vencer las tentaciones del enemigo de nuestras almas.**

*Et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esurivit*

Y como hubiese ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, despues tuvo hambre.

Math. cap. IV, v. 2.

La historia evangélica es maravillosa: cada capítulo, cada período lleno está de máximas saludables, dirigidas todas al mayor bien de las criaturas. El Evangelio de este día nos refiere las tres tentaciones que sufrió Jesucristo cuando fué conducido al desierto por el Espíritu de Dios. Ora diciéndole el demonio que convirtiera unas piedras en pan, ya diciéndole que se echase abajo desde el pináculo del templo á donde le habia conducido; y por último exigiéndole le prestase adoracion en pago de lo cual le ofrecia todos los reinos del mundo, queria penetrarse de si era ó no Jesucristo el Hijo de Dios: empero el enemigo quedó confundido con las admirables respuestas del



hecho otra cosa que verter lágrimas ante el vestíbulo y el altar. A los jóvenes se nos ha pintado con negros colores y se les ha acostumbrado á temernos y huirnos, y eso en una nacion que al clero debe sus mayores glorias, y las piedras mas brillantes de la corona de sus monarcas. ¿Quién sino el clero ha sostenido en todo tiempo la piedad de nuestra patria? ¿Quién sino el clero civilizó esas Américas, formando de hombres incultos, varones religiosos é instruidos, y fieles vasallos del trono de Castilla? ¿Y quiénes han dejado pasar á poder extraño parte de aquellos países sino los enmascarados enemigos del sacerdocio?... Pero no es mi mision en este día defender al sacerdocio, ni el sacerdocio necesita defenderse. Por fortuna la España, la Europa entera vá entrando en la feliz época de su regeneracion, y poco valen ya los esfuerzos del filosofismo, ni las luchas del error.

Concluyamos, católicos, exhortándoos por vuestro bien, por lo mucho que nos interesamos en la salvacion de vuestras almas, á que entreis en el conocimiento de vuestros deberes. Amad á Dios y respetad á sus ministros: oid con fé, con docilidad y con deseos de aprovecharos la divina palabra que se os anuncia. Jesucristo os llama por nosotros: cuando asistais á los sermones, oirlos como si oyerais al Salvador, pues suyas son nuestras palabras, y practicar cuanto se os anuncie. Si asi lo haceis lloverán sobre vosotros las bendiciones de Dios. ¿No procurais hacer provisiones de alimentos para sostener la vida del cuerpo? Pues al mismo modo procurar no dejar perder el alma por falta de su alimento espiritual que es la palabra de Dios que la nutre y la salva: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. Amen.*

## SERMON 2.º

PARA EL PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

**El ayuno y la mortificacion son los medios mas conducentes para vencer las tentaciones del enemigo de nuestras almas.**

*Et cum jejunasset quadraginta diebus et quadraginta noctibus, postea esurivit*

Y como hubiese ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, despues tuvo hambre.

Math. cap. IV, v. 2.

La historia evangélica es maravillosa: cada capítulo, cada período lleno está de máximas saludables, dirigidas todas al mayor bien de las criaturas. El Evangelio de este día nos refiere las tres tentaciones que sufrió Jesucristo cuando fué conducido al desierto por el Espíritu de Dios. Ora diciéndole el demonio que convirtiera unas piedras en pan, ya diciéndole que se echase abajo desde el pináculo del templo á donde le habia conducido; y por último exigiéndole le prestase adoracion en pago de lo cual le ofrecia todos los reinos del mundo, queria penetrarse de si era ó no Jesucristo el Hijo de Dios: empero el enemigo quedó confundido con las admirables respuestas del



que ningun partido podia sacar. Ahora bien, Jesucristo se preparó á resistir las tentaciones con un ayuno de cuarenta dias y cuarenta noches consecutivas. Es notable la narracion del Evangelista. *Fué conducido Jesus por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo, y como hubiese ayunado cuarenta dias con cuarenta noches, despues tuvo hambre.* Ciertamente que el Salvador no necesitaba prepararse por el ayuno, pues que siendo impecable no podia temer á la tentacion. ¿A qué fin, pues, el permitir ser tentado? ¿Y á qué prepararse por tan riguroso ayuno? Todo iba encaminado á nuestro bien: nada hizo inútil el Salvador, y como vino á enseñarnos con su ejemplo y doctrina, en todas sus acciones nos tenia presentes. El hombre habia de estar cercado de tentaciones, y tenia que enseñarle el modo de vencerlas. Ved aquí el por qué de su rígido ayuno.

La Iglesia nuestra madre nos prescribe el ayuno, así en este santo tiempo de Cuaresma destinado á llorar nuestros pecados, como en las vísperas de los dias en que celebra sus mayores solemnidades, conociendo que el ayuno es uno de los medios de santificacion, y un medio seguro para el vencimiento de las tentaciones del demonio.

Sensible por demas, hermanos míos, que el cristiano cuyo libro de instruccion debe ser Jesucristo crucificado, sea tan fácil en dejarse vencer por las tentaciones del enemigo de nuestras almas, olvidando las promesas que hizo al ser regenerado en el bautismo, de renunciar á Satanás, sus obras y sus pompas. Ese universo que mostró á Jesucristo ofreciéndoselo en premio de un acto de adoracion, es el mismo que le sirve de arma para aprisionarnos en sus redes. Mas co-

nociendo nuestra debilidad y propension al mal, no necesita ponernos á la vista el conjunto de sus grandezas, deslumbrándonos con mapa tan encantador. Un mezquino honor, un fementido halago, un poco de interés, un vil placer sensual; ved lo que necesita para hacer caer al hombre, para que le dé á él la adoracion que solo á Dios se debe.

Tended, señores, la vista por el cuadro que presenta la sociedad, y vereis lo fácil que es al demonio sujetar al hombre en el lazo de la tentacion. ¿Qué descubris ante vuestros ojos? Jóvenes disolutos que envueltos en placeres infestan á otros muchos con los miasmas pútridos de sus pecados, llevándolos por el camino de la perdicion; hombres que entregados á un amor adulterino abandonan á la esposa que les dió la Iglesia y á sus mismos hijos; mujeres escandalosas y llenas de vanidad y orgullo. Pero hay mas: tan sutil es el tentador maligno, que vereis á muchos cumplir con sus deberes religiosos, asistir al templo, oir el santo y tremendo sacrificio de la Misa, y estar sujetos al demonio, que les tiene ciegos por la usura, por la codicia, por la vanidad ó por el amor propio, y por una cuesta insensible los va conduciendo á sus lóbregas mansiones. Para librarnos de caer en tan solapadas redes nos aconseja mi gran Padre el Príncipe de los Apóstoles la sobriedad y la vigilancia, advirtiéndonos que cual león rugiente anda siempre el demonio alrededor nuestro para aprisionarnos (1). Y la Iglesia, madre cariñosa y tierna, solícita por nuestro bien, nos prescribe la mortificacion y el ayuno como medios de prevencion contra el enemigo que con tanta cons-

(1) 1. D. Petr. cap. 5, v. 8.



tancia sitia nuestra alma con el objeto de vencerla.

Yo vengo, pues, en este dia á predicar el ayuno, como medio seguro para vencer las tentaciones y conservar la gracia del Señor: arreglemos las ideas del discurso para mayor claridad. «Debemos ayunar porque lo manda la Iglesia, á quien estamos obligados á obedecer, siendo vanos y de ningun valor los pretextos y excusas de muchos cristianos para esceptuarse del ayuno.» Tengo propuesto.

Dios Omnipotente, que deseais la salvacion de todas las criaturas, poned en mi boca palabras de fuego, que penetrando á los corazones de los pecadores que me escuchan, los haga decidir á practicar la mortificacion y el ayuno, al modo que nos enseñó vuestro Santísimo Hijo y Redentor nuestro con su ejemplo. Esta gracia os suplico por la intercesion de la Reina de los ángeles y de los hombres. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

No puede reconocer á Dios por padre, dice san Cipriano, el que no honra á la Iglesia como á su madre (1). Locura es por lo tanto y ceguera lamentable la de aquellos que censuran la obra de la divina sabiduría. La Esposa inmaculada de Jesus, con divina autoridad ha establecido medios de santificacion, que dirigidos á encaminarnos al logro de la salud eterna, nos apartan de los caminos de la perdicion. ¿Y qué persona de sano entendimiento negará á la Iglesia católica su infalibilidad; toda vez que está regida y gobernada por el Espíritu Santo? No obstante esta verdad; á pesar

(1) De Unit. Eccles.

de la perpetuidad de cerca de diez y nueve siglos todavia viene siendo la Iglesia bruscamente combatida por los dignos sucesores de los herejes de los siglos que pasaron: aun hay impíos: aun existen y aun por desgracia en este suelo clásico de la religion, indiferentistas que al vernos sumisos á las decisiones de la Iglesia nos acusan de fanáticos. Si la Iglesia no fuese una fundacion divina, si no tuviese por autor á un Dios, y no fuese sostenida por el mismo Dios ¿subsistiria tan brillante y gloriosa, cuando por espacio de mas de mil y ochocientos años ha sido objeto de tanto exámen y discusion? Ella ha pasado por grandes, terribles y crueles persecuciones; ella se ha visto combatida por multitud de hijos disidentes, y siempre santa y siempre inmaculada, y siempre pura se ostenta serena y tranquila á pesar de los grandes ataques que se le han dirigido en todos tiempos: mas de una vez la filosofia se ha dado el perabien, creyendo próxima su muerte; empero como todos los que les antecieron en impiedad bajaron al sepulcro, el sofista Federico y el apóstol inmundo de la impiedad, Voltaire, sin haber visto la realidad de sus dorados sueños.

Abrid, señores la historia de la Iglesia, leed esos anales gloriosos, y la vereis siempre en lucha con el error, siempre combatida, pero siempre gloriosa: siempre rodeada de encarnizados enemigos, pero siempre triunfante. ¡Ah! El signo de la cruz, esa señal gloriosa aparecida al jóven emperador Constantino, esa cruz que elevó sobre el Capitolio, para la muerte de la idolatría, ha presenciado serena las mas grandes revoluciones atrayendo á sí los pueblos y naciones. Filósofos modernos, que cerrando vuestros ojos á la



clara luz de la razon, mirais como una quimera las disposiciones de la Iglesia; vosotros los que haceis gala de desobedecerla, oid las palabras de Jesucristo, legislador divino de nuestra santísima ley. Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra: id y enseñad á todas las gentes y ved, que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1). Ved aquí claramente demostrada la asistencia de Dios á su Iglesia, por lo cual convencersos podeis de su infalibilidad. Vosotros cerrais vuestros oidos para no escuchar á la Iglesia, y seguir tan solo el camino á que os guía vuestra errada imaginacion. Bien: en este caso sereis reputados como gentiles. Terminante es en este punto la sentencia del Salvador: «Si alguno no escuchara á la Iglesia debe ser mirado por vosotros como un gentil ó un publicano (2).»

No lo dudeis, hermanos míos; desprenderse del seno amoroso de nuestra Madre la Iglesia es desprenderse del seno de la verdad, es caminar por la via del error, es en suma, dar con la perdicion eterna. Hijos fieles de madre tan amante no nos dejemos alucinar por los sofismos de la incredulidad, sino oigamos sus voces, y observemos sus preceptos. ¿Qué otra cosa nos toca hacer á los que por la divina misericordia, vivimos unidos con los lazos de la fé y los vínculos de la caridad, en el centro de la unidad católica? La Iglesia instruida por su autor divino, y exenta de errores y de supersticiones nos prescribe la ley del ayuno, como medio de mortificar nuestra carne y

(1) *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra... Eantes docebo omnes gentes... Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi.* Math. cap. XXVIII, v. 18, 19 y 20.

(2) *Si autem Ecclesiam non audierit; sit tibi sicut ethnicus, et publicanus.* Math. cap. XVIII, v. 17.

preservativo para evitar la caida en las tentaciones. ¿Tendremos nosotros derecho de examinar y discutir este punto? Oimos la risa de la impiedad, la mofa del libertino; pero esto no debe servirnos para retraernos de una obligacion sagrada. Cuando se trata de las cosas que Jesucristo nos ha prescripto en nombre de su Eterno Padre, ó lo que la Iglesia nos manda en nombre de Jesucristo, solo nos toca el obedecer y el respetar tan superiores mandatos. En el que es objeto del presente discurso hay por desgracia muchas y lamentables transgresiones. Aun personas timoratas y de vida arreglada, dejan pasar las cuaresmas y demas dias en que la Iglesia prescribe el ayuno, sin cumplir este precepto.

La Iglesia lo manda, y esto solo debe ser lo bastante para que nosotros ayunemos, y la idea de esta madre cariñosa es el prepararnos por este medio, para que estemos ágiles para la meditacion de las cosas santas y los misterios de la religion: y todos los padres y escritores sagrados convienen en lo útil del ayuno para vencer la tentacion. El solo ejemplo de Jesucristo es suficiente prueba de esta verdad. Ayuna con el mayor rigor para prepararse á resistir las tentaciones, dándonos con esto la regla de nuestra conducta. Si tenemos en algo la salvacion de nuestra alma, necesario es que no descuidemos el cumplimiento del ayuno. Me esplicaré.

Entre todos los negocios que puedan ocupar nuestra imaginacion, no hay uno mas interesante que el negocio de la salvacion. Nada de la tierra, por interesante que sea, debe llamar tanto nuestra atencion como el asunto de nuestra eterna felicidad. Vivimos en un mundo en que los escollos son infinitos, en



que á cada momento nos ponemos en ocasion de perdernos; mil enemigos nos asaltan: pero aunque podemos huir de muchos, evitando las ocasiones, apartando nuestra vista de objetos pecaminosos, absteniéndonos de ciertos espectáculos, donde corre peligro la virtud, tenemos un enemigo que acompaña al hombre á todas partes: ora esté en medio de la sociedad, ora se retire á un claustro: ya en la ocupacion, ya en el descanso, siempre tenaz, siempre incansable quiere vencer al espíritu del hombre. ¿Os es fácil apartaros de vosotros mismos? ¿Podeis apartaros de la carne de que estais revestidos? Pues tampoco podeis apartaros de vuestro mayor enemigo, porque este no es sino vuestra misma carne, vuestras mismas pasiones. ¿No habrá, oh Dios de bondad, un remedio para vencer á la concupiscencia de la carne? Vosotros, padres de la Iglesia, que supisteis triunfar, hablar y decidnos los medios de que os servisteis para ganar tantas victorias. ¡Ah! Que todos á una voz me respondan: «El ayuno y la mortificacion de los sentidos, fué la que hizo que nuestro espíritu triunfase de nuestra carne. El ayuno con la penitencia santificaron á un San Gerónimo á través de las mas horrosas tentaciones. Sí, porque el ayuno; como dice el padre San Basilio, es el mas vigilante centinela de las almas, y el arma mas poderosa para vencer toda suerte de tentaciones. ¡Cuántos bienes produce el ayuno! Si Esther se decide á presentarse á Assuero para alcanzar misericordia en favor suyo y de su pueblo, se prepara primero por el ayuno. Si el decreto de esterminio dado contra los Ninivitas por sus pecados fué revocado por Dios, no fué otra la causa que el haberse todos entregado á un rígido ayuno. Cuantos elogios

tributa Jesucristo á Juan Bautista se fundan en su mortificacion y en su ayuno, pues nunca comió mas que lo necesario hasta el término de abstenerse de vinos todo el tiempo de su vida. Sí, señores, el ayuno es la medicina que cura las enfermedades del alma, asi como la dieta es aplicada á la curacion de muchas enfermedades del cuerpo.

Leed con atencion las vidas de esos héroes cuyas imágenes veneramos sobre los altares, y en ninguna de ellas dejareis de encontrar la narracion de sus rigurosos ayunos: vereis que la mayor parte no hacian mas que una comida al dia, y esta en la cantidad precisa y necesaria para mantener la vida, pues deseaban mortificarse para poder vencer las tentaciones. Si yo preguntase á esas almas tímidas, á esos hombres afeminados que se resisten á la menor mortificacion si desean salvarse, ciertamente me responderian que no son otros sus anhelos. ¡Pero qué insensatos! Quieren salvarse pero sin dejar sus comodidades, sus placeres y sus vicios. Quieren salvarse sin hacer obras dignas de salvacion. Jesucristo que nos abrió las puertas de los cielos, nos dejó trazado el camino por donde debiamos seguirle, y bien sabeis que la calle de la Amargura que condujo al Señor al Calvario, lejos de estar sembrada de flores lo estaba de punzantes espinas. No hay medio, mis amados hermanos, ó seguir el camino real de la cruz ó renunciar al cielo. Si quieres conseguir la vida eterna, nos ha dicho la Iglesia al admitirnos en su seno, observa los mandamientos: ama á Dios con todo tu corazon y con toda tu alma. Y qué ¿podrá decir que ama á Dios el que no obedece sus mandatos? ¿Le amará el que cierra sus oidos á las voces de su Iglesia? Dos señores dis-



tintos reclaman adoracion y obediencia; que son Dios y el mundo; el mundo os ofrece placeres y comodidades de cuatro dias, y Dios en recompensa de una corta mortificacion una gloria perdurable. Creo que no debe de ser dudosa la eleccion. Vosotros no podeis menos de conocer que la mayor desgracia que puede sobrevenir á una criatura es perder el cielo: sabeis tambien que no hay cosa mas fácil de suceder. Sin embargo, la Iglesia os advierte del peligro, y á grandes voces os clama. Vigilad y orad para que no caigais en la tentacion: haced frutos dignos de penitencia: llorad vuestros pecados; mortificad vuestra carne; ayunad y dad limosna segun vuestras facultades. Mas como quiera que estas voces que os dirige por vuestro bien, y para que os santifiqueis no penetran cual debieran hasta el fondo de vuestro corazon, no tardais en contestar que así lo hareis cuando apaciguadas vuestras pasiones podais hacerlo con mas facilidad. ¡Y cuándo será ese dia! ¿Ignorais, por ventura que cada dia vais añadiendo nueva leña á ese volcan que arde en vuestro corazon?

Es una verdad innegable que nada mira el hombre con mayor indiferencia que la salud de su alma. Contemplad ese hombre pecador que ha estado escuchando en el templo verdades eternas que debian haberle estremecido, porque le han hecho conocer el peligro en que está de condenarse, y le vereis salir del lugar santo con la mayor indiferencia y sin mostrar en el rostro la menor turbacion: habladle en el momento de cualquier cosa que llame su atencion, y en el instante vereis la risa en sus lábios: empero que se acerque un amigo y le diga que se ha recibido noticia del temporal que sufría el buque donde iban sus

mercancías, y que no se sabe el resultado, y en el momento vereis como palidece, y tal es la sorpresa que recibe que no se atreverá á contestar en algunos momentos. Decidle á otro que un incendio ha destruido sus posesiones, y le vereis entregado á la desesperacion... ¡Pero á dónde voy! Todo se aprecia, todo se estima menos el objeto mas digno de estimacion, que es el alma. Dicen los hombres prudentes al descuidado, poned guardas fieles en vuestras viñas, pues que de otro modo os quedareis sin uva, y en el momento se atiende á este consejo y se practica, la prudencia y sabiduría de nuestra madre la Iglesia nos dice llena de amor: Poned guardas fieles á vuestras almas, pues que estan continuamente amenazadas por terribles enemigos: hace mas todavía, pues que nos advierte la calidad del guarda que debemos escoger y nos dice que la mortificacion, la penitencia, el ayuno son fuertes muros de defensa. ¿Por qué, pues, tanto descuido en asunto de tanta importancia? ¿Por qué tanta indiferencia? ¿Por qué tanta insensatez? Si la Iglesia exigiera de nosotros unos ayunos tan rigurosos como los que practicaban los fieles de la primitiva Iglesia; si os pidiese una austeridad semejante á la que practicaban los solitarios de la Tebaida, tal vez entonces podriais quejaros y decir que la debilidad y escasez de fuerzas á que habiais de quedar reducidos os privaria de poder entregaros á vuestros negocios y atender con el trabajo á sostener vuestras familias; pero cuando tan solo se os exige que hagais una sola comida en el dia de ayuno, y que os priveis en los mismos dias de ciertos y determinados manjares, os creéis tambien faltos de fuerza para practicarlo? Tratemos pues, hermanos míos, de cumplir con el precepto del



ayuno, convencidos del deber en que estamos de obedecer á la Iglesia que así nos lo manda, y de lo utilísimo que nos es, como remedio eficaz para vencer las tentaciones del enemigo de nuestras almas. Empero tratemos de evitar excusas frívolas y vanos pretextos, como asimismo los defectos en que se suele caer por lo comun en la práctica del ayuno.

Y desde luego la mayor parte de los ayunos de nuestros dias son inútiles y no causan sus saludables efectos. El ayuno en primer lugar no solo ha de ser corporal sino que tambien espiritual; es decir, no se reduce el ayuno á hacer una sola comida, pues de nada servirá esto, si el resto del dia se pasa en diversiones, en reuniones peligrosas, y aun tal vez en pecados. ¿Cómo ofreceis en este caso vuestra mortificacion al Señor? ¿Y cómo aceptará vuestra ofrenda, cuando vuestra alma se halla lejos de él por la culpa? Empero lo que no llama menos mi atencion es el modo que tienen muchos de practicar el ayuno. Nada hemos de tomar por la mañana, dicen muchos; pues bien, aumentaremos los manjares de la única comida que hemos de hacer; y de tal modo se hace, que abusando de la comida y bebida, viene á darse en el pecado capital de la gula. ¿Y el hacer esto os parece mis hermanos, que es ayunar? De ningun modo; y sino decidme: ¿que efectos causó en Jesucristo su ayuno? Bien claro nos dice el Evangelio: *Et cum jejunasset quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, pasta esuriit.* Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, despues tuvo hambre. Ved aquí el efecto del ayuno que vosotros no quereis experimentar.

Muchas son las personas que se creen esceptuadas de este precepto del ayuno, y que haciéndose jueces

de su propia causa, se dispensan á sí mismos sin necesidad de consulta alguna. La Iglesia, hermanos míos, es dulce, es benigna, es buena madre y no exige de sus hijos mas de lo que ellos pueden practicar. Conociendo que á los niños les perjudicaria el ayuno para su natural desarrollo, ha señalado la edad de veinte y un años para que queden sujetos á esta obligacion, no habiendo fijado en la que concluye, sino dejándolo á la prudencia de los confesores, que dispensarán de esta obligacion á los ancianos, cuando vean ó conozcan que ya no pueden practicarla sin detrimento de su salud, aunque la opinion mas seguida es que concluya á los sesenta años: tampoco obliga en ninguna edad á los enfermos, á las mujeres preñadas ó que crían, ni á aquellos trabajadores que se dedican á trabajos recios. Ved aquí cuánta benignidad, cuánta caridad usa con sus hijos la Iglesia, y aun hay quien se atreva á ponderar su rigidez.

El abuso mas lamentable que se hace en este punto es el creerse libres de la obligacion de ayunar muchas personas que no están en los casos ya expresados, y sí solo porque el ayuno les produce alguna incomodidad ó les mortifica algo. Pues qué, ¿no es el objeto principal del ayuno la mortificacion de la carne? Si no sintiéseis alguna incomodidad, si no sufriéseis algo, ¿qué ofrecierais á Dios en vuestro ayuno? Pero aun queriendo suponer que vuestra excusas sean legítimas, ¿quién os ha facultado para dispensaros por vuestra propia autoridad? ¿Quién os ha constituido jueces de vuestra propia conciencia? Vuestro deber es acudir á ambos médicos, espiritual y corporal, esponerles las causas que creais justas y obrar segun aquellos os prescriban.



Reasumamos para concluir cuanto llevamos dicho sobre materia de tanto interés para la salud del alma, que es la verdadera salud. Debemos ayunar, porque Jesucristo nos dió el ejemplo ayunando, y porque la Iglesia, infalible en sus decisiones, así nos lo ordena. Si así no lo hacemos, seremos reos de desobediencia á Jesucristo y á su Iglesia. Debemos ayunar, porque el ayuno es un preservativo para no caer en las tentaciones. En todos tiempos debemos ser parcios y evitar el exceso en las mesas; pero en tiempo de Cuaresma con mucho más motivo, y aun se debe evitar la asistencia á los festines que en otro tiempo son permitidos. Es doctrina del Padre San Agustín. Procuremos por lo tanto ayunar como lo manda la santa madre Iglesia, evitando todos los abusos introducidos en el moderno modo de ayunar. No seamos penitentes falsos, pues que Dios ve nuestras obras tales como ellas son, y así como no puede engañarse tampoco puede ser engañado.

Horrorizaos, mis hermanos, al escuchar las sacrílegas voces de los impíos, que tienen la osadía de combatir una ley autorizada por el mismo Dios. Días de salud, días santificados por la religion son estos de la santa Cuaresma que vamos atravesando. Fijad por lo tanto vuestras miradas en el augusto modelo que nos presenta el Evangelio de este día. Si vuestra naturaleza se resiente alguna cosa por el ayuno, recordad el de Jesucristo, y acordaos de cuanto hubo de sufrir por salvar nuestras almas. Contempladle en el huerto de las Olivas, sudando sangre, al solo considerar los grandes tormentos que iba á sufrir por la humanidad. Y no hay duda que contribuiría á aumentar su angustia nuestra ingratitud y rebeldia á sus mandatos,

Contempladle por último en los tribunales y despues en el Calvario, y si tales reflexiones no os mueven á ofrecer la corta mortificacion del ayuno, al que tanto sufrió por vosotros y se inmoló en un madero, en este caso veo en vosotros señales marcadas de reprobacion. Mas no; yo creo que vosotros, criados y amamantados en la doctrina de la católica Iglesia, sereis dóciles y cumplireis en adelante con esta sagrada obligacion, de que no podeis apartaros.

No os acordeis, Padre amoroso y dulce Redentor de nuestras almas, de nuestras pasadas infidelidades: abrid, Señor, todos los tesoros de vuestras inagotables misericordias, y lluevan ellas sobre nuestras cabezas. Por vuestros tormentos, por vuestra cruz, por vuestra muerte, os suplicamos nos libreis de nuestras malas inclinaciones y nos concedais vuestra gracia, á fin de que lloremos nuestros pecados y hagamos verdadera penitencia de todos ellos; alentadnos, á fin de que purificándonos con el ayuno, la mortificacion y penitencia, nos hagamos dignos de vuestras bondades. Ayudados por Vos venceremos nuestras pasiones. Con vuestra gracia nos justificaremos. Con vuestra gracia subiremos al cielo. *Amen.*



## SERMON

PARA EL LUNES

### DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

**El día del juicio final será el día grande de la exaltación de los justos y la confusión de los malvados.**

*Et congregabuntur ante eum omnes gentes, et separabit eos ad invicem, sicut pastor segregat oves ab hœdis. Et statuet oves quidem à dextris suis, hœdos autem à sinistris.*

Comparecerán en su presencia todas las gentes, y apartará á los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas á la derecha y los cabritos á la izquierda.

Math. cap. XXX, v. 32 y 33.

Es de fé, hermanos amadísimos; aquel Dios que lleno de amor y de misericordia, se dignó descender de los cielos á la tierra por nosotros los hombres y por nuestra salud; aquel Dios que revestido de nuestra humana naturaleza adoraran los reyes y pastores en la humilde gruta de Belen: que hullera en brazos de su tierna Madre para libertarse de las inhumanas maquinaciones del pérfido Herodes: aquel que calumniado por viles detractores sufrió las mayores

ígnominias y abatimientos, y por último, siendo la santidad por esencia, expió no sus pecados, porque ninguno cometió ni podía cometer, sino los de la humanidad entera, en el patíbulo de los criminales, ha de hacer una segunda venida al mundo. ¡Cómo es eso! me preguntareis admirados: pues qué, ¿querrá otra vez morir por la ingrata humanidad? ¿Querrá lavarnos de nuevo con su preciosa sangre, viendo que con tal colmo de malicia hemos hollado la que vertiera en el Calvario? No, hermanos míos. Jesucristo vendrá ciertamente: pero su segunda venida no tendrá el carácter que la primera. Juan Bautista anunció el reino de la misericordia, y nosotros los ministros de la religion os anunciamos el reino de la justicia. El Precursor señalaba con su dedo al que quita los pecados del mundo: nosotros nuevos precursores, estamos encargados de anunciar al mundo y señalar con el nuestro al Dios que ha de venir para juzgar el mundo.

Atended justos, oid pecadores, estremeceros mortales todos: *Vendrá el Hijo del hombre con toda su magestad acompañado de sus ángeles, y sentarse há sobre su trono.* ¿Y qué significa este anuncio? ¿A qué vendrá segunda vez el que vino á redimirnos? ¡Ah! ¡Qué yo tiemblo! ¡Yo me espanto! ¡Yo me acerco lleno del mayor pavor! ¡Cielos, dadme fuerzas, y no se pongan delante de mis ojos mis pecados!... «Todas las gentes, continúa el Evangelio de este día, se juntarán ante su presencia y apartará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas y los cabritos. Y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á su izquierda.» ¿Lo habeis oido, cristianos? ¿Y á quién representan estas ovejas y estos cabritos? Fuerza será que os contristeis, pero debeis sa-



berlo. Las ovejas representan á los justos á quien dirá el Señor: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo*, porque obrásteis el bien y practicásteis la justicia. En los cabritos se comprenden los pecadores que murieron sin hacer penitencia, y á estos dirá: *Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles; marchad á esas mazmorras de fuego por toda la eternidad en castigo de vuestras maldades.*

Yo no quisiera estremeceros con la pintura del juicio; pero la Iglesia al hacerme leer el Evangelio de este dia me manda que haga resonar la trompeta del juicio, con el objeto de despertar á los pecadores que tranquilamente duermen en el sueño de la culpa. Hoy es el dia en que yo quisiera ser rico de elocuencia y poseer el don de persuadir: hoy quisiera ser tan celoso y estar tan inspirado como mi gran padre el Príncipe de los Apóstoles cuando anunciaba el juicio á Israel, ó como un San Pablo cuando predicaba el mismo asunto á los areopagitas. ¡Quién fuera hoy tan elocuente como un San Vicente Ferrer, para que atemorizados vosotros con la pintura del juicio, saliéseis de este templo, con ánimo decidido de hacer penitencia, y prepararse por este medio para un juicio que nos es imposible evitar: para un juicio donde se verán al vivo nuestras buenas y malas obras, nuestros pecados mas ocultos: para un juicio formidable, cuya sola memoria hizo temblar á David en medio de la corte; al penitente San Gerónimo en el desierto, al mortificado Arsenio en las cavernas: para un juicio en suma, del cual pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna.

Yo, señores deseo saber algo de este dia, cuyo re-

uerdo me estremece: recurro para ello á la fuente de la sabiduría: abro las páginas sagradas de la escritura santa, tiendo sobre sus admirables versos mi vista, y encuentro á Isaias que me dice. *Es el dia del Señor y el dia del hombre* (1). Me basta: no deseo saber mas, toda vez que el Profeta me hace comprender en dos palabras todo cuanto es digno de saberse. Es el dia de Dios, porque allí no le veremos crucificado en una cruz ni se nos presentará oculto entre los velos eucarísticos: se nos presentará sí, con toda la magestad, con toda la grandeza que le es propia, y es el dia del hombre, por que allí no se mostrará á la faz del mundo entero ocultando sus maldades con los tupidos velos de la hipocresía: dia de Dios que sentenciará como Juez; dia del hombre que escuchará su sentecia como reo.

Voy á hablaros, pues, del juicio final, haciéndoos ver que es *el dia grande de la exaltacion del justo y de la confusion de los malvados.*

Plegue á Vos ¡oh Dios de mi corazon! que aprovechándome yo mismo de cuanto voy á esponer al pueblo que me escucha, sea el primero á llorar mis pecados y á prepararme para el dia de la cuenta. Inflamad mis labios y dad virtud á mis palabras, á fin de que consiga frutos saludables en mis oyentes, y puesto que la Santísima Virgen estará á vuestro lado en el acto en que juzgueis al mundo, á ella acudimos implorando su intercesion. *Ave Maria.*

(1) Isaias, cap. II, v. 12.  
Tomo IV.



## REFLEXION UNICA.

Precisamente, cristianos, todo lo que empezó tiene que concluir: Dios solo es eterno porque es el solo, que no tuvo principio. Contemplad por un momento este hermoso palacio en que habitamos: tended vuestra vista por el encantador panorama que presenta la naturaleza. ¿Veis esos dilatados mares? ¿Veis esos árboles frondosos, ese verde campo que produce el alimento que os sostiene? ¿Veis esos brillantes astros que os prestan su luz para que guíeis vuestros pasos por el mundo? Pues todo concluirá, todo se resolverá á la nada y llegará un día ¡día terrible!... día en que el cetro de los monarcas, la tiara de los pontífices, la armadura de los guerreros, el sayal del monje, todo habrá dejado de existir: nada habrá, un silencio sepulcral esperará un momento decisivo para la suerte de tantas generaciones como habrán dejado de existir. A través de tan sepulcral silencio se dejará escuchar el sonido de una trompeta, sonido espantoso que se oirá en los cielos, en toda la tierra y hasta en el mismo infierno. En el momento volverán á tomar su forma todos los cuerpos por desechos y consumidos que estén, y el cielo, el purgatorio y el infierno dejarán salir las almas que en sí encierran para que vayan de nuevo á unirse con sus cuerpos. Entonces en un dilatado valle se encontrarán reunidas todas las gentes, y allí aparecerán mezclados el bueno con el malo, única diferencia que se advertirá en los rostros: no habrá ricos, ni pobres, amos ni criados, sábios ni ignorantes, pues solo se distinguirán justos y pecadores. Allí aparecereis vosotros monjes y solitarios

que pasásteis vuestra vida en la austeridad y en la penitencia, crucificando vuestras carnes; y vosotros ministros del Dios de paz, que cumpliendo vuestros sagrados deberes dirigísteis á las gentes por los caminos de la salvacion, enseñándoles con vuestra doctrina y ejemplo; y los monarcas que con sus virtudes y buen proceder formaron la felicidad de los pueblos, y los sábios que emplearon sus talentos en aprender y enseñar á otros la ciencia de salvarse, y los hombres justos que en todos los estados se santificaron. ¡Mas ay! que tambien os presentareis vosotros, incrédulos, impíos, á quienes la religion sirvió de mofa y de desprecio; y vosotros soberbios, que engreídos por los bienes de fortuna despreciásteis al pobre como sino hubiera sido vuestro hermano, y el avaro para quien se hace poco todo el oro del mundo, y vosotros lascivos, hombres sensuales, que volviendo á Dios vuestras espaldas adorais ídolos de barro, y tambien otras mujeres escandalosas, que cual venenosa culebra atraeis con sensuales silbos á almas incautas para abrirles la primera puerta del camino de la perdicion. ¡Ah! ¡Y qué desigualdad de sentimientos! ¡Qué júbilo del alma cristiana que entra de nuevo en aquel cuerpo penitente! ¡Ver aquellos miembros tan castigados, aquellos piés que siempre anduvieron por rectos caminos, aquellas manos tan pródigas, que siempre estuvieron abiertas para ejercer la misericordia con los pobres, aquellos ojos tan modestos que nunca se alzaron para ver objetos sensuales! El alma del pecador por el contrario, saldrá del infierno para unirse con aquel cuerpo á quien tanto regaló, y verá aquellos piés dirigidos siempre por el camino de la perdicion, aquella boca que tantas veces se abriera



para blasfemar el santo nombre de Dios; aquellas manos que siempre estuvieran cerradas para ejercer la caridad, y abiertas para apoderarse de la hacienda ajena. ¡Qué hermosas y gloriosas las almas de los justos! ¡Cuán horriblemente feas las de los pecadores!

Católicos: en aquellos momentos que precisamente han de llegar; en aquellos instantes en que todas las generaciones reunidas esperarán la venida del Juez Eterno, ¿cómo quisierais hallaros? ¡Ah! Que ya comprendo que deseariais hallaros blancos como la nieve. Pues comprended que entonces sereis impotentes para lavaros, y nada podreis hacer en vuestro favor. Ahora sí que estais en tiempo: ahora es cuando se os brinda con las aguas saludables del Sacramento de la penitencia: dejad pasar cuatro dias mas, y ya no os será posible. La muerte os podrá sorprender hoy mismo y la sentencia del juicio particular será indudablemente la misma que se confirme en el juicio final. Tal vez me preguntéis vosotros: siendo una verdad de fé que en el instante de nuestra muerte hemos de ser juzgados particularmente, y nuestras almas pasarán al cielo, al infierno ó al purgatorio, ¿á qué fin ese nuevo juicio? ¿Qué objeto es el de Dios en reunirnos de nuevo despues del último de los dias, para volver á pronunciar la sentencia? ¡Cuán grande es la justicia del Señor! Nos reunirá á todos para que los malos sean testigos de la bienaventuranza de los buenos: para que los malos sacerdotes que lejos de edificar ayudaron con sus escándalos á destruir los muros de la militante Jerusalem, sean testigos de la gloria que adquirieron aquellos obreros celosos, aquellos ministros de Jesucristo, cuya digna ocupacion fué siempre ganar

almas para el cielo, para que los hijos rebeldes que tuvieron en poco á sus padres, y revelándose contra ellos despreciaron su autoridad, presencien la felicidad de aquellos hijos dóciles y humildes, que reverenciando á los autores de su vida, los socorrieron en su vejez y en todas sus necesidades: nos reunirá para que los herejes é impíos, que despreciaban la religion y sus ministros, sean testigos de la hermosura y bienandanza de aquellos á quienes ellos miraban como insensatos: para que aquellos jueces que sentenciaron no en justicia, sino movidos del interés, sean testigos de la recompensa eterna en que van á entrar aquellos otros de su oficio que juzgaron con arreglo á justicia, sin dejarse vencer de otro interés que el de su conciencia; para que en suma, los hombres sensuales que se reian y burlaban de los que se dedican á la virtud, vean por sus ojos la brillantez y hermosura con que se presentarán las santas vírgenes, que huyendo de la sensualidad del siglo, se sepultaron para guardar su virginidad en los cláustros: á todas aquellas personas de ambos sexos que guardaron castidad segun su estado. Ved aquí señores, el por qué de esa reunion universal en el valle de Josafat: para la exaltacion de los justos y confusion de los malvados.

Ahora bien, ¿podemos engañarnos en nuestros juicios sobre la suerte de alguna persona que ha bajado al sepulcro, por mas que hayamos sido testigos de sus virtudes ó de sus vicios? ¡Cuántos á quienes nosotros teniamos por hombres justificados, aparecerán á nuestra vista en el dia del juicio con señales visibles de estar condenados por los altos é incomprensibles juicios de Dios, y por el contrario cuántos que á nosotros nos parecian pecadores obcecados, aparecerán gloriosos,



por haber alcanzado misericordia, y haber purgado sus culpas en el lugar de la expiacion! ¡Cuán aventurado es juzgar á las criaturas! Entonces todo nos será visible: todo aparecerá tal cual es, y veremos las devociones falsas, y las limosnas hechas con mas vanidad que caridad. En aquel dia, en una palabra, se harán públicos hasta los últimos pensamientos de las criaturas. Para que comprendais toda la confusion del alma pecadora en aquel terrible dia, yo os haré mas claro con un ejemplo lo que es la pública manifestacion de las conciencias. Si á cualquiera de vosotros, los que ahora me estais escuchando, viniese un ángel, y tomándoos de la mano, os presentase ante todo este auditorio, delante de ese altar ó en este púlpito, y levantando su voz fuese declarando uno por uno todos sus pecados y hasta sus mas ocultos deseos y pensamientos, ¿cuál seria la confusion de cualquiera de vosotros que fuese el elegido para esta prueba? ¿No es verdad que quisierais que en el mismo momento se abriese la tierra y os tragase? Considerese en este estado cada uno de los que me escuchan, y recordando sus mas vergonzosos vicios, verá cuál seria su vergüenza y confusion. Pues esto que ahora es una suposicion será una triste realidad en el dia del juicio final. Allí nos presentaremos con todos nuestros pecados, no ante una familia, no ante un pueblo, sino ante todas las generaciones de todos los pueblos de la tierra.

¡Cómo nos presentaremos nosotros, Dios de piedad! Nos amedrentamos ciertamente al recordar esta manifestacion general de las conciencias, y mucho mas al recordar vuestra presencia en aquel lugar. No aparteis vuestra vista de nosotros, y ahora que estamos en tiempo, dadnos vuestra gracia, á fin de que lloremos

amargamente nuestras pasadas infidelidades, y que practicando en adelante las virtudes cristianas, y haciendo saludable penitencia, nos encontremos en aquel dia hermosos y resplandecientes entre los bienaventurados. Así esperamos alcanzarlo mediante vuestros auxilios que humildes y arrepentidos os suplicamos.

Veamos, señores, la escena que ha de tener lugar en el valle de Josafat. El Hijo de Dios, rodeado de toda su magestad y grandeza y cercado de los espíritus angélicos, se dejará ver en aquel dilatado campamento, precedido de la santa cruz y trayendo á su lado á la Santísima Virgen, y se presentará llevando en sus manos el libro de las conciencias y la vara de la justicia. Cristianos, fijad vuestro pensamiento en aquel dia y confesad la omnipotencia, la sabiduría, la eternidad de Dios. Grandes de la tierra, á vista de este espectáculo terrible. ¿qué es vuestra grandeza? ¿Qué son vuestros honores? ¿Dónde estará entonces vuestra vanidad y soberbia?... ¡Ah! No apartemos nuestra imaginacion de tan interesante objeto. Los ángeles se prepararán á cumplir los designios de la Providencia: no es justo que el pecador penetre en la morada de la santidad, ni que el justo esté confundido con los malvados: no parece conveniente que la humildad esté reunida con la soberbia; la obediencia con la desobediencia; la castidad con la sensualidad. Es preciso que haya una separacion eterna y ved lo que hacen los ángeles: separan al monarca justo del injusto y azote de sus pueblos; al sacerdote santo, del escandaloso; al padre virtuoso del hijo ingrato y rebelde; al esposo fiel de la esposa adúltera. ¡Ah! pero abreviemos: las ovejas serán todas separadas de los cabritos, es decir; los justos quedarán á la mano derecha del Juez



eterno y los pecadores á su izquierda. *Et etatuet oves quidem á dextris suis, hædos autem á sinistris.*

¿Qué es lo que falta ya á aquel cuadro para unos de tanta ventura y de tanta infelicidad para otros? ¡Ah! falta tan solo escuchar la sentencia del soberano Juez; falta escuchar aquella voz omnipotente, que va á decidir de la suerte de la humanidad. Escuchadla, cristianos, pues que ella no se hará esperar. Atended, pecadores, y temblad por vuestra suerte. No dejaré de pronunciar ni una sola palabra de las que nos dice el Evangelio. Dirigirá el Señor su mirada amorosa á su derecha, y dirá á aquella multitud, que llena de regocijo espera escuchar el eco de su voz divina: «Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedásteis, desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitásteis en la cárcel y me vinisteis á ver.» Entonces le responderán los justos y dirán: ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, ó sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped y te hospedamos; ó desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel, y te fuimos á ver? Y respondiendo el rey les dirá: «En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis hermanos pequeñitos, á mí me lo hicisteis.» Despues volviéndose á su siniestra mano, dirá á aquellos otros: «Apartaos de mí, malditos al fuego eterno que está preparado para el diablo y para sus ángeles; porque tuve hambre y no me disteis de comer; sed y no me disteis de beber: era huésped y no me hospedásteis; desnudo y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis.» Entonces ellos tam-

bien le responderán: ¿Cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó huésped, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: «En verdad os digo, que cuando no lo hicisteis á uno de estos pequeñitos, ni á mí me lo hicisteis.» En aquel mismo momento irán estos al suplicio eterno y los justos á la vida eterna. *Et ibunt hi in supplicium æternum; iusti autem in vitam æternam.*

Tal es, mis amados hermanos, el cuadro del juicio universal, como nos lo presenta San Mateo en el Evangelio de este dia. No es una pintura puesta en los libros santos para atemorizar á los cristianos: es sí una realidad; es una verdad que hemos de presenciar y ver por nuestros propios ojos; aunque el Evangelio no lo manifiestase, la misma luz de la razon así nos lo hace comprender. Cuando ha hablado Dios, cuando el Evangelio afirma un hecho, demas están todas las pruebas que á continuacion quisiéramos presentar. Pero no obstante, un argumento de razon deseo presentaros. ¿Existe un Dios? Nadie lo duda. ¿Puede la justicia apartarse de Dios? Bajo ningun concepto, puesto que la justicia es uno de sus atributos. ¿Es cierto que impuso una ley al hombre, que entregó á Moisés, para que la hiciese observar; ley que su Divino Hijo vino á perfeccionar? Es constante. ¿Y quién podrá dudar que así como hay muchos observadores de la ley santa de Dios, hay tambien otros muchos que la desprecian, y viven encenagados en los vicios que aquella condena, y que mueren envueltos en sus mismos placeres? Pues ahora bien. ¿Seria justicia en Dios dar el mismo premio al justo que al pecador? De ningun modo: luego si Dios es la misma justicia, necesariamente tiene que juzgar á las criaturas, para darles el premio ó castigo á que



se hubieran hecho acreedoras por sus buenas ó malas obras. Y teniendo nosotros los católicos un conocimiento tan exacto de esta verdad, ¿cómo es que vivimos tan descuidados? ¿Cómo no nos preparamos por todos los medios posibles, para que si la muerte nos sorprende, como puede suceder, cuando menos en ella pensemos, no demos con nuestra perdición eterna? Ciertamente que esta es la mayor entre todas las demerencias.

Yo confieso, señores, que al pensar en que tengo de ser juzgado por un Juez tan recto y justiciero, tiemblo de espanto al contemplar los grandes deberes que me han sido impuestos por mi sagrado carácter de ministro del Señor, y me parece verle delante de mí diciéndome: Es verdad que ofrecistes el sacrificio de mi cuerpo y sangre; pero no con la pureza con que debias hacerlo; ocupastes la cátedra sagrada y predicastes mi Evangelio á las gentes; pero no lo hiciste con el celo que debias, y á veces buscaste tu gloria mas bien que la mia: ocupaste el tribunal de la penitencia, á donde los fieles acudian á lavarse de sus culpas; pero á veces lo hiciste de mala gana, y por no detenerte no reprendiste y amonestaste cual debias á los penitentes. Todo esto es verdad ¡oh Dios de mi corazón! y á esto tengo que añadir mil miserias; pero espero en Vos, que sois fuente de toda gracia, que aceptareis mis lágrimas y mi dolor, y usareis de vuestra infinita misericordia.

Católicos oyentes, vuestra salvacion me es muy interesante, porque yo deseo lo mismo que desea el que me envia á vosotros á anunciaros las terribles verdades que habeis oido, la conversion de uno de vosotros seria para mí la mayor gloria: por salvaros daria gus-

tosito mi vida, pues seria el mayor obsequio que yo podría hacer á Jesucristo. Por sus entrañas purísimas os exhorto á que entreis dentro de vosotros mismos, á que examineis vuestras conciencias con el mayor detenimiento, y veais si estais preparados para presentaros ante el tribunal de la Divina Justicia, y si conoceis que estais manchados por culpas de que no os habeis confesado, ahora estais en tiempo: mañana tal vez no lo estareis.

Tiempo aceptable es este. ¿Y lo dejareis pasar? ¿Y no os volvereis al Señor? La memoria del terrible juicio que hizo estremecer á los mas encanecidos anacoretas, ó hizo temblar á los mas rígidos penitentes, ¿no hará en vosotros ningun efecto? ¿No será suficiente para obrar vuestra conversion á Dios? ¿Deseais que el dia del juicio sea para vosotros el dia de vuestra exaltacion ó el dia de vuestra eterna confusion? Deseais decir como los escogidos: hemos acertado en obrar bien; en ser castos, humildes y obedientes, en despreciar las vanidades y locuras del mundo, y en seguir á Jesucristo crucificado; ó deseais igualar vuestros lamentos con los de los réprobos que esclamarán de este modo. Hemos errado el camino de la verdad... Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición: ¿De que nos aprovechó la soberbia? ¿Qué bienes nos ha traído la jactancia de las riquezas? Todo aquello pasó como sombra y como mensajero que va corriendo (1).

No permita el Señor que tales lamentos salgan de

(1) Erravimus á via veritatis... Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis... ¿Quid nobis profuit superbia? ¿aut divitiarum jactantia quid contulit nobis? Transierunt omnia illa tamquam umbra, et tamquam nucus percurret. Sap. cap. V. v. 6, 7, 8 y 9.



nuestros labios: no permita su misericordia infinita que nuestro puesto en el día del juicio sea á su siniestra mano, porque entonces nuestras esperanzas y clamores serán como la pelusa que lleva el viento, ó como la espuma delgada, que se esperece por la tempestad: ó como el humo que disipa el aire, ó bien como la memoria del huésped en un día que pasa, valiéndome de espresiones bíblicas (1). Quiera Dios, que nuestra suerte sea la de los justos que para siempre vivirán, y su recompensa está en el Señor (2).

Arbitros sois ahora de escoger: si como creo desais veros en el día del juicio á la diestra del Juez Eterno, reconciliaos con él por medio del Sacramento de la Penitencia, y lavad vuestros pecados con limosnas, ayunos y penitencias. Orad, y orad continuamente para libraros de caer en las asechanzas del enemigo. Trabajad en la obra de vuestra santificacion obrando el bien, cerrando vuestros oídos á los halagos del mundo corrompido y huyendo de los caminos de la perdición. Aplicaos al cumplimiento de la divina ley, y de este modo confiad, mis hermanos, en que sereis del número de los escogidos. Confiad, digo, en nuestro Dios, pues que si es justiciero, también es un Padre lleno de misericordia. El aceptará vuestro arrepentimiento y vuestras lágrimas, y estendiendo hácia vosotros sus brazos amorosos, os estrechará contra su corazón paternal. Bien sabeis que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. Llorad

(1) *Spes impii tamquam lanugo est, quæ à vento tollitur: et tamquam spuma gracilis, quæ à procella dispergitur: et tamquam fumus, qui à vento diffusus est: et tamquam memoria hospitis unius diei prætereuntis. Ibid. v. 15.*

(2) *Iusti autem in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum. Ibid. v. 16.*

vuestros pecados, y para alcanzar pronto perdón de todos ellos, tomad por intercesora á la Reina de los Angeles; á esa purísima Virgen, que Jesucristo nos dejó por Madre en el árbol de la cruz. ¡Ah! ¡Y qué dispuesta se halla siempre para acoger bajo su manto al pecador arrepentido! Ella nos alcanzará el perdón, ella nos conseguirá la gracia de bien morir, para que nuestra suerte en el juicio sea la de los santos.

Dulce Jesus de nuestras almas: sabemos muy bien lo mucho que os habemos ofendido: nuestros pecados claman castigo y siempre los tenemos ante nuestros ojos. ¿Pero no usásteis en todo tiempo de misericordia con los que á Vos llegaron arrepentidos de sus culpas? Pues nosotros os suplicamos postrados ante vuestros piés, y os suplicamos por la intercesión de vuestra Santísima Madre, á quien no negais gracia alguna, que nos deis vuestros especiales auxilios, para que salgamos del estado miserable de la culpa, y quedemos con Vos reconciliados, á fin de que cuando aparezcamos en vuestra presencia en el día del juicio final, tengamos la dicha de oír de vuestros santísimos labios estas consoladoras palabras: *Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum à constitutione mundi. Venid benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo. ¡Oh Señor, así sea, así sea!!!*



## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

**Felicidad del cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo.**

*Ecce Mater meo, et fratres mei. Qui-  
cumque enim fecerit voluntatem Patris  
mei, qui in cælis est: ipse meus frater, et  
soror, et mater est.*

Ved aqui mi madre y mis hermanos,  
porque todo aquel que hiciere la volun-  
tad de mi Padre, que está en los cielos,  
ese es mi hermano y hermana y madre.

Math. cap. XII, v. 49 y 50.

Hubo un pueblo tan extraordinariamente favorecido de Dios, como ingrato á sus beneficios: hablo del pueblo de Israel, escogido entre todas las naciones para teatro de las misericordias y bondades del Excelso, á quien ellos repetidamente volvieron las espaldas entregándose á la idolatría. No hay que estrañar conociendo la propension de los israelitas al error, que habiendo Jesucristo aparecido entre ellos no le conociesen por mas que con sus continuos prodigios manifestase bien claramente su divinidad. Los doctores y sacerdotes que se preciaban de sábios y de entendidos en las Escrituras, no veian ni comprendian cómo

en la persona de Jesucristo ibanse cumpliendo todas las predicciones de los Profetas en orden al Mesías que habia de venir para salvar á la humanidad. Micheas habia saludado lleno de entusiasmo á Belen mas de seis siglos antes de la venida del Redentor, felicitándole por ser el lugar destinado para el nacimiento del que habia de reinar en Israel, cuya generacion es eterna (1), Isaias habia dejado consignadas circunstancias notables de su nacimiento, y habia visto en espíritu venir los reyes de Arabia y de Sabá á ofrecerle en tributo de homenaje y reconocimiento de su soberanía el oro y el incienso (2). Otra profecía de mucha mas antigüedad que las anteriores, y es de Jacob, afirmaba que no saldria el cetro de Judá hasta la venida del celestial Enviado (3). Estas y otras profecias que viéronse cumplidas con exactitud en la persona de Jesucristo, no bastaron ni fueron suficientes para que le reconociera aquel pueblo que mas adelante habia de convertirse en deicida, crimen horroroso que pesa sobre su cabeza, y en castigo del cual sufre todo el peso del anatema del Eterno.

Acababa Jesucristo de hacer dos prodigios que por sí mismos daban á conocer la omnipotencia de que estaba revestido. Tales fueron el de restituir una mano á un hombre que la tenia seca, y el de curar repentinamente á un endemoniado ciego y mudo, de suerte que como dice el Evangelio habló y vió. El pueblo sencillo que ninguna preocupacion tenia contra Je-

(1) Et tu Bethlehem Ephrata parvulus es in millibus Judæ: ex te mihi egrediatur qui sit dominator in Israel, et egressus ejus ab initio, á diebus æternitatis. Mich. cap. V, v. 2.

(2) Isaias cap. LX. v. 1.º et seq.

(3) NON AUFERETUR sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium. Gén. cap. XLIX v. 10.



sucristo, se admiraba al ver efectuar obras tan estupendas y decia: ¿será este por ventura el hijo de David? Mas los fariseos conjurados ya contra el Nazareno decian. Este no lanza los demonios sino en virtud de Belcebub, príncipe de los demonios. Como si no hubiesen sido testigos oculares de tantos prodigios, despues de santas instrucciones dadas por Jesucristo, se acercan á él varios de los escribas y fariseos con la intencion mas dañada, y le dicen: *Maestro, queremos ver una señal de tí: esto es, queremos que hagas un milagro.* Si estaban viendo los que obraba el Señor continuamente, dice con mucha oportunidad el máximo entre los doctores san Gerónimo, ¿por qué piden ahora uno nuevo para creer en él? Es, contesta el mismo Padre, porque buscaban un nuevo pretesto de calumniarle, sin ánimo de rendirse á la verdad. Mas Jesucristo responde en estos términos á su maliciosa petición: «La generacion mala y adulterina señal pide: mas no le será dada señal, sino la señal de Jonás el Profeta. Porque así como Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del hombre tres dias y tres noches en el corazon de la tierra.» Jesucristo, segun continúa el Evangelio de este dia, sigue con ellos el razonamiento, diciéndoles que los Ninivitas y la reina de Sabá se levantarán en juicio contra ellos; aquellos porque hicieron penitencia por la predicacion del Profeta Jonás, y esta porque vino de lejanas tierras á oír la sabiduría de Salomon: «y estando en esto, como le aguardasen fuera su madre y hermanos, le dijo uno; mira que tu madre y tus hermanos, están fuera y te buscan. Y respondiendo Jesus al que hablaba le dijo: ¿quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y estendiendo la

mano hácia sus discipulos dijo: «Ved aquí mi madre y mis hermanos, porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, hermana y madre.» Tal es, mis amados oyentes, el testo de nuestro Evangelio, del que se desprenden abundantes reflexiones utilísimas en sumo grado para la salud de nuestras almas.

No es ciertamente mi ánimo detenerme en combatir la incredulidad del siglo en que vivimos, en que por desgracia hay muchos hombres que imitando la locura y ceguedad de los fariseos piden aun nuevos milagros para creer en Jesucristo y en la religion que fundara. Inoportuna me parecería mi narracion en estos momentos, toda vez que me dirijo á un auditorio, que si bien compuesto de personas que pueden haber ofendido á su Dios por el pecado, no creo que incurran en esa negra incredulidad. Empero fijándome en las últimas palabras de Jesucristo, y deseando que no lleguéis jamás á pareceros á aquellos que no creyendo las palabras del Salvador, y por consiguiente ni en su doctrina ni mision divina, voy á reducir el discurso, haceros ver *la felicidad del cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo.* El que obedece al Salvador hace la voluntad del Eterno Padre, y es llamado por Jesucristo su hermano y hermana y madre. ¡Qué palabras de tanto consuelo para los verdaderos servidores del Señor! *Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est; ipse meus frater, et soror, et mater est.*

Para el mejor acierto impetremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Virgen María, saludándola respetuosamente con las palabras del Angel. *Ave Maria.*



## REFLEXION ÚNICA.

No es cierto, como dicen muchos pusilánimes, que no hay virtud en el presente siglo, en que el error ha ganado el imperio de los corazones. Desde que Adán, nuestro primer padre, fué colocado por Dios en el Paraíso, siempre y en todo tiempo ha existido una terrible lucha entre la verdad y el error, entre la verdad y la mentira. El ángel de las tinieblas engañando á Eva, introdujo en su corazón la malicia y el error, que se viene propagando de generación en generación. Combates mas ó menos fuertes y encarnizados, diversidad de errores, y mas ó menos malicia é impiedad es lo que distinguen unos siglos á otros. Llamamos, por ejemplo, al siglo XVI el siglo de los sábios y de los santos, principalmente en nuestra España, porque es en el que ha habido mas piedad y menos irreligiosidad, y al XIX que vamos atravesando, el siglo de la corrupcion, porque es mas productivo en la maldad que en la piedad: pero ni en aquel faltaron errores, ni en este dejan de verse para nuestro consuelo miles de seguidores de las buenas y verdaderas doctrinas.

Ahora bien, y siendo una verdad que cada siglo se diferencia de los otros por su carácter particular, ¿cuál es, mis hermanos, el carácter del nuestro? El carácter particular de este siglo no dejareis de conocer que es la aversion y odio al yugo de toda autoridad así divina como social; el olvido de Dios, el menosprecio de sus leyes santísimas y de todas las cosas santas, y un libertinaje é impiedad que bautizado con halagüeño nombre, tiende á cortar las

ligaduras que al hombre imponen deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. No ignorais por cierto la historia contemporánea, y bien podeis conocer que ella no es otra cosa que la historia de terribles luchas de la impiedad contra la verdad. Las plumas que mas han trabajado por proclamar la libertad de los pueblos, han sido las primeras en destruir la libertad en que Jesucristo constituyó á su Iglesia. Y con la pluma la espada, y con la espada la tribuna, y unido á todo esto la insensatez popular, instrumento en todas épocas de los ambiciosos planes de los magnates y poderosos, todo contribuyó á que viéramos apagada la lámpara del santuario, y despojados los templos de sus vasos sagrados, y empobrecido el culto y sus ministros, y derribados templos suntuosos, y corrompida la juventud; y los maestros del pueblo, los que recibieron de Jesucristo el mandato de enseñar su doctrina, los que santificándose á sí mismos santificaban á otros con sus palabras y ejemplos, hechos cadáveres entre los escombros del santuario, ó vertida su inocente sangre en motines cuya bandera era necesariamente conducida por el espíritu de Satanás. ¡Y todo esto hecho en nombre de la civilización!... ¡Qué contrasentido mas monstruoso!!! Yo veo, señores, al través de tantas desgracias un porvenir venturoso; yo veo ¡loado sea para siempre el bondadoso Dios que protege á nuestra España! veo con placer que nuestra sociedad presenta un nuevo aspecto; veo esa nueva juventud que llena los templos ávida por escuchar la doctrina del Evangelio; veo en suma volver á aparecer los tiempos de la proverbial piedad española. Pero la impiedad no ha muerto; está



si escondida como el fuego bajo la ceniza, y no deja de desprender algunas chispas, que pueden producir terribles incendios. Necesario es precaverse, y ved por qué me ha parecido llamar hoy vuestra atención al recuerdo de vuestros deberes religiosos.

Y desde luego, sois cristianos, hijos de la católica Iglesia: pues bien, huid de todo aquel que quiera apartaros de vuestra madre; cerrad vuestros oídos á toda doctrina que choque con la doctrina de Jesucristo; cuando los impíos os digan; uníos á nosotros y sacudamos el yugo de la religion (1), contestad vosotros, no; de ningun modo nos apartaremos de nuestro Maestro; de ningun modo abrazaremos otra doctrina que la suya, pues no queremos las tinieblas del mundo, y preferimos ser alumbrados por su refulgente luz (2). Hacedlo así, hermanos míos, y mirad que no hay verdad fuera de Jesucristo: todo camino que no sea Jesucristo nos conduce á la perdicion, pues que él solo es el verdadero camino para la salvacion: *Ego sum via*; todo dogma, toda doctrina que no sea la de Jesucristo es falsa de todo punto, puesto que él mismo ha dicho: Yo soy la verdad. *Ego sum veritas*. En Jesucristo se halla la vida: todo lo demás es muerte y muerte eterna. *Ego sum vita* (3). Ved aquí por qué establecí que es feliz el cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo.

Muchos caminos nos presenta el mundo por donde podemos dirigir nuestros pasos; el camino del placer y del deleite, el camino de las riquezas, sea cual-

(1) Projiciamus á nobis jugum ipsorum. Ps. II, v. 3.

(2) Qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ. Joan. cap. VIII, v. 12.

(3) Ego sum via, et veritas, et vita. Joan. cap. XIV, v. 6.

quiera el modo de adquirirlas; el camino de los aplausos mundanos atraídos por una ciencia tal vez de perdicion; empero contemplad, señores, con madurez y verdadera filosofía qué es todo esto, qué significa cuanto el mundo os presenta, y conoceréis como conoció el Sábio, que todo es vanidad de vanidades (1). ¿Y á dónde conducen esos caminos tan trillados por desgracia, esas sendas en las que se ven grabadas tantas y tan innumerables huellas? ¡Ah! que conducen al sepulcro: son muy inconstantes las cosas humanas, pero digo poco, ¡conducen al infierno!... ¿Y Jesucristo, que dice de sí mismo que es el camino, á dónde os conducirá? No á otra parte que al reino donde se disfruta la positiva felicidad, á donde no hay vanidad ni afliccion de espíritu, á donde todo es verdadero placer y puro gozo, al reino de los cielos: pero este camino que os debe conducir á la patria, no puede andarse sin provisiones: es necesaria la fé en sus palabras, la esperanza en sus promesas y la caridad practicada al modo que nos advierte el Apóstol: la humildad, la castidad, la obediencia, los preceptos de Dios, la conformidad y resignacion en los trabajos de la vida, la ciega confianza en Dios; ved aquí á que se reducen las necesarias provisiones que se nos exigen. ¡El camino de la cruz qué hermoso es para ir al cielo! El hombre ambicioso y lleno de codicia, cuyo corazón nunca se ve satisfecho; el que pasando sus días en los placeres y en la gula, vive en el olvido de su Dios; el soberbio que lleno de altanería quiere avasallar, si posible le fuera, al mundo entero; la mujer que no queriendo mortificarse por Dios, cas-

(1) Vanitas vanitatum et omnia vanitas. Eccle. cap. 12, v. 8.



tiga y mortifica su cuerpo con los caprichos de la moda; el sensual para quien no hay mas placeres que los de la carne, ninguno de estos se dirige por Jesucristo, que es el camino del cielo, sino por el diablo que es el camino del infierno.

Ved aqui la necesidad en que estamos de practicar las virtudes cristianas, y apartarnos de los caminos de la maldad, pues que asi cumpliremos la voluntad del Eterno Padre. Y Jesucristo nos dará el título dulce y consolador de hermanos: *quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est: ipse meus frater, et soror, et mater est.*

Jesucristo nos ha dicho tambien que es la verdad: *Ego sum veritas.* Y en efecto, cristianos; verdad es en su doctrina y en los preceptos que se ha dignado imponernos. ¿Y podremos nosotros variar á nuestro antojo su doctrina y sus preceptos? ¿Nos será lícito formarnos por nosotros mismos un nuevo catecismo para regla de nuestras costumbres? Nada son al lado de las voces de Jesucristo todas las voces, al lado de su doctrina todas las doctrinas. Jesucristo nos ha impuesto una ley; y dudais acaso de su autoridad? ¿No es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo? Viviendo entre los hombres ¿no mostró su autoridad soberana mandando á los elementos? ¿No la mostró sacando á Lázaro con vida del sepulcro? ¿No le mandó su Eterno Padre para que perfeccionase la ley? Es necesario el colmo de la insensatez, para no conocer la verdad de la doctrina evangélica, «que apareció en medio del mundo» pagano, valiéndome de las espresiones de un sábio; «como un sol de verdad que no ha dejado de alumbrar» desde que salió; y tan imposible es á los hombres oscurecerle, como arrancar del firmamento ese astro

«que nos alumbra (1)» Apartaos de la doctrina del Salvador, é ireis cayendo de precipicio en precipicio hasta llegar al abismo de la perdicion eterna. Para seguir por sus caminos, para creer la verdad de su doctrina y abrazarla, ¿necesitareis como los fariseos del Evangelio de hoy, que haga un nuevo milagro? ¿Necesitareis que dé nuevo testimonio de poder y de su autoridad? No lo creo; á los que ciegos en su incredulidad tal pidan, desde luego les contestará el Salvador, como á aquellos, que no se les dará mas señal que la del profeta Jonás. Al incrédulo á quien no bastan ni los milagros de Jesucristo, ni la perpetuidad de su religion, ni sus triunfos á través de tantas persecuciones y combates, no se les dará otra señal que la de su propia condenacion.

Desengañémonos, cristianos, no hay felicidad fuera de la doctrina de Jesucristo: el que desobedece á Jesucristo, está pronto á desobedecer tambien á toda autoridad: el que no acepta el yugo de la ley divina, se burlará de las leyes humanas, porque nada puede ciertamente respetar el que á Dios no respeta; á nadie puede amar el que á Dios no ama. Observad sino á esos impíos, á esos hombres blasfemos cuyas sacrilegas lenguas así ofenden á Dios, como si Dios fuera una suposicion de la inteligencia. Observadles digo, y vereis en ellos malos ciudadanos, para quienes nada suponen las leyes y órdenes civiles, peores padres de familia, que lejos de educar á sus hijos en el temor de Dios y en la verdadera honradez, los guian por el camino del vicio; hombres en suma escandalosos, destructores de toda moral, de todo buen orden social.

(1) Frayssinous, Defensa del Cristianismo. Tomo IV. pág. 513. Madrid, 1827.



Sostengan los príncipes y gobiernos la necesaria armonía entre la Iglesia y el Estado : dejen á aquella la libertad de enseñar que le concedió su fundador Divino : protejan la religion : trabajen sin cesar porque se arraiguen las buenas costumbres, y la juventud se eduque cristianamente, y los estados estarán en paz, y se afianzarán los tronos de los reyes, y serán respetadas las leyes que dictaron á sus pueblos, y la sociedad presentará un aspecto encantador, que será imposible de buscar sin la doctrina de Jesucristo. Pero en vano aplaudiremos lo excelente de la moral evangélica : en vano confesaremos que Jesucristo es la verdad, *Ego sum veritas* : si nuestras costumbres se hallan á gran distancia de las reglas marcadas por el mismo Jesucristo : están claramente marcados los preceptos que debemos practicar, y estos preceptos no podemos arreglarlos á nuestro gusto y capricho : en la ley de Dios no sirven tergiversaciones ni interpretacion alguna ; nos ha dicho : amarás á Dios sobre todas las cosas, y esto basta á hacer criminal y desobediente á aquel que poniendo su corazon de lleno en lo que no es Dios, no le ame con amor de preferencia. Podemos y aun debemos amar á nuestros padres y familia : estamos obligados á amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos, pero todo este amor ha de ser secundario y despues del de Dios, que no cede en esta parte sus derechos. Nos ha dicho que no juremos su santo nombre en vano, y esto basta para declarar terminantemente el crimen de aquellos que á Dios traen siempre por testigo, ora sea verdad, ora mentira aquello que afirman á otros. Nos ha mandado santificar las fiestas, y así son criminales los que aunque no trabajan en dichos dias, los pasan en el ocio, en las diversiones profanas, y tal

vez en cometer mayores excesos que en otros dias.

¿Creeis que santificarán las fiestas los que destinan los dias del Señor á la embriaguez y á los placeres? Así, hermanos míos, de los demas preceptos.

Ved la necesidad en que estamos de someternos fielmente á Jesucristo, que no solamente es el camino y la verdad, sino que tambien es la vida. *Ego sum vita*. No hay duda, señores, que desde la transgresion del primer precepto el hombre estaba sumergido en las tinieblas de la muerte, porque perdido el derecho que tuviera al cielo, estaba aprisionado con pesadas cadenas de esclavitud al terrible carro del fuerte armado. Los vaticinios de los Profetas alentaban las esperanzas del mundo, y todos suspiraban por el prometido remedio, pero entretanto se vierten abundantes lágrimas de los ojos de aquellos á quienes Israel por justos reconoce. ¡ Cuándo llegará nuestro remedio ! ¡ Cuándo nuestros ojos verán al justo ! ¡ Cuándo saldremos de la muerte del pecado á la vida de la gracia ! Tales eran los suspiros y no interrumpidas súplicas de los mortales. Jesucristo, pues, que vino para que se cumplieran las esperanzas del mundo, disipando las tinieblas de la oscura noche de la muerte, fué el que dió la vida al mundo, el que salvó á la humanidad muriendo en una cruz, y abriéndonos las puertas de los cielos, cerradas desde la culpa de nuestro primer padre : por esto se dice Jesucristo vida. *Ego sum vita*. ®

Pues bien, si como hemos visto, Jesucristo es el camino, la verdad y la vida, *Ego sum via, veritas et vita*; necesario nos es oír su doctrina, seguir sus consejos, observar sus preceptos, y no apartarnos en nada del cumplimiento de su voluntad, y este será el modo de constituirnos por nosotros mismos en un estado de



verdadera y positiva felicidad. Jesucristo es el único que puede salvarnos, porque Él es el camino. ¿Queréis, pues, ser del número de los hermanos de Jesucristo? Pues haced su voluntad; cumplid sus preceptos. *Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est: ipse meus frater, et soror, et mater.*

Cristianos: de vosotros, que por la misericordia de Dios conservais el depósito de la fé que heredásteis de vuestros mayores, exige la religion homenajes de fé, pero no de una fé tímida, sino de una fé pública con la que podais contrarestar á la incredulidad del siglo. La religion recibe continuos ultrajes por parte de la impiedad. ¿Qué cosa mas natural que nosotros con nuestro buen ejemplo tratemos de edificar lo que aquellos destruyen? ¿Qué cosa mas propia de buenos católicos que oponernos á la licencia del siglo con nuestra sumision á las divinas leyes? Se desprecia por esos hombres que se dan el titulo de despreocupados é ilustrados, la religion y sus preceptos, ¿cómo no honrarla nosotros coadyuvando, aunque hayan de hacerse esfuerzos, al culto público, que es la mayor confusion para la impiedad? Sí, cristianos celosos, teneis una madre que es la Iglesia, y esta madre vierte lágrimas de dolor y desconsuelo al ver la impiedad é incredulidad de muchos de sus hijos. ¿Si viérais á vuestra madre natural afligida y desconsolada, ¿no acudiriais con presteza á enjugar sus lágrimas? ¿Y será menos digna de vuestro amor la madre de vuestras almas que lo es la de vuestros cuerpos? Lleguen á vuestro corazon sus tristes lamentos, y consoladla con vuestra fé, con vuestra verdadera devocion, con la práctica de las virtudes cristianas. Vuestra madre la Iglesia os recibió en sus amantísimos brazos en cuanto visteis la luz del mundo, y

os regeneró con su bautismo: le debeis, pues, la salud de vuestras almas: ella os enseñó el camino de la salvacion que sois tan fáciles á olvidar: si caeis en la culpa no por eso os desprecia; antes por el contrario, os brinda con su perdon, ofreciéndoslo por el tribunal de la penitencia, y os alimenta y fortalece despues con el pan de vida eterna que os reparte en la mesa del altar.

¡Ah! que reflexion mas oportuna viene á mi imaginacion en este momento. Oírla para vuestro bien y no la olvideis. El mundo os llama y quiere que la sigais. ¿Y qué os ofrece? Placeres, coronas de flores que se marchitan; aprecio social, riquezas, honores y dorada copa de inmundado amor, tósigo venenoso, que circulando por vuestras venas os conduce á una muerte cierta. Yo quiero suponer que seais de larga vida y que por toda ella disfruteis de cuanto el mundo os ofrece. Pero al fin ¿no es verdad que llegará un dia en que de nada os servirán ni vuestros honores, ni vuestra posicion, ni vuestros tesoros? Si: figuraos en este momento que estais ya en el lecho del dolor, y que conocéis lo próximo del día de vuestra muerte. Llamad á vuestros amigos de placeres, invocad á ese mundo que os sedujo, valeos de vuestras riquezas para libraros de la muerte. Pero ¿qué digo?... ¡Ah! Que entonces conoceréis que todo paso como sombra. Entonces os acordareis de vuestra madre, invocareis la religion, esa misma religion, que tanto ofendisteis, y á la que tal vez despreciásteis, y ella no conservando rencor os mostrará su caridad: por vosotros mismos experimentaréis el amor que os profesa, y vertereis lágrimas de consuelo al ver que su ministro os dirige palabras de perdon, que os exhorta



al arrepentimiento y que os alimenta con el mismo cuerpo de Jesucristo para que os proteja y defienda en vuestro tránsito para la Eternidad.

Yo os doy gracias, Dios misericordiosísimo, porque me habeis hecho hijo de vuestra Iglesia santa: os agradezco en lo íntimo de mi corazón tan gran merced, don tan estimable. ¿A dónde podíamos haber encontrado una madre tan tierna y cariñosa, que nos reciba al nacer, que nos instruya en nuestros deberes, que santifique nuestras buenas obras, y que en sus brazos cuando hemos de salir de este mundo nos conduzca al cielo.

Ved, hermanos míos, la inconstancia de las cosas del mundo y la constancia de la religión por salvarnos. Reunid ahora cuanto llevamos dicho, y comprendereis toda la felicidad del cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo: contrarestar la impiedad con vuestra piedad; la incredulidad con vuestra fé; la rebeldía con vuestra gratitud; ser en suma, observadores de la ley de Dios, y así lejos de hacer infructuosa para vosotros la preciosa sangre de Jesucristo, os aprovecharéis de la eficacia de sus méritos, y despues de haber sido hijos sumisos de la militante Iglesia, sereis un día contados entre los miembros de la triunfante, que es la gloria, cuya posesion os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

#### **Necesidad de la confesion para curar las dolencias y enfermedades del alma.**

*¿Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.*

*¿Quieres sanar?..... Levántate, toma tu lecho y anda.*

Joan. cap. V, v. 6 y 8.

Si en todos tiempos se muestra solícita por nuestro bien la Iglesia santa, redobla sus esfuerzos en los días de la Cuaresma, valiéndose de diversos medios para conseguir el despertarnos del letargo de la culpa. A este fin pone á nuestra consideracion los trozos del santo Evangelio mas adecuados para obrar nuestra conversion á Dios, ganando nuestros corazones. Despues de habernos ya dado santas instrucciones en las anteriores ferias, propónese en la presente hacernos ver la necesidad y utilidad de la confesion, para animarnos á acudir á este santo sacramento, para lavarnos en sus aguas cristalinas de la lepra del peccato.



al arrepentimiento y que os alimenta con el mismo cuerpo de Jesucristo para que os proteja y defienda en vuestro tránsito para la Eternidad.

Yo os doy gracias, Dios misericordiosísimo, porque me habeis hecho hijo de vuestra Iglesia santa: os agradezco en lo íntimo de mi corazón tan gran merced, don tan estimable. ¿A dónde podíamos haber encontrado una madre tan tierna y cariñosa, que nos reciba al nacer, que nos instruya en nuestros deberes, que santifique nuestras buenas obras, y que en sus brazos cuando hemos de salir de este mundo nos conduzca al cielo.

Ved, hermanos míos, la inconstancia de las cosas del mundo y la constancia de la religión por salvarnos. Reunid ahora cuanto llevamos dicho, y comprendereis toda la felicidad del cristiano que se somete fielmente á la doctrina de Jesucristo: contrarestar la impiedad con vuestra piedad; la incredulidad con vuestra fé; la rebeldía con vuestra gratitud; ser en suma, observadores de la ley de Dios, y así lejos de hacer infructuosa para vosotros la preciosa sangre de Jesucristo, os aprovecharéis de la eficacia de sus méritos, y despues de haber sido hijos sumisos de la militante Iglesia, sereis un día contados entre los miembros de la triunfante, que es la gloria, cuya posesion os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA PRIMERA DE CUARESMA.

#### **Necesidad de la confesion para curar las dolencias y enfermedades del alma.**

*¿Vis sanus fieri?... Surge, tolle grabatum tuum, et ambula.*

*¿Quieres sanar?..... Levántate, toma tu lecho y anda.*

Joan. cap. V, v. 6 y 8.

Si en todos tiempos se muestra solícita por nuestro bien la Iglesia santa, redobla sus esfuerzos en los días de la Cuaresma, valiéndose de diversos medios para conseguir el despertarnos del letargo de la culpa. A este fin pone á nuestra consideracion los trozos del santo Evangelio mas adecuados para obrar nuestra conversion á Dios, ganando nuestros corazones. Despues de habernos ya dado santas instrucciones en las anteriores ferias, propónese en la presente hacernos ver la necesidad y utilidad de la confesion, para animarnos á acudir á este santo sacramento, para lavarnos en sus aguas cristalinas de la lepra del peccato.



do. A este fin hace á sus ministros leer en la Misa de este dia y esponer al pueblo el siguiente hecho consignado en el Evangelio: «Frase la fiesta de los judíos, y Jesus subió á Jerusalem. En esta ciudad habia una piscina probática, que en hebreo se llama Bethesda, la cual tiene cinco pórticos, en los cuales yacia gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua, porque un ángel del Señor descendia en cierto tiempo á la piscina y agitaba el agua, y el que primero entraba en la piscina despues del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Allí habia un hombre, que hacia treinta y ocho años que estaba enfermo. Y cuando Jesus le vió le preguntó: ¿Quieres sanar? A lo que el enfermo contestó: Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina cuando se mueven las aguas; y entretanto que yo voy, otro entra antes que yo. Entonces Jesus le dijo: Levántate, toma tu lecho y anda. Y luego fué sano aquel hombre, y tomó su camilla y anduvo.» Hasta aquí hácenos ver el Evangelista la eficacia y virtud de las aguas de la piscina de Jerusalem y la curacion milagrosa del paralítico. Despues nos refiere la murmuracion de los judíos, porque en dia de sábado veian á aquel hombre cargado con la camilla, y conclu ye su narracion diciéndonos que: «Jesus halló despues al paralítico en el templo, y le dijo: Mira que ya estas sano; no quieras pecar mas, porque no te acontezca alguna cosa peor.»

Cristianos, ¿quién no ve en este pasaje del Evangelio la pintura fiel de lo que pasa en el tribunal de la penitencia? El es la piscina saludable de mas virtud que la de Jerusalem, y sin comparacion mas excelente que aquella, porque allí solo de tiempo en tiem-

po iba el ángel á mover las aguas, mientras que en esta están siempre en un continuo movimiento: allí aquellas aguas curaban las enfermedades del cuerpo, mientras estas curan las del alma. Paralisis corporal padecia el enfermo que debió la salud á la palabra de Jesucristo, y paralisis espiritual, paralisis del alma la que padecen los cristianos que se hallan en conciencia de pecado mortal. Jesucristo llama por su Iglesia en estos dias de ayunos y penitencias á todos los pecadores, y compadecido de su miserable estado les dice como al enfermo del Evangelio: *¿Vis sanus fieri?* ¿Quereis sanar? ¿Quereis ser libres de esa lepra que os cubre? ¿Quereis conseguir la salud de vuestras almas enfermas por el pecado? Vosotros, pecadores, no podreis contestar como el paralítico: Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina: teneis por la misericordia de Dios, no un hombre sino muchos, y estos son los sacerdotes, ángeles enviados por Dios, no solamente para entraros en la piscina de la penitencia, sino para mover en vuestro favor las aguas de la misericordia y el perdon.

Yo veo, señores, continuamente los templos llenos de personas, entre las que hay mas enfermas que en el pórtico de la piscina de Jerusalem: veo el movimiento de las aguas, y sin embargo observo á todos retirarse con las mismas enfermedades con que entraron, no por falta de agilidad en sus miembros para entrar en la piscina del tribunal de la penitencia, sino mas bien á lo que demuestran por sus obras por hallarse bien avenidos con sus gangrenosas enfermedades, que les conducen á la muerte del alma. No hay que engañarse en punto de tanto interés: una vez perdida la inocencia que adquirimos en el bautis-



mo, no nos queda mas remedio que ó lavarnos en las saludables aguas de la Penitencia, ó perderse miserablemente para siempre. Levantaos, pues, pecadores; levantaos del lecho de la culpa por medio de una verdadera y bien hecha confesion de todos vuestros pecados. ¿Quereis sanar? Pues no teneis otra medicina. No despreciéis este llamamiento amoroso de la Iglesia, y ahora que es el tiempo aceptable, corred á purificaros en esa piscina de salud. Para moveros á ello, yo os haré conocer la necesidad de la confesion sacramental para curar las dolencias y enfermedades del alma, dividiendo el discurso en dos breves y útiles reflexiones de este modo. *Necesidad de la confesion*. Primera parte. *Condiciones que debe tener para que sea bien hecha*. Segunda parte. Imploramos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Santísima Virgen. *Ave Maria*.

#### PRIMERA PARTE.

Si atravesáramos una época de menos incredulidad que la presente, yo me concretaria tan solamente en este discurso en el que he ofrecido hablar de la confesion sacramental, á exhortaros á que acudiérais con frecuencia al tribunal de la penitencia á lavaros de vuestras culpas y reconciliaros por este medio con Jesucristo. Empero, hoy por desgracia viénense esparciendo ciertas doctrinas que refutadas y condenadas por la Iglesia hace mucho tiempo, han sido estraídas del olvido por los nuevos filósofos, que enmascarados con el pomposo título de *reformadores de la sociedad*, hánse propuesto dirigir sus tiros contra los respetables dogmas de la religion católica. No es solo *Voltaire* el que tiene

la arrogancia y atrevimiento de decir que la confesion sacramental es una invencion puramente humana: mil novelas é historietas, la mayor parte de ellas venidas del vecino reino, y que jamás debían haber sido traducidas en nuestro idioma por católicos españoles, hacen mofa de tan venerando Sacramento, atribuyendo al clero su invencion, por estar enterados en los asuntos todos de las familias y de los estados. Por fortuna la Iglesia ha fulminado su anatema sobre las obras de un autor novelesco francés, que no ha sido seguramente el que menos veneno ha esparcido, el que menos ha hecho escarnio de la religion, de sus dogmas y sus misterios (1). Mas como quiera que las obras á que me refiero han tenido su época de moda; como quiera que las doctrinas de este autor, como igualmente las de Proudhon, Jorge Sand y otros se han esparcido por nuestra sociedad, y han andado en manos de toda la clase de personas, no creo fuera de propósito el hacer ver antes de entrar en el punto propuesto, cuál sea la institucion del Sacramento de la confesion ó penitencia.

Y desde luego, no á los hombres sino al mismo Jesucristo debe su origen é institucion el sacramento de la Penitencia. Ni es tampoco una parábola esPLICADA por la Iglesia, lo que para mí fuera suficiente, toda vez que la Iglesia gobernada por el Espíritu Santo, es, como dice San Pablo, la columna y fundamento de la verdad, la que únicamente tiene facultad de interpretar las Escrituras. Pero en el caso que venimos tratando no hay interpretacion alguna, pues que bien claro y terminante es el lenguaje de Jesucristo que no

(1) Eugenio Sue.  
Tomo IV.



da lugar á duda de ninguna clase. Oigamos como se espresa San Juan en su Evangelio. Despues de resucitado, se presentó Jesucristo á sus apóstoles y les dijo: «Os doy mi paz, y os envío á predicar mi Evangelio del mismo modo que mi Padre me envió. Recibid el Espíritu Santo; á los que perdonáreis los pecados, perdonados le son, y á los que se los retuviereis les son detenidos. *Pax vobis. Sicut missit me Pater, et ego mitto vos. Accipite Spiritum Sanctum: Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis: et quorum retinueritis, retenta sunt* (1).»

Ved aquí, señores, claramente espresada la facultad dada por Jesucristo á los apóstoles y sus sucesores de perdonar y detener los pecados. Desempeñada esta facultad *modo humano*, ha de ser precisamente por la manifestacion sincera del estado de la conciencia. Si Jesucristo les hubiera dicho tan solamente: «perdonad los pecados,» en este caso tal vez podrian decirnos que con decir al sacerdote, he pecado, éste podia absolver; pero habiéndoles dicho el legislador de nuestra divina ley, á los que perdonareis los pecados les son perdonados, y á los que los retuviereis les serán detenidos, se presenta á la imaginacion menos perspicaz la necesidad de confesar los pecados con todas sus circunstancias, para que el ministro del Sacramento pueda discernir entre los que debe absolver y los que ha de detener.

Todos los concilios están conformes con esta doctrina. El de Laodicea celebrado en el año de 372, y el de Cartago en 397 hablan de la penitencia que se debe imponer con arreglo á la diferencia y gravedad de los

(1) Joan. cap. XX. v. 21, 22 y 23.

pecados. En las actas del sexto concilio general en el año 681 se dice: «que es necerio que los que han »recibido de Dios el poder de atar y desatar, considere- »ren bien la gravedad del pecado, la disposicion del »pecador á la conversion, y le dén un remedio conve- »niente á su enfermedad.» Por último, y para no detenerme en citar otros muchos concilios, el general de Trento, en su sesion XIV, fulmina varios anatemas. 1.º al que dijere que la Penitencia en la Iglesia católica no es verdadera y propiamente Sacramento, instituido por Cristo nuestro Señor, para que los fieles se reconcilien con Dios cuantas veces caigan en pecados despues del bautismo: 2.º Contra el que confundiese el sacramento de la Penitencia con el del Bautismo: 3.º Contra el que dijere que aquellas palabras de Jesucristo: «Recibid el Espíritu Santo: los pecados de aquellos que perdonareis, les quedan perdonados, y quedan ligados los de aquellos que no perdonareis» no deben entenderse de perdonar y retener los pecados en el sacramento de la Penitencia; añadiendo en otros varios cánones la misma pena de excomunion á los que digan ó propongan otras doctrinas contrarias á la que la Iglesia enseña en este punto.

Rebatidos los argumentos de la impiedad con la autoridad del Evangelio y de los santos concilios, debo probar la necesidad de la confesion, para lavarnos de nuestros pecados. Nada manchado, ha dicho Jesucristo, entrará en el reino de los cielos. Si pues, no tenemos otro medio de purificarnos de las culpas cometidas despues del bautismo, que es la confesion, síguese lógicamente que ó es necesario confesarse, ó renunciar á entrar en la patria de los bienaventurados. La Iglesia nos impone como precepto el hacerlo al menos una vez



al año, y de esta obligacion no está esceptuada persona alguna por grande que sea en dignidad ó gerarquía. Lo mismo obliga á acudir á la Penitencia al monarca que al vasallo, al sacerdote que al lego. Todos sin distincion han de lavarse en las aguas de esta piscina saludable, si quieren conseguir la curacion de las enfermedades del alma. ¿Quién de vosotros, mis hermanos, podrá gloriarse de conservar la gracia del bautismo? ¿Quién no ha ofendido á Dios quebrantando sus santos mandamientos? ¿Quién no ha vuelto á renovar los tormentos y la muerte del Redentor con sus pecados? Y si así es, si todos hemos pecado, no hay otra tabla para salvarnos del naufragio que nos conduce á una muerte cierta, que la confesion. ¿Y qué puede deteneros conociendo la eficacia y necesidad de este sacramento? ¿Acaso vuestras graves culpas? ¿Creéis que es limitada la misericordia del Señor? ¿Dudais que una gota de la sangre preciosa del Redentor no sea suficiente para borrar todos los pecados por graves que sean? Mas acaso me direis: yo conozco que por la confesion sacramental se perdonan los pecados por grandes que sean, pero no puedo menos de sufrir una vergüenza que me retrae de acercarme al confesonario. ¿Cómo decirle yo á otro hombre mis hurtos, mis sensualidades, las maldiciones que he proferido en actos de soberbia? ¿Cómo le descubriré mi corazon? La vergüenza que es natural al descubrir una conciencia manchada es pena justa y natural del pecado: pero el retraerse de acercarse al tribunal de la Penitencia por esta vergüenza, es ciertamente una tentacion como otra cualquiera del demonio. ¡Cuántas almas arden en el infierno por no haberse confesado, ó por haberse confesado mal por vergüenza!... Mas vergüenza debie-

ra seguramente dar para cometer el pecado, y no obstante se camina de crimen en crimen sin temor y sin vergüenza.

Yo confieso, mis hermanos, que al considerar que la confesion hay que hacerla con otro hombre, tan espuesto á caer como el penitente, alabo la gran misericordia que el Señor ha usado con nosotros: pues que si hubiera dispuesto que sus ángeles bajaran del cielo á confesarnos, entonces sí que seria un tormento y una vergüenza inesplicable tener que confesar nuestras miserias á criaturas tan escelentes y tan puras. Vosotros los que una mala vergüenza os retrae de acudir á confesar, deponer vuestro error: vais á hablar con otro hombre pecador como vosotros aunque revestido de la facultad de perdonar vuestros pecados: vuestra confesion queda sepultada bajo un sigilo impenetrable al mundo: ni aun recordar vuestras culpas le es lícito al ministro del Sacramento, y no creais que vais á encontraros en el confesonario con un juez implacable. El confesor si bien vá á ejercer con vosotros el oficio de juez, va tambien á practicar los de padre y de médico. Como padre, os estenderá sus brazos amorosos, y recibirá vuestra confesion con el mayor cariño, ayudándoos á salir de culpas: como juez, pero guiado por la caridad y misericordia del que allí representa, sentenciará; y como médico de las almas os impondrá aquellas penitencias medicinales que crea oportunas para vuestro remedio y curacion.

Yo no puedo menos de admirarme al ver el descuido que generalmente se advierte sobre un punto de tanto interés para nuestras almas ¿Que diriais, mis hermanos de un hombre al que viéseis postrado y aba-



tido por una enfermedad, ó cubierto de una lepra, y que teniendo en su mano el remedio no se lo aplica-se? Pues ved aquí lo que hace el cristiano, que padeciendo la parálisis del alma, tiene en su mano el remedio mas eficaz y lo desprecia; ved lo que hace el que entrando en los pórticos de los templos y viendo la piscina, cuyas aguas tienen una virtud sobrenatural, se vuelve con su enfermedad, sin haber pensado siquiera en su curacion. Almas cristianas, que estais sufriendo una enfermedad que se vá haciendo crónica, pues que hace años que no os acercais al tribunal de la penitencia, oid á la Iglesia que os dice como Jesucristo al enfermo del Evangelio: ¿quereis ser sanos? Pues levantaos del lecho de la culpa, y andad por el camino de la gracia. Vosotros los que cada año os confesais; pero que habeis hecho confesiones sacrílegas, pues solo lo hicisteis para que viese el mundo, y que por lo tanto habeis agravado vuestras dolencias y enfermedades, aun estais en tiempo. ¿Quereis salir de vuestro miserable estado? ¿Quereis ser sanos? Levantaos tambien del lecho de la culpa por medio de una buena y fructuosa confesion de vuestros pecados y sacrílegos pasados y podreis quedar limpios. A vosotros tambien, impíos, para quienes la religion ha sido un objeto de mofa, para quienes nada han significado hasta ahora las amenazas de la Iglesia, tambien os llama tan tierna y solícita madre y os convoca con su misericordia. ¿Quereis salir de ese estado que os conduce sin remedio á una muerte eterna y desastrosa? ¿Deseais quedar limpios de la lepra de vuestra incredulidad? ¿Quereis ser sanos? pues aun hoy podreis conseguir vuestra salud, y mañana tal vez será tarde. Corred con presteza á lavaros en esa piscina saludable de la confesion, cu-

yas aguas son tan virtuosas para toda suerte de enfermedades. Mujeres escandalosas, que no habiendo tenido hasta aqui nada para Dios, y habeis sido todas para el mundo; ídolos de barro que habeis arrebatado sus adoradores al Señor, hasta dentro de sus mismos templos, ¿reconoceis vuestras dolencias? ¿Advertís lo enferma que teneis el alma? ¿No conoceis que el infierno os espera, para que en él sufrais el justo castigo á que os habeis hecho acreedoras por vuestras desenvolturas? Pues aun os podeis lavar, aun podeis purificaros; aun podeis volver á la gracia y amistad de Dios. ¿Lo deseais? ¿Quereis ser sanas? Pues no espereis á mas avisos que tal vez este será el último. Levantaos del asqueroso lecho de vuestras maldades, andad y meteos en la piscina de la penitencia, de la que podeis salir limpias y blancas como la nieve. Cristianos todos que me escuchais, y quienes cual mas, cual menos, os sentís manchados, no dejeis pasar estos dias de salud en que la Iglesia os está convidando y os espera con los brazos abiertos.

¡Oh, cuán grande es la bondad y misericordia de nuestro Dios! No abre sus brazos para recibir en ellos al que una vez sola le ofendió, sino aun á los que hayan repetido muchas veces las ofensas. No ha dado la virtud á las aguas de la sagrada piscina para curar una sola enfermedad, sino para curarlas radicalmente todas. Lo mismo encuentra en ellas su salud el que ofendió á Dios con un leve pecado, que el que le ofendió con muchos. El usurero, el ladron, el asesino, el sacrílego; todos son admitidos al sacramento de la reconciliacion. Cuando se abren las puertas del templo, para todos se abren, á ninguno se repele, y es mas aceptable el que viene con mas dolor, el que vierte mas lagrimas, con



Padres de familia, vosotros sois responsables ante el tribunal de Dios de la educacion que dais á vuestros hijos: estais constituidos en la obligacion de enseñarlos en el santo temor de Dios con vuestras palabras y ejemplos. ¿Cómo es, pues, que olvidados de vuestros sagrados deberes no traéis á vuestros hijos y los acostumbraís á confesarse con frecuencia? Fácil es que en ellos mismos recibais el castigo á que os haceis acreedores por esta falta de cumplimiento á las obligaciones paternas, porque ellos crecerán en edad, y sin el freno de la religion que sujeta las pasiones, crecerán con mas prontitud en malicia, y lejos de ser el apoyo de vuestra vejez, tal vez serán vuestro tormento. Hay otros padres, y no son pocos, que creen cumplir con sus deberes con llevarles á confesar, con advertirles que sean virtuosos, y al mismo tiempo destruyen su obra con el mal ejemplo que les dan. ¿Qué juicios formará un niño, cuya imaginacion se ha desarrollado, que vé que su padre le lleva á confesar, y que jamás se acerca él á hacerlo? ¿Qué pensará al ver que su padre le manda que no use de palabras descompuestas, y blasfema en su presencia? Ciertamente que creerá que los Sacramentos son establecidos tan solo para los niños, y que no tienen nada de divino. ¡Ah! ¡Qué hermoso, que edificativo es ver á unos padres que en compañía de sus hijos se acercan al tribunal de la Penitencia, y que juntos se postran ante la mesa del altar para alimentar sus almas con el pan eucarístico!... ¡Cuán reprehensibles son por el contrario los padres indolentes en esta materia!

Sabida, pues, la necesidad de la confesion, toda vez que hemos ofendido á Dios por la culpa, decidámonos de una vez á acudir á este saludable remedio, con el que

ciertamente quedaremos sanos de todas las enfermedades de nuestras almas: no irrite mos mas la justicia de Dios, no sea que nos arrebaté la vida, y cogiéndonos en mal estado, nos perdamos para siempre. Réstame haceros ver las condiciones que debe tener la confesion para que sea bien hecha: suplico me sigais prestando vuestra piadosa atencion.

#### SEGUNDA PARTE.

Siendo tres las partes de la penitencia, que son contriccion, confesion y satisfaccion, á las que se añaden exámen de conciencia y propósito de la enmienda, resultan que son cinco las cosas necesarias para hacer una buena confesion. Muchas confesiones son malas, por faltar en el penitente alguna de las condiciones espresadas. En primer lugar el pecador que desea hacer una buena confesion, debe ser su primer cuidado el examinar diligentemente su conciencia, tardando en esto un tiempo proporcionado, segun que ha mediado mucho ó poco tiempo desde la última confesion que hizo. Al que no se confesó en muchos años, ó hizo confesiones sacrílegas, no le basta recogerse dentro de sí mismo por algun rato antes de acercarse al tribunal de la penitencia, como le es suficiente á aquella alma piadosa que frecuenta los Sacramentos. Es necesario un recogimiento de horas, aunque sea en diversos dias, en la iglesia ó en otro lugar apartado, donde se vayan recordando los sitios que se frecuentaron, las reuniones á que se asistió, las clases de personas con quienes se trató, las ocasiones próximas en que se puso, y también las circunstancias que mudan de especie, ó agravan los pecados. Es necesario este



detenido exámen á todas las personas, y muy particularmente á aquellos hombres dedicados á muchos negocios, ó que están rodeados de grandes ocupaciones, porque sin esta preparacion ó detenido exámen, ¿cómo podrán venir á la imaginacion los pecados de todas clases que se hayan cometido? Luego la confesion en que no se confiesan todos los pecados por falta de exámen, es nula.

No hay empero que acongojarse, si hecho el exámen de conciencia con detenimiento, se recuerda despues de la confesion algun pecado, pues no por esto es nula, y se debe acusar de él en la confesion próxima. Si quedan olvidados naturalmente algunos pecados, que nunca mas vienen á la memoria, quedan tambien perdonados: ¡admirad la bondad que resplandece en el sacramento de la Penitencia! Hecho el exámen de la conciencia, para lo cual se habrá implorado antes el auxilio del Señor, se sigue el dolor de haber ofendido á Dios, segunda de las cosas necesarias para la buena confesion.

El dolor de los pecados, el sentimiento que en el alma debe causar el haberlos cometido, nunca es tal cual requieren las culpas, por la miseria de nuestra humana flaqueza, porque ¿qué dolor será suficiente para borrar un ultraje hecho á la Majestad de Dios? El Señor, pues, se contenta con un dolor ó sentimiento proporcionado á nuestras fuerzas; pero dolor que debe llevar por compañero inseparable el propósito de la enmienda, que consiste en formar una intencion verdadera y formal de apartarse en adelante de todo pecado y de todo aquello que sea ofensa de Dios. ¿De qué nos serviría la confesion si no iba acompañada del dolor de los pecados y del propósito de la enmienda?

Si fuéramos á confesar con el pensamiento de seguir en nuestros vicios, en aquella amistad peligrosa de cuyos efectos vamos á acusarnos, lejos de conseguir la gracia del sacramento, haríamos un sacrilegio, y otro si despues nos llegáramos á la sagrada mesa á comulgar. Para esto debemos implorar á Dios sus auxilios que no los niega al que se los pide, pues que nos dice continuamente que pidamos, pues que su deseo es complacernos en la distribucion de sus gracias (1).

Hecha la diligencia de exámen, y habido dolor de los pecados y propósito de la enmienda, réstanos humillarnos ante el confesor, y acusarnos por nuestros mismos lábios de todos nuestros pecados, los ciertos como ciertos, y los dudosos como dudosos, esplicando las circunstancias que hacen mudar de especie á los pecados, ó que los hacen mas graves. El penitente debe considerarse un reo que está ante el juez que lo ha de sentenciar, y por sí mismo ha de hacer el alegato de sus crímenes. ¡Desgraciado aquel que por vergüenza ú otra causa calle un pecado en la confesion! Este habrá hecho una acusacion falsa, y de nada le servirá la absolucion, mas que para agravar de nuevo su conciencia, y no solo debemos acusarnos de los pecados que hemos cometido, sino de aquellos que por nuestra superioridad ú otras causas hemos hecho cometer á otros; pero todo esto con vehementes deseos de alcanzar el perdon y la gracia del Señor. De este modo puede quedar tranquilo el penitente, pues que ha hecho cuanto ha podido y ha estado en su mano porque la confesion sea bien hecha.

El ministro de este sacramento, que ya ha oído la

(1) Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. Joan. cap. XVI, v. 24.



sincera confesion con el amor de padre, pasa á hacer el oficio de médico, imponiendo al penitente penitencia satisfactoria por los pecados cometidos, y penitencia medicinal para preservarle de otros. En seguida ejerciendo las funciones de juez, absuelve al penitente, y á éste quédale una cosa que cumplir, y es la penitencia impuesta por el que ha sido juez de vuestra conciencia. ¡Ah! cuán grande es la benignidad de nuestra madre la Iglesia! A algunos ayunos, limosnas ó rezos reduce las penitencias, siendo así que en los primeros siglos del cristianismo eran muy rigurosas, y á veces se tardaba muchos años en cumplirlas, quedando á veces los penitentes privados por cierto tiempo hasta de la entrada en los templos y de la participacion de los Santos Sacramentos. La benigna penitencia que ahora se nos impone debe el penitente apresurarse á cumplirla, para que quede perfeccionada su confesion.

Reasumamos en dos palabras cuanto llevamos dicho. El enfermo del Evangelio de este dia que esperaba el movimiento de las aguas de la piscina de Jerusalem y su curacion milagrosa, nos hace conocer el estado miserable del alma que está enferma por el pecado, y la virtud y la eficacia del sacramento de la Penitencia, en cuyas aguas saludables encuentran la salud del alma los cristianos. Es, pues, necesaria la confesion sacramental para curar todas las dolencias y enfermedades del alma, puesto que nada manchado entrará en el reino de los cielos, y que no tenemos otro medio de lavarnos de la culpa que es el sacramento de la Penitencia, instituido no por los hombres, sino por el mismo Jesucristo, que dió á sus apóstoles y sucesores la facultad de atar ó desatar, de perdonar ó rete-

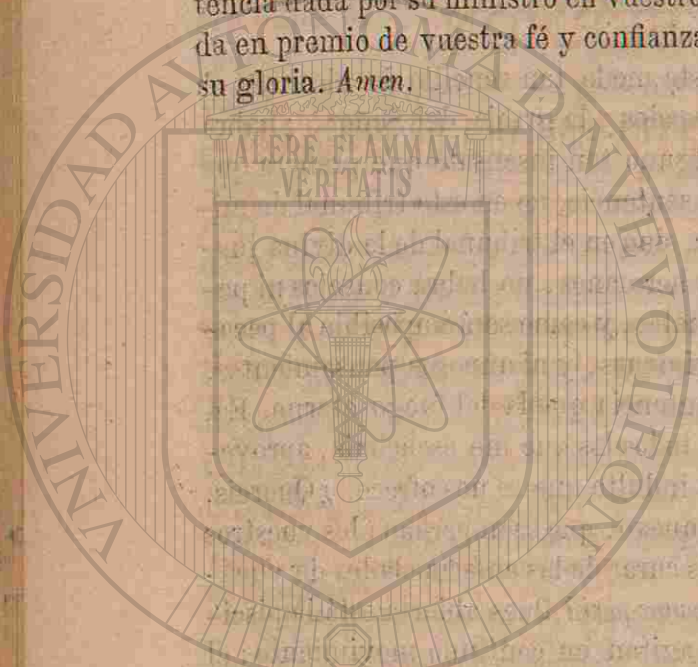
ner los pecados. Necesaria nos es, pues, la confesion, que para ser buena ha de tener las cinco condiciones espresadas, de exámen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de la enmienda, confesion de boca y satisfaccion de obras.

Y teniendo este modo tan sencillo de alcanzar el perdon de los pecados y la gracia del Señor. ¿habrá entre vosotros alguno tan insensato que prefiera que su causa se vea y sentencie, no en este tribunal de misericordia y amor, sino en el tribunal de la divina justicia? Allí, mis hermanos, no habrá consejos ni penitencias medicinales, y como será imposible al pecador ocultar sus crímenes, y ni aun sus pensamientos, no habrá otra sentencia que la del fuego eterno. Ea, pues, cristianos, todos los que me escuchais, aprovechémonos de este indulto que se nos ofrece. ¿Quereis, os preguntaré de nuevo, que sean perdonados vuestros pecados? ¿Deseais curar de las enfermedades de vuestras almas? ¿*Vis sanus fieri*? Pues abierta está la piscina, sus aguas se agitan en continuo movimiento; el ángel del Señor os espera, levantaos del lecho del pecado y andad. *Tolle gravatum tuum, et ambula*; aprovechaos ahora que estais en tiempo, y antes que llegue un dia en que verdaderamente no tengais hombre que os ayude, porque para vosotros haya cesado el movimiento de las aguas. No dejéis pasar estos dias de la santa Cuaresma sin purificar vuestras almas por el tribunal de la Penitencia.

Quiera el cielo, que dóciles á las doctrinas que os he dado en este dia, os hayais persuadido de la necesidad en que estais de confesaros, y que salgais todos de este templo con propósito firme de hacerlo cuanto antes, para reconciliaros por este medio con el



Redentor amantísimo, que por salvarnos vertió su preciosa sangre en el árbol de la Cruz. Si así lo haceis os hareis acreedores á que Jesucristo ratificando la sentencia dada por su ministro en vuestro favor, os conceda en premio de vuestra fé y confianza la posesion de su gloria. Amen.



## SERMON

### PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

**Se manifiesta la hermosura de la gloria, y qué es lo que debe practicar el cristiano para conseguir su posesion.**

*Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum se orsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit faciem ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.*

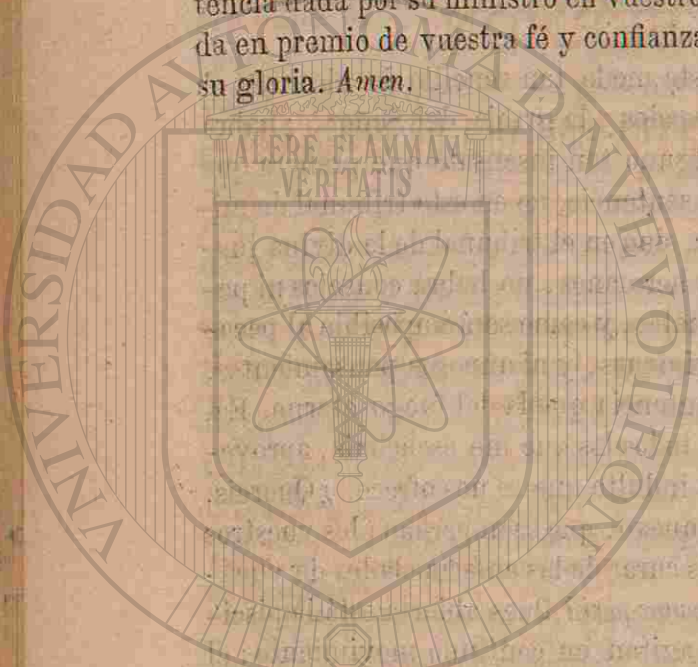
Tomó Jesus consigo á Pedro y á Santiago y á su hermano Juan, y los llevó aparte á un alto monte, y se trasfiguró en su presencia. Su rostro se puso brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve.

Math. cap. XVII, v. 1 y 2.

Jesucristo que habia escogido á sus apóstoles para que fuesen testigos oculares de su predicacion y sus milagros, y despues para que continuaran la obra de la regeneracion del mundo y llevasen la luz del Evangelio por todos los ángulos de la tierra, enseñando á los hombres el camino del cielo, eligió á los primeros entre ellos para presentarles como un tránsito



Redentor amantísimo, que por salvarnos vertió su preciosa sangre en el árbol de la Cruz. Si así lo haceis os hareis acreedores á que Jesucristo ratificando la sentencia dada por su ministro en vuestro favor, os conceda en premio de vuestra fé y confianza la posesion de su gloria. Amen.



## SERMON

### PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

**Se manifiesta la hermosura de la gloria, y qué es lo que debe practicar el cristiano para conseguir su posesion.**

*Assumpsit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et duxit illos in montem excelsum se orsum: et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit faciem ejus sicut sol: vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix.*

Tomó Jesus consigo á Pedro y á Santiago y á su hermano Juan, y los llevó aparte á un alto monte, y se trasfiguró en su presencia. Su rostro se puso brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve.

Math. cap. XVII, v. 1 y 2.

Jesucristo que habia escogido á sus apóstoles para que fuesen testigos oculares de su predicacion y sus milagros, y despues para que continuaran la obra de la regeneracion del mundo y llevasen la luz del Evangelio por todos los ángulos de la tierra, enseñando á los hombres el camino del cielo, eligió á los primeros entre ellos para presentarles como un tránsito



de la celestial Jerusalem, para que pudiesen penetrarse que nada son todos los trabajos y aflicciones del mundo, si por ellos hase de conseguir la posesion de la gloria. Oid la narracion del Evangelista: « En aquellos tiempos tomó Jesus consigo á Pedro, Santiago y su hermano Juan, y los llevó aparte á un alto monte, y se transfiguró en su presencia. Su rostro se puso brillante como el sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Y hé aquí que se aparecieron Moisés y Elias hablando con él. Y tomando Pedro la palabra dijo á Jesus: Señor, bueno es que permanezcamos aquí: si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elias. Hablando estaba aun cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y hé aquí que salió una voz de la nube diciendo: Este es mi hijo amado en quien yo me he complacido: oidle. Cuando lo oyeron los discípulos cayeron sobre sus rostros y temieron. Mas acercándose á ellos Jesus, les tocó y les dijo: levantaos y no temais, y alzando ellos sus ojos no vieron mas que á Jesus. Al bajar del monte les dijo el Señor: No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Tal es, amados oyentes, el Evangelio de este dia; como habeis visto, los tres apóstoles vieron en el monte un trasunto de la gloria: al presenciar la transfiguracion llénanse de gozo, sus corazones laten de placer, y maravillados de lo que ven, desean para siempre permanecer en aquel lugar. Pedro sin poder contener el santo placer en que rebosa su corazon, levanta su voz y esclama: ¡ Oh, señor, cuán bueno seria permanecer aquí para siempre. *Domine bonum est nos hic esse.* Y á la verdad, cristianos, ¿qué felicidad mayor puede apetecer el hombre que vivir viendo el res-

plandeciente rostro de su Dios? Pero aquellos apóstoles no penetraban los designios del Señor. Allí no vieron, si así puedo esplicarme, mas que un principio de lo delicioso que es el cielo. La voz del Eterno Padre resuena en los oidos de los apóstoles, *ipsum audite.*

Señores: aquellos fieles discípulos del Salvador habian de sufrir persecuciones por la gloria de su Maestro y en defensa de su doctrina celestial, y por último habian de sellar la religion con su sangre. Jesucristo por lo tanto quiere que ellos tengan algun conocimiento de su gloria, para que penetrados de su hermosura y de los goces eternos que allí se disfrutan, no teman el pelear, el sufrir las calumnias y las persecuciones, y hasta la misma muerte, á vista de la recompensa que está preparada á los que legítimamente pelearen y perseveraren hasta el fin. Cuando ellos estan mas admirados en la vision, entonces es cuando se deja oír la voz del Padre, que declara que aquel es su hijo amado en quien tiene sus complacencias, y manda á los apóstoles, y en ellos á todos los que habiamos de componer la militante Iglesia, que oigamos á Jesucristo, que le reverenciamos, que sigamos su celestial doctrina: *ipsum audite.*

En efecto, cristianos, la doctrina del mundo, esas doctrinas que enseñan á los hombres que no están ligados por deber alguno; esa doctrina protestante que enseña al hombre á guiarse por su razon hasta para la comprension de las sagradas Escrituras, no es ciertamente la que conduce al cielo. El Eterno Padre muestra su gloria y manda incontinentemente que su Hijo Jesus sea escuchado y obedecido. Prueba evidente de que solo la doctrina de Jesucristo puede conducirnos á la posesion de la gloria. Esto supuesto



y deseando yo que la exhortacion cristiana que os voy á dirigir os anime á abandonar todo aquello que de nada os sirva para conduciros á la celestial Jerusalem, voy á demostraros en cuanto lo permita mi limitado entendimiento, la hermosura de la gloria. Esto ocupará vuestras atenciones durante la primera parte del discurso, destinando la segunda á haceros comprender lo que debeis practicar para adquirir su posesion. Tales son mis ideas, para cuya esplanacion me son precisos los auxilios de la divina gracia, que no dudo me concederá el Señor, toda vez que se lo supliquemos por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre tambien y Señora nuestra, á la cual saludaremos reverentes con las palabras de ángel. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

Ciertamente, señores, que cuando propuse hablaros de la hermosura de la gloria, no comprendí en el momento toda la dificultad de explicar con acierto las maravillas y grandezas de esa morada de Dios, que aun no hemos tenido la incomparable felicidad de ver, y que confiados en la grandísima bondad y misericordia de Dios nuestro Señor, esperamos disfrutar. La gloria, como se explica el angélico doctor Santo Tomás, es un bien sumo y perfecto, que llena y cumple todos nuestros deseos. San Pablo, apóstol de Cristo, tuvo la dicha de ser arrebatado hasta el tercer cielo, y no nos dice otra cosa sino que vió y oyó palabras secretas que al hombre no le es lícito hablar: *et audivi*

*arcana verba, quæ non licet homini loqui* (1). Si esto decia un San Pablo, hablando de su vision, ¿qué podremos decir las miserables criaturas de la habitacion ó palacio del Sol divino de justicia, cuando no hemos salido de las tinieblas y opacas sombras del mundo? ¿Con que colores pintaremos el cielo? ¡Ah! que esto es empresa superior á mis escasas fuerzas.

¿A quién no admira la hermosura de la tierra? ¿Quién se ha parado á contemplar el hermoso espectáculo que presenta la naturaleza; quién no ha fijado sus ojos en esa hermosa y azulada bóveda que nos cubre, y los ha bajado despues para contemplar las obras de Dios en la tierra, que no se haya visto obligado á esclamar con el Profeta de los Salmos: *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum* (2)? ¿A qué observador no admira y arrebatada la contemplacion de los mares con sus flujos y reflujos? ¿Quién no admira el poder y la sabiduría de Dios al contemplar el curso de los astros, su benéfico influjo sobre la tierra, y á esta multiplicar de un modo maravilloso los granos que el hombre arroja en ella? Y si tan hermoso es y tan perfecto este mundo formado por Dios para habitacion de las criaturas, cuál será la hermosura de la gloria, formada por el mismo Dios para palacio suyo? Claro es que si la ha ofrecido por recompensa á todos aquellos que fielmente le sirvan, nada ha de parecerse á ella el mundo que habitamos, no obstante su hermosura y perfeccion.

Recurramos, señores, al evangelista San Juan, que en su Apocalipsis nos hace la descripcion de la

(1) D. Paul. II ad Corinth. cap. XII, v. 4.

(2) Ps. XVIII, v. 2.



gloria, tal como la viera en su vision. «Y vino, dice  
 »el Evangelista, uno de los siete ángeles y me dijo:  
 »Ven acá y te mostraré la Esposa del Cordero. Y me  
 »llevó en espíritu á un monte grande y alto, y me  
 »mostró la ciudad santa de Jerusalem. En ella resplan-  
 »decía la claridad de Dios, y su luz era semejante á  
 »una piedra preciosa de jaspe á manera de cristal. Doce  
 »puertas que estaban en los muros daban entrada á la  
 »ciudad: cada una de estas puertas es guardada por  
 »un ángel, los muros eran de jaspe, mas la ciudad de  
 »puro oro y sus calles adornadas de jaspe, záfiro, cal-  
 »cedonia, esmeraldas, topacios y otras piedras precio-  
 »sas: en esta ciudad no habia templo, porque el Señor  
 »Todopoderoso es su templo y su Cordero. No hay allí  
 »sol ni luna, pues que todo está alumbrado por la bri-  
 »llante claridad de Dios: no entrará allí ninguna cosa  
 »manchada, ni ninguno que cometa abominacion ni  
 »mentira, sino solamente los que están escritos en el  
 »libro de la vida del Cordero: un rio de agua de vida  
 »resplandeciente como cristal salia del trono de Dios y  
 »del Cordero; allí jamás habrá maldicion, sino que los  
 »tronos de Dios y del Cordero permanecerán allí para  
 »siempre, y sus siervos los servirán y verán su rostro.  
 »Allí no hay jamás noche, pues siempre está alum-  
 »brada por la claridad de Dios (1).»

Tal es la descripcion que de la gloria, Jerusalem  
 celestial é Iglesia triunfante, nos da el Evangelista,  
 suficiente para hacernos adquirir unos grandes deseos  
 de ser habitadores de esa santa morada, donde el  
 hombre nada tiene que desear, donde únicamente se  
 ve satisfecho. Aqui en la tierra nunca se satisface el

(1) Apoc. cap. XXI y XXII.

corazon del hombre: posee riquezas, y su misma pose-  
 sion le hace desear mas; ocupa un puesto distinguido,  
 y dirige su mirada con envidia al que ocupa otro de  
 mas distincion, que llegado á obtener tampoco le  
 deja satisfecho. Goza de los placeres que el mundo le  
 ofrece, pero cansado de ellos busca otros nuevos, de  
 los cuales llega á fastidiarse como de los primeros: se  
 dedica á las ciencias; pero ve que otros le adelantan  
 en conocimiento, y esto es un tormento para su cora-  
 zon, y en medio de los placeres y goces mundanos la  
 afliccion, las lágrimas, el dolor, la muerte de una  
 persona amada viene á acibarar al hombre, que tiene  
 contra sí, y conspirando contra su bienestar y su  
 salud hasta los mismos elementos: el mar se traga  
 sus mercancías; el aire que se convierte en huracan,  
 derriba sus edificios; el fuego devorador reduce á ce-  
 nizas en pocas horas toda la suerte de una dilatada  
 familia; la tierra se muestra estéril, cuando mas con-  
 fiaba el hombre en recoger abundantes frutos: todo,  
 en fin, conspira contra el hombre. ¿Y habrá quien se  
 llame dichoso en este valle de lágrimas? ¿Y habrá  
 almas tan apegadas al mundo que no quisieran salir  
 nunca de él? Pero acaso, mis hermanos, en medio de  
 tantas aficciones, á través de tantos sinsabores como  
 experimenta el hombre, ¿no habrá en la tierra un  
 lugar á donde podernos refugiar, y donde nos vea-  
 mos libres de lágrimas y desgracias? No lo busqueis,  
 hermanos míos, porque os cansareis sin fruto, si tra-  
 táis de dar con él en el mundo en que habitamos.  
 Tanta felicidad, tanta suerte se disfruta tan solamente  
 en la gloria, en esta Jerusalem santa donde no hay  
 muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor. Ved aquí por  
 que los justos suspiraron siempre por el cielo: ved



aquí por que los mártires desafiaban los mas crueles tormentos; ved aquí por que el padre San Agustin decia que no hallaba reposo hasta que lograra descansar en Dios. Ved aquí por que una Santa Teresa de Jesus deseaba con anhelo el unirse con su Dios; porque todos estaban convencidos que solo en la gloria hermoseada con la presencia del Excelso puede encontrar la criatura verdadera salud y verdadera paz.

¡Ah, mis hermanos! ¡Cuánto se mortificaron y martirizaron sus carnes, no solo varones robustos sino delicadas doncellas, por conseguir la gloria! ¡Qué austeras penitencias no practicaron con el mismo objeto los grandes pecadores que se convirtieron á Dios! ¡Vosotros hombres delicados que creyendo en el cielo nada haceis por ir á él, tended vuestra vista por esa multitud de monasterios donde tantas vírgenes inocentes, palomas sencillas se encerraron, por huir de un mundo corrompido que podía prenderlas en su lazo, y hacerles perder el cielo! Y estos ejemplos de abnegacion cristiana, ¿no nos moverán á nosotros para trabajar por conseguir el colmo de la felicidad?

Cuando yo tiendo mi vista por el cuadro que presenta nuestra sociedad, y veo la corrupcion de costumbres que se ha generalizado: cuando observo ese indiferentismo religioso que se va propagando con rapidez; cuando contemplo ese cinismo escandaloso y esa licencia con que se ultraja lo mas santo que hay en la tierra: cuando, en suma, veo á hombres que se precian de católicos, vivir como los gentiles, confieso que creo han renunciado todos á la posesion de la gloria. ¡Qué encantador y embustero es el mundo! Hombres hay, dice el padre san Agustin, que preferirian vivir eternamente en el mundo con tal de

poseer riquezas, aunque fuera admitiendo la condicion de no ver jamás á Dios, ni entrar en su gloria.

¡Oh Jerusalem divina! ¡Oh patria hermosa de los bienaventurados! ¡Cuándo será el dia feliz para mí, en que saliendo de este mundo entre por tus puertas para ver cara á cara al Hacedor supremo, y disfrutar de los gozos de los bienaventurados, cantando en su compañía himnos de alabanza y bendicion á nuestro Dios! ¡Qué felicidad!.. Allí, mis amados hermanos, veremos los secretos del mismo Dios, ahora ocultos para nosotros: penetraremos aquellos profundísimos arcanos de los misterios que ahora nos son incomprensibles, y los comprenderemos en premio de la fé, con que en la militante Iglesia hemos dado entero homenaje de creencia á las verdades reveladas: entonces veremos qué miserable es la sabiduría mundana que hincha á los que la poseen, y qué vanos los honores de la tierra, que llenan de soberbia á aquellos que los disfrutan. ¡Ah! ¡plegue á Dios darnos sus divinos auxilios, á fin de que llegue para nosotros un dia tan sobremanera feliz!

Y que, cristianos, ¿podreis mirar con indiferencia esa gloria á que el señor os llama? Comparad todas las grandezas y felicidades de la tierra, con la grandeza y felicidad del cielo, y vereis que esto no es ni una sombra. Allí, en la mansion de la paz, ve el bienaventurado el rostro de su Dios; vé la esencia divina tal como es en sí misma: ve los divinos atributos resplandecer en la misma esencia: ve al Verbo de Dios, no ultrajado ni vilipendiado, no insultado por sacrílegas turbas, no agonizante bajo el peso enorme de la cruz, ni muerto entre dos ladrones; ni tam-



poco le vé ocultando su Magestad y grandeza bajo los velos Eucarísticos: allí no hay sombra, allí todo es luz y claridad; por esto déjase ver Jesucristo á la diestra de su Padre, lleno de gloria y de magestad rodeado de los espíritus angélicos que entonan himnos de paz, y le aclaman tres veces santo como al Padre y al Espíritu Santo: los misterios que hoy nos son incomprensibles se nos revelarán si llegamos á conseguir la dicha del cielo. Venid, almas justas, que habeis merecido entrar en ese reino de dulzuras; venid y referirnos algo que nos de á comprender lo mucho que disfrutais: venid y hacernos una pintura fiel de cuanto veis y cuanto gozais ¡Mas qué digo! Los mismos bienaventurados, no podrian hacernos comprender lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en corazón de hombre entró, lo que preparó Dios para aquellos que le aman. *Oculus non vidit nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, que præparavit Deus iis qui diligunt illum* (1).

Gozar en buen hora de tanto bien, y de tan inexplicable dicha, vosotros espíritus soberanos, ángeles de paz, adoradores continuos de ese Dios que está lleno de Magestad, y vosotras criaturas felices, que como nosotros fuisteis viadores, y por vuestra fé, por vuestra paciencia, por vuestra ardiente caridad, por vuestro sufrimiento en los trabajos y adversidades, habeis merecido tan extraordinaria recompensa, ya que, pues sois nuestros hermanos y estamos ligados con los fuertes vínculos de la caridad, rogad en ese hermoso templo, en esa Iglesia triunfante, por los que hoy somos viadores y componemos la Iglesia mili-

(1) 1. ad. Cor. cap. II, v. 9.

tante, sin olvidaros tampoco de los fieles de la purgante, á fin de que á estos los libre el Señor de sus padecimientos, colmando sus deseos de verle en la gloria, y á nosotros nos conceda el perdón y nos de su gracia, á fin de que caminando de virtud en virtud y revestidos de fortaleza, llegue para nosotros el día feliz en que seamos vuestros compañeros en la patria celestial.

Para gozar tantas dichas, hermanos míos, necesario es que aprendamos los caminos que conducen al cielo, y que por ellos nos dirijamos. ¿Y cuáles son estos caminos? Vamos á verlo en la segunda parte del discurso.

## SEGUNDA PARTE.

Desde luego, que admirados vosotros de tales maravillas como en mal trazado boceto acabamos de presentar, habeis adquirido unos grandes deseos de ver por vuestros propios ojos la hermosa patria que os está destinada, y yo creo que deseais preguntarme que debeis hacer para conseguir el logro de vuestros santos deseos. Yo, señores, os contestaré, no con palabras mías, sino con las mismas que el apóstol San Pablo dirigia á los hebreos, poniendo los ojos en el autor y consumidor de la fe de Jesucristo. *Aspicientes in auctorem fidei, et consumatorem Jesum* (1). Si, cristianos: Jesucristo es nuestro modelo, y á Él es á quien debemos imitar en la regla de nuestra conducta, si queremos penetrar en el reino que nos abriera con su Cruz. Considerad, continúa el Apóstol, á aquel que sufrió tal

(1) Ad. Heb. cap. XII, v. 2,  
Tomo IV.



contradiccion de los pecadores contra su persona para que no os fatigéis, desfalleciendo en vuestros ánimos, porque hasta ahora no habeis resistido hasta perder la vida por vencer el pecado. Jesucristo vino á vencer el pecado, y ved lo primero á que ciertamente está obligado el cristiano: vencer á las pasiones, hacer que triunfe el espíritu en esa lucha ó batalla que continuamente sostiene con la carne rebelde; abatir nuestros malos deseos, con la mortificacion y la penitencia, debe ser la grande obra del cristiano. Muchos son los asaltos del enemigo de nuestra salvacion; pero la gracia que el Señor os da, y que se va aumentando progresivamente conforme el cristiano se vá haciendo digno de los dones de Dios, nos ayuda para conseguir las victorias, y que nuestras almas, aunque constantemente sitiadas, no sean jamás asaltadas, y aunque poco ó nada podemos por nuestras débiles fuerzas, todo nos es fácil ayudados por nuestro Dios.

Otra cosa hay que por lo comun abate al hombre, y le pone en estado de desesperacion alguna vez, pero esto es al hombre cobarde y de poca fé, y son las adversidades, las aficciones, las desgracias de que continuamente nos vemos rodeados en este valle de lágrimas en que vivimos. Ved otra de las cosas que debemos procurar vencer, cosa que nos será fácil lograr poniendo nuestra vista en el autor y consumidor de nuestra fé, Jesus. *Aspicientes in auctorem fidei, et consumatorem Jesum.* Y desde luego, cuando nuestro divino Redentor se presenta al mundo, naciendo según la carne, no bajo la dorada techumbre de un palacio, sino en un pesebre y entre humildes pajas; cuando siendo el dueño del cielo y de la tierra, se somete á salir huyendo para Egipto en los brazos de su tierna

Madre, sufriendo el frio de la estacion mas rigurosa, todo lo hizo para nuestro ejemplo. Contempladle en los tribunales en presencia de los jueces sufriendo en silencio y con la mayor resignacion un sinnúmero de afrentas y viles calumnias: traed á la memoria su penoso tránsito por el camino del Calvario: allí se vió rodeado de insolente chusma, á quien sirve de mofa y diversion. ¡Cuántos tormentos, cuántos ultrajes! Seguid sus pasos hasta el monte de las Calaveras, y presenciareis la mas trájica, la mas dolorosa de las escenas. Todo fué en aquel lugar una cadena de inesplicables tormentos que duraron hasta que el sacrificio cruento se hubo consumado en el leño de la Cruz. Jesus como habia anunciado, resucitó al tercer dia de su muerte, y despues de permanecer cuarenta dias entre los suyos, subió glorioso á los cielos á ocupar su trono de gloria á la diestra de su Eterno Padre. ¿Y cómo subió á los cielos? El profeta Micheas lo habia anunciado muchos años antes. *Ascendet enim pandens iter ante eos.* Subió delante de nosotros abriéndonos y enseñándonos el camino (1).

Ahora bien, señores; cuando Jesucristo se trasfiguró en el Tabor, en presencia de los tres apóstoles, oyóse la voz del Padre que dijo: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias, oidle: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui: ipsum audite.* Si hemos, pues, de complacer al Padre, necesario es oír al Hijo. ¿Y qué nos dice? Que si queremos ser contados entre sus discípulos, si deseamos entrar en esa gloria que Él nos abrió con su cruz, ha de ser por el camino de las tribulaciones y del sufrimiento, al modo que

(1) Mich. cap. II, v. 13.



nos dió el ejemplo sufriendo y padeciendo con resignacion. Terminantemente nos lo advierte en el Evangelio. El que no lleva su cruz á cuestas, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (1). La cruz es el verdadero patrimonio del hombre : á todos ha repartido el Señor sus cruces. Lo que falta saber es el cómo debe conducirse para que consigamos el premio. Con resignacion al modo que el paciente de Hus. ¿ Ves, oh cristiano, que una desgracia inesperada te ha privado de aquellos bienes en los que fundabas tu esperanza para la vejez? Pues resignate con paciencia: eleva tus ojos á Dios, y dí como Job, «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó, bendito sea su nombre.» ¿Te ves vilmente calumniado por tus adversarios? Pues lejos de desear mal al enemigo, perdónale, sufre con resignacion, y ofrécelo á Jesucristo en recuerdo de las calumnias que sufrió. Esto no impide el que como es debido salgas á la defensa de tu honra, pero sin espíritu de venganza. ¿ Ves á un hijo amado lleno de dolores que le hace sufrir una penosa enfermedad? No te entregues á la desesperacion ni murmures de la Providencia. No amarás tú á tu hijo mas que reciprocamente se amaban Jesus y María, y ambos se miran en medio de sus grandes penas, y no exhalan la menor queja, y cumplen gustosos las órdenes de la Providencia. ¿ Te ves postrado en el lecho del dolor, sufriendo mortales angustias, y conociendo que estás próximo á abandonar el mundo? Pon tu mirada y tu entendimiento en el autor y consumidor de nuestra fé, Jesucristo nuestro Señor: representátelo en tu imaginacion pendiente de la Cruz, sufriendo las mas terribles agonías, y todo por

(1) Qui non bajulat crucem suam, et venit post me; non potest meus esse discipulus. Luc. cap. XIV. v. 27.

nuestra salvacion. Esta consideracion te hará llevar los trabajos y suaves las aflicciones, y de este modo habrás llevado tu cruz, y seguido á nuestro Maestro por el camino que conduce al cielo.

Los trabajos y aflicciones de esta vida son muchas veces pruebas del amor de Dios para con sus criaturas: por eso dice San Pablo, que Dios castiga al que ama, y azota al que recibe por hijo (1). Porque en efecto, las criaturas aceptables al Señor, deben probarse en la tribulacion (2). Bien sabeis que aunque nuestros pecados se nos hayan perdonado en la confesion, no se perdona la pena y sí la culpa, y lo que de no haberlo confesado se hubiera pagado con el fuego eterno del infierno, tiene que pagarse en este mundo ó en el purgatorio. ¿Y no es una bondad extraordinaria de Dios el hacernos sufrir en esta vida para purificarnos, evitándonos por este medio el padecer en el purgatorio? Otras veces las tribulaciones son castigos del Señor por nuestros pecados y avisos saludables para que se obre nuestra conversion. De todos modos, el cristiano debe humillarse y besar la mano que le hiere, en la consideracion de que son benignos todos estos castigos para lo que merece por sus culpas.

A Dios, mis hermanos, no podemos llegar sino por la práctica de las virtudes: ved aquí otra ventaja de las tribulaciones sufridas con resignacion. El que sufre por Dios, y lleva con paciencia todos sus trabajos, ejercita en un acto todas las virtudes. Cae sobre la cabeza del cristiano, el terrible golpe de una tribulacion inesperada, que parece va á agoviar todas sus fuerzas: pero afortunadamente no sucede así, porque

(1) Ad. Heb. cap. XII. v. 6.

(2) Eccli. cap. II. v. 5.



poniendo su mirada en Jesucristo, recuerda sus deberes y recibe humillado y como un regalo de la Providencia aquella adversidad. En primer lugar ha ejercitado la virtud de la fé, porque muestra creer en Jesucristo, cuando así le oye y sigue su doctrina. La esperanza porque no acongojándose por lo que será de él en lo sucesivo, en el acto de resignarse gustoso, da pruebas de su confianza en Dios. La sublime virtud de la caridad, porque no se obedece á quien no se ama, y esto prueba que ama Dios á quien ofrece al sacrificio, y que ama á su prójimo contra quien no pide venganza, por mas que haya sido el instrumento de su desgracia. ¿Y de qué modo mejor podria mostrar su humildad y su obediencia que dando á Dios gracias porque le ha visitado en la adversidad? ¿Qué agradable es á Dios el alma del cristiano, cuando de este modo le busca! En verdad, mis hermanos, que no encuentro yo mérito en el que rinde á Dios debidas gracias, en medio de la prosperidad, y cuando no se ve rodeado de tribulacion, de angustia ó de enfermedad. El mérito grande está en hacerlo con tanto mas fervor, cuanto mayor sea la adversidad de que estamos rodeados. ¡Ah! ¿Cuántas almas llegaron á la perfeccion y fueron justificadas por sufrir con resignacion las aflicciones!

Ved, pues, como el camino de la cruz es el que conduce al cielo. ¿Vosotros deseais con anhelo disfrutar de esa celeste patria que Jesucristo nos conquistó con su cruz? ¿Deseais ser en el cielo compañeros de los bienaventurados? Pues ya sabeis los medios, que no son otros que el sufrimiento y la paciencia en los trabajos de la vida, con cuyo ejercicio practicareis todas las virtudes y seguireis en pos de Jesucristo, el

cual os recibirá en sus brazos á la hora de vuestra muerte para llevaros á que forméis coro con sus escogidos.

Y vosotros hombres mundanos, que á la menor incomodidad, á la mas mínima afliccion, blasfemais de la Providencia: vosotros cobardes que no sabeis sufrir la menor injuria, y que sois conducidos por el espíritu de venganza á querer lavar con sangre una expresion del prójimo que os haya ofendido: vosotros los que formais proyectos de suicidio apenas os veis envueltos en la tribulacion, sabed que para vosotros no es el reino de los cielos, que no sereis habitantes de esa córte del omnipotente Dios, sino os arrepentís y mudais de conducta. ¿No quereis andar por el camino del cielo porque está sembrado de espinas y de abrojos? Pues bien, seguid el camino que os presenta el mundo sembrado de bellas y olorosas flores; pero no olvidéis que ese camino conduce necesariamente al infierno. En tiempo estais de decidiros: entrad dentro de vosotros mismos y ved lo que debéis hacer. ¿Desoiréis por mas tiempo las voces de Jesucristo? ¿Tendrán mas fuerza para vosotros los llamamientos del demonio, que los de aquel Dios de amor que vertió su sangre por salvarnos? ¿Los placeres de cuatro días, tendrán para vosotros tal estímulo que os hagan renunciar á los placeres eternos de la gloria? No lo creo: antes por el contrario espero que conociendo vuestros extravíos y llorando vuestras pasadas infidelidades, os propongais desde este dia seguir en pos de Jesucristo, abrazándoos con su cruz, sufriendo con resignacion y con paciencia cuantas tribulaciones se digne enviarnos.

Hagámoslo así todos, amadísimos hermanos. Por



que ¿qué son las tribulaciones del mundo, las angustias, la pérdida de los bienes, los dolores, las enfermedades y toda suerte de aficciones, comparadas con la gloria que se nos ofrece en recompensa? ¡Considerad, que tormento tan extraordinario sería el del santo español Lorenzo, teniendo que sufrir el martirio en las parrillas! ¡Qué no sufriría San Eustaquio encerrado en el toro de bronce y colocado entre las llamas! ¡Cuánto no sufriría un Serapio cuando le sacaron las tripas á torno! ¿Y por qué estos y otros innumerables mártires fueron gustosos á los tormentos, como si fueran á echarse en una cama de blandas plumas? Porque fijaron su mirada en Jesucristo, y veían la recompensa de la gloria que iban á recibir. Y á nosotros á quienes no se nos piden los tormentos del martirio, ¿seremos tan cobardes, que ni aun siquiera nos decidamos á sufrir alguna adversidad por conseguir lo que aquellos consiguieron por los tormentos?

Vengan ¡oh Dios de amor! Vengan sobre nosotros aficciones de todas clases, vengan la tribulación, la escasez, la enfermedad á visitarnos, si por estos medios hemos de lograr veros y alabaros en el Empíreo. Solo os pedimos que nos concedais vuestros auxilios y vuestra gracia, á fin de que no nos acobardemos por nuestra miseria y la debilidad de nuestras fuerzas en medio del camino. Desde ahora os ofrecemos todo cuanto hayamos de padecer en los días que nos resten de peregrinación en este valle de lágrimas. Recibid, Señor, nuestro ofrecimiento, y haced que el día de nuestra muerte sea el primero de nuestra verdadera vida en la patria de la gloria, donde cantemos vuestras alabanzas por eternidad de eternidades ¡Amen! ¡Amen...!

## SERMON 2.º

### PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

**Las maravillas de su establecimiento prueban la verdad y divinidad de la religion católica.**

*Domine, bonum est nos hic esse.*

Señor, bueno es que nos estemos aquí.  
Math. cap. XVII.

Desde el momento en que se estableció la religion católica, y la luz del Evangelio empezó á alumbrar á las naciones, sacándolas de las tinieblas de la idolatría, Jesucristo, su fundador divino, empezó á ser buscado por toda clase de hombres, empero con notable diferencia y con motivos bien diversos. Admirados unos de la sublimidad de la doctrina evangélica y abrazando gustosos la fé predicada por los apóstoles y discípulos de Cristo, le buscaban, es decir, abrazaban sus preceptos, seguían sus consejos y se constituían defensores de su divina ley, esponiendo sus vidas, que muchos perdieron gustosos en crueles tormentos. En vano á estos y á los que despues en



que ¿qué son las tribulaciones del mundo, las angustias, la pérdida de los bienes, los dolores, las enfermedades y toda suerte de aficciones, comparadas con la gloria que se nos ofrece en recompensa? ¡Considerad, que tormento tan extraordinario sería el del santo español Lorenzo, teniendo que sufrir el martirio en las parrillas! ¡Qué no sufriría San Eustaquio encerrado en el toro de bronce y colocado entre las llamas! ¡Cuánto no sufriría un Serapio cuando le sacaron las tripas á torno! ¿Y por qué estos y otros innumerables mártires fueron gustosos á los tormentos, como si fueran á echarse en una cama de blandas plumas? Porque fijaron su mirada en Jesucristo, y veían la recompensa de la gloria que iban á recibir. Y á nosotros á quienes no se nos piden los tormentos del martirio, ¿seremos tan cobardes, que ni aun siquiera nos decidamos á sufrir alguna adversidad por conseguir lo que aquellos consiguieron por los tormentos?

Vengan ¡oh Dios de amor! Vengan sobre nosotros aficciones de todas clases, vengan la tribulación, la escasez, la enfermedad á visitarnos, si por estos medios hemos de lograr veros y alabaros en el Empíreo. Solo os pedimos que nos concedais vuestros auxilios y vuestra gracia, á fin de que no nos acobardemos por nuestra miseria y la debilidad de nuestras fuerzas en medio del camino. Desde ahora os ofrecemos todo cuanto hayamos de padecer en los días que nos resten de peregrinación en este valle de lágrimas. Recibid, Señor, nuestro ofrecimiento, y haced que el día de nuestra muerte sea el primero de nuestra verdadera vida en la patria de la gloria, donde cantemos vuestras alabanzas por eternidad de eternidades ¡Amen! ¡Amen...!

## SERMON 2.º

### PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

**Las maravillas de su establecimiento prueban la verdad y divinidad de la religion católica.**

*Domine, bonum est nos hic esse.*

Señor, bueno es que nos estemos aquí.  
Math. cap. XVII.

Desde el momento en que se estableció la religion católica, y la luz del Evangelio empezó á alumbrar á las naciones, sacándolas de las tinieblas de la idolatría, Jesucristo, su fundador divino, empezó á ser buscado por toda clase de hombres, empero con notable diferencia y con motivos bien diversos. Admirados unos de la sublimidad de la doctrina evangélica y abrazando gustosos la fé predicada por los apóstoles y discípulos de Cristo, le buscaban, es decir, abrazaban sus preceptos, seguían sus consejos y se constituían defensores de su divina ley, esponiendo sus vidas, que muchos perdieron gustosos en crueles tormentos. En vano á estos y á los que despues en



todos los siglos han sido verdaderos adoradores del Redentor del mundo, les ha llamado la impiedad y el error, haciéndoles grandes ofertas porque abandonasen la religion del Crucificado. Convencidos los fieles que ella es la única verdadera; que la unidad católica es el arca formada por Jesucristo, dentro de la cual únicamente puede arribar el hombre al puerto de la verdadera felicidad que es el cielo, se rieron siempre del llamamiento del error y la filosofía, y á sus reiterados y adornados sofismas contestaron llenos de gozo repitiendo las palabras de San Pedro al presenciar en el Tabor la Trasfiguracion de su Maestro Jesucristo: *Bonum est nos hic esse*. Bueno es que permanezcamos aquí. Y en verdad, católicos oyentes, si en el centro de la religion católica es donde encontramos el camino de la salvacion; si ella es divina y verdadera, ¿no será una atroz demencia el volverle las espaldas y separarse de su unidad? Esta conviccion arraigada en nuestros corazones es la que nos hace felices aun en medio de los sinsabores del mundo, y la que nos hace repetir: «Bueno es permanecer en las creencias de la religion católica, porque ella es la única verdadera.»

A su vez los soberbios filósofos de todos los siglos buscaron á Cristo y á su religion para derramar todo el torrente de su odio, censurando su doctrina, porque se opone á los vicios y crímenes con que ellos estan familiarizados. Y digo que buscan á Cristo y á su religion, porque muchas veces ha sido el mismo Jesucristo en la sagrada Eucaristía objeto de la saña y del desprecio de los malvados. Obstinados en sus errores y no queriendo abrir sus ojos á la clara luz del Evangelio, tambien han exclamado en diverso sen-

tido que Pedro y los demas seguidores de Jesucristo: Bueno es que permanezcamos aquí; la doctrina que enseña la Iglesia católica no nos conviene bajo ningun concepto; ella enseña la humildad, y nosotros miramos la humildad como bajeza. El hombre ha de sostener su carácter y ha de hacerse terrible á sus enemigos: enseña la obediencia, y nosotros estamos acostumbrados á vivir independientes de toda autoridad: queremos una libertad amplia en el pensar y en el obrar; la obediencia es un yugo, y por lo tanto la desechamos. El catolicismo condena los placeres sensuales, y ordena la fidelidad en el matrimonio, anatematizando el adulterio. ¿Y podremos vivir nosotros privados de nuestros caprichos? Podremos abandonar las hermosuras que adoramos y que arrebatan nuestra admiracion? De ningun modo. No necesitamos exámen ni discusion: una religion que así nos perjudica no debemos abrazarla; persigámosla y hagamos conocer al mundo su falsedad. Bien estamos siguiendo nuestros antiguos usos y costumbres. *Bonum est nos hic esse*.

Los argumentos de que se han valido estos impíos y presuntuosos filósofos no han pasado de meros sofismas, destruidos por la sabiduría de los Padres de la Iglesia y de sus célebres escritores. Y á través de encarnizadas persecuciones, de las herejías y de los cismas, la Iglesia se ha conservado pura y brillante, y solo han servido los argumentos de sus enemigos para hacer resaltar mas y mas sus triunfos y su verdad. Por esto nosotros, fieles hijos de la católica Iglesia, cuya fé está arraigada en nuestros corazones, rechazamos con energia toda doctrina que á ello se oponga, y exclamamos sin temor que queremos perma-



necer en ella hasta el último momento de nuestra existencia. *Bonum est nos hic esse.*

Para justificar nuestro modo de pensar, voy á probar en este discurso la verdad de la religion católica por las maravillas de su fundacion, destruyendo los argumentos que en contra de esta verdad presentan los incrédulos. De este modo vosotros todos os afirmareis mas en vuestra fé, y se animará mas vuestro deseo de permanecer en su centro. *Bonum est nos hic esse.*

No tengo yo por cierto la ciencia de los apologistas de la religion; mas la obligacion en que estoy como ministro vuestro; oh Dios dador de la sabiduría! me hace esperar que me comunicareis las luces necesarias para llenar esta parte del ministerio sacerdotal. Así os lo suplico por la mediacion poderosa de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

No me admira, señores, ni podrá causar admiracion á ninguna persona sensata y que sepa discurrir, el que la falsa reforma de Lutero haya encontrado seguidores, ni el que hoy sea la religion dominante de la poderosa Inglaterra, aunque afortunadamente, y sea dicho de paso, el protestantismo ha caido en el descrédito allí mismo donde consiguiera sus mayores triunfos, como nos lo prueban las muchas conversiones que diariamente se hacen al catolicismo de lo mas notable del clero y de la nobleza inglesa. Y digo que no me admira su propagacion, porque una doctrina que admite la poligamia como no contraria á la fé del Evangelio; que dá libertad al hombre para que se entregue al desenfreno de las pasiones, no puede me-

nos de encontrar hombres amantes de la sensualidad y demas vicios que se adhieren á tales doctrinas. Enrique VIII, de funesta memoria, autor de la desgracia de esa nacion, antes venturosa por su piedad proverbial, no podia contenerse en los límites de la razon. Lascivo cuál él solo, y comparable en su altanería y soberbia al demonio, que no quiso siendo ángel reconocer la autoridad de Dios, no se veía satisfecho de goces mundanos: á todo trance queria divorciarse de su legitima consorte, y contraer nuevo matrimonio con la tristemente célebre Ana Bolena. Estos desórdenes no podia autorizarlos el Vicario de Jesucristo, toda vez que se oponian á la doctrina católica. No importa; los doctores de la escuela luterana le autorizaban para ello. Enrique no titubea, abraza la doctrina que autoriza sus infames proyectos, y se hace cabeza de la nueva Iglesia, reasumiendo el poder espiritual con el temporal. ¿Qué habian de hacer los grandes? ¿De qué modo habrian de obrar los que por oficio son constantes aduladores de los monarcas? ¿Qué habian de hacer ó que partido deberian tomar los altos empleados que dependian del rey, los ricos propietarios que hubieran sentido como un tormento el verse espatriados y privados de sus bienes, que se les hubiesen confiscado de no abrazar la reforma? Flacos en la fé, pues que debian perder antes la vida que la fé, aplandieron con voluntad ó por fuerza la determinacion del soberano, y la unidad católica, centro de la verdad, dejó de existir en Inglaterra. Considerad, señores, todas las circunstancias que acompañaron á la introduccion del protestantismo en Inglaterra, y os convencereis que solo por la fuerza de las armas puede sostenerse lo que es falso. No estrañeis la forma que doy al discurso,



aunque sea faltando en algo á las reglas de la oratoria, pues que las sombras del error hacen mas claras las luces de la verdad.

Vamos, pues, á contemplar al cristianismo en su cuna, y ya que le vemos estendido por todas partes, que nos admiran sus triunfos y nos encantan sus victorias, veamos las armas de que se valieron sus propagadores, la ciencia y reputacion de estos, y si las doctrinas que publicaron eran ó no conformes á los usos, á las costumbres, ó las cosas que por lo comun halagan al hombre, y así como por las razones espresadas no han podido llamar nuestra atencion los progresos que hizo el protestantismo, así nos admiraremos y conoceremos la verdad de nuestra augusta religion, por los medios de que se valió su Fundador divino para que imperase en el mundo.

La religion cristiana, cuya predicacion y propagacion encargó el Salvador á sus apóstoles, tenia precisamente que entrar en combate con los grandes errores que por aquel tiempo eran objeto de la creencia de la mayor parte de los hombres: tenia que luchar con los sofismas de los filósofos; tenia que destruir los vicios á los cuales se le levantaban altares, publicar y enseñar virtudes hasta entonces desconocidas, y sin apoyo alguno de príncipes ni de magnates, tenia que trastornar todo el órden social, llevando acabo una revolucion cual no han conocido los siglos. Proyectos mas pequeños, planes menos vastos y que tienden ó propenden tan solamente á variar en algun tanto las leyes de un pueblo, necesitan de hombres sábios, de varones fuertes é intrépidos, versados en el arte de dirigir revoluciones: necesitan proteccion de altos personajes é intereses materiales con que atraer al

pueblo, que sin saber lo que pide, ni por qué se mueve, es siempre el instrumento de los que llenos de comodidades y sentados en doradas sillas, esperan ansiosos el resultado de sus planes. La verdad no necesita valerse de estos medios, ni sus defensores necesitan tomar las armas para aterrorizar á los pueblos que desean atraer á sí. Veámoslo en la fundacion del cristianismo, llevada á cabo cuando mas errores pululaban por la sociedad; cuando en mas fuerza y vigor se sostenia el poder de los emperadores. Jesucristo no busca hombres de reputacion, ricos en ciencia y en fortuna. Doce pobres pescadores le bastan para llevar á cabo la obra grande de la regeneracion del mundo: pobres, sin mas bienes que las barquillas y las redes: sin otra reputacion que la que adquirir podian entre los compañeros de oficio tan humilde, son escogidos para alumbrar al mundo con la luz del Evangelio. ¿Y cómo, me direis, unos hombres rústicos que no conocen la literatura, y al parecer idiotas, se atreverán á luchar con la fuerza de los emperadores, y serán capaces por sí solos hacerse prosélitos y estender una nueva doctrina, contraria en un todo á la que seguian los hombres? ¿Y de qué armas se valieron para sus conquistas? Yo os lo diré. Sin otras armas que sus voces, sin mas que la persuasion entraron por todas partes, y á través del odio de los emperadores, y de grandes persecuciones, la religion se fué estendiendo prodigiosamente, y llegó á verse despues de tres siglos de combates sentada en el mismo trono del emperador Constantino.

Y estos triunfos tan señalados, conseguidos tan solamente con las armas de la persuasion, ¿no prueban suficientemente que la religion católica es obra



no de hombres sino de Dios? ¿Y si los apóstoles no hubiesen visto por sus mismos ojos á Jesucristo despues de resucitado, si no hubiesen recibido sus instrucciones, hubiesen tenido valor para emprender su predicacion, y desafiar los tormentos y la muerte que pudieran sobrevenirles para su constancia en la propagacion del Evangelio, como sucedió en efecto?

Ved pues la primera maravilla que resplandece en el establecimiento de la religion: el ser sus propagadores hombres pobres, sin reputacion y sin proteccion de persona alguna. ¿No hay en esto algo superior á quanto puede concebir la humana inteligencia? Los milagros confirmaron la doctrina de los apóstoles, y esto á no dudarlo era un grande apoyo para que fuesen recibidos y escuchados. Para ellos no habia idioma desconocido á pesar de su rusticidad natural, pues que estaban ya iluminados para llevar á cabo la obra á que el Señor les destinara: ya veis que todo es sobrenatural, toda la proteccion es del cielo, y en la tierra no cuentan con otra cosa que con el odio y las persecuciones. A caso me hablareis de la estension del imperio del falso profeta de la Meca: pero esto como dice un sabio escritor (1), es una prueba convincente de lo que puede el ingenio auxiliado por la astucia, las pasiones y la fuerza de las armas. Pero como observa Pascal, respondiendo muy exactamente á una objecion reproducida despues mil veces con descaro: «Jesucristo y Mahoma tomaron rumbos y medios tan contrarios, que supuesto el triunfo de Mahoma, debió frustrarse el plan de Jesucristo y perecer el cris-

(1) Frayssinous.

«tianismo, á no haber sido sostenido por un poder totalmente divino (1).

¿Acaso por la brillantez y hermosura de la doctrina que enseñan, era fácil que encontraran partidarios y seguidores? Volved de nuevo la vista y fijad vuestra imaginacion en las ideas impresas en los corazones carnales de los judíos. Ellos esperaban un Mesías, pero como quiera que acomodaban á su capricho las profecías de la Escritura, esperaban que su nacimiento hubiese estado rodeado de grandeza; ¿cómo pues dar fé á los que les anuncian un Mesías que nació pobre, que recostó su cabeza sobre humildes pajas, que en suma se presentó al mundo en el estado de mayor pobreza? Aun hay mas, los hombres idólatras estaban acostumbrados á no tener regla de costumbres: las suyas eran las mas absurdas: su Dios eran los vicios. Y qué ¿deberian recibir gustosos una nueva doctrina que morigeraba sus pasiones, que enseñaba la humildad hasta el desprecio de sí mismo, el amor de Dios por la práctica de las virtudes, el amor del prójimo, hasta el extremo de hacerle bien? ¿Que predicando la castidad y la pureza de vida, condenaba los bienes que mas le halagaban? Los objetos de sus distracciones y diversiones eran la asistencia á las fiestas licenciosas de Baco, ó el entretenimiento en las reuniones donde la diosa Venus presidia. Un eminente escritor y orador sagrado, no puede menos de reconocer la verdad de la religion cristiana, al ver la transformacion que causó en los corazones paganos, y esclama entusiasmado: «La cruz ha triunfado de los corazones, y tengo por mas glorioso haber conseguido

(1) *Pensées*. chap. XVII, v. 7.  
Tomo IV.



»tan hermosa victoria, que haber cambiado el órden  
»del universo, porque nada veo en el mundo mas  
»indócil, mas fiero ni abominable que el corazon del  
»hombre (1).»

Fijad os ruego, vosotros los que sabeis discurrir; fijad vuestra vista en la transformacion admirable de aquellas gentes, y al contemplan los grandes triunfos que de ellos logran los apóstoles, sin mas armas que la persuasion, y pronto tendreis que convenir en que fué obra de Dios, y por consiguiente que la religion católica es verdadera y divina. Porque de otro modo, no es fácil concebir que una docena de hombres desconocidos, pobres, y sin reputacion alguna, puedan por solo su palabra mudar las costumbres, los usos, las inclinaciones y hasta las leyes de un pueblo. Esto solo se hace con la asistencia de Dios, y como quiera que Dios no asiste á las obras falsas, resulta como consecuencia lógica, ser verdadera y divina la religion católica en que hemos tenido la dicha de nacer y en la cual vivimos.

Además, señores, la época de la predicacion de los apóstoles, como nota oportunamente un autor (2), no fué ciertamente una época de ignorancia y de barbarie: nació en la época de Augusto, en aquellos mismos tiempos en que las luces ilustraban á Europa, y principalmente al imperio romano: por esto no tendria fuerza el argumento que pretendiese probar que la ignorancia de los pueblos atrajo seguidores al Evangelio. La herencia que la Iglesia recibió de su Fundador divino fué la persecucion, y por esto en todos los siglos, en cual mas en cual menos, ha sufrido fuertes

(1) Bossuet. Primer Serm. Pour l'Exalt. de la Croix. primer cap.  
(1) Frayssinous. Defensa del Cristianismo.

ataques, ora por las persecuciones de los enemigos del nombre cristiano, ora por los eismas y herejías. En las persecuciones fué notable el valor y la fé de tantos ilustres héroes, que gustosos é intrépidos sellaron la religion con su sangre en los mas crueles martirios. ¿Y qué historiador sagrado ni profano ha negado la crueldad de los martirios empleados por los emperadores para borrar el nombre cristiano? Pero tales eran los progresos del catolicismo, que Tertuliano afirmaba que destruir por completo á los cristianos era lo mismo que dejar á la sociedad sin ciudadanos, y sin vasallos al trono. ¿Y quién al ver aquellos terribles aparatos, al observar que preparadas estaban siempre las cadenas, los potros, las hogueras, las parrillas, los toros de bronce, las cuchillas, los garfios y tanto género de suplicio para los adoradores de Cristo y profesores de la nueva religion, no hubiese creído que ella hubiese muerto en su misma cuna? ¡Ah! esto lo hubiera creído seguramente el que ciego á la luz de la razon y de la verdad hubiese juzgado que el cristianismo era obra humana. Empero el hombre de razon que observase y estudiase con detenimiento la santidad de la nueva moral que se predicaba al mundo: que observase la fé y la constancia de los mártires en sus suplicios, y finalmente los grandes triunfos que cada dia adquiria la religion, no podria menos de confesar su divinidad y su verdad, conociendo la certeza de aquellas palabras de Jesucristo en que ofreció á Pedro que su fé no seria estinguida (1), y tambien que las puertas del infierno no prevalecerian contra su Iglesia (2).

(2) Ego pro te rogavi Petre, ut non deficiat fides tua. Luc. cap. XIII, v. 32.

(2) Et portæ inferi non prævalebunt adversus eam. Math. cap. XVI, v. 18.



Y en efecto, el infierno hizo siempre cuanto pudo por derribar la obra del Señor; pero sus esfuerzos estrelláronse siempre contra las firmes columnas suscitadas por Dios para sostener su Iglesia. Cuán grandes fueron los combates de los heresiarcas contra la Esposa de Jesús es indecible, como asimismo los triunfos conseguidos por el celo y sabiduría de los Padres. Aun humeaba aquella inocente y preciosa sangre vertida en el Calvario; aun resonaba por todas partes el eco de la voz de los apóstoles, cuando aparecieron los primeros heresiarcas combatiendo á la Iglesia, ya en su moral, ya en sus dogmas. Dios vigila siempre por ella, y como le hubiera ofrecido proteccion y estabilidad, apenas el infierno presenta como instrumentos de sus diabólicas maquinaciones á Basilides, Marcion, Montano y otros semejantes, suscitó varones apostólicos que les combatiéran y destruyéran sus pérfidias doctrinas. Arrio, Apolinar, Macedonio y otros aparecen en el siglo IV vomitando errores y blasfemias contra Cristo y su Santísima Madre; empero se encuentran frente á frente con San Agustín, el Crisóstomo y San Gerónimo, que llenos de ciencia y de fé les vencen en el terreno de las discusiones. Así sucesivamente en todos los siglos para contrarestar á los autores y propagadores de las herejías, ha suscitado el Señor varones santos y sábios, que destruyendo á los enemigos de la Iglesia y su doctrina, han sido columnas y firmes sustentáculos de la militante Jerusalén. Así de triunfo en triunfo, de victoria en victoria, la religion de Jesucristo háse mostrado brillante y pura á la faz de las naciones, y ora respetada y amada, ora aborrecida y perseguida, jamás han podido blandearse sus cimientos, porque está sostenida por el dedo de Dios,

y el dedo de Dios no se blanda. ¡Ah, señores! que yo fijo mi vista en la fundacion de la Iglesia católica, observo las grandes maravillas que acompañaron á su establecimiento; y al contemplar tantos y tan repetidos triunfos; al ver que no usaron los apóstoles ni sus discípulos de otras armas que la persuasión; al considerar que la doctrina que predicaban era contraria á los usos, costumbres y leyes que los hombres observaban; al ver las persecuciones que tuvieron que sufrir, todo me hace conocer que la religion católica es la única verdadera, confirmada por multitud de milagros.

Señores: lo que á mí no puede menos de admirarme, lo que me hace verter lágrimas de desconsuelo, es el observar que llevando la religion de Jesucristo cerca de diez y nueve siglos de existencia, que estando confirmada con tantos prodigios, haya, no extrajeros á nuestras creencias, sino hijos de esta misma Iglesia, que han sido regenerados con el santo bautismo, que se revelen contra esta amorosa madre negando las verdades que ella nos propone, y contradiciendo y oponiéndose á sus ritos y prácticas. Y lo mas notable, que esto se hace encubriendo las acciones con el velo del catolicismo. ¿Qué otra cosa es mas que un jansenismo, el oponerse al culto público, poniendo por pretesto el celo porque no haya irreverencias? ¿Querer suprimir el oro y la plata y las piedras preciosas que adornan el Tabernáculo del Señor, con la sana intencion de que no sean robadas por la codicia de los ladrones? Hombrés celosos, reformadores de la sociedad, los que gozais viendo pobre y miserable el santuario, al mismo tiempo que en vuestras casas resplandece la profusion, ¿quereis hacernos creer vuestro catolicismo? Pues si hemos de seguir vuestra lógica, suprimamos para siem-



pre la religion católica, porque de existir ha de haber necesariamente quien la ultraje, y derribemos los templos por temor de que sean profanados. Vosotros impíos asolapados, los que directa ó indirectamente hacéis la guerra á la Iglesia de Jesucristo, sois para ella mas perjudiciales que los mismos herejes, pues que aquellos combatian de frente, y vosotros encubiertos con la negra capa de la mas refinada hipocresía. ¿Seriais capaces, por ventura, de hacer eclipsar con vuestros esfuerzos la luz del sol que nos alumbra? Pues tampoco podreis eclipsar la brillante luz de la esposa inmaculada del Cordero. La perseguireis, la despreciareis, pero bajareis al sepulcro, y ella quedará triunfante, mientras que vosotros penareis eternamente en el infierno.

No lo permitais, Redentor amabilísimo de nuestras almas: antes por el contrario, conceded vuestras luces á todos los enemigos de vuestra religion augusta, á fin de que estudiando las maravillas de su establecimiento y triunfos, se persuadan de que ella es la única verdadera, y que fuera de ella no hay salvacion. De este modo llorarán su pasada infidelidad, y reconciliándose con Vos por el sacramento de la Penitencia, vivan en adelante en el cumplimiento de la divina ley, convirtiéndose como otro Saulo de perseguidores de vuestra Iglesia santa en sus mas ardientes defensores. A ellos y á todos nosotros dadnos vuestra divina gracia, á fin de que permanezcamos siempre fieles á nuestra madre la Iglesia, y que practicando las virtudes que ella nos enseña, merezcamos un dia ser ciudadanos de la patria celestial, pues así lo esperamos por nuestra decidida voluntad de permanecer todo el tiempo de nuestra vida obedientes y sumisos á nuestra religion

augusta. Llegue, Señor, el dia feliz, y sobre toda ponderacion dichoso, en que los que hemos permanecidos fieles hijos de vuestra Iglesia, podamos decir en la gloria, al ver vuestro divino rostro, las espresiones de San Pedro consignadas en el Evangelio de este dia. ¡Señor, cuán bueno es permanecer aquí! *Domine bonum est nos hic esse.* ¡Así sea! ¡Así sea!...



## SERMON

PARA EL LUNES

### DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

**Una vida eriminal conduce necesariamente á la impenitencia final, que es el mayor de todos los males posibles.**

*Ego vado, et queritis me: et in peccato vestro moriemini.*

Yo me voy, y aunque despues me busqueis, morireis en vuestro pecado.

Joann. cap. VIII, v. 21.

Solicita por nuestro bien la santa Madre Iglesia, y deseosa de hacer despertar á sus hijos del letargo de la culpa, para evitarles el mayor y mas terrible de los males que es el caer en la impenitencia final, llama hoy nuestra atencion á la terrible sentencia dada por Jesucristo á los fariseos en justo castigo de su incredulidad y del odio que le profesaban, y que se halla consignada en el trozo del capítulo VIII del Evangelio de San Juan, que se ha leído en la misa de la presente feria. *Yo me voy*, dijo Jesucristo en una ocasion á los fariseos, *y me buscareis y morireis en vuestro pecado.* ¡Ter-

rible sentencia! ¡Fallo irrevocable que se cumplirá con toda exactitud, porque ha sido pronunciado por los lábios del Salvador, y primero faltarán los cielos y la tierra que dejen de tener cumplimiento sus palabras (1). ¿Y con qué objeto nos hace este recuerdo la Iglesia? Con el de hacernos conocer que no solamente va dirigida esta sentencia á los fariseos, sino á todos los pecadores obstinados, que haciéndose sordos á los llamamientos del Señor, menospreciando sus beneficios y sus gracias, viven olvidados de su divina ley, entregados á los vicios, envueltos en los lazos de la incredulidad ó indiferencia. A estos, pues, dirige su voz nuestro amabilísimo Redentor en este dia, y les dice: Yo os he lavado del pecado original por medio de las aguas saludables del Bautismo: os he hecho miembros de mi Iglesia: os he dado en el sacramento de la Penitencia una fuente de cristalinas aguas para que os purifiqueis de vuestros pecados: os estoy llamando á mí continuamente por medio de mis ministros que os predicán las verdades eternas: siempre estoy llamando á las puertas de vuestro corazon: os doy especiales auxilios, porque no quiero vuestra muerte sino vuestra conversion. No obstante este amor que os demuestro, á pesar de tanta misericordia como uso con vosotros, no logro el atraeros á mí, y el haceros entrar en el conocimiento de vuestro error: pues bien, ahora os digo que daré fin á mis llamamientos; que me retiraré de vosotros, y llegará un dia en que me busqueis; este dia será el de vuestra muerte, pero yo entonces pagándoos olvido por olvido, me apartaré de vosotros, y mo-

(1) Cœlum et terra transibunt, verba autem mea non præteribunt. Math. cap. XXIV, v. 35.



riréis en vuestro pecado: *Ego vado, et queritis me; et in peccato vestro moriemini.*

¡Ah, mis hermanos! ¡Quién no se estremece al escuchar esta sentencia que da por resultado la infalible condenacion! ¡Quién se atreverá á permanecer por mas tiempo en el lodazal inmundo de la culpa, viendo la esposicion que tiene á que cansado el Señor de sufrirle le retire sus auxilios, y muera en el pecado! ¡Y os parece esto difícil á vosotros los que no encontráis ese mañana que repetís cada día cuando se os habla de que os convirtais á Dios? ¿Sabeis si por mas que confieis en el día de mañana vivireis cuando se acabe el de hoy? ¡Sabeis si una muerte repentina cortará el hilo de vuestra vida cuando menos penseis que podeis morir? Increible parece, hermanos míos; pero no por eso es menos cierto que haya muchos cristianos, tan descuidados de sí mismos y de la salvacion de sus almas que vivan tranquilos en medio de sus vicios, olvidados enteramente de su Dios, y sin acercarse poco ni mucho á la participacion de los Sacramentos. Esto es lo mas monstruoso de la ingratitud y la mas inhumana crueldad. Es lo mas monstruoso de la ingratitud, porque el que así obra, lejos de agradecer á Jesucristo la gran bondad que nos mostró, muriendo en una cruz y entre los mas crueles tormentos por librarnos de la cautividad del demonio y salvarnos, renueva sus tormentos y su muerte con el pecado, como se espresa San Pablo (1), y es lo mas inhumano de la crueldad porque suicida su cuerpo y su alma, toda vez que esta la conduce al infierno en el momento de su muerte, y el cuerpo unido al alma en el día del juicio final.

(1) *Rursus crucifigentes sibi metipsis Filium Dei, et ostentui habentes.* Ad Heb. cap. VI. v. 6.

¿Y será posible que creyendo en la posibilidad de caer en la impenitencia final, que es el mayor de los males posibles que pueden sobrevenir, porque es señal cierta é indudable de condenacion, no resuene en los oídos de muchos pecadores el eco de la trompeta de la divina palabra, que les advierte el precipicio? ¡Ah! conoced, pecadores que me escuchais, que es ciertamente tentar á Dios el permanecer en el pecado sin llegarse á lavar á las cristalinas aguas de la penitencia. ¿Quereis disponer de la paciencia de Dios? ¿Quereis vivir en la inobservancia de su divina ley, entregados á los placeres del mundo, y que esté dispuesto á escucharos, cuando viéndoos ya en imposibilidad de servir al mundo por mas tiempo, le llameis en los últimos momentos de vuestra vida? Es una verdad que Dios por su misericordia infinita está dispuesto á escuchar al pecador en cualquier hora que éste le llame y se acoja á su bondad; por esto perdonó á Dimas en el árbol de la cruz: esto lo hizo el Señor para que el pecador nunca desconfie de su misericordia. ¿Pero habeis visto muchos Dimas? ¿Y podrá ser vuestro arrepentimiento eficaz en vuestra última hora, toda vez que maliciosamente siempre reservásteis vuestro arrepentimiento para ese trance? Para que el pecador se convierta en su muerte, son necesarios los auxilios de Dios. ¿Y creéis que os los dará despues de vuestra rebeldía? ¡Ah! Qué es muy espuesto diferir para entonces la conversion, dice el padre San Agustin con mucha oportunidad; porque una calentura puede embargaros los sentidos, y no dejaros pensar en vuestros pecados, ó porque una muerte imprevista puede que no os deje tiempo para confesaros, y morais en vuestro pecado: *et in peccato vestro moriemini.*



Deseando yo, pues, que ninguno de los fieles que me escuchan llegue á un estado tan lamentable, y antes por el contrario que todos se decidan á volver las espaldas á los vicios y placeres que á tan desastroso fin conducen, voy á demostraros, fundado en las palabras del Evangelio, que han servido de tema al presente discurso, que los vicios y la obstinacion en el pecado conducen á la impenitencia final, el mayor de los males posibles.

Redentor amabilísimo, que para mostrarnos el grande amor que nos profesais descendisteis del cielo, y nos redimisteis con el precio infinito de vuestra preciosísima sangre, no permitais que caiga sobre ninguno de nosotros el peso enorme de vuestra sentencia; y para que yo pueda penetrar con el eco de la divina palabra hasta los corazones de mis oyentes, iluminad mi entendimiento con un rayo de vuestra luz divina. Esta gracia os suplico por la intercesion de la Santísima Virgen á la que saludamos llena de toda gracia. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

La Iglesia por la santidad de los miembros que la componian, era en los primeros siglos un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres; empero en nuestros dias parece que la religion es distinta y que su moral ha variado. Hay una diferencia notabilísima entre los cristianos del presente siglo y los de aquellos. Una fé operativa, una esperanza grande y una caridad ardiente distinguian á los profesores de la doctrina del Crucificado. La santidad resplandecia de tal modo en los cristianos, que causaba

la admiracion de los mismos perseguidores de la Iglesia: hoy por el contrario son pocos los que en la pureza de sus costumbres pueden compararse con aquellos: nunca la corrupcion ha sido tan general como al presente. Tended en confirmacion de esta verdad vuestra vista por el cuadro triste que presentan las sociedades cristianas, y á poco trabajo encontrareis hijos de la Iglesia que tratando continuamente de los negocios temporales, viven sin pensar por nada en el más importante de los negocios, que es el de la salvacion del alma; otros que entregados á los placeres de una vida sensual no cumplen ninguno de sus deberes religiosos, y viven enteramente olvidados de su Dios; otros que sobrándoles el tiempo para asistir á reuniones pecaminosas y á lugares donde es canonizado el vicio, no tienen una hora para asistir al templo, y no toman parte en ninguna de las solemnidades y festividades de la Iglesia, y viven aletargados con la venenosa copa de placeres mundanos; otros... ¡pero á dónde voy!... Seria interminable si me propusiese pintar todos los cuadros de perdicion que presentan muchos de los cristianos de nuestros dias. Todos ellos, pues, que desoyen en su rebeldía la voz de Jesucristo que les llama, corren á pasos agigantados por el camino que conduce á la impenitencia final, que como hemos dicho antes, es el mayor de los males posibles. Esta amenaza les hace hoy el mismo Jesucristo.

Vosotros los que contentos en vuestra vida criminal dejais la conversion para mas adelante, yo os ruego que fijéis vuestra atencion en las cortas palabras que el Salvador os dirige, para que comprendais toda su significacion, pues que su comprension nos es del mayor interés. *Ego vado et quæritis me, et in peccato*



*vestro moriemini.* Yo me voy y me buscareis, y morireis en vuestro pecado. Yo quiero concederos ahora que salga cierto lo que vosotros quereis, que sea dilatada vuestra vida, y que la lentitud con que venga la muerte os dé tiempo suficiente para elevar el corazón á Dios é impetrar su infinita misericordia. En este caso ya se ha cumplido lo primero que nos dice Jesucristo, *me buscareis.* Le llamareis; invocareis su santísimo nombre; ¿pero teneis seguridad en que tales serán los afectos, que lograreis atraerle á vosotros? Yo sin decir nada mio repito las palabras del Salvador: *et in peccato vestro moriemini.* Morireis en vuestro pecado. Y la razón de esto la veo yo claramente á la sola luz de la razón. ¿Cuál fué vuestra vida? Una cadena no interrumpida de crímenes cometidos contra Dios. ¿Cómo respondisteis á los continuos llamamientos del Señor? Con el desprecio de su ley. ¿Cuáles fueron vuestros propósitos en orden á vuestra conversión? El volveos á Dios consagrándole los últimos momentos de vuestra miserable vida, cuando ya no os sea posible disfrutar por mas tiempo de los placeres del mundo. ¿Estrañareis ya por ventura la conducta de Dios para con el pecador obstinado? ¿Os admirará que llamándole el que asi obró en los últimos momentos de su vida, hallé cerrados los oídos de Dios y encontrar en vez de un padre misericordioso un juez justiciero? ¿Estrañareis ver morir en su pecado al que siguió la carrera de la maldad, no obstante que haya buscado á su Dios en sus últimos momentos? Pues es constante el oráculo divino: *Ego vado et quæretis me, et in peccato vestro moriemini.* Nada mas natural que quien es omiso para responder á los llamamientos de Dios y le desprecie, le encuentre tambien sordo á

sus clamores, cuando á las puertas de la muerte invoque la misericordia. Sí, entonces el Señor volverá burla por burla, desprecio por desprecio, y cuando el pecador le llame le responderá: «Tambien yo te llamé y no me hicistes caso; *vocavi et renuisti.*» Despreciaste mis consejos y te burlaste de mis amenazas; pues ahora á mi vez me burlo yo y me rio de vuestros lamentos. *Despexisti consilium meum, et increpationes meas neglexisti; ego quoque in interitu vestro ridebo et subsanabo.*

¡Qué vana es esa confianza que el pecador obstinado funda en la gran misericordia del Señor! ¡Ah! Cierito, ciertísimo es que todos debemos tener una ciega confianza en Dios, pero es cuando le busquemos por el arrepentimiento y las lágrimas, y no abusemos de su misericordia. Sabeis vosotros que es misericordioso ¿pero ignorais que es justiciero? Sabeis que sabe perdonar, ¿pero sabeis que tambien sabe castigar con rigor? Confiais en que es Padre, ¿pero temeis el que es juez? ¿Pero cómo es posible, me preguntareis, que Dios deje de escucharnos en cualquier momento que le llamemos? ¿Cómo es posible que se muestre tan riguroso y nos vuelva las espaldas cuando invoquemos su nombre? Yo, hermanos míos, no puedo penetrar los altos é incomprensibles juicios de Dios; pero sí puedo aseguráros que ello es una verdad porque lo afirma el mismo que ha de dar tan cruel castigo al pecador obstinado: *quæretis me, et in peccato vestro moriemini.* ¡A cuánta desgracia, á cuánta infelicidad se espone el pecador! Y á la verdad, yo no creo que el hombre puede quejarse de Dios por verse tratado de este modo, pues que tal es el orden de la justicia. ¿No nos está siempre llamando á sí? ¿No toca de mil diversos modos á nuestro corazón? Y á vista de la repulsa que ahora le



hacemos, ¿por qué heinos de estrañar que él nos repulse á nosotros? No hay remedio, cristianos, ó convertirse á Dios en tiempo, ó morir en el pecado para bajar al infierno. Si deseais que Jesucristo os escuche en la hora de la muerte, escuchadle vosotros ahora; si quereis encontrarle cuando le busqueis, no le perdais ahora de vuestra vista, pues no obstante su justicia, de tal modo es misericordioso, que si ahora cuando todavía os espera os volveis á él y le llamais, le vereis en el momento estrecharos en su corazon y lavaros de vuestros pecados.

A la impenitencia final, á ese estado lastimoso conducen los vicios, la rebeldía del corazon. ¡Ah, mis hermanos! Si vosotros tuvieseis que presenciar las escenas que nosotros los sacerdotes presenciamos en el desempeño de nuestro ministerio, conoceriais entonces cuán al pié de la letra se cumplen las palabras del Señor: si os colocáseis como nosotros en la cabeceira del moribundo para recibir su última confesion, experimentarais ciertas sensaciones que hasta aquí no habeis experimentado jamás. ¿A quién no mueven las palabras dulces y consoladoras del ministro de Jesucristo en el trance de la muerte? ¿Qué corazon no se ablandará al escuchar los consuelos de la religion? ¿Qué hombre no se estremecerá y se sentirá movido al arrepentimiento? El pecador obstinado. Este quiere á veces buscar á su Dios, pero no puede por esfuerzos que haga moverse al arrepentimiento: su corazon está aun en el mundo: Dios le niega sus auxilios en castigo de su rebeldía, y el que toda su vida caminó por la carrera del vicio y de los crímenes, presenta á los ojos del Sacerdote todas las señales de una reprobacion eterna. El ministro de la religion refuerza sus

razones: pónеле delante de los ojos los tormentos de Jesus y la muerte ignominiosa que sufrió por salvarnos: en vano le habla de misericordia y de perdon: en vano le anuncia un generoso indulto. ¡Nada basta para moverle á dolor!.. ¡Aquel corazon encallecido, digámoslo así, en la maldad, no es susceptible de arrepentimiento y cuando mas, por evitar que mas le cansen con discursos que no pueden menos de atormentarle, hace una confesion falta de todas las condiciones que deben acompañar. ¡Ay, mis hermanos! Cuántas veces levantamos nuestra mano para absolver al moribundo, y parécenos sentir una fuerza estraña que detiene nuestro brazo, y al decir *yo te absuelvo*, nos parece escuchar una terrible voz que dice en nuestro oido: *¡Yo le condeno para siempre!*... No son ponderaciones para aterraros: son sí realidades, y realidades que por desgracia presenciamos. Tal es el fin de una vida criminal, tal es el efecto del olvido de Dios y de su ley, la impenitencia final, la muerte pésima del pecador: *et in peccato vestro moriemini*.

No hay duda que segun es la vida así es la muerte: una vida santa conduce necesariamente á la muerte preciosa; una vida criminal á la muerte de los réprobos. Si os dedicárais á asistir enfermos de muerte, aprenderiais en esos elocuentes libros á los que va desencuadrando la muerte, á vivir bien para bien morir. Nada de cuanto llevamos dicho se opone á la misericordia de Dios, ni por la pintura verdadera que acabo de hacer, creais que Dios no esté dispuesto á perdonar al pecador que le invoca, por mas que sus pecados no tengan número. Pero para que así obre el Señor, es necesario que haya mudanza del corazon, es necesario buscarle por medio de una buena confe-



sion, y ved aquí el motivo de morir muchos impenitentes. Lo dificultoso es hacer una buena confesion en el artículo de la muerte. Yo quiero suponer que teneis el pensamiento de hacerlo así, pero decidme, ¿sabeis cuál será vuestra situacion en aquel extremo? ¿No es fácil que aletargados por una calentura esteis fuera de razon para poder moveros á dolor y confesaros? ¿No es fácil que vuestra enfermedad sea de esas que empiezan por privar al enfermo de sus sentidos? Y aunque la enfermedad os dé tregua, podeis desenredar en aquel trance la enmarañada madeja de una conciencia que no se ha limpiado en muchos años? ¡Ah! Cuán difícil es hacer una buena confesion en aquellos momentos! ¡Cuántos mueren habiendo cumplido al parecer con las obligaciones de su estado, y sin embargo se pierden para siempre! A este estado triste y miserable conducen los vicios á las criaturas. Saben los cristianos que tienen que morir: saben y creen que hay gloria é infierno: no ignoran que una muerte desgraciada é impenitente les priva para siempre de las delicias de la gloria, conduciéndolos al lugar de los réprobos: saben la dificultad de convertirse en la última hora, y sin embargo, cual si fuese mentira la muerte y el juicio, el infierno y la gloria, viven en el mas lamentable abandono; corren precipitadamente tras las vanidades del mundo; concurren á las casas de juego, á los lugares de la intemperancia ó de la embriaguez, y á reuniones de Satanás, donde ni se piensa ni se obra conforme á la ley de Dios. Seguidlos, mis hermanos, y al ver sus costumbres, la licencia de sus vidas, al verlos saltar de rama en rama por el acopado árbol de todos los vicios, no podreis menos de preguntar; ¿son estos cristianos? ¿Son miembros de la iglesia de Jesucristo? ¿Son criatu-

ras regeneradas por las aguas bautismales? Son cristianos en efecto, os contestaré yo, pero lo son tan sólo en el nombre, pues que sus obras están muy distantes de ser de cristianos. Esos que veis con esas costumbres paganas, envueltos en todos los vicios, quemando incienso ante ídolos que adoran, dicen que profesan la fé de Jesucristo, pero están confiados en que se convertirán á la hora de su muerte. ¡Qué contradiccion tan monstruosa! Vivir al modo de paganos y jactarse de creer en Jesucristo y en su santo Evangelio, es ciertamente un contrasentido inesplicable. Vivir de ese modo tranquilos esperando en la misericordia de Dios que les dará su gloria á través de tantos crímenes, es querer hacer un juguete de la Divinidad; es querer que Dios esté sujeto á los caprichos de las criaturas. Os engañais los que tal creais. Dios perdona lleno de bondad y misericordia al pecador que le busca, al que le llama, aunque sea en la hora de la muerte, pero si con esta confianza vivís, el Señor en castigo de vuestras maldades retirará su gracia, no os concederá sus auxilios, y aunque le busqueis, no le encontrareis, y morireis en vuestro pecado. No soy yo el que lo dice, son si palabras testuales del mismo Jesucristo. *Ego vado, et quæretis me, et in peccato vestro moriemini.*

Yo creo, mis hermanos, que convencidos vosotros de verdades de tanta importancia para nuestra salvacion, deseareis caminar en adelante por los senderos de la virtud, tratando de vencer á los enemigos de nuestras almas. ¿Quereis morir bien? ¿Deseais que no se efectúe en vosotros la terrible sentencia de Jesucristo? Pues vivid ahora como quisierais haber vivido á la hora de vuestra muerte; frecuentad los santos Sacramentos y arreglad vuestras costumbres á la ley



inmaculada de Jesucristo. Para esto, haced grandes esfuerzos para lograr el triunfo, así de los enemigos interiores como de los exteriores. Los enemigos interiores son las pasiones. Dios ha grabado en nuestra alma, al formarnos á su imagen y semejanza, el deseo del bien, pero corrompida nuestra naturaleza brotan de nuestro interior esas pasiones que embargan nuestra razon y nos despeñan al abismo de la perdicion. Al principio las pasiones son débiles, entran como con miedo á apoderarse del corazon del hombre, pero si no hallan resistencia toman incremento lo mismo que las llamas que se apoderan de un edificio, si son agitadas por el aire: por esta causa se hacen mas dificiles de extinguir las pasiones cuanto son mas antiguas, como es mas difícil apagar el incendio, cuanto mas tiempo lleva de duracion. ¿No habeis observado en los grandes incendios que se van debilitando las llamas, conforme el edificio se vá reduciendo á cenizas? Así exactamente sucede al hombre que ha dejado tomar incremento á las pasiones dentro de su corazon, que solo ellas se van debilitando cuando el hombre va quedando sin fuerzas, estinguiéndose de un todo cuando muere abrasado en el incendio. Procurad por lo tanto combatir vuestras pasiones, esas pasiones que matan vuestras almas; procurad destruirlas, y si ya son antiguas, si han echado raíces en vuestros corazones, cierto es que os costará algun trabajo, pero no por eso desmayeis: podreis lograr vuestro deseo con la ayuda de Dios que da su gracia á quien se la pida con fé y arrepentimiento, y la va aumentando, segun que nosotros nos vamos aprovechando de ella. Esa razon que dais de que os es muy difícil el desarraigar vuestras pasiones, es un nuevo y poderoso motivo para que no perdais un momento

en empezar á destruirlas: porque si ahora no podeis hacerlo sin dificultad, ¿qué será mas tarde, cuando esteis á la puertas de la muerte? Claro es que lo que ahora es difícil, entonces se hará imposible.

Tambien debeis trabajar por vencer el enemigo exterior que es el mundo, porque este conspira de muchos diversos modos para perderos, se vale de todas armas para haceros prisioneros. Vosotros vencereis vuestras pasiones interiores, pero el mundo os presentará mil objetos para haceros volver á vuestro antiguo estado. Se os motejará vuestra virtud, se censurarán vuestras obras de piedad, se os llamará ridículos y enemigos de la sociedad, si abandonais ese lujo que aplaude el mundo y condena la religion, sino asistís á reuniones donde se fomentan los vicios, y visitais las iglesias para adorar á Dios, y los hospitales para consolar y socorrer á vuestros prójimos. ¡Ah! El corazon se parte de dolor al escuchar esas blasfemias públicas, esos insultos á la Divinidad, esas desvergüenzas é impiedad con que se tratan las cosas santas por criaturas que hacen alarde de escandalosas y de inmorales. ¿Y es posible librarse del mundo viviendo en el mismo mundo? Sí, señores: y esto se consigue viviendo con la mayor vigilancia, como aconseja Jesucristo: pero esta vigilancia ha de ser sin interrupcion; ha de ser una vigilancia tal, que no dé un momento de lugar al mundo para corromper el corazon. Es menester odiar las máximas del mundo, huir con la mayor constancia de todos sus peligros, teniendo presente que, como dice el Espíritu Santo, el que ama el peligro, en él perece (1).

El demonio, ese enemigo constante del cristiano,

(1) Qui amat periculum, in illo peribit. Eceli. cap. III. v. 27.



es el que pone en juego todas sus maquinaciones, el que escita nuestras pasiones, y el que pone delante de nuestros ojos los halagos del mundo. Cual leon rugiente rodea al cristiano de continuo, para ver de conducirle por el ameno camino que guia á sus lóbregas mazmorras. Tratad, pues, hermanos míos, de vencer á vuestras pasiones y á las redes del mundo con vuestro proceder cristiano. La práctica de las virtudes, la frecuencia de los Santos Sacramentos, la lectura espiritual, la oracion y la continua vigilancia son las armas de que os debeis valer para conseguir el triunfo. De este modo vuestra vida será una preparacion para la muerte, y cuando llegue este trance por el que infaliblemente habeis de pasar, no estareis desprevenidos, y evitareis la impenitencia final, en la que suelen dar los pecadores obstinados que nada han hecho en favor de sus almas. Vosotros llamareis á Jesucristo, invocareis su nombre, y él estará pronto para comunicaros sus auxilios, á fin de que vuestra muerte sea feliz y dichosa. Ahora que estamos en tiempo y disfrutamos de salud, busquemos á nuestro Redentor amabilísimo, que con los brazos abiertos nos espera para usar con nosotros de su misericordia. Para alcanzar el perdon de nuestras culpas acojámonos con fé y confianza á la Madre de nuestro Dios, á María Santísima, que tambien es nuestra madre. Ella intercederá por nosotros con su Divino Hijo, á fin de que nos comunique su gracia; ella será una guardiana solícita de nuestras almas; nos ayudará para que no caigamos en la tentacion; nos defenderá de todos nuestros enemigos, y siendo nuestro consuelo en la hora de nuestra muerte, suavizará nuestra agonía, y en sus brazos subiremos al cielo, para ser felices por toda una eternidad.

Redentor amabilísimo de nuestras almas, que tanto deseais nuestra conversion, hénos aquí postrados en vuestra presencia, llenos de dolor por habernos apartado de vuestra divina ley. No desoigais nuestros gemidos; no nos negueis vuestra gracia; libradnos, Señor, de la muerte pésima del pecador, concediéndonos vuestros especiales auxilios, á fin de que caminando de virtud en virtud, os encontremos propicio cuando os invoquemos á nuestra salida del mundo, y de este modo nuestra muerte sea preciosa en vuestros divinos ojos, y el principio de nuestra verdadera vida en la gloria. Amen.



## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

**Caractéres de la verdadera oracion, y requisitos indispensables que deben acompañarla para que el Señor nos conceda el objeto de nuestras súplicas.**

*Nescitis quid petatis.*

No sabeis lo que pedis.

Math. cap. XX, v. 22.

La oracion es el ejercicio cotidiano del cristiano. Pocos son los que ya mental ya vocalmente no dirijan cada dia una peticion al Señor. La práctica de la oracion que es gratísima á los divinos ojos, formó en todos los siglos grandes justos que por ella consiguieron triunfar de las sugerencias del enemigo de nuestras almas, y perfeccionarse en la virtud logrando la perseverancia final. ¡Qué espectáculo mas brillante presentarian las reuniones de los cristianos de los primeros siglos cuando en el silencio de las catacumbas, juntas las manos ante el pecho, elevados sus ojos, pasaban las horas en el ejercicio santo de la oracion!

¡Cuántas gracias no alcanzaban del Señor! ¡Qué copia de bendiciones no descendia sobre ellos! Interponiendo al reparador de la estirpe culpable, cuyo nombre invocaban, alcanzaban del Eterno Padre cuanto le pedian. Y no podia dejar de ser asi, toda vez que Jesucristo, cuya palabra no puede faltar, habia dicho: «En verdad, en verdad os digo, que os dará mi padre todo lo que le pidais en mi nombre (1)» y en otra ocasion: «Pedid y recibireis.»

No hay duda que alguno de vosotros dirá al escuchar estas verdades: ¿cómo es que haciendo nosotros oracion diariamente no conseguimos el objeto de nuestras súplicas? ¿Por qué encontramos cerrados los oidos del Señor para escuchar nuestros ruegos? ¡Oh! esclamará alguno: ¡cuántas veces me postré yo ante el altar del Señor, y me volví con la misma necesidad! Por ventura, dirá otro ¿no soy yo tan cristiano y por consiguiente tan hijo de Jesucristo como aquellos otros que tantas gracias alcanzaron por las oraciones? Si yo pido á Dios por Jesucristo ¿cómo no se cumple en mí su promesa? Ya podeis conocer, mis hermanos, que siendo Dios justísimo no ha de consistir en él sino en vosotros mismos el que no alcanceis el objeto de vuestras súplicas. Los justos unian á su oracion la práctica de las virtudes, la rectitud de corazon: los mundanos piden pero con un corazon corrompido, y ved aquí el motivo de no conseguir nada. Otros muchos hay que aunque pidan con rectitud de corazon, ignoran por completo lo que piden. Hablando estaba Jesucristo con sus discípulos acerca de su pasion y muerte al tiempo que subian á Jerusalem, «cuando se acercó á

(1) Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem meum in nomine meo dabit vobis. Joann. cap. XVI, v. 23.



él la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, adorándole y pidiéndole alguna cosa. El la dijo: ¿Qué quieres? A lo que ella respondió: Dí que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno á tu derecha, y el otro á tu izquierda. Entonces la contestó el Señor: no sabeis lo que pedís. Y en efecto no sabian lo que pedían, por que su corazon carnal y terreno, creia que el reino de Jesucristo, era un reino temporal. Vosotros me hablais, les dijo, de dignidades y coronas; y yo al contrario os hablo de combates y de sufrimientos: por cierto que no es aquí el lugar de recompensas, sino de peligros, de guerra y de muerte. Asi espone el Crisóstomo (1).

Nos sucede á nosotros lo mismo que á esta mujer; teniendo el corazon apegado á las cosas terrenas, lejos de pedir el alivio de las necesidades del alma, reducimos nuestras peticiones al remedio único de las necesidades del cuerpo, y nos hacemos acreedores á que nos diga el Señor como á la madre de los hijos del Zebedeo: *Nescitis quid petatis*. No sabeis lo que pedís. Ni creais por esto que trato yo de persuadiros que á Dios no podemos pedirle el remedio de las necesidades temporales. Por el contrario la iglesia nuestra madre nos da el ejemplo, dirigiendo á Dios públicas rogativas para la peticion del agua en tiempo de sequía, para que se disipen las enfermedades contagiosas, para alcanzar la salud de los monarcas y los prelados cuando se hallan gravemente enfermos, y por otros objetos. Asi nosotros podemos orar en nuestras en-

(1) Nam vos, inquit, de honoribus et coronis cogitatis: ego vero de luctamine atque sudore dissero. Non premiorum hoc tempus est, me illa gloria mea modo apparebit, sed bella, pericula, et necem praesens continue vita. Joan. Chrys. Hom. LXVI, in cap. XX Math.

fermedades y aficciones pidiendo el remedio que deseamos obtener, pero debe pedirse que se haga segun convenga á la gloria de Dios y á la salvacion de nuestras almas. De consiguiente el reino de los cielos debe ocupar el primer objeto de nuestra oracion, que Dios que es benignísimo y cuya Providencia cuida de proporcionar el sustento á los peces del mar y á las aveciillas que cortan el aire con su vuelo, cuidará tambien de proveernos de las demas cosas oportunas ó necesarias para nuestro sostenimiento.

Deseando yo que no camineis errados en punto de tanto interés, y habiéndome resuelto á hablaros de la oracion haciéndola objeto del presente discurso, voy á haceros ver los *caractéres de la verdadera oracion, y los requisitos que deben acompañarla, para que el Señor nos conceda el objeto de nuestras súplicas*. Asi quedareis instruidos en esta materia y orando cómo y del modo que debeis, no os espondreis á que vuestras súplicas sean negadas ni á que os diga el Salvador como á la mujer del Evangelio de este dia y á sus hijos: No sabeis lo que pedís: *Nescitis quid petatis*.

Para que el Señor se digne concederme las luces necesarias, para el desempeño de mi ministerio, interpongamos la poderosa influencia de la Santísima Virgen repitiendo la salutacion que la dirigiera el ángel cuando para anunciarle el misterio de la Encarnacion la interrumpiera en su altísima oracion y contemplacion. *Ave Maria*.



## PARTE ÚNICA.

Es una verdad de fé que Dios por su inmensidad se halla en todas partes, y que nada puede ocultarse á su infinita sabiduría, ni limitar su inteligencia. No solamente le están presentes todas las obras de la criatura, sino que su mirada penetra hasta lo mas recóndito de nuestros pensamientos. Vana es, pues, á sus divinos ojos nuestra oracion, si al mismo tiempo que con los lábios pedimos una cosa, nuestro corazón ó nuestra voluntad está fija en otro objeto. Esto solo es suficiente para haceros conocer que la primera condicion que debe acompañar á la oracion para que sea aceptable, es que proceda del corazón, que sea una oracion cordial. Este es el requisito que por lo comun falta en las oraciones de muchos cristianos. En confirmacion de esta verdad yo no quiero apelar en este momento á otro testimonio que al vuestro, al testimonio de vuestra propia conciencia. Vosotros rezais diariamente la oracion del Padre nuestro, y en ella pedís á Dios que se haga su voluntad asi en la tierra como en el cielo. Desde luego la afliccion que os cerca, la necesidad que sentís, la enfermedad que os hace sufrir, deberiais recibirla como enviada por Dios, sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol; pero en vez de hacerlo asi os llenais de impaciencia, murmurais de la Providencia, y os quejais de que el Señor os trate á vuestro parecer con tanto rigor. Le pedís tambien que os conceda el pan de cada dia, y esta peticion envuelve en sí una gran confianza en su Providencia, pues que no se estiende mas que á la necesidad presente; pero al mismo tiempo mirais con

envidia los bienes ajenos, deseariais todas las riquezas del mundo, y tratais de atesorar por cuantos medios os son conocidos, no atreviéndoois á dar una limosna, ni á dispensar bien alguno á un semejante, temiendo no os falte á vosotros en adelante; lo que envuelve en sí una estremada codicia y muy poca ó ninguna caridad. En estas dos peticiones, sin estenderme á las demas de la misma oracion, os dirigís á Dios con doblez de corazón, por lo que el Señor se irritará mas que se aplacará, y nada os concederá de cuanto pidais, y os dirá: conozco vuestro corazón, y me son bien claras vuestras intenciones; vosotros pedís malamente, no sabeis lo que pedís. *Nescitis quid petatis.*

Hay otros muchos que oyendo predicar la palabra de Dios, con la que los ministros de la Iglesia les recuerdan el peligro de que están de morir mal y salir sentenciados al infierno, se estremecen, temen que sus pecados les conduzcan á un estado tan infeliz; y sintiéndose movidos por la gracia, piden á Dios les libre de perderse y les conceda la muerte de los justos; pero á pesar de sus oraciones nada hacen para que asi suceda. El que es soberbio lo sigue siendo, el envidioso no obra caridad; el lascivo en todo piensa menos en apartarse de la ocasion próxima; el que retiene los bienes ajenos no los restituye; el que era blasfemo lo sigue siendo; y el hombre, en suma, que vive envuelto en los placeres, se propone apartarse de ellos; pero mas adelante, época que por lo comun nunca llega. Ved en estos como aunque en el corazón camina unido con la voluntad, dirijen á Dios unas peticiones que no se desea se cumplan por entonces. No faltan otros que al ver á sus padres, hermanos ó parientes,



de quienes han recibido beneficios, postrados en el lecho del dolor y abatidos por una cruel enfermedad, se dirijen al templo, y por cumplir un deber sagrado piden al Señor se digne concederle la salud al paciente por quien ruegan; empero mientras se mueven los labios, y con ellos se dirige la peticion, el corazon y el entendimiento están fijos en otra parte. Se piensa en la herencia que se ha de recibir; en cuánto dejará el enfermo si muere; y ved cómo se pide á Dios lo contrario de lo que el corazon desea, como si Dios fuese un ente capaz de ser engañado. ¿Y juzgareis que estas oraciones pueden calificarse de cordiales? ¿Creeis que oraciones tales suban al trono del Excelso en olor de suavidad? No: á los que de este modo piden podrá tambien decirseles: Vosotros no sabeis lo que pedís, ni cómo pedís. *Nescitis quid petatis.*

Mas no solamente es necesario que la oracion sea cordial, sino que ha de ser dirigida con fé y con una firme esperanza en Dios á quien se la pida. Muchos ejemplares nos presenta la Escritura Santa que nos demuestran el efecto de la oracion dirigida con confianza. En el mismo capítulo de donde está tomado el trozo del Evangelio que se ha leído en la misa de este día, nos habla San Mateo de dos ciegos que estando sentados juntos al camino de Jericó, como hubiesen sentido que Jesus pasaba, acompañado de mucha gente que le seguia, empezaron á gritar, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros: y los que iban con Jesus les reñian para que callasen. Pero ellos alzaban mas el grito diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros. Entonces parándose el Salvador los llamó y los dijo: ¿Qué quereis que os haga? Señor, respondieron, que sean abiertos nuestros ojos.

Esta confianza que mostraron, hizo que el Señor se compadeciese de ellos, y tocándoles en los ojos les dió la vista (1). Lo mismo sucedió al leproso que dijo á Jesus lleno de esperanza, y mostrando una gran confianza: Señor, si quieres, puedes limpiarme: Jesus estendiendo su mano le tocó, y quedó limpio de su lepra (2). Grande fué la fé y la confianza del Centurion, que pedía al Señor la salud de su siervo, cuando mereció que Jesucristo dijese á los que le seguian; verdaderamente os digo que no he hallado tanta fé en Israel, y que dirigiéndose al Centurion le dijese: Vé, y como creistes, así te sea hecho (3). Empero el ejemplo que yo veo mas admirable en el Evangelio, de fé y confianza en la oracion es el de la hermana de Lázaro, que dió por resultado el que Jesucristo obrase uno de sus mayores prodigios, cual fué la asombrosa resurreccion del difunto Lázaro. Si hubierais estado aquí, dijo llena de confianza Marta, mi hermano no hubiera muerto. Contemplad, mis amados hermanos, los felices resultados que dieron siempre las oraciones dirigidas á Dios con sinceridad, es decir, cordialmente, y conocereis que cuando vosotros no conseguís el objeto de vuestras súplicas es porque no van adornadas de estas bellas cualidades.

¿Creeis vosotros que Dios es poderoso para concederos aquello que le pedís? ¿Creeis que es un Padre amante que se complace en dispensarnos sus beneficios? Pues en este caso, bien podeis comprender que es injuriarle el pedirle con tibieza y desconfianza. En sus manos están todos los bienes, y todos los dones.

(1) Math. cap. XX. v. 30 et seq.

(2) Ibid. cap. VIII. v. 5, et seq.

(3) Joan. cap. XI.



¡Con cuánta confianza no acude un hijo á su padre, para pedirle aquello que le es necesario! Y si rara vez vereis un padre desnaturalizado que deje de remediar la necesidad de un hijo. ¡Qué no hará Dios por sus criaturas! ¡Cómo le negará sus bondades! ¡Cómo cerrará sus oídos para no escuchar sus súplicas cuando van dirigidas con fé y con verdadera confianza!.. ¿Por qué pues pedís llenos de tibieza? ¿Por qué llegáis á pedir, llevando marcada en vuestros rostros, la señal de vuestra desconfianza? ¿Lo haceis tal vez porque os considerais pecadores? Esto seria otra nueva injuria á la divinidad, porque vosotros debeis pedir no por vuestros méritos que no son ningunos, sino por los méritos de nuestro Redentor Jesucristo que son infinitos: así la Iglesia os lo enseña, concluyendo todas sus oraciones y súplicas interponiendo los méritos del Salvador: *Per Dominum nostrum Jesum Christum*. Dios, mis hermanos, oye al hombre por pecador que sea con tal que pida por su hijo, y que pida arrepentido, y llevando una gran confianza en su infinita bondad y misericordia. Es verdad que muchas veces por mas que haya buenas disposiciones en nuestras peticiones tarda el Señor en escuchar nuestras oraciones.

Los Padres de la Iglesia, y particularmente San Agustin, nos dan las razones mas convincentes del por qué tarda á veces el Señor en dispensarnos sus beneficios, que no es mas que para hacernos estimables sus gracias y favores. Un hombre pecador cae, por ejemplo, en una enfermedad que el Señor le envía para castigarle y para por este medio atraerlo á conversion. Hombre de fé á pesar de sus pecados se vuelve á Dios, le dirige fervientes oraciones suplicándole cordialmente y lleno de fé y de confianza le concede

la perdida salud: este ora con buenas disposiciones; empero, si momentáneamente recobrase la salud, y volviese á su antiguo estado, pronto se olvidaria del beneficio, y volveria á sus pasados extravíos. El Señor pues, cuya Providencia todo lo arregla y dispone para el mayor bien del hombre, difiere por algun tiempo el socorrerle, con el objeto de que se ejercite en la virtud de la esperanza, y sepa despues agradecer mas el beneficio: es doctrina del padre san Agustin.

Otra de las disposiciones que deben acompañar á la oracion, es que sea perseverante. La necesidad obliga á muchos á recurrir á Dios, que es rico en misericordias; pero pidiendo una vez y no consiguiendo lo que desean, son muchos los que no creyendo que sean aceptadas sus peticiones, se retiran de la oracion, sin volver de nuevo á dirigirse al Señor. A estos les falta la perseverancia y demuestran claramente la poca confianza con que piden. Si los clamores repetidos de un pobre ablandan el mas endurecido corazon, ¿cómo no atraerá el de Dios á nosotros la repeticion de nuestra súplica? Pobres y miserables las criaturas deben pedir con la mayor constancia á aquel que todo se lo puede dar. Un ejemplo de la perseverancia que debe acompañar á la oracion, y una prueba de los maravillosos efectos de la reiteracion de los clamores que á Dios se dirigen, la encontramos consignada en el Evangelio. Me refiero á la Cananea, mujer que teniendo una hija poseida del demonio, y no encontrando remedio alguno para curar mal tamaño, recurrió á Jesucristo, de quien habia oido contar grandes prodigios, y cuya fama se estendia por todas partes. Ve al Señor, le sigue, y clamando á grandes voces, le dice: Señor, hijo de David, ten piedad de mí; mi hija está



malamente atormentada del deminio. Oyendo los discípulos sus ruegos y condolidos de ella dijeron á su Maestro: Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros. Jesucristo que nada habia respondido á la Cananea, les dijo á ellos: No soy enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Lejos de retirarse aquella mujer que á grandes voces mostraba su dolor, postróse ante el Señor diciéndole: Valedme. Jesucristo queriendo probar mas la fé de la mujer, le dice: no es bien tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. En efecto, siendo idólatra, no parecia acreedora a alcanzar lo que solicitaba del Hijo de Dios. Empero llena de fé y de confianza al oír la respuesta de Jesus, en vez de retirarse llena de confusion, le dice: Asi es verdad, Señor, como vos lo decís: el pan de los hijos no debe darse á los perros, pero advertid que los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. ¡Respuesta admirable! ¡Confianza extraordinaria, que la hizo acreedora á que el Señor la dijese: ¡Oh mujer, grande es tu fé; hágase contigo como quieres! La Cananea, pues, por haber dirigido una oracion con las cualidades de cordial, de fiel y de perseverante, alcanzó la salud de su hija (1).

Ahora bien, mis hermanos; si tal beneficio dispuso el Señor á una criatura, que como hemos dicho era idólatra, tan solo porque le pidió con fé, con confianza y perseverancia, ¿qué no podremos nosotros esperar de su bondad y paternal corazón, si nuestra oracion va acompañada de tales requisitos? ¿Qué no podremos esperar de su misericordia, los que hemos sido redimidos con el precio de su preciosísima san-

(1) Math. cap. XV.

gre? ¡Ah! que Dios lo que desea es que le pidamos con fé y confianza, estando siempre dispuesto para socorrernos.

Sabiendo ya los requisitos que deben acompañar á la oracion, me resta solo valerme de las palabras del apóstol San Pablo, y deciros como él á los Thesalonicenses. «Orad, hermanos, para que seais libres de todo mal, pues Dios es fiel y cumplirá con vosotros su palabra (1). Así es, hermanos míos, y yo no llenaría en un todo los deberes de mi ministerio, si no os exhortara en Jesucristo á la práctica de la oracion, como remedio oportunísimo, para vencer las tentaciones. Esta verdad nos la enseña el mismo Jesucristo, pues cuando oraba en el huerto la víspera de su passion, como se hubiese vuelto á sus discípulos, á quienes halló dormidos, les dijo: ¿No habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion: el espíritu en verdad está pronto, mas la carne enferma (2). Reflexionad un poco sobre este asunto de interés vital para el alma, y comprendereis esta necesidad. Como digimos en el sermón anterior, en el que tratamos de la impenitencia final, el hombre se halla continuamente asaltado de enemigos interiores y exteriores, con los que tiene que sostener porfiadas luchas. Enemigos hay que son nuestras mismas pasiones, de las cuales no podemos huir. San Gerónimo se quejaba amargamente en el desierto de las persecuciones que de ellos tenia que sufrir, y San Juan Crisóstomo decia: huid del objeto que se ha

(1) II ad Thesal. cap. III.

(2) ¿Sic non potuistis una hora vigilare mecum? Vigilare et orate ut non intretis in tentationem. Spiritus quidem promptus est caro autem infirma. Math. cap. XXVI, v. 40 y 41.



apoderado de vuestro corazón, pero no podéis apartaros de él: os seguirá por los campos, y aunque atraveséis los mares, aunque os sepultéis en las cuevas, aunque os vayáis al fin del mundo, no podéis separaros de vuestra carne. ¿Y no habrá un remedio para evitar tal desdicha? ¿No podremos encontrar un arma para triunfar de enemigo tan cruel? ¿Tendremos por fuerza que rendirnos y entregarnos? No, católicos. Nosotros tenemos un arma con la cual salir podemos victoriosos: el arma de que se valió Gerónimo: el arma poderosa que manejó el célebre solitario de Egipto San Antonio Abad, á quien el demonio hizo cruelísima guerra, atormentándole con un sin número de tentaciones. Ya conoceréis que este arma poderosa es la oración: cuando á este santo anacoreta le asaltaba el demonio poniéndole ante sus ojos las mas impuras figuras; cuando le ponía ante la vista las riquezas que había abandonado y el brillante papel que podía representar en la sociedad, caía sobre sus rodillas, elevaba sus ojos al cielo y pedia á Dios sus divinos auxilios, con los cuales siempre consiguió la victoria de las pasiones. ¿Y tendremos nosotros menos necesidad de orar? ¿No experimentamos tambien asaltos del enemigo? ¿No tenemos que sostener las luchas continuas? Si los justos tanto tuvieron que trabajar para destruir sus pasiones, ¿de qué medios no deberemos valer nos para no quedar aprisionados en las pesadas cadenas de nuestra propia carne, de nuestras indómitas pasiones? De la oración, que es por la que alcanzamos las gracias que nos dán fuerza para vencer. Si queremos recibir es necesario que pidamos como nos dice Jesucristo: «pedid y recibireis.» Ved aqui la necesidad de orar. Tenemos seguridad de

alcanzar del Padre lo que le pidamos por el Hijo; ¿la consideracion de vuestra miseria os asusta y no os atreveis á llegar al mediador divino? No os acongojéis: todo está previsto por el Señor: en María Santísima tenéis una medianera de intercesion, dispuesta á abogar por nosotros, y así como os dirigís al Padre por el Hijo, podeis dirigiros al Hijo por la Madre. De este modo orando, ora mental, ora vocalmente, acompañando vuestra oracion con afectos de fé viva y operativa, siendo vuestras peticiones procedentes del corazón, y perseverando en este santo ejercicio, alcanzareis especiales auxilios y aumento de gracia, armados con la cual conseguireis triunfos admirables, y el Señor hará resplandecer en vosotros su eterna Providencia, os sacará ilesos de los peligros del mundo, os librárá de todos vuestros enemigos, humillará vuestra carne por la fortaleza de vuestro espíritu, os concederá con mano pródiga cuanto le pidais, toda vez que sea conveniente á vuestra alma, y en premio de vuestra constancia en invocar su santísimo nombre y confiar en sus divinos auxilios, os colmará de bendiciones y os hará caminar por el sendero de las virtudes, que os harán dar un dia con la mansion do habitan aquellas almas contemplativas, cuyo ejercicio continuo en este mundo fué la oracion. Para esto sea el primer objeto de vuestra oracion el pedir el reino de los cielos, en el conocimiento que lo demas que necesitais se os dará por añadidura, como nos ofrece Jesucristo en su Evangelio. De este modo no os dirá Jesucristo como á la madre de los hijos del Zebedeo; no sabeis lo que pedis: *Nescitis quid petatis.*

Dulcísimo Redentor y Señor nuestro, que fuísteis obediente hasta la muerte y muerte de cruz; nos-



otros os suplicamos rendidamente que no dejéis de presentar nuestras oraciones ante el trono de vuestro Eterno Padre, y de interceder por nosotros, á fin de que suban al Empíreo nuestras oraciones en olor de suavidad, y consigamos cuanto pedimos para ser felices en esta vida, y mucho mas en las mansiones de la gloria. Amen.



## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

**El escándalo es gravísimo pecado por sus terribles efectos.**

*Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.*

Os será quitado el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga frutos dignos de él.

Math. cap. XXI, v. 43.

Confieso, señores, que al leer con detenimiento el Evangelio de este día, con el objeto de preparar la materia del discurso que os debo dirigir, no he podido menos de sentir en mi corazón una emoción de tristeza, al recordar el estado lastimoso de la época que atravesamos, época en verdad de errores y corrupción, á pesar de que tal corrupción y tales errores se engalanan con el pomposo vestido llamado *ilustración del siglo*. La terrible amenaza del Señor consignada en el Evangelio que hoy la Iglesia pone á nuestra consideración, parece pronunciada contra los nuevos refor-



otros os suplicamos rendidamente que no dejéis de presentar nuestras oraciones ante el trono de vuestro Eterno Padre, y de interceder por nosotros, á fin de que suban al Empíreo nuestras oraciones en olor de suavidad, y consigamos cuanto pedimos para ser felices en esta vida, y mucho mas en las mansiones de la gloria. Amen.



## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA SEGUNDA DE CUARESMA.

**El escándalo es gravísimo pecado por sus terribles efectos.**

*Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.*

Os será quitado el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga frutos dignos de él.

Math. cap. XXI, v. 43.

Confieso, señores, que al leer con detenimiento el Evangelio de este día, con el objeto de preparar la materia del discurso que os debo dirigir, no he podido menos de sentir en mi corazón una emoción de tristeza, al recordar el estado lastimoso de la época que atravesamos, época en verdad de errores y corrupción, á pesar de que tal corrupción y tales errores se engalanan con el pomposo vestido llamado *ilustración del siglo*. La terrible amenaza del Señor consignada en el Evangelio que hoy la Iglesia pone á nuestra consideración, parece pronunciada contra los nuevos refor-



madores, puesto que los escándalos á que han dado lugar son de peores consecuencias que el que nos refiere San Mateo. Oigamos la narracion del Evangelista. Jesucristo para dar en rostro con su maldad é hipocresía al pueblo que había venido á salvar, y que no le conoció, le propuso la siguiente parábola. «Había un padre de familias que plantó una viña, y la cercó de vallado, edificando en ella una torre y un lagar, dándola despues en arrendamiento á unos labradores, y se partió luego de aquel lugar. Como hubiese llegado el tiempo de la recoleccion de los frutos, envió á sus siervos para que recibiesen la renta; mas los labradores, echando mano de los siervos, hirieron al uno, mataron al otro, apedreando al tercero. De nuevo envió otros siervos en mayor número que los primeros, y les trataron del mismo modo. Por último, viendo tan tristes resultados, mandó á su hijo diciendo: respetarán á mi hijo. Mas los labradores cuando le vieron, dijeron entre sí: este es el heredero; venid, matémosle, y tendremos su herencia. Como lo pensaron, lo hicieron; y habiéndole quitado la vida, le echaron fuera de la viña. ¿Qué os parece á vosotros que hará el señor de la viña, cuando se presente á aquellos labradores? A lo cual ellos respondieron: A los malos los destruirá malamente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen la renta en su debido tiempo.» ¡Ah! terrible sentencia pronunciada por los labios mismos de aquellos sobre cuyas cabezas vienen experimentándose sus efectos hace cerca de diez y nueve siglos! ¡Castigo extraordinario que despojó al pueblo judío de la posesion de la verdadera viña, productiva de frutos de vida eterna!... Oid, señores, ahora la continuacion del Evangelio, y atended á las palabras del

Salvador, que habiéndoles oido les dice: «¿Nunca leisteis en las Escrituras: la piedra que desecharan los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina? Por el Señor fué hecho esto, y es cosa maravillosa en nuestros ojos. Por tanto os digo, que quitado os será el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga frutos dignos de él.»

No es mi ánimo detenerme en probar el modo como se han cumplido estas palabras en el pueblo judío, á quien el padre de familias, Jesucristo, ha despojado de su viña, formando un nuevo pueblo de adoradores, que lo componen los fieles de su Iglesia. Yo no fijo hoy mi vista en los hijos de la nacion deicida, que veo esparcidos por el mundo sin profetas, sin sacerdotes, sin altar, sin sacrificios. A vosotros, hijos del nuevo pueblo de Jesucristo; á vosotros que habeis nacido en la fé de la católica Iglesia; á vosotros me dirijo, y os pregunto: ¿llegará un dia en que la terrible sentencia de Jesucristo á los fariseos se cumpla tambien entre nosotros? ¿Llegará un dia en que irritado el Señor por nuestros escándalos nos despoje de la fé, y la lleve á otros que hagan mejores obras? ¡Ah, mis hermanos! cuando estiendo mi vista, y me paro en la consideracion de la corrupcion que en general se advierte en todas las clases de la sociedad; cuando recuerdo con dolor los escándalos públicos que se vienen sucediendo en esta nacion, envidia un dia de las demas naciones por la religiosidad de sus ciudadanos; cuando veo que se han roto los vínculos de la caridad cristiana, y que la ambicion se ha apoderado de los corazones, veo próxima á cumplirse en nosotros la sentencia del Salvador; en mis oidos resueñan á cada momento estas palabras: *Auferetur á vobis*



*regnum Dei et dabitur genti facienti fructus ejus.* Os será quitado el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga frutos dignos de él.

En efecto, cristianos, el pecado del escándalo, que es injuriosísimo á Dios, ora le consideremos por la ofensa que se le hace, ora por ser instrumento de perdición para muchas criaturas, á quienes enseña el escandaloso las sendas del infierno, es uno de los mayores pecados que el hombre puede cometer, porque el escándalo lleva envuelto el desprecio de Dios y la ruina de sus criaturas. El Salvador, que quiso hacernos adquirir un horror grande al escándalo, esclama de este modo: El que escandalizare á un pequeñuelo de los que en mí creen, mejor le fuera que le colgasen á su cuello una piedra de molino y le echasen al mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque necesario es que vengan los escándalos; mas ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo (1)!

¿Lo habeis oído, pecadores públicos? ¡Ay de vosotros los que haceis alarde de pecar, los que atraeis á otros á ser participantes de vuestros vicios: los que no conociendo la piedad ni la vergüenza, estableceis escuelas de corrupcion!... ¡Ay del hombre por quien viene el escándalo!... Porque sois malos, sereis destruidos malamente. *Malos male perdet.* Como ministro del Dios de paz vengo hoy encargado de haceros ver cuán grande pecado sea el del escándalo, con el objeto de que trateis de evitarlo, y os convirtais á Dios, pues de lo contrario veo acercarse el momento en que se nos quite el reino de los cielos, para darse á otras gentes

(1) Qui autem scandalizaverit unum de pusillis istis, qui in me credunt, expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. Math. cap. XVIII, v. 6.

que hagan frutos dignos de él. *Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.* Por lo tanto divido el discurso de este modo: *El escándalo dado es un pecado de gravísimas consecuencias.* Primera parte. *El escándalo recibido arguye poca caridad.* Segunda parte. Una y otra os harán conocer que debeis huir de este vicio tan injurioso á Dios.

Plegue á Vos; ¡oh Dios de amor! dar eficacia á mis palabras, á fin de que penetrando ellas en los corazones de todos mis oyentes, produzca en ellos la semilla evangélica los frutos que la Iglesia se propone conseguir en las instrucciones que dirige á los fieles. Concededme para ello vuestra gracia que me es necesaria, pues os lo ruego por la intercesion de la Santísima Virgen, á quien saludamos reverentes con las espresiones del Angel. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

El escándalo, vicio de graves y funestas consecuencias, que nos hemos propuesto combatir, es segun la definicion que le dan los moralistas, *un dicho ó hecho sin rectitud que es ocasion de la ruina espiritual del prójimo.* Dase el escándalo no solo con obras ó palabras malas, sino tambien con las que tienen apariencia de malas (1). Escándalo puede decirse que es tan antiguo como el mundo. Pocos pobladores tiene la tierra

(1) Al definir el escándalo parece que debian explicarse á continuacion las diferentes maneras que hay de escándalos, cuales son el activo y pasivo, el de flacos ó pequeñuelos y el farisáico, y la subdivision del activo, en activo directo y activo indirecto. El autor ha creído oportuno omitirle por no hacer pesada la narracion, y porque en globo se combaten en el cuerpo del Sermon todos los escándalos, estando su segunda parte dedicada enteramente al farisáico (N. del A.).



inocente sangre de su hermano Abel (1) despues del Diluvio universal, mandado por el Señor en castigo de la maldad de los hombres, como Noé se hubiese embriagado y hubiese quedado cubierto en medio de su tienda, Cham, que vió la desnudez vergonzosa de su padre, dió el escándalo de buscar á sus hermanos Sem y Japhét para contárselo, por lo cual fué despues maldito de su padre (2). ¡Cuán grande no fué el escándalo dado por el pueblo de Israel, que se entregó á la adoracion de los ídolos, no obstante los grandes y extraordinarios beneficios que habia recibido del Señor! ¡Cuánto escándalo no causó David con su doble crimen de adúltero y homicida (3)! Si hubiéramos de citar uno por uno los hechos de esta naturaleza, que encontramos consignados en las páginas de la Escritura Santa, haria interminable el discurso y veria los grandes castigos á que en todo tiempo se han hecho acreedores los escandalosos.

Y desde luego, contemplad la gran ruina que causa en los prójimos el escándalo, toda vez que por él es privado el inocente de los dones de Dios, y vereis la razon con que un profeta llama homicida al escándalo (4), y por qué el Evangelista San Mateo le intitula, demonio visible (5). A la verdad, mis hermanos, que vosotros os horrorizais á la sola idea de un asesinato: veis á un hombre sobre el cual pesa la nota de asesino, y su vista os es insoportable, y huis

(1) Génes. cap. XI. v. 8.

(2) Bibensque vinum inebriatus est, et nudatus in tabernaculo suo. Quod cum vidisset Cham pater Chanaam, verenda scilicet patris sui esse nudata, nuntiavit duobus fratribus suis foras. Génes. cap. IX. v. 21 y 22.

(3) II. Reg. cap. XI.

(4) Ezeq. cap. III, v. 18.

(5) Vade post me Satana; scandalum est mihi. Math. cap. XVI. v. 23.

de él con la mayor prontitud. Es verdad que los crímenes de ese hombre cuya presencia os es insoportable, son extraordinariamente grandes, puesto que han manchado sus manos en sangre, quitando la vida á sus prójimos, derecho que solo á Dios corresponde. Y qué, ¿os parece menos criminal ese escándalo que el del homicida? Pues sabed que no lo es menos, toda vez que este ha asesinado los cuerpos mientras que aquel ha asesinado las almas. ¡Cuántas mujeres que hoy viven entregadas al mas criminal comercio de sus cuerpos vivirian, en el cumplimiento de sus deberes religiosos, si no hubiese habido un hombre inicuo que valiéndose de ardidés infernales y engañándolas con fingidas protestas, no hubiesen abierto con su escándalo las puertas de su perdicion! ¡Cuántas otras que se entregaron al adulterio, hubiesen sido fieles á sus maridos, si no las hubiese movido á ser malas el ejemplo de sus escandalosas amigas! ¡Cuántos que hoy se dedican á labrar la ruina de sus prójimos por medio de la usura, hubieran sido hombres probos y caritativos sino hubieran aprendido á enriquecerse con la sangre de los pobres, en el ejemplo escandaloso de sus mismos padres! ¡Cuántos jovencitos no serian temerosos de Dios, y practicarían el bien, si sus mayores no les hubiesen escandalizado abriéndoles los ojos, y dirigiéndolos desde su niñez por el precipicio de los pecados. Y si segun la doctrina de Jesucristo el causador de tamaños males es digno de que se le ate una piedra de molino al cuello y se arroje á lo mas profundo del mar, ¿á qué castigo no se harán acreedores aquellos que estando llamados á enseñar y dirigir á los pueblos por el camino del bien, corrompen las costumbres con sus malos ejemplos?



Vosotros podreis observar la corrupcion general que hemos venido observando hace muchos años, así en los jóvenes como en los ancianos: tanto en los hombres como en las mujeres: ni me se diga que siempre ha sido igual el mal. No; si bien es cierto que siempre ha habido escándalos, que siempre ha habido crímenes, tambien lo es que nunca han sido al ménos en nuestra nacion tan frecuentes como en la época presente. En confirmacion de esta verdad, vosotros sabeis que antes rara vez se oia maldecir públicamente de Dios, de la Virgen Santísima y de sus Santos, cuando ahora á cada momento hieren nuestros oidos los ecos blasfemos de esos hombres que hacen gala de su impiedad, trayendo á sus lábios palabras qui ni aun con el santo objeto de reprenderlas me seria permitido referir en esta sagrada cátedra, sin profanarla y ofender vuestros oidos: palabras que profieren hasta jóvenes imberbes que han perdido la vergüenza y el temor de Dios antes tal vez de saber leer ni discurrir. ¿No es en verdad maravilloso, oir esas asambleas de jóvenes ignorantes, filosofos atrevidos, hablar de Dios y de su religion augusta, de sus misterios y ministros, cuando ignoran por qué existen, y no saben ni aun la definicion de lo que es religion, ni los preceptos que impone? Por otra parte ¿no es verdad que en siglos anteriores, en aquellos tiempos llamados del oscurantismo, era muy raro cuando un templo era saqueado por la codicia de los ladrones? ¡Ah! Entonces al oir tal y tan grande sacrilegio, al escuchar los españoles católicos que un copón habia sido estraído por manos impías, y que la adorable Eucaristía habia sido arrojada al suelo, todos se horrorizaban y pedian á una voz la muerte del sacrilego. Vosotros sabeis como yo, que ahora en la

época de las luces se están repitiendo estos sacrilegos atentados, de tal modo, que es mas fácil y obra de menos tiempo el numerar los templos que se han visto libres de tal profanacion, que los que han sido saqueados: pero en cambio de esto tenemos un pueblo ilustrado, un pueblo libre, un pueblo enseñado á no respetar leyes divinas ni civiles.

No quisiera, señores, haber tocado á este punto, porque me estremezco al considerar próxima á cumplirse entre nosotros la sentencia de Jesucristo en el Evangelio de este dia. *Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facientes fructus ejus.* Ahora bien, yo os pregunto. ¿Quién será culpable, quién responderá á Dios por la ruina de tantas almas como se han perdido y se perderán, si con tiempo no se arrepienten, y piden misericordia con lágrimas y con dolor? ¿Quiénes habrán sido los asesinos de estas almas á las que Jesucristo habia redimido con el precio infinito de su preciosísima sangre? No otros que los escandalosos que establecieron escuelas de corrupcion: no otros que los que en años de aciaga memoria trabajaron con celo diabólico por desmoralizar á la juventud. Se privó á la Iglesia de su libertad, de esa libertad que habia recibido de su autor divino. Se impuso silencio á sus ministros, cerrando las puertas á los Seminarios donde el sacerdocio enseñara la doctrina ortodoxa de la Iglesia en cumplimiento del mandato de Jesucristo que les habia dicho. *Docete omnes gentes* (1). Y fué apagada la lámpara del santuario... y hubo desórdenes... y los pastores separados de sus ovejas comian el pan de la emigracion.... y los pueblos dirigidos por magnates

(1) Math. cap. XXVIII. v. 19.



vertieron la sangre de sacerdotes inocentes... y se dijo á la juventud. ¡Temedlos!.. ¡Esos son los enemigos del orden y de la sociedad!... ¡Cuán cierto es que el árbol malo no puede dar buen fruto (1)! ¡Gran Dios! ¡Dios Eterno! ¿No es vuestro norte la justicia? ¿Cómo no habeis enviado castigos terribles que hagan conocer vuestra justa indignacion por tantos escándalos? Pero que otra cosa significan esas epidemias desoladoras, esas guerras de partidos, la terrible plaga del hambre que ya muchas veces háse dejado sentir entre nosotros, sino castigos del Omnipotente. Y si mayores no se han experimentado, es porque la religion católica tiene profundas raíces en los corazones españoles: es porque todavía ha habido personas justas que han rogado sin cesar: es, y lo digo para el mayor gozo y para nuestro consuelo, porque la Madre de Dios, en el misterio de su Concepcion en gracia, es la patrona de nuestra España; es nuestra Madre, y á pesar de la corrupcion y de nuestros pecados, ruega continuamente por la felicidad de esta trabajada nacion, á la que siempre ha dado pruebas de su proteccion benéfica desde el momento en que se dignó aparecerse en el célebre Pilar de Zaragoza. ¡Gloria á Dios cuyas misericordias no tienen número! ¡Gloria tambien á María, corredentora del mundo, que es nuestra esperanza y áncora de salvacion.

Yo veo con gozo de mi corazón, que á la época triste que hemos atravesado va sucediendo otra de regeneracion: veo que vá renaciendo la piedad, que no se habia estinguído, y que solo se habia resfriado: veo la juventud acudir á los templos deseosa de escuchar

(1) Non est enim arbor bona, quæ facit fructus malus: neque arbor mala, faciens fructum bonum. Luc. cap. VI. v. 43.

la palabra que mantiene el alma: veo á nuestros venerables pastores ocupando sus sillas y dirigiendo á sus ovejas por los caminos de la paz; veo que ya no está de moda la impiedad, y que el culto de Dios se sostiene si no con brillantez, al menos con decoro. Yo creo, hermanos míos, que todo es debido á la alta influencia de la Virgen si mancilla, pues que observo la gran devocion que la profesan los españoles, y María es la aurora que precede al sol divino de justicia Cristo Jesus.

¿Os espantaban tal vez los terribles efectos del escándalo? Pues tratad de evitarlo vosotros. Si sois formados á la imágen y semejanza de Dios, si sois hijos de Jesucristo, ¿cómo quereis ser cooperadores del demonio en la ruina de las almas? Por que no otra cosa hace el escandaloso que cooperar con el demonio á arrebatar las almas á Jesucristo. El escandaloso es de peor condicion que el ladron y es mas difícil que alcance el perdon de sus pecados. El ladron puede restituir, pero el que ha robado la inocencia del prójimo, enseñándole á pecar, el que ha logrado imprimir en el corazón de otros ideas ó doctrinas contrarias á la moral de Jesucristo, ¿cómo le devolverá su inocencia ó su piedad? Vosotros los que blasfemais en presencia de los pequenuelos enseñándoles á que os imiten, conoced á que castigo os hareis acreedores por vuestro escándalo, cuando dice el Señor estas terminantes palabras: «á aquel que blasfemare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado su pecado (1).» Quiere darnos á comprender con esto, que como la blasfemia es propia de un corazón empedernido, es dificultoso que

(1) Luc. cap. X.  
Tomo IV.



el blasfemo, y mucho mas el blasfemo que ha hecho discípulos, se convierta y alcance el perdon de sus pecados.

Tratad, pues, de evitar el escándalo, y tened presente que hay muchos escándalos, que el mundo no los reconoce por tales escándalos, pero no por eso, dejan de tener las mismas funestas consecuencias. Escandaliza por que incita el deseo de pecar, la mujer que por seguir los caprichos de la moda se adorna con profusion, y se presenta en público, con trajes inmodestos; escandaliza aquella otra que sostiene un trato indebido que por mas que para ella sea inocente, se convierta en una red que aprisiona el corazon de aquella otra persona. Por último, escandaliza el rico que no hace limosnas para socorrer al pobre que es su hermano; escandaliza al pobre que mal avenido con el estado en que le ha colocado la Providencia murmura de Dios y blasfema desesperado de su miserable estado, y escandalizan, en suma, esas personas que tienen por costumbre el murmurar de las acciones de todos y en hacer públicos los defectos de sus prójimos. Este vicio de la murmuracion que tanto escándalo produce, es muy comun por desgracia entre las mujeres. ¡Cuánto mejor harian en ocuparse en obras de piedad y en sus faenas domésticas, que en cargarse con pecados agenos que hacen propios por la murmuracion. Ni os valdrá, ni servirá de excusa decir que el escándalo lo cometió el que hizo el pecado, pues que vosotros no haceis mas que referir lo que sabeis. Los verdaderos escandalosos sois vosotros, toda vez que haceis público lo que no era, y el Señor que está dispuesto á perdonar el pecado, no lo está tanto á perdonar al escandaloso. Y ya que hemos visto las gravísimas consecuen-

cias del escándalo dado, veamos ahora como el escándalo recibido denota poca caridad y es necesario evitarlo.

## SEGUNDA PARTE.

La caridad cristiana exige de nosotros que jamás nos escandalicemos de las obras de nuestros prójimos á los que debemos amar como hermanos, ora sea justo, ora pecador. La mayor parte de los cristianos y entre ellos no pocos de los piadosos que frecuentan los sacramentos, escandalizanse no solo de las acciones malas, sino aun de las buenas que á ellos se les figuran malas. Antes no tengo dificultad en llamarles fariseos en el modo de obrar. Por que en efecto, los fariseos escandalizábanse hasta de los prodigios que veian obrar á Jesucristo, de que decian que lanzaba los demonios en virtud de Belzebú, principe de los demonios (1). Al ver al enfermo de la piscina á quien el Señor concedió milagrosamente la salud, murmuraban de él, porque siendo dia de sábado, iba cargado con su camilla, en lo que no hacia otra cosa que cumplir la voluntad del que le habia curado (2). Si oyen la predicacion de Jesucristo, tambien se escandalizan de su doctrina (3). ¿Y quiénes eran esos fariseos que así eran tan fáciles de escandalizarse? No creais que eran hombres llenos de virtudes, puros de conciencia y rectos en su proceder. Eran por el contrario hombres

(1) Quidam autem ex eis dixerant: In Beelzebub principe demoniorum eiecit demonia. Luc. cap. XI, v. 15.

(2) Dicebant ergo Judæi illi, qui sanatus fuerat: Sabbatum est, non licet tibi tollere grabatum tuum. Joan. cap. V, v. 10.

(3) Tunc accedentes discipuli ejus, dixerunt ei: ¿Scis quia pharisæi audito verbo hoc, scandalizati sunt? Math. cap. XV, v. 12.



que se autorizaban entre sí los escándalos mayores: eran hombres de un falso celo, que querian ver virtudes en los demas aunque ellos estuviesen lejos de practicarlas: eran, en suma, unos hipócritas.

¿De dónde nace, señores, el escandalizarse? ¿Cuál es la raíz que produce ese escándalo que fomenta la murmuracion, con la que se echa por tierra la honra del prójimo? Observad las cualidades del que se escandaliza y las de aquel de quien se escandaliza, y presto vendreis en conocimiento de que todo nace de la envidia. Porque en efecto, la envidia es un monstruo de cien cabezas, que nos acomete y nos mata, sin que nosotros nos apercibamos de ello. Un hombre ve la suerte de otro á quien la Providencia de Dios, que todo lo gobierna en peso, número y medida, ha colmado de riquezas: la envidia se apodera de su corazón, porque desea tener tanto como aquel; como esto no le es posible conseguirlo, le mira con mala voluntad, y escandalizándose hasta de sus mas inocentes acciones hácelas públicas, no como ellas son, sino haciéndolas aparecer pecaminosas. Sostiene un trato frecuente con una familia, á quien tal vez visita para socorrer sus necesidades, y el envidioso escandalizado de esto no tiene reparo en afirmar que entra en aquella casa con fines reprobos. Consigue otro por sus méritos un puesto elevado en la sociedad; el envidioso, que tal vez está muy lejos de poder competir con él, se cree mas acreedor, y se contenta con publicar que el otro ha conseguido el puesto que ocupa manejando las armas del interés ó de la intriga. Digo poco, y me refiero á personas que pasan por devotas: no solo se escandalizan muchos de las acciones indiferentes, sino hasta de aquellas que llevan marcado el sello de bon-

dad. Hay por ejemplo una persona á la que el devoto no está acostumbrado á ver en la Iglesia; pero llega un dia en que la ve confesarse y despues llegarse á recibir el pan eucarístico en la mesa de los ángeles. Esto lejos de servir de edificacion, sirve tambien de escándalo á algunos, y sirve para sostener conversaciones sobre si lo habrá hecho por el qué dirán ó por verdadero conocimiento.

No hay cosa que mas mortifique el corazón del envidioso, que escuchar alabanzas ajenas, cuando todas las quisiera para sí, y este es el mayor motivo de tantos escándalos recibidos; empero donde es mas comun el recibir escándalo es en el sexo que se dedica á estudiar el arte de agradar y atraer los corazones: cada una de las mujeres quisiera ser sola en hermosura, en afabilidad, en bienes de fortuna; le estorba y despierta su envidia otra que se presenta con mas gala y mas profusion de adornos, y haria cuanto le fuese posible porque no se presentase en la concurrencia otra á quien la naturaleza haya prodigado mas gracias que á ella. Necesariamente la envidia le produce el escándalo, y la hace usar cuando menos de palabras equívocas para hacerle perder la estimacion en que está para hacerla parecer á los ojos del mundo si no de malas costumbres, al menos loca ó veleidosa.

Personas hay tambien que se escandalizan, porque siendo apocadas y de genio melancólico, ven á otras de diverso genio que se divierten lícitamente, que rien ó hacen reir con sus gracias naturales. ¡Qué motivo de escándalo para el pusilánime! pues qué, ¿es la religion un yugo tan pesado, que prohiba al hombre tener sociedad, alegrarse y distraerse, no pasando de los límites de la honestidad y gravedad propias de



un cristiano? ¿Pues quién sino el Evangelio ha civilizado al mundo? ¿No ha unido á los hombres con los vínculos hermosos de la caridad? No nos manda que nos amemos como hermanos, que nos visitemos y consolemos en nuestras desgracias, y que nos auxiliemos mutuamente? ¿Qué objeto, pues, tiene ese escándalo inoportuno? ¿No es una prueba innegable que el que se escandaliza demuestra desconocer todos los principios de la caridad cristiana? Así es, mis hermanos, porque la caridad, como dice el Apóstol, es paciente, es benigna, no es envidiosa; no busca su provecho, no piesan mal, todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (1).

A vista de estas definiciones que de la caridad nos da San Pablo, ¿no comprendereis que faltan á esta virtud, reina de todas las demas y fundamento de la religion católica, aquellos que por la envidia son arrastrados á escandalizarse de las acciones de los prójimos? ¿Y qué deberemos hacer nosotros para evitar por nuestra parte el mal? Procurar no dar lugar á que se escandalice el mundo con nuestras obras; vivir con rectitud, medir nuestras palabras, y tratar de dar buen ejemplo á nuestros prójimos. Si á pesar de esto servimos de escándalo, podremos consolarnos con que la culpa no es nuestra, y con el recuerdo de que siendo Jesucristo la santidad por esencia, fué tambien en sus obras y predicacion objeto de escándalo para el fariseo.

Reasumamos, mis hermanos, cuanto llevamos dicho sobre esta materia. Nunca han sido los escándalos tan frecuentes como en nuestros días: hoy escan-

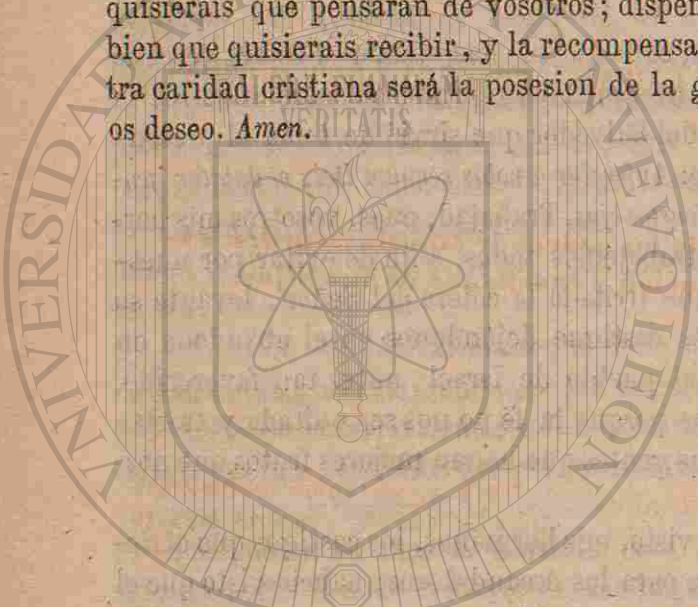
(1) I ad Corinth. cap. XIII, v. 4 et seq.

dalizan los ancianos, los jóvenes y aun los niños; escandaliza la viuda, la casada y aun la doncella, en la que el pudor y la vergüenza debe ser su principal adorno; y el ver tal corrupcion de costumbres, y tanta desenvoltura, y tanto alarde de impiedad, y tanta profanacion de templos, y tantos y tan repetidos escándalos, es lo que me hace temer si estará cercano el dia en que tenga cumplimiento entre nosotros la sentencia del Salvador que sirvió de tema al presente discurso: *Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructos ejus*. Trabajad, pues, vosotros mis hermanos, y trabajemos todos, á fin de evitar por nuestra parte que irritada la cólera del Señor, levante su brazo y nos castigue dejándonos en el abandono en que dejó al pueblo de Israel, antes tan favorecido. Trabajemos porque la fé no nos sea quitada y trasladada á otras gentes que hagan mejores frutos que nosotros.

Habeis visto, mis hermanos, los castigos que el Señor reserva para los escandalosos; habeis visto que el escándalo es un pecado grave por sus consecuencias; habeis tambien oido que dijo Jesucristo (lo repetiré para que no lo olvideis) que el que escandaliza á los pequeños, es digno de que se le ate una piedra de molino al cuello y se arroje al mar. Procurad por lo tanto sed cooperadores de Jesucristo, atrayendo á los pequeños con vuestras obras y ejemplos á la observancia de la religion, y no seais cooperadores del demonio en la infuca obra de la destruccion y ruina de la caridad cristiana. Y huyendo de un pecado tan enorme y de tamañas consécuencias, procurad tambien no escandalizaros vosotros de las acciones de vuestros prójimos; pensad bien de todas las criaturas; huid de pensamien-



tos ó juicios temerarios; cubrid con el manto brillante de la caridad los defectos de vuestros hermanos, y de este modo no dudeis que agradareis á Jesucristo, cuya caridad le hizo verter su sangre por salvarnos en el madero de la cruz. Pensad de vuestros prójimos como quisierais que pensarán de vosotros; dispensadles el bien que quisierais recibir, y la recompensa de vuestra caridad cristiana será la posesion de la gloria que os deseo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS

## SERMON 1.º

### PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

#### Deberes de los padres de familia en orden á la educación y enseñanza de sus hijos.

*Si autem ego in Beelzebub ejicio demonia, filii vestri in quo ejiciunt? Ideo ipsi iudices vestri erunt.*

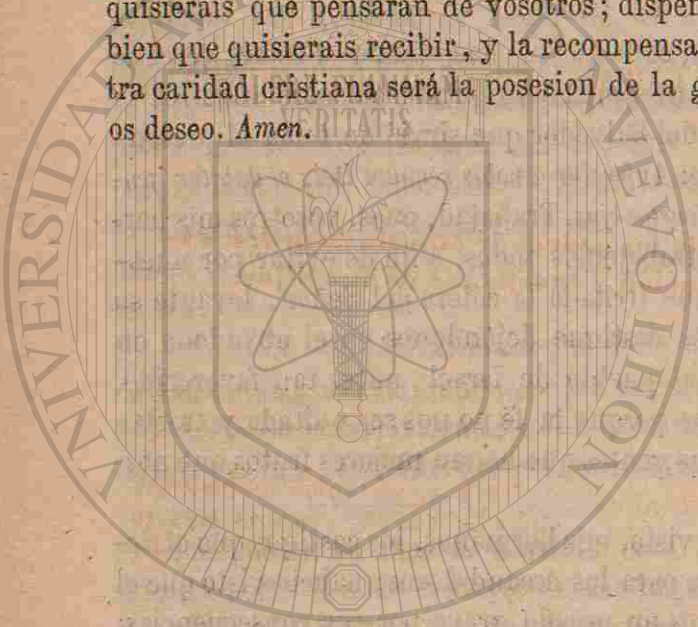
Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestros hijos en virtud de quién los lanzan? Por esto, ellos serán vuestros jueces.

Luc. cap. XI, v. 18.

No hay palabra ociosa en el Evangelio: no hay una sola que no se encamine al mayor bien del hombre, instruyéndole y enseñándole á caminar por los senderos de la virtud que dirigen con rectitud á la patria de los bienaventurados. En el Evangelio que la Iglesia nuestra madre nos ha leído en este día encuentro un gran fondo de instruccion para los padres de familias. Nadie ignora la obligacion que á estos impone la religion y los deberes que tienen de trabajar por su parte cuanto les sea posible para formar



tos ó juicios temerarios; cubrid con el manto brillante de la caridad los defectos de vuestros hermanos, y de este modo no dudeis que agradareis á Jesucristo, cuya caridad le hizo verter su sangre por salvarnos en el madero de la cruz. Pensad de vuestros prójimos como quisierais que pensarán de vosotros; dispensadles el bien que quisierais recibir, y la recompensa de vuestra caridad cristiana será la posesion de la gloria que os deseo. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS

## SERMON 1.º

### PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

#### Deberes de los padres de familia en orden á la educación y enseñanza de sus hijos.

*Si autem ego in Beelzebub ejicio demonia, filii vestri in quo ejiciunt? Ideo ipsi judices vestri erunt.*

Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestros hijos en virtud de quién los lanzan? Por esto, ellos serán vuestros jueces.

Luc. cap. XI, v. 18.

No hay palabra ociosa en el Evangelio: no hay una sola que no se encamine al mayor bien del hombre, instruyéndole y enseñándole á caminar por los senderos de la virtud que dirigen con rectitud á la patria de los bienaventurados. En el Evangelio que la Iglesia nuestra madre nos ha leído en este día encuentro un gran fondo de instruccion para los padres de familias. Nadie ignora la obligacion que á estos impone la religion y los deberes que tienen de trabajar por su parte cuanto les sea posible para formar



de sus hijos, encaminando sus corazones al bien, buenos cristianos y honrados y útiles ciudadanos. La omisión culpable de estos deberes es criminal, y Jesucristo pronuncia la sentencia en el Evangelio que hoy nos da materia para el discurso. Escuchadlo. «Jesús, nos dice el Evangelista, estaba lanzando á un demonio que tenía á un hombre mudo: y cuando hubo lanzado al demonio habló el mudo y se maravillaron las gentes. Mas algunos de los que estaban presentes dijeron: En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios. Y otros por probarle le pedían señal del cielo. Cuando conoció Jesús sus pensamientos les dijo: todo reino dividido entre sí mismo será asolado y caerá casa sobre casa. Pues si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reino? Porque decís que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub. Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿vuestros hijos por quién los lanzan? Por esto ellos serán vuestros jueces.

Basta con esto, sin seguir la narración de san Lucas, para el objeto que yo me he propuesto al dirigirme en este día á los padres de familia. Vuestros hijos, dijo Jesucristo á los fariseos, serán vuestros jueces. Y no solamente á ellos sino á todos aquellos que tienen hijos, van dirigidas estas espresiones del Salvador, y yo he fijado en esta sentencia la idea del sermón que debo predicar, por creerla muy oportuna en la época presente, en que tan estendida se halla la corrupción en todas las clases, y muy en particular en los jóvenes, efecto de la mala educación, que reciben de sus padres. Hoy en que el respeto de hijos á padres se ha perdido por completo desde que se ha desarrollado la

moda de ese tuteo ridículo que demuestra una confianza siempre reprehensible con el autor de sus días, confianza que trae tras sí una indiferencia que mañana se convierte en desprecio; conozco claramente que toda la culpa está de parte de aquellos padres que por el excesivo amor que profesan á sus hijos, les permiten todas las libertades que ellos quieren tomarse, y lejos de instruirlos y dirigir sus tiernos corazones al bien, descuidan su educación enseñándoles á obrar según su voluntad y sin sujeción alguna. Pues bien, padres de familia, á vosotros me dirijo hoy con las mismas espresiones de Jesucristo: vosotros vivís tranquilos en el olvido de vuestras más sagradas obligaciones; no cuidáis de educar cristianamente á vuestros hijos: lejos de dirigirlos á Dios, enseñándoles desde sus más tiernos años á temer al Señor y á practicar las virtudes, los acostumbráis á vivir como paganos: pues bien, ellos podrán aficionarse al mal, corromperán su corazón y aun se perderá para siempre por vuestra negligencia, pero en el día del juicio se levantarán contra vosotros y serán vuestros jueces: *Filii vestri iudices vestri erunt.*

Padres de familia que me escucháis: yo vengo á proponeros los remedios para que no llegue un día en que seáis sentenciados por vuestros hijos: reconoced vuestra autoridad, tened presente que hacéis las veces de Dios para con ellos. El padre de familia es un párroco en su casa que está obligado á enseñar las virtudes, á recordar así los premios que Dios tiene reservados para los buenos, como los castigos que ha dispuesto para tormento eterno de los malvados que viven fuera de la observancia de su divina ley. ¡Cuántos frutos recogen los padres de familia, que no echando



en olvido sus deberes dirigen á sus hijos por el camino del cielo! ¡Cuántas bendiciones de Dios llueven sobre los padres que les enseñan á pronunciar antes de otros nombres los de Jesus y María! ¡Qué dignos de reprobacion, los que les enseñan á pronunciar palabras obscenas, que aunque ellos no puedan comprender, son sin embargo el primer escalon para su ruina!

Esplicar, pues, sus obligaciones y el modo de llenarlas cumplidamente á los padres de familia, vá á ser todo el asunto de mi discurso y objeto de vuestras atenciones. Plegue á Dios que haciendo efecto la divina palabra en los padres que me escuchan, les decidan á obrar en adelante en conformidad á la doctrina católica, para que no tengan el desconsuelo de que se cumpla en ellos la sentencia de Jesucristo, de que sus hijos serán sus jueces.

Obedientísima Virgen María, que siempre respetasteis humildemente á vuestros Santos Padres Joaquín y Ana, viviendo sujeta á su voluntad, dignaos alcanzarme las luces superiores que me son necesarias para instruir al pueblo que me escucha, y alcanzad tambien docilidad á los oyentes á fin de que sus corazones sean una buena tierra donde fructifique la semilla de la divina palabra que ha de salir de mis impuros lábios. Hacedlo así, Madre y Señora nuestra, mientras nosotros os repetimos la salutacion angélica, *Ave María.*

## PARTE ÚNICA.

El apóstol San Pablo, en su carta á los de Epheso, despues de dirigirse á los hijos de familia advirtiéndoles sus obligaciones y deberes diciendo: «Hijos, obedeced á vuestros padres en el Señor, porque esto es justo. Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento con promesa, para que vayas bien y vivas largo tiempo sobre la tierra,» dirigese despues á los padres con estas palabras: «Y vosotros padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos: mas criadlos en disciplina y correccion del Señor. *Et vos patres nolite ad iracundiam provocare filios vestros: sed educate illos in disciplina et correctione Domini* (1).

La primera obligacion, pues, que les impone á los padres de familia, no solo la religion sino aun la misma naturaleza, es criarlos, alimentarlos, cuidándolos como es debido. Ahora no puedo menos de estremecerme en la consideracion de esas mujeres mundanas, que siendo peores que las mismas bestias, abandonan á sus recién nacidos colocándolos para no verlos mas, en un torno de caridad, sino le dan la muerte por sus propias manos para ocultar al mundo aquel fruto de un amor criminal; y digo que estas mujeres son peores que las mismas bestias, porque no se os oculta á vosotros que hasta las mismas fieras cuidan á sus hijos y los defienden, hasta donde alcanzan sus fuerzas. ¡Quién se atreveria á arrebatár á una leona su tierno cachorrillo! ¿No os admira ver á la gallina recoger bajo sus alas los polluelos para guarecerlos del frio?

(1) Ad. Eph. cap. VI. v. 4.



Pasma en verdad, mis hermanos, que haya querido Dios darnos ejemplos de amor paternal en los irracionales, y que criaturas dotadas de razon tengan un corazon menos sensible que aquellas. ¡Por desgracia no pasa mucho tiempo, en particular en las grandes ciudades, sin que se cometa el horrible crimen de convertirse una madre en asesino de un hijo, arrojándole á algun lugar inmundo, y aun sin haberle socorrido con el agua del bautismo. Grande es la misericordia de Dios, pero yo creo que para que sea borrado un pecado de esta naturaleza, seria necesario practicar penitencias mas rigurosas que las que hicieron los anacoretas en los desiertos.

No son tan criminales, pero no por eso dejan de pecar gravemente aquellas madres que cediendo un hijo á otra persona, cual si fuera una prenda de uso doméstico, le relegan al olvido sin cuidarse jamás de ver ni aun preguntar por el que es un pedazo de sus entrañas. Tal vez creereis vosotros, mis hermanos, porque vuestros corazones no son susceptibles de tales sentimientos, que esto no puede darse caso en que se verifique, pero no dudeis para mengua del cristianismo, que mandando que todos estemos unidos con los vínculos de la caridad, estrecha mas y mas este amor entre los padres y los hijos.

Desde el momento, pues, en que los niños van entrando en el uso de la razon, deben los padres irles enseñando á conocer á su Dios y á temerle, instruyéndoles en el modo de rezar, y haciéndoles conocer el poder del Señor para que le alaben y permanezcan dóciles á sus preceptos: asimismo, y conforme van siendo capaces de comprender, deben hacerles conocer los castigos que Dios manda, primero en esta

vida y luego en la futura, á aquellos que apartándose de la ley de Dios, caminan por los senderos de la culpa. De este modo irán formando unos corazones dóciles, dispuestos para el bien. Cuando Dios envió las nueve plagas al Egipto, ordenó á Moisés que lo hiciese saber á su hijo y sus nietos, contándoles los grandes castigos que habia mandado á los egipcios para que escarmentasen con su ejemplo (1). Y cuando el mismo Moisés llamó á sí á los ancianos para comunicarles la orden del Señor con respecto á las ceremonias con que habian de comer el cordero pascual, les advierte que al ser preguntados por sus hijos sobre aquéllos ritos, que se los espliquen para su instruccion, y que aprendieran lo que habian de observar en adelante (2). Los beneficios y misericordias que el Señor derrama siempre sobre los hombres, deben advertírseles del mismo modo. Acordaos, dijo el caudillo á su pueblo, de este dia en que salisteis de Egipto y de la casa de la esclavitud, y cuando el Señor te hubiere introducido en la tierra del Chananéo y del Hethéo, y del Amorrhéo, y del Hebéo y del Jebuséo que juró á tus padres, celebrarás la solemnidad del Señor, y en aquel dia contarás á tus hijos y les dirás lo que hizo el Señor contigo cuando saliste del Egipto, y cuando tu hijo te preguntare ¿qué es esto? le responderás: con mano fuerte nos sacó el Señor de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud (3).

Mil testos biblicos podriamos presentar para hacer

(1) Et narres in auribus filii tui, et nepotum tuorum, quoties contulerint Egypcios: et signa mea fecerint in eis: et scialis quia ego Dominus. Ezod. cap. X. v. 2.

(2) Et cum dixerim vobis filii vestri. Quæ est ista religio? Dicitis eis: Victimæ transitus Domini est, etc. Ezod. cap. XII. v. 26 y 27.

(3) Ibid. cap. XIII. v. 14.



conocer la voluntad de Dios, de que los padres de familia instruyan á sus hijos para formar sus corazones y dirigirlos por el camino de la rectitud. Entendedlo, padres de familia, vosotros los que lejos de cumplir con vuestros deberes en esta parte, mirais con la mayor indiferencia la instruccion religiosa de vuestros pequeñuelos: vosotros los que poneis en lábios de vuestros hijos palabras obscenas, y los conducis por la senda del error, vuestro descuido será vuestra mayor confusion, porque ellos serán vuestros jueces.

¡Qué edificativo, qué cristiano es ver á una madre que teniendo en sus brazos á sus tiernos parvulillos, les hace repetir sus oraciones, por mas que ellos no puedan aun comprenderlas! ¡Y despues, cuando la razon vá desarrollándose en ellos, pasa sus mejores horas en hablarles de Dios y de sus bondades, enseñándoles á darle gracias al amanecer de cada dia por haberles concedido otro de vida, y á pedirle de noche sus auxilios para ser libres de todo mal! Una madre buena, una madre cristiana lleva á su hijo al templo, y al ver salir al altar al ministro del Señor, «hijo mio, le dice, Jesucristo vertió su preciosa sangre en el árbol de la Cruz por redimirnos y salvarnos: el sacrificio que ahora se vá á ofrecer, y que vás á presenciar es una figura ó representacion del que se efectuára en el Calvario. Aquí, sobre ese altar santo corre la sangre del Cordero, aquella misma sangre que nos lavó de nuestros pecados, cuando el sacerdote consagra, baja á la sagrada forma el mismo Dios: sí, en esa hostia que se nos dá á adorar y en ese cáliz, existe Jesucristo real y verdaderamente en cuerpo y alma; su carne, su sangre, su divinidad, su humanidad, todo

entero se halla en la hostia y en cualquier partícula ó fragmento de ella: este es un misterio, un arcano que á nosotros no nos es dado penetrar; tan amoroso es Dios para con sus criaturas, que de este modo ha querido habitar entre nosotros, ocultando su magestad bajo los velos eucarísticos, de modo que no solamente están oscurecidos á nuestra vista los rayos de su divinidad, sino que ni aun tiene las apariencias de hombre: agradece, hijo mio, tal bondad; adórale en espíritu y verdad, y el Señor te concederá sus gracias, y te librárá de todos los peligros. Por tu fé y la adoracion que le dés en la tierra, merecerás adorarle eternamente en los cielos.» En seguida, llamando su atencion á alguna imágen de la Santísima Virgen, ¿vés hijo mio, le dice, esa Señora? Pues es una imágen, una representacion de la que está en los cielos, y que es Reina de los ángeles y de los hombres. Es la Señora mas llena de virtudes que han conocido los siglos: nadie la iguala en santidad, porque despues de la santidad de Dios síguese la de su Madre, porque has de saber que María mereció ser escogida para Madre de Jesucristo, que es Dios, y que tomó nuestra naturaleza humana, para padecer en ella y redimirnos de la culpa: ella tiene á mas de un poder extraordinario para alcanzar gracias en favor de las criaturas, un corazon rebotando piedad, y nos basta invocarla con fé para que nos alcance de Dios las gracias que le pedimos: ámala mucho, hijo mio, y constitúyete su especial devoto. ¿No me amas á mí, no me quíeres extraordinariamente porque soy tu madre? Pues mas que á mí debes amar á María Santísima, porque ella es tu madre y mía: es la Madre del género humano.

De este modo, mis hermanos, váse el pequeñuelo



instruyendo en la religion, se vá inclinando al bien, hácese devoto y adquiere unas ideas sanas y cristianas que no las podrá borrar el tiempo. ¡Qué bendiciones de Dios no descenderán sobre la madre que obre de este modo, y que así dirija los pasos de sus hijos por el camino de la salvacion! Llega el tiempo en que segun la prudencia del párroco deben acercarse al tribunal de la penitencia, y entonces es cuando la solicitud de una madre debe mostrarse mas, instruyéndole del objeto de este sacramento, de cómo debe examinar su conciencia, y de todos los demas requisitos que son necesarios para que la confesion sea buena. No mirará, le debe decir, en el sacerdote que vá á recibir tu confesion, un hombre, sino al mismo Jesucristo, pues que está revestido de su autoridad, para poder perdonar tus pecados: humíllate en su presencia, y confiesa con dolor y sinceridad, para que alcances el perdon de todos tus pecados. Llegará despues otro dia en que el niño deba acercarse á hacer su primera comunión. ¡Todo celo es poco en este caso! Cuidado, hijo mio, debe entonces decirle con amor; cuidado, hijo mio, que no te acerques á la mesa del altar sin llevar preparado tu corazon. Si un rey de la tierra te convidara á su mesa, si te hiciese comer en su mismo plato, y aun si despues para honrarte y ensalzarte á vista de sus pueblos te cubriese con su manto real, toda esta honra seria poco, seria nada en comparacion de la honra que te vá á conceder Jesucristo, que por medio de la comunión vá á unirse contigo, á estrecharte entre sus brazos, á identificarse, á hacerse una misma cosa contigo. ¿Tú vés como se unen dos trozos de cera derretidos al fuego? Pues con union mas estrecha vá á identificarse contigo el que es tu Dios y tu Salvador:

considera, pues, la pureza de conciencia que debè acompañar al que se acerca á comulgar.

Señores: si á estas instrucciones religiosas se añade el que los padres le dan el ejemplo acompañándoles en la participacion de los Santos Sacramentos, se enardecerá en amor de Dios el corazon de los niños, y empezarán á adquirir gusto en la práctica de la virtud. Porque no lo dudeis, mis hermanos, es imposible que resista á la virtud un niño acostumbrado á no oír sino palabras edificativas; un niño que siempre ha oído hablar de la virtud para alabarla y del pecado para aborrecerlo. No ignoro que muchos padres que así se han esmerado en educar cristianamente á sus hijos, han tenido el desconsuelo de ver que despues que han salido de la niñez y han entrado en la juventud, han empezado á corromperse insensiblemente. Esto no siempre sucede, pues no olvidando con facilidad la enseñanza que recibieron en su niñez sostienen grandes combates, y nunca por lo comun son materia dispuesta para el círmén, y aunque fuese tal la desgracia que dirigiesen sus pasos por los caminos del error y de la maldad, vosotros, padres de familia, disfrutareis de una conciencia tranquila, toda vez que hicisteis cuanto os fué posible por dirigirlos al bien. No: no serán ellos en este caso vuestros jueces en el dia del juicio; antes por el contrario vosotros sereis jueces de ellos, que así menospreciaron vuestros saludables avisos y consejos.

Buen ejemplo tenemos en Tobías, ese anciano venerable y amado de Dios, que se ocupaba continuamente en enseñar á su hijo el jóven Tobías el modo de practicar las virtudes. El mismo Espíritu Santo nos ha querido dejar consignado este ejemplo dicién-



donos: «desde la infancia le enseñó á temer á Dios y á guardarse de todo pecado (1).» Este santo celo del anciano Tobías fue remunerado por Dios, quien ordenó que aquel hijo á quien estraordinariamente favoreció por ministerio del arcángel san Rafael, fuese el báculo y apoyo de su vejez.

Otra de las obligaciones de los padres de familias, es dar ocupacion útil á los hijos, bien dedicándolos á las ciencias, á las artes ú oficio, de modo que se hagan miembros útiles de la sociedad, y tambien para apartarlos de la ociosidad que es la madre de todos los vicios. No sirve en esta parte de excusa, el que no necesiten trabajar porque poseen bienes de fortuna. Dios sentenció al hombre al trabajo y ninguno debe huir de él. Por otra parte, si ahora poseeis riquezas ¿sabeis por ventura si la inconstancia de la fortuna os privará mañana de ellas? ¡Cuántos por criarse en la ociosidad y no aplicarse á nada, se han visto despues sumidos en la mayor miseria, por no encontrarse útiles para poder ganarse el sustento! Y la miseria que á veces les lleva á la desesperacion, les hace perder la vida del cuerpo y la del alma. ¿Y quiénes han sido los causantes de tamañas desgracias? Unos padres indolentes, unos malos padres, que desconociendo sus sagradas obligaciones dejaron torcer el árbol desde pequenito y le dejaron llegar á un estado en que ya es imposible ó al menos muy dificultoso el enderezarle.

¿Qué cuenta no tendrán que dar á Dios muchas madres, que en vez de enseñar á sus hijas la modestia les inspiran tan solo el deseo de agradar; que en vez

(1) Quem ab infantia timere Deum docuit, et abstinere ab omni peccato. Tob. cap. 1, v. 10.

de enseñarlas á adornarse de virtudes, las acostumbran al lujo y á la desenvoltura; que en suma, en vez de acostumbrarlas á ser útiles en una casa, para que mañana que tomen estado, puedan saber desempeñar sus obligaciones, solo las enseñan el arte de parecer bien y de arrebatarse las miradas! ¡Ah! Que esto conduce á males de gran bulto, que en su dia se hacen irremediables. ¿No conoceis, madres obcecadas, que contribuis á que se despierten las pasiones en esa inocente niña á quien dirigís por tan mal camino? ¿Qué será de una criatura falta de esperiencia por su edad, débil por su sexo, y poco prudente por la viveza propia de la juventud? Lo que sucederia á un buque que en medio del mar perdiese las velas y el timon, que indudablemente naufragaria. Pues bien; conoced que el mundo es un mar embravecido, en el cual no encontrareis un sitio libre de peligros, de piedras que por estar cubiertas con las aguas del deleite, burlan á cada paso la direccion del mas diestro piloto. Vuestras hijas ¡oh madres de familia! son unos débiles buques cuyo timon es el santo temor de Dios, y cuyas velas que le hacen caminar desafiando á los peligros, son el pudor y la modestia: desalojarlas de estos adornos, dejadlas abandonadas á la corriente de las aguas del mundo, y por mas que al principio resistan á sus embates, acabarán por naufragar, dando al traste con las bellas prendas que antes las distinguian, y vosotras habreis concurrido á que se lleve á cabo tanto mal. De este modo habreis perdido á vuestras hijas para Dios y para el mundo; para Dios, que viéndolas entregadas á la prostitucion, las mirará como objetos de ira; y para el mundo, porque ¿cómo mira la sociedad á una mujer que ha perdido el honor y su vergüenza? Bien lo sabeis: el mundo sensato le huye, como huir-



sele puede á un animal venenoso; hasta su vista ofende, y desechada de la sociedad y de las gentes, solo puede encontrar albergue entre las compañeras de su infortunio, teniendo aun en el mismo mundo el castigo de su maldad, en los malos tratos, en los insultos y en los improperios de aquellos mismos que las hacen objeto de sus criminales entretenimientos. ¡Cuántas han llegado á este lastimoso estado por el extraordinario rigor, ó por la mucha laxitud de sus padres!!! Os resistireis á creerlo; pero ello es una verdad innegable que han conocido algunas madres, en dias en que ningun remedio han podido aplicar para curar tan funesto cáncer.

¿Quereis saber si en el dia está abandonada la educacion? ¿Quereis conocer cómo la mayor parte de los padres viven en el olvido de sus obligaciones paternales? Salid por esas calles, encontrareis multitud de niños entretenidos en el juego, si no burlándose de los ancianos: preguntadles si saben los mandamientos de la ley de Dios, ó los sacramentos de la santa Madre Iglesia. ¡Pero qué digo!... No han visto un catecismo: si les preguntárais de maldades ó de vicios, seguramente que entonces os satisfarian y conoceriais su instruccion en esta materia. Y al ver el lastimoso estado de estas criaturas, ¿las culpateis á ellas? No, porque han aprendido lo que les han enseñado sus padres: ¡Qué mucho que blasfemen, si esto es lo que oyen en sus casas! ¡Qué mucho que no sepan lo necesario para salvarse, si tampoco lo saben los autores de su vida, y de sus lábios no oyen otra cosa que palabras escandalosas, de insultos á Dios y de menosprecio á la religion! Pues bien, padres y madres de familia, preparaos para recibir el condigno castigo, á que os haceis acreedores por vuestra anticristiana con-

ducta: esos mismos hijos á quienes habeis enseñado el camino del mal, serán los jueces en vuestro juicio: no puede faltar la palabra de Dios: *Filii vestri iudices vestri erunt.*

No puedo menos, mis hermanos, de dolerme por la suerte de esos padres descuidados á quienes ha de pedir Dios estrecha cuenta de los hijos que les concedió. ¿Y qué responderán? ¿Qué excusa será suficiente á librarlos de tanto cargo? Ninguna, porque ciertamente responderán de las almas de sus hijos con las suyas. Tiempo es, pues, ahora, padres y madres de familia que me escuchais, de que os enmendeis de los defectos en que podais haber incurrido en la materia de que tratamos. Oid las palabras y saludables consejos del Apóstol: *Educate filios in disciplina et correctione Domini.* Educad á vuestros hijos en disciplina y correccion del Señor: vuestra primera obligacion es criarlos y sustentarlos, cuidándolos en su infancia: la segunda formarles su corazon desde pequeños para que se dirijan al bien; la tercera luego que llegan al uso de la razon, llevarlos á la Iglesia, instruirlos en la divina ley del Señor, y hacer que frecuenten los Santos Sacramentos, enseñándolos vosotros no solo con las palabras, sino que tambien con el ejemplo; y por último, hacerlos huir de la ociosidad, madre de todos los vicios, dándoles ocupacion cuando tengan edad para ello, con el objeto de que se acostumbren al trabajo, herencia que heredamos por el pecado de nuestro primer padre. Si así lo haceis; si no echais al olvido las instrucciones cristianas que os acabo de dar, el Señor os dará sus auxilios á vosotros y á vuestros hijos; para que ellos y vosotros seais un dia participantes de la gloria. Amen.



## SERMON 2.º

### PARA LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

**Son vanos los pretextos que se alegan para justificar la murmuración, que siempre es un vicio detestable á los ojos de Dios, y por consiguiente de funestas consecuencias para el alma.**

*In Beelzebub, principe demoniorum, efficit demonia.*

En virtud de Beelzebub, principe de los demonios, lanza los demonios.  
Luc. cap. XI, v. 15.

No creo que haya quien me tache de exagerado, si digo que no hay un vicio mas generalmente estendido en la sociedad que es el abominable de la murmuración, que es tanto mas reprehensible cuanto que se opone á todo principio de caridad; y no incurren en él tan solamente los mundanos, sino hasta muchos que se tienen por hombres de piedad. Tened, mis hermanos, unas costumbres irreprehensibles: cumplid exactamente todas vuestras obligaciones, sed legales en vuestros fratos; y no obstante toda la bondad que caracterice vuestras acciones, siempre tendreis quien hable mal

de vosotros, siempre sereis murmurados. Triste condicion de la humana naturaleza!.... ¿Quién competirá en virtudes con Jesus de Nazareth? ¿Quién le igualará ni aun le asemejará en santidad? Nadie ciertamente, pues que siendo verdadero Dios, sin embargo de ser verdadero hombre, estaba revestido de la santidad que es propia de Dios. ¿Qué hombre por caritativo que sea, habrá podido dispensar mayores beneficios á la humanidad como los que Jesucristo dispensára al pueblo de Israel? En todas partes iba el Salvador dejando señales visibles de su omnipotencia. Ora lanzaba los demonios; ora daba vista á los ciegos; aquí multiplicaba los panes para saciar una multitud hambrienta; allí resucitaba á los muertos; y en la tierra y en el mar, y en las praderas y en los montes dejaba conocer su divina caridad, ya repitiendo sus prodigios, ya enseñando á las gentes que se le acercaban y le rodeaban para escuchar su doctrina. Pues ¿lo creereis? Jesucristo fué tambien objeto de las murmuraciones de aquellos mismos ante los cuales desplegara su poder. En el Evangelio de la presente dominica encontramos la prueba de esta verdad. Háblanos el evangelista San Lucas de la curacion de un endemoniado que era mudo; y como Jesus hubiese lanzado el demonio del cuerpo de aquel hombre, habló el mudo y se maravillaron las gentes; mas algunos de ellos dijeron: en virtud de Beelzebub, principe de los demonios, lanza los demonios. A este grado de ceguedad llegó aquel pueblo infeliz, que cerró sus ojos para no ver la brillante luz que se le presentára.

A vista de esto ¿quién se podrá gloriarse, por justo que sea, de que sus acciones no son objeto de murmuración? ¿Quién se verá libre de esas lenguas viperinas



que no se emplean en otra cosa mas que en acriminar las obras de sus semejantes? No hay en verdad vicio mas estendido, ni que sea mas disculpado por sus muchísimos defensores. Basta reprender á un murmurador, para que en el momento conteste que él á nadie ofende, que no cuenta mas que lo que ya es público, y que las mas veces solo habla de otras personas por entretener la conversacion ó pasar el tiempo. Nadie por lo tanto quiere reconocer la gravedad del vicio de la murmuracion, ni hacerse cargo de sus funestas consecuencias para el alma. Pero nosotros no debemos atenernos á la doctrina del mundo sino á la de Jesucristo. El apóstol San Pablo dice que los murmuradores son aborrecibles á Dios: *Detractores Deo odibiles* (1). Y en efecto, mis hermanos, si consideramos que la caridad es el fundamento y la piedra sobre que se sostiene la Iglesia, que es una virtud tan amada y tan recomendada por Jesucristo, reconocemos que siendo la murmuracion un contrasentido de aquella virtud, ha de ser en tanto grado aborrecible al Salvador, cuanto mas extraordinariamente ama la caridad.

No sé en verdad si conseguiré el objeto que me propongo al haber elegido el vicio de la murmuracion por asunto del discurso que voy á dirigiros, que no es otro que el persuadiros y convenceros á que os apartéis de él, practicando la caridad con respecto al prójimo. Para ello voy á demostraros con la mayor claridad que me sea posible, «que son vanos los pretextos que se alegan para justificar la murmuracion, vicio del que debemos huir porque es detestable á los ojos

(1) Ad Rom. cap. 1, v. 18.

de Dios, y de consiguiente de funestas consecuencias para el alma.»

Para que esta doctrina sirva de instruccion y provecho de nuestras almas, imploremos los auxilios de la gracia por la intercesion de María Santísima, nuestra Madre y Señora, saludándola cordialmente, y rezándola devota y humildemente un *Ave Maria*.

#### PARTE ÚNICA.

Cuando he dicho que el vicio de la murmuracion es detestable á los ojos de Dios, no he hecho otra cosa que proponer una verdad innegable de que no podreis menos de convenceros, cuando la veais probada por el mismo Evangelio. Abrid, señores, las doradas páginas del Código sagrado, y mil pasajes en ellas consignados, os harán conocer lo extraordinariamente que Jesucristo amó, y lo mucho que recomendó á sus discípulos y en ellos á todos nosotros, la virtud de la caridad. Y no como quiera, sino de tal modo ama la práctica de esta virtud, que se apropió á sí mismo los beneficios y los agravios que nosotros hacemos á nuestros prójimos. Así nos lo afirma San Mateo, cuando hablando en el capítulo XXV de su Evangelio del juicio universal, nos dice que al premiar á los justos por su caridad el Juez Eterno, no los dirá: «Venid, porque hicisteis bien á vuestros prójimos, sino, porque me lo hicisteis á mí,» y á los réprobos: «id al fuego eterno, no porque no hicisteis bien á vuestros hermanos, sino porque no me lo hicisteis á mí, porque lo que no hicisteis con ellos, conmigo no lo hicisteis.»

Ved aquí, mis hermanos, confirmado en este trozo evangélico, como Jesucristo se apropia á sí mismo



cuanto nosotros ejecutamos, así en pró como en contra de nuestros prójimos. En los momentos mismos en que se preparaba á morir para salvarnos, cuando celebraba la cena con sus discípulos, encargó el precepto de la caridad fraterna, siendo esto como una disposición de su último testamento. Por esto el discípulo amado, que tuvo el privilegio de recostar su cabeza sobre el pecho de su Soberano Maestro, no predicaba otra cosa á los fieles mas que la caridad, y de esta virtud hablaba siempre hasta hacerse importuno. ¿Y por qué siempre caridad y nunca otra cosa? Así le preguntaban sus discípulos, y la razon no era otra sino la de que este era el precepto de su Maestro.

Ahora bien: como vosotros no podeis dejar de conocer, so pena de no saber raciocinar ni discurrir, el vicio de la murmuracion es el reverso de la caridad, y si Jesucristo nos ofrece en premio de la caridad nada menos que el colocarnos á su diestra en el dia del juicio para que le acompañemos en su gloria, ¿cómo no le ha de serle detestable, y cómo no ha de castigar terriblemente un vicio que tiene por objeto arrebatár la honra y buena fama de los prójimos? ¿Qué excusa será suficiente para justificarnos en su presencia de la facilidad con que hemos juzgado de las acciones de nuestros hermanos? Preguntad á un murmurador, y siempre tendrá excusas con que cubrir su detestable vicio; empero las razones que alegan serán vanas y de ningun efecto para con Dios.

Voy á hacer una reflexion que en el fondo es de San Juan Crisóstomo, y por ello os convencereis que la murmuracion, no solo es un vicio detestable á los ojos de Dios, sino al mismo tiempo el mas odioso, el mas traidor, el mas abominable de todos los vicios

aun á los ojos de la sociedad. Vosotros hablais mal de una persona, publicais sus defectos y debilidades, y á veces las suponeis para denigrarle, y os complaceis en en ello. Yo os pregunto: esta persona de quien tan mal hablais; este individuo cuyas acciones criticais y cuyas faltas haceis públicas, ¿es vuestro amigo ó vuestro enemigo? Si es vuestro amigo, sois unos pérfidos traidores, toda vez que la amistad os constituye en la obligacion de velar por su honra y buena fama, y lejos de hacerle objeto de vuestra murmuracion, debeis aconsejarle, si le veis extraviado: luego faltais no solamente á la caridad que el Señor os manda practicar, sino á las leyes de la amistad á la que sois traidores: un traidor merece el desprecio de la sociedad. Si me decís que ese de quien hablais es vuestro enemigo, desde luego comprenderemos que el odio y la mala voluntad que le teneis, os mueve á poner en tela de juicio sus mas inocentes actos. Empero tambien puede darse caso en que aquel de quien murmurais, os sea una persona indiferente, con la que ni os ligan los lazos de la amistad, ni teneis por vuestro enemigo. En este caso concluye el Crisóstomo, sois unos viles, porque no puede darse cosa mas vil que el ensañarse contra una persona que en nada nos ha ofendido. Por do quiera, pues, que lo miremos, la murmuracion destruye todo principio de caridad: contemplad que Jesucristo quiere sujetarnos de tal modo al precepto de la caridad, que no solo nos manda amar á nuestros amigos, sino que nos manda estender nuestro amor á los mismos que son nuestros enemigos, á los cuales nos manda hacer bien, y por los cuales ordena rogar, como vimos en la esplicacion del Evangelio del primer viernes de Cuaresma, y comprendereis toda la grave-



dad del pecado de la murmuracion. ¡Vicio funesto de que está plagada la sociedad! ¡Vicio vil que es verdadero contrasentido del cristianismo!

Analicemos los pretextos que halagan los murmuradores y veremos cuán vanos son. Cuando veais murmurar á un amigo vuestro, á una persona con la que teneis alguna confianza, afearle su vicio, y decirle que lo que hace es una cosa odiosa á todas luces: vereis como en el momento os dice, ó bien que él nada supone, sino que habla tan solo lo que sabe positivamente, ó bien que no ha hablado mas que por divertirse ó pasar el tiempo, y que lo hace sin malicia: ya os dirá que no habla de faltas graves, sino de asuntos que no perjudican á la persona de quien habla; ya que las faltas de que ha hecho mencion son públicas, ó que no las refiere más que á personas de la mayor confianza. ¡Qué pretextos mas frívolos! Ninguno de ellos aminora la gravedad del pecado. ¡Y nada supongo! No digo mas que lo que sé positivamente, lo que he visto por mis propios ojos!!! ¿Y quién os ha revestido á vosotros de la autoridad de poder juzgar á vuestros hermanos? ¿Sois sus dioses? ¿Sois por ventura los encargados de premiar ó castigar sus buenas ó malas acciones? Vuestro prójimo ha delinquido: ¿pero no habreis tambien delinquido vosotros? ¿No os hallareis con las mismas ó mayores faltas que ellos? Y decidme, ¿os serviria de placer, que descubiertos vuestros vicios se hiciesen públicos? ¿Os agradaria que de boca en boca corriesen vuestros defectos? Seguramente que no. Pues conoced entonces vuestra poca caridad, toda vez que quereis para vuestros hermanos, lo que no quereis para vosotros. Y por otra parte, es muy fácil que os equivoqueis en vuestros juicios, como se

equivocaban aquellos judíos que discurrían sobre si Jesucristo era hijo de José el carpintero, á los cuales dijo el Salvador, no murmureis entre vosotros; *nolite murmurare in invicem* (1).

La excusa de otros es que solo hablan por divertirse ó pasar el tiempo: en verdad que si de labios de un gentil oyese tal disculpa, no me causaria admiracion alguna, pero que un cristiano que no debe tener otra escuela que la de Jesucristo, que toda es caridad, encuentre diversion ó pasatiempo en asesinar la buena fama de un hermano, esto es lo que yo estoy muy lejos de poder comprender: esto es ciertamente lo que no puedo esplicarme: porque ¿cómo compréndese que un miembro de la Iglesia de Jesucristo, que sabe le ha de tomar el Señor cuenta de las palabras ociosas y con mucho mas motivo de las culpables, se entretenga en zaherir á otro miembro de la misma Iglesia, por quien Jesucristo murió, á quien le hace participante de los sacramentos, y á quien tiene ofrecida su gloria? Desgraciadamente para muchos es una diversion la de mayor complacencia el hacer objeto de pasatiempo para amenizar una reunion el hablar sin regla ni medida de cualquier persona. Estas son verdaderamente tertulias de Satanás, porque su espíritu es quien las preside. ¡Cuántas doncellas han perdido un ventajoso enlace por una murmuracion imprudente! ¡Cuántos no han alcanzado ascensos en sus carreras, porque una lengua murmuradora les desacreditó ante aquellos que antes les favorecian! ¡Cuántas mujeres, siendo inocentes, pasan por malas á los ojos de muchos, porque tal vez uno que no pudo vencerlas para su crimi-

(1) Joan. cap. VI, v. 43.



nal objeto, se divirtió por via de venganza en hacerlas aparecer culpables de escesos que jamás cometieron! Son innumerables, mis hermanos, los grandes perjuicios que se se irrogan cada dia por el detestable vicio de la murmuracion: una lengua murmuradora es una verdadera calamidad para la sociedad, puesto que para el murmurador no hay sacerdote virtuoso, ni doncella honrada, ni casada fiel, ni viuda casta, ni comerciante legal, ni militar pandonoso, ni persona alguna de probidad y honradez. El murmurador es, en una palabra, la peste de la sociedad. ¿Y querrán despues disculparse con que murmuraron por diversion? ¿Y nos dirán que todo fué un pasatiempo? Sí, murmuradores de oficio: vuestra diversion dará con vosotros en el infierno: vuestro pasatiempo será el camino por donde ireis á ser compañeros de aquellos ángeles rebeldes que murmuraron de Dios porque no les habia concedido su mismo trono y su misma autoridad. En vano clamarán que lo hicieron sin malicia, toda vez que causaron la ruina del prójimo, y pagarán con sus almas.

No es menos peregrino el pretesto de otros, que dicen no hablan de faltas graves y sí solo de cosas que no perjudican, ó ya que las faltas de que han hablado son públicas, y que solo lo cuentan á personas de la mayor confianza. No creo, mis amados oyentes, que hay un murmurador mas terrible que es el que murmura en confianza, y esta clase de murmuracion es mas comun en las mujeres que en los hombres. Mujeres hay á las cuales alimenta la murmuracion mas que el pan. Fácil será que se pasen un dia sin comer; pero es muy difícil que se pasen un dia sin hablar, y sin hablar mal de alguien. No trato de exajerar, ni de

ofender á un sexo en general. Digo sí lo que estamos viendo por esperiencia; y el defecto que deploramos y tratamos de corregir hállase arraigado en muchas que se tienen por devotas, y para las que ni aun el lugar sagrado se halla libre de su murmuracion. Como su conciencia no les permitiria publicar una falta del prójimo, aun no la han visto, cuando le dicen á la persona de su confianza, tal cosa ha hecho esta ó aquella persona y en seguida añaden: no lo digo por murmurar, ni me lo tome Dios en cuenta; mi palabra no le ofenda, pero lo digo con reserva. De este modo y con el mismo carácter de reserva lo va diciendo á todas las personas con quien trata, y siempre bajo las mismas protestas de no querer ofender al prójimo. ¿Y qué sucede? Lo que es muy natural; que aquellos que lo han oido lo cuentan á otros, quienes hacen lo mismo, y de este modo se hace público lo que solo vió una persona. Pues no lo dudeis, murmuradores y murmuradoras de confianza, sois abominables á los ojos de Dios. *Detractores Deo odibiles.* Vuestros actos de piedad, vuestras devociones de nada os servirán, porque quitando la estimacion y buena fama á vuestros hermanos, faltais á la caridad, y el que no tiene caridad no tiene religion, y se perderá irremediabilmente. ¿Qué hay para vosotros que esté libre de vuestras lenguas? ¡Cuánto mejor fuera que examináseis vuestras conciencias, y reconociéseis que estais cargados con mayores crímenes que esos que haceis objeto de vuestros tiros! ¿Acaso sois vosotros justos? ¿Sois impecables? ¿En qué pecado ha caido vuestro prójimo que no podais vosotros caer mañana, si es que no lo habeis cometido? Vasos de barro quebradizos, pobres y miserables, propensos al mal y rodeados de peligros po-



deis con facilidad cometer la misma maldad que hoy motejais en un hermano. Y Dios que es justo, aun en este mundo castiga á los murmuradores, pues que mil veces vemos caer á un murmurador en el mismo vicio que antes criticaba en otros. Tan cierto es que mientras el hombre es viador no puede asegurar nunca no pasará por tal camino, no efectuaré tal acción. El hombre sin el auxilio de la gracia es capaz de todo, y la gracia no puede favorecer al murmurador, porque no obra en caridad ni en justicia.

Por otra parte, y me refiero á aquellos que no inventan calumnias contra nadie, sino que solo propagan lo que oyeron á otros, ¿saben si lo que oyeron es verdad? Y aunque así sea, ¿por qué se creen con derecho á dar mas publicidad á lo que debían encubrir? Un pasaje del Evangelio vendrá ahora á demostrarnos que siendo nosotros débiles y miserables no debemos murmurar de las acciones de nuestros prójimos, y antes por el contrario, debemos usar con todos de caridad. Los escribas y fariseos presentaron á Jesucristo una mujer que habían encontrado en adulterio, delito que segun su ley, debía ser castigado con la pena de ser apedreada. Preguntan, pues, al Maestro si debían apedrearla, toda vez que el pecado no podía ser mas cierto, y Jesucristo, cuyo norte es la caridad, les contesta de este modo: «el que de vosotros esté sin pecado que le tire la primera piedra.» Suficiente fué esta respuesta del Salvador para que confundidos los acusadores desapareciesen de su presencia, dejando allí á la adúltera que fué perdonada por el Señor. Pues bien, yo me valdré ahora de las mismas palabras de Jesucristo, y os diré, murmuradores que así os complacéis en tirar piedras á los pecadores queriendo castigar sus pecados

con vuestras lenguas, yo os doy permiso, injuriad á vuestros prójimos, haced públicas sus faltas, no useis con ellos de caridad, y si estais sin pecado tiradle la primer piedra. ¡Ah! Estoy cierto que con esta condición no lo hareis, porque pronto reconocereis que sois tambien culpables, ó mas que aquellos de los cuales murmurais.

La murmuración es siempre un pecado grave, porque siempre produce los efectos mas tristes: por esta causa siempre ha sido castigado por Dios con todo rigor. Ejemplo tenemos de esta verdad en María, hermana de Aaron y de Moisés cubierta de lepra: ejemplo tenemos tambien en los detractores del virtuoso Daniel, á quien los sacerdotes de los ídolos hicieron sospechoso al monarca, disponiendo Dios que fuese descubierta su inocencia y manifiesta á todos la verdad de la religion que enseñaba y anunciaba, y que aquellos sus viles detractores muriesen en el lago de los leones, de donde Daniel habia salido ileso.

Mas tened entendido, mis hermanos, que no solamente es culpable el que murmura, sino tambien el que dá lugar á la murmuración, no evitándola pudiendo. Hablo de aquellos que, aunque no murmuran, sin embargo permanecen tranquilos en el lugar de la murmuración, y oyen con gusto toda conversacion que tiene por objeto la infamia de alguna persona. ¿Y qué hacer, me dirán algunos, cuando en la reunion en que estamos, se entablan conversaciones en perjuicio de la buena fama de alguna persona? Es muy fácil, mis hermanos: huir, y de este modo no contribuireis al mal. Si todos los que oyen murmurar, volviesen las espaldas, yo os aseguro en verdad que confundido y avergonzado el murmurador se curaria de su perverso vicio. Sí; huid de esas reuniones infernales, apartad



vuestros oídos de esas conversaciones donde la honra y buena fama de algunos prójimos es robada vilmente; el murmurador dice, san Bernardo, tiene el demonio en la lengua: no queráis vosotros tenerle en vuestros oídos.

Bien persuadidos estaban los padres del concilio segundo Aredatense, cuando decretaron pena de excomunión á los murmuradores, sin que se les levantasen á menos que no hicieran una penitencia rigurosa, y el cuarto concilio de Cartago, manda espresamente á los señores obispos que castiguen con la misma pena de excomunión á todos aquellos que calumnien á otros, ó que hagan públicos sus defectos.

Habéis visto, mis hermanos amadísimos, los efectos funestos que siempre causa el vicio que combatimos; no veo otro pecado que tenga consecuencias más funestas, toda vez que los efectos de los demás pecados pueden repararse, lo que no sucede con los efectos de la murmuración, como tampoco, según hemos visto en otro sermón anterior, con los del escándalo. El ladrón puede restituir y reparar de este modo el daño que causó: el lascivo, el avariento, el soberbio, el iracundo pueden borrar sus pecados llorándolos amargamente, siendo después castos, humildes, caritativos, ayunando y dando limosnas. Pero decidme, el murmurador por cuya lengua perdió una joven un enlace ventajoso, ¿cómo podrá reparar este mal que causó, por más que se arrepienta? ¿Qué virtud practicará el murmurador, que le sea á propósito para reparar el daño que causó desacreditando á una persona honrada? Considerad, que habéis formado un monte de arena, que levantándose un fuerte viento lo ha desecho, esparciendo todos sus granos por el campo; ¿os sería fácil recogerlos de nuevo y volver á formar

el monte con los mismos granos que se llevó el aire? Ya conocéis que es imposible. Pues tan imposible es que el murmurador pueda recoger la fama que disipó, y volver la honra al prójimo á quien se la echó por tierra.

No juzgeis, pues, de vuestros prójimos, si no queréis ser juzgados con el mayor rigor: pensad bien de cada uno de vuestros hermanos, conociendo lo fácil que nos es equivocarnos en nuestros juicios. Veis que una persona frecuenta una casa para vosotros sospechosa, pues juzgad que tal vez irá á ella movido de un fin honesto y pio: veis que una persona viste con lujo; juzgad si debajo de esas vestiduras llevará colocado algún cilicio. Acordaos en suma que sois cristianos, y que la lengua del cristiano jamás debe emplearse en denigrar al prójimo. La falta que os ha chocado es verdadera y no os cabe la menor duda de su realidad: pues bien, este es el caso en que podéis adquirir grandes méritos para con Dios, cubriendo á vuestros hermanos con el manto de vuestra caridad: lejos de zaherirles, rogad á Dios para que les dé sus divinos auxilios y se conviertan, y de este modo en premio de vuestra caridad, el Señor la usará con vosotros perdonando vuestros pecados.

Poned, oh Dios de amor, un centinela en nuestra boca y un candado de circunstancias en nuestros labios, á fin de que jamás salgan de ellos palabras que no sean verdaderas. No permitais que nuestra lengua sea una espada de dos filos con la que matemos la honra de nuestros hermanos. Dadnos, Señor, vuestra gracia, á fin de que ejercitando la caridad en esta vida, llegue el día en que nuestra ocupación, sea el cantar vuestras alabanzas por eternidades en la Gloria. Amen.



## SERMON

PARA EL LUNES

DESPUES DE LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

**Se prueba la divinidad de Jesucristo y la verdad de su religion, por el cumplimiento de las profecias del Testamento antiguo, que dicen órden á la venida del Mesias.**

*Et ait illis Jesus: utique dicetis mihi  
hanc similitudinem: medico, curate ipsum.*

*Y les dijo: sin duda me direis esta  
semejanza: médico, cúrate á ti mismo.*

*Lue. cap. IV, v. 23.*

Es imposible, señores, concebir una ceguera mas espantosa que la del pueblo judío. ¿Cuáles son las obras en que se ejercita el Salvador durante los tres años de su predicación? El Evangelio nos lo declara, diciéndonos que evangelizaba á los pueblos, sanaba á los enfermos, lanzaba á los demonios y daba vida á los muertos. Nazareth, que tuvo la dicha de darle nombre: Nazareth, que por espacio de treinta años tuvo ocasion de observar las grandes virtudes del que creia hijo de José el carpintero, fué el pueblo mas in-

grato para Jesus. El divino Reparador viene de Galilea haciendo participantes de sus bondades y beneficios á todos aquellos que á él se acercaban implorando su misericordia, y el mudo, y el ciego, y el tullido, y el poseido del demonio, y todo el que sufría, encontraban en Jesus el remedio de su necesidad. No obstante tantos prodigios, es mal recibido en su patria. En ella no habia obrado los prodigios que habia hecho en Cafarnaum, y por lo tanto, ellos se habian llenado de envidia y de soberbia. No era necesario que ellos mostrasen al Salvador el origen de sus resentimientos. El que entre ellos se presentaba registraba con su penetrante mirada hasta los mas ocultos secretos de sus corazones. Por esto adelantándose el Salvador y saliendo al encuentro de lo que ellos pensaban, les dice: «Sin duda me direis esta semejanza: médico, cúrate á tí mismo: todas aquellas grandes cosas que oíais decir que hicistes en Cafarnaum, hazlas tambien aqui en tu patria. En verdad os digo que ningun Profeta es acepto en su patria. En verdad os digo, que muchas viudas habia en Israel en los dias de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses: cuando hubo una hambre terrible en toda la tierra. Mas á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo profeta, mas ninguno de ellos fué limpio de la lepra sino Naamán de Siria. Los de la Sinagoga se llenaron de ódio al escuchar estas palabras, y levantándose echaron á Jesus fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte, sobre el cual estaba edificada su ciudad para despeñarle. Mas Jesus pasando por medio de ellos se fué.» Tal perfidia hubiesen llevado á efecto aquellos



mismos que eran sus paisanos, si Jesucristo, como dice San Ambrosio, no hubiera con su poder dejado sin acción á sus perseguidores, retirándose de entre ellos.

Tales, mis hermanos, el testo evangélico de este día que me mueve hacer serias reflexiones, no tanto de aquel pueblo judío que con desprecios y ultrajes pagara al Señor repetidos beneficios, y que por último le conduce al monte para precipitarle; no de ese pueblo que mas tarde habia de convertirse en sacrilego y deicida sacrificando á la divina víctima, al Cordero inmaculado, sino mas particularmente á otro pueblo mas favorecido que el primero; al nuevo pueblo á quien Jesucristo entregó su mismo cuerpo como en depósito, y con su cuerpo su sangre y con su sangre su divinidad. Hablo del pueblo cristiano que nosotros componemos, de los que hemos sido llamados á componer la Iglesia de Jesucristo. ¡Quién lo creyera!.. En medio del cristianismo hay hombres tan ciegos como los israelitas, que sabiendo los prodigios obrados por Jesucristo, todavía llenos de envidia y arrastrados por la soberbia le escarnecen, y aun quisieran si posible les fuera, despeñarle desde lo mas elevado de un monte. Pues bien, incrédulos modernos, Jesucristo os dice como á los israelitas, penetrando vuestros mas ocultos pensamientos: *Uti que dicetis mihi hanc similitudinem, medice, cura te ipsum.* Sin duda me direis: médico, cúrate á tí mismo. Pues bien, yo os digo que padecéis y que sufrís, que experimentais calamidades por vuestra perversidad; porque no sois dignos de mis bondades.

A la incredulidad voy, pues, á dirigir mi discurso, y para hacer conocer sus errores al incrédulo, si por

dicha mia alguno me escuchase, voy á probar «la divinidad de Jesucristo y la verdad de su religion por el cumplimiento de las profecías del Testamento antiguo que dicen órden á la venida del Mesías.» Tengo propuesto el asunto del discurso y objeto de vuestras atenciones. Falta tan solo que me ayudeis á impetrar los superiores auxilios que me son necesarios para desempeñar con acierto mi santo ministerio. Hagamos esta súplica por la poderosa mediacion de María Santísima, saludándola reverentes y humildes con las expresiones del ángel. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

La historia de los sucesos acaecidos desde la venida del Mesías hasta el establecimiento de nuestra religion augusta, no solamente puede leerse en el Evangelio sino hasta en las páginas del Testamento Antiguo, toda vez que las profecías en él contenidas hanse cumplido en la persona de Jesucristo. ¿Y cómo es me direis, que los doctores de la sinagoga no reconocieron en Jesus al Mesías, puesto que estaban instruidos en las Escrituras? Ved ahí, hermanos míos, la ceguedad de los israelitas: ellos es verdad que leían los libros de los profetas, pero los interpretaban á su antojo, y de aquí el no reconocer como libertador al que habia nacido en un estado de suma pobreza, y habia reclinado su cabeza sobre humildes pajas. Ellos figurábanse que el nacimiento del Mesías habia de ser acompañado de un fausto y grandeza cual convenia á un tan gran monarca: hablaban de su reino como si fuera un reino temporal.

Abandonemos por ahora al olvido á ese pueblo



pérfido y cruel; registremos las páginas del Testamento Antiguo, y veamos sus predicciones en orden á la venida del Mesías, para ver despues quanto nos dice el Evangelio; y el cumplimiento de las profecías en la persona de Jesucristo nos hará conocer su divinidad y por consiguiente la verdad de su religion.

Yo estoy altamente satisfecho de la fé que distingue á la mayor parte del concurso que me escucha; no hago empero agravio á vuestra acreditada piedad por mas que me haya propuesto dar un giro especial al discurso de este dia, porque ¿no podrá haber entre nosotros alguno que habiéndose dado á leer las obras de los detractores de Jesucristo y su religion, haya caido en la tentacion de dudar de la divinidad del Autor y de la verdad de la obra? Por otra parte y siendo hoy por desgracia tan frecuentes los asaltos de la impiedad, á ninguno estará demas el poder contéstár á los sofismas de la incredulidad.

Poco fué el tiempo que nuestros primeros padres conservaron en el Paraíso la inocencia en que habian sido criados. Eva que por insinuacion de la serpiente astuta habia quebrantado el único precepto que el Hacedor Supremo les impusiera, persuadió á Adán á ser tambien desobediente, poniendo en sus lábios el bocado, tósigo funesto para ellos y para toda su posteridad. Efectuado el crimen, el eco de la voz de Dios resuena por entre los arbustos del jardin de Edem, y los que ya eran prisioneros del demonio oyen al par que la sentencia de sus castigos, una promesa solemne de que serán rotas las cadenas de la ominosa esclavitud en que quedaba sepultada la humanidad. «Pondré enemistad, dice Dios á la serpiente, entre tí y la mujer, y entre tu rama y la suya: ella quebranta-

rá tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcáñar (1).» Esta, señores, es la primera profecía que encontramos, que lleva envuelta la oferta de un reparador de la humanidad. Por mas que ella sea de oscura inteligencia, basta reflexionar sobre cada una de sus palabras para venir en conocimiento de que es un anuncio del Mesías. ¿Quién es el que hace resonar su voz en el Paraíso? ¿A quien se dirige esta voz? El que habla es un Dios Criador, justamente agraviado por la ingratitud de aquellas dos criaturas, á las que dotándolas de los grandes bienes é inestimables riquezas de su gracia, les habia constituido en monarcas de la naturaleza. Viviendo con entera libertad eran compañeros: pero ni el hombre estaba sujeto á la mujer ni ésta al marido. La sujecion impuesta á la mujer con respecto al marido fué pena de su pecado (2). La voz, pues, se dirige á la serpiente. El primer sentido de las palabras del Señor mira á la serpiente natural, que se ve arrastrada por tierra, y cuya vista no puede menos de horrorizar al hombre. Pero este sentido, segun los Espositores, no es mas que un velo que encubre otro mas elevado: diríjese al demonio, que habia tomado la figura de serpiente para engañar á Eva, haciéndola caer en el lazo que la preparaba su astucia. Esto es en quanto á las palabras con que el Señor maldice á la serpiente. ¿Cuál será, pues, el sentido de las palabras de que ya hemos hecho mencion, y que hemos señalado como primer anuncio ó profecía en orden á la venida del Reparador?

(1) Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus. Gen. cap. III, v. 15.

(2) D. Aug. De Génes. ad lit. lib. XI, cap. 37.



Tú has engañado á una mujer ; pero yo suscitaré otra cuyo Hijo será la cabeza de un nuevo pueblo , que te declarará perpétua guerra y enemistad.

Señores, por oscura que parezca la profecía del Paraiso , ello es una verdad que su sentido está admitido desde la mas remota antigüedad, y hasta los mismos paganos conservaron siempre la idea de un Mesias. Asi lo afirma un escritor de la mayor nota (1). Aquí, señores, no puedo menos de hacer una digresion para admirar la gran bondad y misericordia de Dios para con sus criaturas. Para el hombre crió cuanto de hermoso y bello nos presenta ese cuadro encantador que llamamos naturaleza. Ni el agua, ni el aire, ni el fuego, nada podia conjurarse contra el hombre : ni las fieras se habian revestido de ferocidad para perseguirle, ni tenia cosa alguna que temer. Peca, ofende al que le formara de la nada. ¿Y no podia haber destruido aquel hombre y haber formado otro nuevo, que le hubiera sido mas fiel que Adan? ¿No podia?... No investiguemos los secretos de la sabiduría de Dios, y adoremos rostro en tierra su gran bondad, su admirable misericordia. Apenas peca el hombre cuando ya le ofrece la redencion, ya se dispone á lavarle con una sangre de valor infinito. ¡Gloria sea dada á Dios, que asi amó siempre á las criaturas!

Mas sigamos registrando las páginas de la Escritura y leyendo el curso de las profecías que anuncian nuestra libertad. En el mismo libro de Génesis se leen estas palabras dirigidas por Dios á Abraham: «Sal de tu tierra, y aléjate de tu parentela y de la casa de tu padre, y dirígete á la tierra que te mos-

(1) Frayssinous refiriéndose á Boulanger. Antiquité dévoilée.

»traré y te haré cabeza de un gran pueblo, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendito...  
 »Y EN TÍ serán benditos todos los linages de la tierra...  
 »En tu simiente SERÁN BENDITAS todas las naciones de la tierra porque has obedecido á mi voz (1). Jacob estando para morir anuncia terminantemente, «que no será quitado el cetro de Judá, hasta que venga el que ha de ser enviado, el cual será la espectacion de las gentes (2).» Aquí tenemos ya señalada la época del nacimiento del Mesias, por mas que los judíos pretendan dar otro sentido diverso del que en sí tiene esta profecía. Hablo, señores, de los judíos modernos, pues que los antiguos adoptaron la misma explicacion que los católicos hacemos de ella. Pero ciegos los contemporáneos de Jesucristo, para reconocer en él los caracteres marcados en las profecías, no estraño que sus sucesores se valgan de todos los ardides que les sugiere su imaginacion para apoyar sus errores. La causa judía es una causa desesperada, una causa perdida, en cuyo apoyo solo pueden presentarse débiles sofismas.

Continuemos nuestro propósito y para ello detengámonos en registrar el Salterio del real profeta David, que guiado por luz celestial y divina, veia á través de los siglos al Mesias que habia de salvar á la humanidad: guiada su pluma por una fuerza superior

(1) Dicit autem Dominus ad Abram: Egrede de terra tua, et de domo patris tui, et veni in terram quam monstrabo tibi. Faciamque te in gentem magnam, et benedicam tibi, et magnificabo nomen tuum, erisque benedictus. Benedicam benedicientibus tibi, atque in te benedicentur universæ cognationes terræ. Genes. XII, v. 1, 2 y 3. Et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ, quia obedisti voci meæ. Ibid. XXII, v. 18.

(2) Non auferetur sceptrum de Juda, et dux de femore ejus, donec veniat qui mittendus est, et ipse erit expectatio gentium. Gén. capitulo XLIX, v. 10.



canta admirablemente las glorias que habian de acompañar á Jesus en su nacimiento. No; seguramente no se podrá objetar que son oscuras é incomprendibles las profecías que vamos á esponer y que encontramos en los salmos. Y desde luego el salmo LXXI que es profético, todo conviene á Jesucristo: en él declara la felicidad de su reino, y la voluntaria sujecion de todos los pueblos á su doctrina. «Juzgará, dice, á los pobres del pueblo, y hará salvos á los hijos de los pobres y humillará al calumniador (en sentido alegórico es el diablo)... En los dias de él nacerá justicia y abundancia de paz, y dominará de mar á mar: en su presencia se postrarán los de Ethiopia y sus enemigos besarán la tierra. Los reyes de Tharsis y las islas le ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes y le adorarán todos los reyes de la tierra, y le servirán las naciones, y él dispensará sus beneficios al pobre y al desvalido.» Basta, señores, pues no creo que haya quien no vea claramente en las espresiones que acabamos de citar, los caracteres que solo convienen á Jesucristo.

Si ahora nos propusiéramos hacer mencion de todas las profecías de Isaías, en orden al Mesías y su reino, nos escederiamos con mucho de los límites á que debe reducirse un discurso oratorio. Empero citaremos algunas cuya claridad conoceréis á primera vista. Que Jesucristo habia de nacer de una Virgen, y que habia de llamarse Emmanuel lo declara por estas palabras: «Hé aquí que concebirá una Virgen y parirá un hijo y será llamado Emmanuel (1).» En otra parte habla del nacimiento del Señor con estas espresiones:

(1) Ecce virgo concipiet et pariet filium, et vocabitur nomen ejus Emmanuel. Isai. cap. VII, v. 14.

«Nos ha nacido un niño y un hijo se nos ha dado y el principalo ha sido puesto sobre sus hombros y será llamado su nombre, admirable consejero, Dios fuerte, padre del siglo venidero, príncipe de paz. Se extenderá su imperio y la paz no tendrá fin: se sentará sobre el sόlio de David, y sobre su reino: para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre (1).» Unamos ahora varios versos de diversos capítulos de este mismo profeta y veamos de un solo golpe de vista sus principales predicciones. «En los últimos dias, dice, estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes. E irán muchos pueblos y dirán. Venid y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y andaremos por sus sendas, porque de Sion saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalem... Y será encorvada la arrogancia de los hombres, y será abatida la altivez de los varones y solo el Señor será ensalzado en aquel dia, porque los ídolos serán de todo desmenuzados... Regocíjate, pues, estéril que no pares, canta alabanzas, porque son muchos mas los hijos de la que era desamparada que de aquella que tiene marido. Ensancha el sitio de tu tienda y extiende las pieles de tus pabellones, no seas escasa; alarga tus cuerdas y refuerza tus estacas, porque te extenderás á la derecha y á la izquierda y tu prole poblará las ciudades desiertas; pues será tu dueño y esposo aquel que te ha criado, que reinará en tí: el Señor de los ejércitos es su nombre y tu Redentor el

(1) Ibid. cap. IX.



«santo Israel, será llamado Dios de toda la tierra (1).»  
Ved señores aclaradas las promesas hechas á Abraham,  
y descubiertas las promesas del Señor en el Paraiso.

Yo paso en silencio otras mil predicciones, y entre ellas las clarísimas de Jeremías, que llora anticipadamente al ver en espíritu los tormentos y la muerte que el Redentor habia de sufrir por manos de los ingratos judíos. Leed, mis hermanos, esas lamentaciones que canta con tono lúgubre la Iglesia en el triduo de la semana mayor, y vereis si demuestran claramente los acontecimientos que en aquellos dias recordamos. Y no deteniéndonos tampoco en muchos de los capítulos de la profecía de Daniel, oigamos tan solo las palabras que le dirige el ángel Gabriel. «Se han abreviado setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el pecado y sea borrada la maldad y vendrá la justicia perdurable, y se cumplirá la vision y la profecía, y será ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y nota atentamente: Desde que la salida de la palabra, para que Jerusalem sea otra vez reedificada hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas, y sesenta y dos semanas, y será nuevamente edificada la plaza. Y despues de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo, y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y su fin será la devastacion, y acabada la guerra vendrá la desolacion decretada. Y el Cristo afirmará su alianza, y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominacion de la desola-

(2) Ibid. cap. II y LIV.

cion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin.»

Tales son, señores, las mas notables entre las profecías del Testamento antiguo. Réstanos tan solo ver si ellas han tenido cumplimiento en la venida de Jesucristo, á quien adoramos como á nuestro Dios y Redentor. Esto dará materia á la segunda parte del discurso, para lo que espero me sigais prestando vuestra piadosa atencion.

## SEGUNDA PARTE.

No hay duda, señores: Jesucristo á quien los judíos crucificaron, es el anunciado en todas las profecías. Maria, su Madre, es aquella mujer ofrecida en el Paraiso que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente: un privilegio singular no concedido á ninguna otra criatura, concibiera libre y exenta del pecado original, el demonio por consiguiente no tuvo parte ni por un momento en la elegida por la Santísima Trinidad para Madre del Mesías: quebrantó la cabeza al enemigo infernal con la produccion de un hijo, que siéndolo suyo, lo era eternamente del Padre: un hijo que se revistió de nuestra naturaleza para padecer en ella, y en quien tuvieron exacto cumplimiento todas las profecías. ¿Qué habia anunciado Jacob? «No será quitado el cetro de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado, el cual será la espectacion de las gentes» En efecto, ¿cuándo se verificó esta profecía sino en la época misma del nacimiento de Jesucristo? Si esta profecía llevaba envuelta la destruccion de un pueblo, observad al de Israel sin trono, sin monarca, sin ley, errante por todas partes, y sin formar pueblo



en ninguna. ¿Cuándo salió el cetro de Judá? En la misma época, en el mismo siglo en que Jesucristo aparece en el mundo. Con la muerte de Antígono, que acabó su vida en un patíbulo, merced á las pérfidas maquinaciones de Herodes, quien para este efecto se habia puesto de acuerdo con M. Antonio, pereció el último descendiente de los Macabeos, concluyendo la dominación de los Asmoneos, que duró 126 años segun un escritor antiguo (1). Estos grandes trastornos ocurridos en el pueblo judío, permitiélos Dios para que tuviesen cumplimiento las profecías, pues que Herodes que entró á ocupar el trono, y á quien hasta los atenienses dieron el nombre de *Grande*, era de origen idumeo: luego faltó el cetro de Judá 37 años antes de la venida de Jesucristo. ¿Apareció por aquel tiempo algun otro personaje á quien pudiéramos reconocer como Mesías, libertador de la humanidad?

Isaias habia ya anunciado la predicación del Bautista, las virtudes de Jesucristo y sus grandes milagros. Pues bien: llegó el tiempo feliz destinado por Dios para la redención del hombre, y el ángel Gabriel que habia de anunciar á la casta Virgen su alta dignidad de Madre de Dios, aparécese antes á Zacarías para anunciarle «que de Isabel su esposa, aunque estéril, habia de nacer un niño el cual le llamará Juan. Grande, dice el Angel, será tu gozo y regocijo, y muchos se alegrarán en su nacimiento, pues será muy grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni cerveza, y será lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre. Convertirá muchos hijos de Israel á su Dios y Señor. Caminará ante él con el espíritu y virtud de

(1) Josefo, *Antig.* Lib. XIV, cap. 28.

Elías, para volver los corazones de los padres hácia sus hijos, y á los incrédulos á la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto (1).» Realizóse el anuncio de Gabriel, y Juan Bautista fué el Precursor del Mesías á quien señalaba con su dedo. Cuando juzgaron si seria Cristo, Juan les dijo: «Yo en verdad, os bautizo en agua, mas vendrá otro mas fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego (2). Ved aquí cumplido otro de los vaticinios de Isaias.

Hicimos mencion de las profecías contenidas en los salmos, y no habreis olvidado que dijo David que en los dias de la venida del Mesías habria abundancia de paz. En efecto, las guerras habian concluido, y cuando apareció Jesucristo era general la paz y tranquilidad del mundo. César Augusto era monarca absoluto por haber conseguido el triunfo de M. Antonio y de Cleopatra, reina de Egipto. Dotado César de todas las dotes que deben adornar á un monarca para gobernar sus pueblos, consiguió elevar su dilatado imperio al mas alto grado de felicidad, de paz y de quietud. San Agustin nos dice hablando de esto. «Cristo nació reinando Herodes en Judea, y habiendo dado la paz á todo el mundo César Augusto que gobernaba el imperio romano (3).» Lo mismo afirma San Gerónimo, diciendo que «en el nacimiento del Señor habian las guerras dejado de turbar el mundo (4).» Hé aquí cumplida la profecía de David en esta parte:

(1) Luc. cap. I.

(2) Luc. cap. III, v. 16.

(3) Imperante Cæsare Augusto et per eum orbe peccato natus es Christus Aug. De civ. Dei. Lib. XVIII, cap. 46.

(4) Nascente Domino omnia bella cessase. S. Hier. in cap. II. Isaia.



veámosla cumplida en cuanto nos dice que los reyes le ofrecerán presentes, que le adorarán los reyes de la tierra, que le servirán las naciones, y que él dispensaría sus beneficios á pobres y desvalidos.

Y desde luego: Jesucristo que venia á enseñar á los mortales el camino de la humildad, no recuesta su cabeza sobre mullidos almohadones, ni dorada cuna, le ofrece descanso á su bendito cuerpo. Un pesebre es su lecho, y humildes pajas le abrigan. Esta señal de abatimiento da el ángel á los pastores para que vayan á prestarle adoracion (1). En medio de tanto abatimiento, y á través de un nacimiento tan humilde, las profecías debían cumplirse y Jesucristo debía en su misma cuna recibir justos homenajes de los reyes de la tierra, y así que iluminados por luz superior los magos, del significado de la estrella que se les presentara, caminaron desde su tierra á Belen, y arrodillándose en presencia del tierno parvulito, adoráronle y ofreciéronle oro, incienso y mirra. ¡Qué felices fueron en reconocer los primeros al Señor como Rey de Reyes y Señor de los que dominan! Por que los Padres nos advierten que le ofrecieron oro como á Rey, incienso como á Dios y mirra como á hombre. Ved aquí cumplida la profecía, y permitidme ahora que al tiempo mismo en que admiro la fé de los santos Reyes, no pueda menos de contemplar que ella confunde á la incredulidad y perfidia de muchos hijos de nuestro siglo. Los magos ven á Jesus en el estado mas pobre y abatido, y á una señal del cielo se humillan en su presencia y le rinden justos homenajes de adoracion, al par que nuestros incrédulos, despues de

(1) El hoc vobis signum: inveniatis infantem pannis involutem, et positum in præsepio. Luc. cap. II, v. 12.

tantas y tan luminosas pruebas, despues de contar su Iglesia cerca de diez y nueve siglos de estabilidad y de firmeza, todavía se niegan á reconocerle por verdadero Dios, y semejantes á los pérfidos judíos cierran sus ojos por no querer resistir los rayos de la verdad.

Empero nos apartamos involuntariamente de nuestro propósito, y no hemos concluido aun la aplicacion que venimos haciendo de las profecías á la sagrada persona de Jesucristo. El que se apareció en sueño á José el esposo de María, hizo por sí mismo la aplicacion á Jesus y á su Madre de la profecía de Isaias, en la que nos anunciaba el gran misterio de la Encarnacion. De este modo nos lo refiere San Mateo: «Hé aquí que el ángel del Señor se le apareció en sueños diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir á María tu mujer, porque de ella ha de nacer el Espíritu Santo; y parirá un hijo, y llamarás su nombre Jesus, porque él salvará á su pueblo de su pecado. Mas todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que habló el Señor por el Profeta, que dice: Hé aquí la Virgen que concebirá y dará á luz un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros (1)» Contemplad ahora, mis hermanos, á Jesucristo agonizante bajo el peso de la cruz camino del Calvario, y vereis cumplidas aquellas proféticas palabras: «el principado ha sido puesto sobre sus hombros.» Traed por último á vuestra imaginacion la predicacion de los apóstoles, los triunfos de la nueva religion á través de las persecuciones, la ruina y destrozo de los ídolos: pasad trescientos años, y al ver la cruz enseñorearse sobre el Capitolio de la corte de los emperadores, y

(1) Mat. cap. I, v. 20 et seq.



ostentarse sobre la diadema de los monarcas, y vereis cumplidas al pié de la letra y con la mayor exactitud todas las predicciones de Isaías que antes citamos.

Con sentimiento y por no abusar de vuestra paciencia, renuncio á hacerlos ver lo claramente que pinta el mismo Isaías todos los padecimientos y tormentos de Jesucristo, segun nos lo refieren los evangelistas. Conténtome, pues, con advertiros que si quereis satisfaceros de esta verdad, leais con atencion el capítulo LIII, y os aseguro que leyendo lo que al escribirse eran tan solo vaticinios, se moverá vuestro corazon lo mismo que si lo leyeseis en los escritos de los evangelistas, que lo refieren como de pasado.

Hablamos tambien de la profecía de Daniel, cuyas semanas se cumplieron; y para contestar á los que disputan sobre el tiempo fijo en que deben empezarse á contar las setenta semanas, como asimismo de la época en que el cetro salió de Judá, nos valdremos de las mismas palabras de un sábio (1), cuyos pensamientos elevados nos han servido de guia. «¿Qué importan estas ideas sobre incidentes? Que el cetro haya salido de Judá uno ó dos siglos antes, y que las semanas de Daniel empiecen á contarse veinte años antes ó veinte años despues, ¿será por eso menos cierto que el término señalado por Jacob y por Daniel para la venida del Mesías ha pasado ya hace mucho tiempo? No hay, pues, fundamento en semejantes objeciones.»

No hemos hecho otra cosa que presentar cumplidas algunas profecías, elirlas enumerando todas seria asunto de una obra especial, y no lo es de un discurso, pues que cuanto Jesucristo obró durante su vida,

(1) Frayssinuos.

todo estaba anunciado: su nacimiento, su predicacion; los grandes beneficios que dispensó durante su peregrinacion, cada uno de sus tormentos, su muerte en un patíbulo, su resurreccion gloriosa: todo estaba anunciado. Esto no ha podido menos de admirar á los sábios de todos los siglos, por mas que por otra parte hayan sido arrastrados por groseros errores: el mismo pueblo judío, enemigo de nuestra religion, conserva las profecías que la anunciaron al mundo. Un escritor, y por cierto algo preocupado contra el catolicismo, reflexiona sobre esto y esclama: «Esta religion tiene una ventaja de que ninguna otra puede gloriarse, y es haber sido anunciada muchos siglos antes de su manifestacion, una religion que conserva aun estos testimonios, á pesar de haber llegado á ser su mas cruel enemiga (1).»

Cristianos, habeis visto probada la divinidad de Jesucristo, y por consiguiente la verdad de su religion por el cumplimiento de las profecías del Testamento Antiguo. Contemplad ahora vosotros los que mirais con indiferencia objetos tan sagrados, cuán digno de adoracion es Jesucristo y cuán angusta esta religion, que mas fuerte que el arca de Noé salva á los que en ella se refugian del diluvio de calamidades y peligros que el mundo nos presenta á cada paso; y no descansaremos en los altos montes de la Armenia, si no que ella, si le somos fieles, nos conducirá al excelso monte de la gloria. Negar á Jesucristo, abandonar su religion, salirse de esta hermosa arca, es querer naufragar en las aguas de la perdicion. Ninguno llega al Padre sino por el Hijo, ninguno encuentra al Hijo

(1) Essai de philosophia morale por Maupertuis, cap. VIII.



fuera de su Iglesia. Jesucristo es el verdadero Mesías, es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo; tomó nuestra carne y en ella nos redimió, devolviéndonos la herencia del cielo que habíamos perdido, desatándonos de las duras cadenas de nuestra esclavitud, haciéndonos en suma felices. No seamos, pues, ingratos y rebeldes; antes por el contrario procuremos ser buenos cristianos, cumplidores de la divina ley y exactos en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Hagamos públicos los homenajes de nuestra fé para confusión de los incrédulos, y así mereceremos que nuestro Redentor amabilísimo que nos abrió las puertas de la gloria con su muerte, nos conduzca á ella despues de la nuestra! para que uniendo nuestros ecos con los de los bienaventurados, cantemos las alabanzas del Excelso por los siglos de los siglos. Amen.

## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

**La hipocresía, vicio farisáico, es detestable á los ojos de Dios, porque se opone á la verdadera piedad, que exige de nosotros que le adoremos en espíritu y en verdad.**

*Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me.*

Este pueblo me honra con los labios: mas el corazon de ellos lejos está de mí.  
Math. cap. XV, v. 8.

Que debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas, es una verdad que nos advierte la Iglesia, cuando le pedimos la fé, haciéndonos saber que así lo hemos de practicar, si queremos participar de la Bienaventuranza. Tal debe ser nuestro amor á Dios, y de tal modo nos hemos de aplicar á la exacta observancia de su divina ley, que no haya cosa alguna de la tierra que pueda separarnos de la caridad de Dios: así el apóstol San Pablo escribiendo á los romanos les dice: cierto



fuera de su Iglesia. Jesucristo es el verdadero Mesías, es un Dios con el Padre y el Espíritu Santo; tomó nuestra carne y en ella nos redimió, devolviéndonos la herencia del cielo que habíamos perdido, desatándonos de las duras cadenas de nuestra esclavitud, haciéndonos en suma felices. No seamos, pues, ingratos y rebeldes; antes por el contrario procuremos ser buenos cristianos, cumplidores de la divina ley y exactos en el cumplimiento de todos nuestros deberes. Hagamos públicos los homenajes de nuestra fé para confusion de los incrédulos, y así mereceremos que nuestro Redentor amabilísimo que nos abrió las puertas de la gloria con su muerte, nos conduzca á ella despues de la nuestra! para que uniendo nuestros ecos con los de los bienaventurados, cantemos las alabanzas del Excelso por los siglos de los siglos. Amen.

## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA TERCERA DOMINICA DE CUARESMA.

**La hipocresía, vicio farisáico, es detestable á los ojos de Dios, porque se opone á la verdadera piedad, que exige de nosotros que le adoremos en espíritu y en verdad.**

*Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me.*

Este pueblo me honra con los labios: mas el corazon de ellos lejos está de mí.  
Math. cap. XV, v. 8.

Que debemos amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, y con todas nuestras fuerzas, es una verdad que nos advierte la Iglesia, cuando le pedimos la fé, haciéndonos saber que así lo hemos de practicar, si queremos participar de la Bienaventuranza. Tal debe ser nuestro amor á Dios, y de tal modo nos hemos de aplicar á la exacta observancia de su divina ley, que no haya cosa alguna de la tierra que pueda separarnos de la caridad de Dios: así el apóstol San Pablo escribiendo á los romanos les dice: cierto



estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura nos podrá separar del amor de Dios (1). Tal fué la caridad que distinguía á los cristianos de los primeros siglos, y la que hoy distingue á muchos hijos de la Iglesia, que animados por una fé viva, adoran á Dios en espíritu y en verdad. Empero por desgracia existen otros muchos que frecuentando los templos, usando siempre de palabras compuestas, y mostrando al mundo ser hombres de piedad, conservan una venenosa ponzoña en el corazón, siendo por lo tanto unos verdaderos hipócritas.

La hipocresía es el extremo contrario del escándalo, y como este un camino del infierno. Como quiera que es imposible engañar á Dios, resulta que el hipócrita no hace otra cosa con su falsa piedad que irritar mas contra él la justicia de Dios, de ese Dios que no puede menos de aborrecer la mentira. En el Evangelio de la presente feria encontramos consignada esta verdad. Escandalizáronse unos escribas y fariseos, porque los discípulos del Señor no se lavaban las manos para comer: y como le hubiesen dicho al Salvador que por qué no observaban esta tradición, les dijo Jesus: ¿Y vosotros por qué traspais el mandamiento de Dios por vuestras tradiciones? Respuesta oportunitísima y propia de labios de un Dios, que los daba en rostro con su hipocresía, pues queriendo ellos que se observasen las tradiciones, no cuidaban de observar los mandamientos. Por esto el Señor les dice: «Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me

(1) Ad Rom. cap. VIII. v. 38 y 39.

honra con sus labios, pero el corazón de ellos, lejos está de mí.» *Populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longe est á me.* Verdad es esta que sin temor podemos aplicar hoy á aquellos hijos de la Iglesia, que mostrando un celo extraordinario por la honra y gloria de Dios, solo tienen una falsa piedad, toda vez que sus corazones están apegados á las cosas del mundo, y que á través de esa religiosidad que aparentan, viven envueltos en los vicios, con la misma tranquilidad que si no pudieran ser sorprendidos por la muerte y recibir un castigo eterno. Sí; de estos dice Jesucristo, como de los fariseos de nuestro Evangelio; «estos me honran con sus labios, pero tienen su corazón á gran distancia de mí.»

Al leer, pues, el Evangelio de este día, con objeto de sacar de él instruccion para enseñar á los fieles, ¿qué otra cosa os parece deberá proponerse el ministro de Dios? No otra cosa que lo que yo me he propuesto; rasgar de arriba abajo el velo que cubre á los hipócritas, arrancar la máscara, bajo la cual encubren su perfidia, y hacerles conocer, que han errado el camino de la verdad: que el Señor no acepta sus oraciones, que lejos de alcanzar por ellas piedad, solo logran el armar el brazo de su justicia contra ellos. ¿Habeis estudiado, mis hermanos, el espíritu del cristianismo? Pues, sabed que es espíritu de verdad: por lo tanto no hay cosa mas opuesta á la verdad de nuestra religion que la falsa piedad de los hipócritas.

No dudo que habeis ya conocido la idea del presente discurso. Combatir la hipocresía, y demostrar los caracteres que deben distinguir á la verdadera piedad, será todo mi objeto. Para procurar la mayor claridad y el mejor orden en las ideas, divido la oracion en dos



partes. En la primera os demostraré con pruebas luminosas que la hipocresía merece justos castigos de Dios por oponerse á la verdad del cristianismo. En la segunda vereis las ventajas de la piedad verdadera, y por cuanto os diga en ambas, os movereis á apartaros del vicio farisáico de la hipocresía que tan odioso es á los ojos de nuestro Dios.

Para el mejor acierto, imploramos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola cordial y devotamente. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

El hombre, criatura formada por Dios, y adornada por el soplo de la divina inteligencia con un alma racional, está en el deber de dirigirse á Dios con homenajes sensibles por parte del cuerpo, y en espíritu y verdad por parte del alma, y este homenaje lo exige el Señor de sus criaturas. No obra, pues, rectamente ni conforme á la voluntad soberana del Criador, el que honrándole tan solamente con los labios, desvia de él los afectos de su corazón poniéndolos en las cosas criadas. La hipocresía que es la que de tal modo abra, no es nueva por cierto, ni tiene su origen en el pueblo cristiano. La Escritura santa nos habla de hipócritas que han existido en todo tiempo, y nos hace conocer la antigüedad de este vicio.

Voy á demostrar por algunos pasajes bíblicos los castigos que Dios ha enviado siempre á los hipócritas. Remontémonos á la primera edad del mundo y observemos á los dos hermanos Cain y Abel, ofreciendo dones al Señor. ¿Cómo es que siendo Dios justo miró á

Abel y á sus presentes, no siendo aceptados los de Cain (1)? Porque el primero se los ofreció con toda la voluntad de su corazón, y en Cain conoció el Señor que no habia la fé que en su hermano, segun la esplicacion que dá san Pablo (2). Esta misma falta de fé y verdadera piedad le arrastró á cometer el crimen de fratricidio dando muerte á su hermano Abel. «Maldito serás sobre la tierra que abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano vertida por tu mano: cuando la labrares no te dará sus frutos, vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra (3). ¿Cuál fué la causa de ser reprobado el rey Saul? No otra sino el haber aparentado ó fingido cumplir la voluntad del Señor que se le habia manifestado por Samuél, ordenándole pasase á cuchillo á Amalec y á todos los Amalecitas. Pues qué: ¿no hizo morir á doscientos mil de á pié, y á diez mil hombres de Judá? Sí; pero fué un hipócrita to la vez que contra la orden espresa de Dios, dejó con vida al rey Agag, y se reservó para sí los mejores rebaños, habiéndole el Señor mandado que todo lo destruyese. Irritado Dios por esta conducta de Saul, dijo á Samuél: Me pesa de haber hecho rey á Saul, porque me ha dejado y no ha puesto en obra mi palabra (4). La pérdida de su trono fué el castigo de su desobediencia é hipocresía (5).

Entre todos los sucesos que nos refieren las sagra-

(1) Génes. cap. IV. v. 4 y 5.

(2) Fide plurimum hostiam Abel, quam Cain obtulit Deo, per quam testimonium consecutus est esse justus, testimonium perhibente numeribus ejus Deo, et per illam defunctus adhuc loquitur. Ad. Hebr. cap. XI. v. 4.

(3) Génes. cap. IV. v. 11 y 12.

(4) Poenitet me quod constituerim Saul regem: quia dereliquit me, et verba mea opere non implevit. I. Reg. cap. XV. v. 11.

(5) Pro eo ergo quod abjecisti sermonem Domini, abjecit te Dominus ne sis rex. I. Reg. cap. XV. v. 23.



das páginas y que podamos atraer para pruebas de la materia que venimos tratando, ninguno llama mas mi atención que el que encontramos consignado en el segundo de los sagrados libros de los Reyes, sobre la maldad de Absalon, hijo de David. Revelóse contra su padre, y ocultando la maldad que abrigaba en su corazón, le honraba tan solo con sus labios, y puesto á la puerta del palacio de David, celebraba la bondad de los que se acercaban á pedir justicia, y esclamaba con la mas refinada hipocresía. ¡Oh! ¿Quién fuera juez sobre la tierra, para que viniesen á mí todos los que tienen negocios y los decidiese segun justicia? Queriéndose captar la voluntad de los vasallos de su padre, alargaba á todos la mano fingiendo una bondad y sencillez de corazón que en verdad estaba muy lejos de poseer. Nada perdonó para poner en juego sus maquinaciones y así pidió licencia á su padre para pasar á Ebrón á cumplir unos votos que tenia hechos al Señor. Obtuvo el permiso de David, y allí adonde mostró ir para ejercer actos de piedad, fué donde levantó la conjuración. ¿Pero cuál fué el castigo que por su maldad recibió del cielo? Oídlo y horrorizaos: acaeció, dice el Sagrado Testamento, que yendo Absalon montado sobre un mulo se encontró con la gente de David: y habiendo entrado por debajo de una espesa y grande encina, y pasando adelante la bestia en que iba montado, quedó colgado entre el cielo y la tierra (1). Así concluyó sus dias aquel mal hijo, tan hipócrita como pérfido que mostraba amor y veneración á su padre, al tiempo mismo que abrigaba en su corazón los mas viles proyectos.

Sin detenernos en citar otros muchos ejemplos

(1) II. Reg. cap. XVIII. v. 9.

bíblicos, yo os pregunto: ¿á qué castigo no se harán acreedores aquellos cristianos que postrándose en tierra y ante los santos altares bendicen á Dios y le alaban con sus labios, al tiempo mismo que le declaran la guerra, quemando incienso ante el ídolo de sus vicios? ¿Cuánto no ofenderán á Dios é irritarán su enojo, aquellos que mostrando ante las gentes mucha piedad y religiosidad, cometen en la oscuridad y el silencio maldades de gran tamaño? Todos estos no tienen de piedad mas que las señales: son para Dios lo que seria para el literato estudioso una crecida biblioteca llena de libros, perfectamente encuadernados, pero cuyas hojas estuviesen en blanco, objeto inútil, objeto de desprecio. Contra los que asi obran lanza el Señor sus anatemas. Aquel hombre que veis en la Iglesia, entregado á la oración, y de quien sabeis que comercia con sangre del pobre, y que forma su caudal con la usura, ese es un hipócrita. Aquel eclesiástico que aparentando piedad, viste siempre con la honestidad propia de su estado, frecuenta las funciones sagradas, y muestra un aspecto humilde; si su corazón está dado á la avaricia y lejos de hacer limosnas, trabaja por atesorar, es un hipócrita. Aquella mujer casada, que pasa el dia de iglesia en iglesia, que siempre se halla en todas las fiestas sagradas: si por esta causa desatiende sus obligaciones, y tiene abandonados á su marido y á sus hijos, es una verdadera hipócrita, porque todos estos desobedecen á Dios que estima mas la obediencia que los sacrificios (1), y por consiguiente es falsa la piedad que manifiestan.

(1) MELIOR est enim obedientia quam victima. I. Reg. cap. XV. versículo 22.



¿En qué está, mi hermanos, el mal? ¿Cuál es la causa ú origen de esa falsa piedad que se observa en muchos cristianos? No es otra sino ese empeño insensato de querer conciliar el espíritu de Dios con el espíritu del mundo, que es lo mismo que querer unir la luz con las tinieblas. Dios habla continuamente al corazón de la criatura y le dice: «Adórame en espíritu y verdad; no te apartes del cumplimiento de mis mandatos; huye de los placeres del mundo que conspiran contra tu alma; vigila y ora, y estarás prevenido para no dejarte sorprender.» A su vez el mundo grita: «Sígueme, disfruta de los placeres que te ofrezco: las riquezas te harán feliz; procura el adquirirlas y no te pares en los medios; embriágate con la copa del deleite, y no te opongas en nada al desahogo de tus pasiones. «El hombre en su loca fantasía quiere conciliar ambos extremos, quiere formar una liga que es imposible pueda existir: se propone dividir su corazón entre Dios y el mundo, y así dedican la mañana para la piedad y la tarde para el pecado. Satisfechos con este modo de obrar tan contrario al espíritu del catolicismo, créense buenos cristianos observantes de su ley, y pretenden ser bien reputados entre los hombres, aunque sus costumbres sean las mas perversas.

Ved aquí el crimen de los fariseos, á quienes Jesucristo da en rostro con su hipocresía, quejándose de ellos y diciendo: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est á me.*

En efecto, querian aparentar austeridad, demostrar piedad, y vivir en el goce de todos los placeres y comodidades de que podian rodearse. A los cristianos nos advierte Jesucristo que es imposible servir á dos señores: ó tenemos que seguir á Dios y abandonar el

mundo, ó servir al mundo y abandonar á Dios. Esa liga que formar quiere el hipócrita no puede existir; y como quiera que para ser bueno necesita el hombre todas las virtudes, y para ser malo le basta un solo vicio, el que por mas que esté entregado á los actos de piedad, tiene el corazón entregado á una pasión, de la cual no procura desasirse, es malo, es un hipócrita.

¿Dónde están esos varones de acreditada piedad, esos hombres fieles que muestran con sus obras la fé que abrigan en su corazón; esos verdaderos cristianos que dan á Dios una adoración en espíritu y verdad, según que el Señor exige de nosotros? ¡Ah, mis hermanos! no los busqueis bajo los velos de la soberbia; buscadlos sí bajo la capa de la humildad: son aquellos que no hacen alarde de piedad, que no van contando á todos los ayunos que hacen y las penitencias que practican; son aquellos en suma que practican el bien sin mezcla de maldad. Infalliblemente llegará una hora en que el hombre dejando de existir se tendrá que presentar ante un tribunal rectísimo, ante el tribunal de Dios, y allí aparecerán las cosas tales como son en sí: el hipócrita yacerá en el lecho del dolor, y conocerá que sus horas van concluyendo; las lágrimas se asomarán á sus ojos; pero no serán lágrimas de dolor, sino mas bien de desesperación, porque no puede representar por mas tiempo la farsa que por tantos años sostuvo. Los que rodean su lecho tal vez le miran con envidia y desean su suerte: le vieron piadoso, limosnero, asistente á los templos; observaron su semblante siempre modesto, y creen por lo tanto que su muerte será un tránsito para la eternidad. Y lo creen así, por que no vieron sus adulterios; estuvo oculta su avaricia; no se apercibieron de sus fraudes; no habian llegado á



conocer que bajo la capa de la religion era un enemigo declarado de Dios y de su Iglesia: no tuvieron ocasion de observar que mientras á unos daba ejemplo, escandalizaba á otras criaturas inocentes para hacerlas objeto de sus crímenes. Si todo esto hubiesen visto, en este caso no envidiarían su suerte, antes por el contrario llorarian, temiendo por su alma.

¿Y el hipócrita que se halla próximo á morir? ¡Ah! que sus remordientos son espantosos; antes de presentarse al juicio de Dios, tiene otro juez que le avisa, y pone delante de sus ojos su falsedad y malas obras: este juez es la conciencia; esa conciencia cuyos clamores desoyó; esa conciencia cuyos remordimientos despreció; esa conciencia que siendo compañera inseparable del hombre, presencia todos sus actos. ¡Ah! lleno de confusion conoce entonces que de nada le sirven las buenas obras que practicó, ni las limosnas que repartió, ni los rezos á que se entregó, y solo ve claramente sus maldades. Su misma conciencia le hace conocer lo imposible que le es engañar á Dios, y que se ha estado engañando á sí mismo: entonces vuélvese al Señor, y clama é implora su misericordia; ¿y oirá el Señor entonces las súplicas de aquel que siempre le llamó con los labios y nunca con el corazón? ¿Usará de misericordia con aquel cuya piedad fué tan falsa, y que solo se sirvió de su religion para procurarse honra entre los hombres? No seré yo ciertamente el que ponga límites á la misericordia de Dios: se que es infinita, y que todo pecador puede alcanzarla con verdadero arrepentimiento; pero ¡cuán difícil es que conciba un verdadero dolor de sus culpas aquel para quien la religion tan solo fué una máscara! ¡Cuán difícil que sienta los impulsos de la gracia el que siempre la despreció! El hipócrita, mis

hermanos, por lo comun concluye con una muerte desgraciada: no olvideis el ejemplo citado de Absalon, y procurad siempre unir á vuestras palabras los sentimientos de vuestros corazones; amad á Dios; adoradle en espíritu y verdad, y procurad su mayor honra, y de este modo sereis verdaderos devotos, y aceptando el Señor vuestras oraciones y sacrificios os colmará de bendiciones. Veamos ahora en que consiste la verdadera piedad.

#### SEGUNDA PARTE.

Cuando he hecho la anterior pintura del hipócrita, no ha sido mi ánimo haceros comprender que es falsa la piedad de aquel que mostrando religiosidad con sus palabras y aun obras exteriores, cae al mismo tiempo en pecados: ni tampoco he querido combatir la piedad exterior. Lejos de mí tales ideas: en primer lugar, el hombre, por piadoso que sea, no ha recibido el privilegio de ser impecable, y si desgraciadamente cae, para eso ha establecido el Señor el tribunal de la penitencia: y en segundo nada mas edificativo que el buen ejemplo á que todos nos hallamos obligados como cristianos; lo que yo he combatido, y deseo que en esto no haya tergiversaciones, es la falsa piedad, la piedad de aquellos que firmes y constantes en la maldad ó en el vicio, solo sirven á Dios con los labios: á estos es á los que el Señor llama hipócritas en el Evangelio de este día, estos son la imagen fiel de aquellos fariseos de quienes dijo Jesucristo: *populus hic labiis me honorat: cor autem eorum longè est á me.*

Consiste la verdadera piedad en que en el cumplimiento de nuestra ley caminen de acuerdo el co-



razon y las palabras y este es el modo de adorar á Dios en espíritu y en verdad. El hombre tiene en sí un conjunto de grandeza y miseria: como ha sido criado para el cielo, aspira á lo infinito; tiene un deseo innato de poseer la gloria: su miseria por otra parte y la debilidad de su naturaleza, le hace inclinár sus apetitos al mal. Este querer y no querer; esta lucha de la carne con el espíritu existe siempre en la criatura, y la oración, la frecuencia de los Santos Sacramentos, los ayunos, la mortificación de las pasiones y los frecuentes actos de piedad, son los medios por donde se consigue que el Señor aumente sus gracias, revestidos con la cual conseguimos sin duda alguna el triunfo por parte del espíritu. No obstante podreis caer en el pecado: no por esto creais que sois ya del número de los réprobos: lo sereis sí, toda vez que permaneciendo en el pecado, no lo lloreis y trateis de reconciliaros lo mas pronto posible por el Sacramento de la Penitencia, que no una sola vez se os ofrece, sino tantas cuantas veces tengais la desgracia de ofender á Dios por el pecado. ¡Oh misericordia y bondad de mi Dios! ¡Quién tuviera cien lenguas para con todas ellas bendecirte!

Vuestro estudio principal, hermanos míos, sea en adelante enlazar los deberes de la sociedad con los de la religion; ser cristianos sin ostentacion y sin jactancia; en vuestra piedad no haya nada de terreno: os llaman vuestros deberes á la Iglesia, acudid á ella con recogimiento y espíritu de piedad: debeis estar en el cumplimiento de vuestras obligaciones civiles, no las abandoneis por acudir al templo: tan piadosos sereis ante el altar con el rosario en la mano, como en el campo de batalla empuñando la espada en defensa

de vuestra patria si allí os llama el deber. ¿Deseais ser cumplidores de la ley divina? Cumplid tambien las civiles, pues que así os lo manda Dios. ¿Os complacéis en hacer una limosna? Pues no os entregueis por otro lado á la usura, porque matareis la buena obra. ¿Pedís á Dios que haga en vosotros su divina voluntad? Pues conformaos con ella, ora se os presente halagüena la fortuna, ora os veais rodeados de la tribulacion. ¿Os gloriais de ser católicos? pues tomad á Jesucristo por modelo y arreglad todas vuestras obras á lo que este Divino Señor nos enseña con su ejemplo y doctrina. ¿No fué Jesucristo humilde hasta la muerte y muerte de cruz? Pues huid vosotros de la soberbia, de ese vicio funesto, origen de todos nuestros males. Aprended de mí, nos ha dicho el Salvador, que soy manso y humilde de corazon. Aprendamos, pues, y la caridad sea la norma de nuestras acciones todas: siendo humildes, miraremos en nuestros prójimos, hermanos nuestros, y no nos atreveremos á despreciarlos por una funesta soberbia. ¿No fué Jesucristo la suma pureza? Pues apartaos de todo lo que contamine vuestra alma, y procurad observar la pureza y castidad propia de vuestro estado. Procurad siempre guardar el corazon, teniendo presente lo que el Señor nos dice en el Evangelio de este dia: «Que del corazon salen los pensamientos malos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y blasfemias, que son las cosas que ensucian al hombre (1).» Jesus amó la pobreza: no busqueis, pues, ni os fatigueis por encontrar esas rique-

(1) De corde enim exeunt cogitationes malæ homicidia, adulteria, fornicationes, furta, falsa testimonia, blasphemæ. Hæc sunt quæ coinquinant hominem. Mat. cap. XV, v. 19 y 20.



zas cuya posesion es de cuatro dias. Procurad tan solo atesorar en el cielo, donde recibireis el premio de vuestras buenas obras. En suma, procurad practicar la caridad, y de este modo sereis aceptables á los ojos de Dios, no incurriréis en la perfidia de los hipócritas, y vuestra piedad será en este caso una piedad verdadera que os justificará.

El falso devoto, el hipócrita, no saca otra cosa que el aplauso momentáneo de aquellos que creen en su falsa piedad. ¿Y vale esto mas que el cielo? No os hagais ilusiones, hermanos míos; la felicidad no se halla en la tierra: si reflexionando con San Agustín entráis dentro de vosotros mismos, os asustará vuestra misma miseria: si buscáis la felicidad fuera de vosotros, todos los objetos os desesperarán. ¿Y qué consecuencia saca el santo doctor de esta reflexion? Que solo en Dios se halla la verdadera felicidad: que solo en Dios puede el hombre encontrar su verdadero reposo. La vida es transitoria: por esto debemos aspirar á la posesion de la vida que nunca acaba: nuestros pensamientos animados por la fé deben remontarse mas allá de las cosas del tiempo: nuestra esperanza debe fijarse en cosas grandes, en cosas inmortales: nuestra alma es muy grande y no puede satisfacerse con la pequeñez del tiempo: ved aquí porque aspira á la gloria, y la gloria se consigue por la caridad, por la verdadera piedad. El hipócrita no desea tanta felicidad: halagado por los aplausos del siglo, no piensa en las delicias celestiales y con la mayor tranquilidad escoge como medios para su condenacion los que para otros son medios de salvacion: las armas de la piedad que el verdadero cristiano empuña para abrirse el camino del cielo, sirven al hipócrita

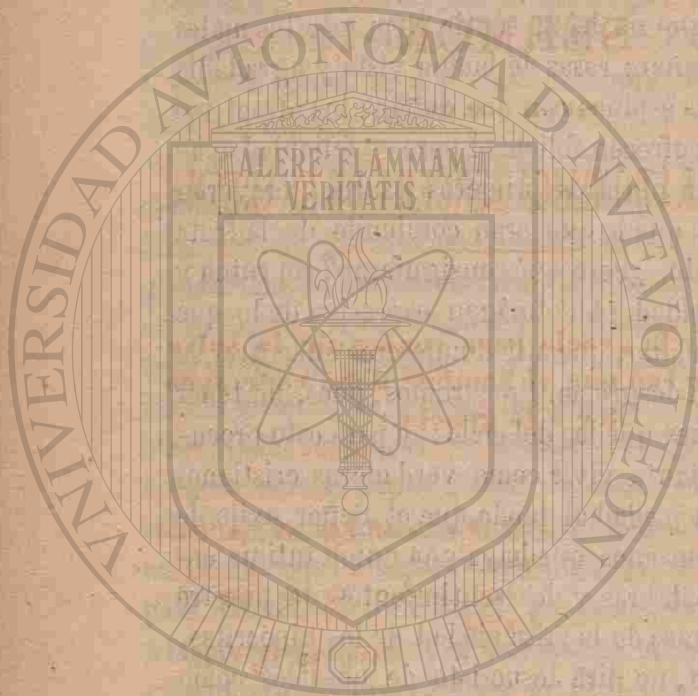
ta para hacerse paso por las sendas de la perdicion.

Ved aquí, mis hermanos, las consecuencias de la falsa piedad: no creo que esteis tan destituidos de razon que queráis perderos para siempre: en el mundo hay dulzuras que no dejan sentir al pronto los males que las acompañan: rosas de buena vista y agradable olor ocultan las espinas con que dañan: los atractivos del mundo nos ofrecen felicidad pero es felicidad aparente: tambien nuestros primeros padres, creyeron ser mas felices que lo que eran comiendo de la fruta del árbol vedado. ¿Pero qué consiguieron? Su ruina y la de su posteridad ¡Ah! Imágen espresiva de lo que sucede al mundano, que allí donde cree encontrar su suerte halla su desgracia. Procuremos, pues, no tener mas aspiraciones que las del cielo: y para esto procuremos en adelante vivir como verdaderos cristianos practicando la piedad al modo que el Señor exige de nosotros: procuremos que haya una union íntima entre nuestras palabras y los sentimientos de nuestro corazon: huyamos de la falsa piedad de los hipócritas, y de este modo, no dirá Jesucristo de nosotros como de los fariseos: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est á me.* Antes por el contrario, complacido de nuestra verdadera piedad, dirá: «estos son mis verdaderos hijos que no se apartaron del cumplimiento de mi divina ley, y que siempre me adoraron en espíritu y verdad.» ¡Ah! ¡Qué felicidad mas inexplicable si nos hacemos acreedores á esta aceptacion por parte de nuestro Redentor!

Sea así, oh Dios de bondad: comunicadnos vuestra divina gracia, á fin de que, apartando de nuestros corazones todo lo que no se dirige á Vos, caminemos en adelante sin apartarnos de nuestros deberes religiosos,



para que haciéndonos dignos de la recompensa que habeis ofrecido á los que perseveren en las virtudes, tengamos la dicha de adoraros por toda la eternidad en la gloria. Esta felicidad os deseo á todos. Amen.



## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

**Necesidad de la gracia para conseguir la salvación, y modo con que el hombre debe corresponder á la gracia.**

*Dixit ei Jesus: Ego sum, qui loquor tecum.*

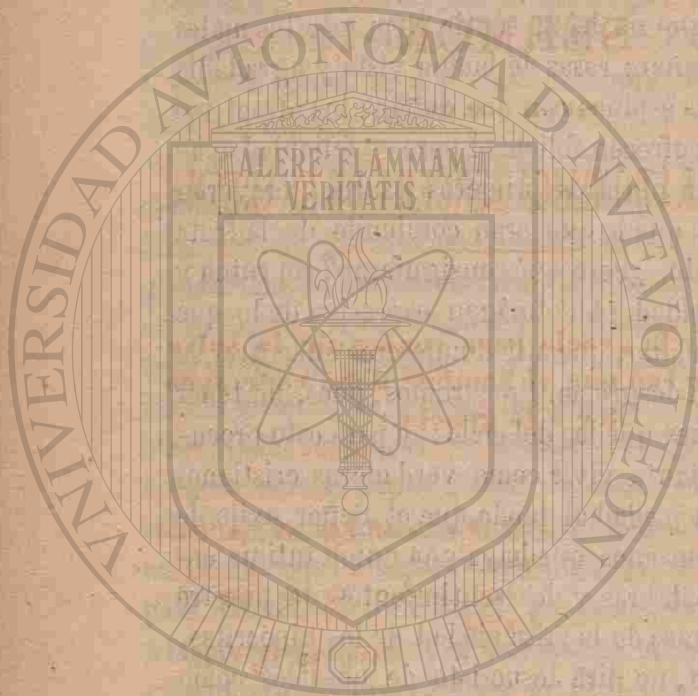
Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo.

Joan. cap. IV, v. 26.

El Evangelio de hoy es una demostracion palpable del modo como el Señor comunica su gracia á las criaturas, valiéndose de mil medios para evitar su perdición. «Vino Jesus, nos dice el sagrado testo, á una »ciudad de Samaria que se llama Sichar, cerca del cam- »po que dió Jacob á su hijo José. Allí estaba la fuente »de Jacob. Fatigado, pues, Jesus del camino, se sentó »sobre la fuente. Era como la hora de sexta. Como vi- »niese, pues, una mujer á sacar agua, Jesus la dijo: »Dame de beber. (Los discípulos habian ido á la ciudad »á comprar de comer). La mujer que era samaritana



para que haciéndonos dignos de la recompensa que habeis ofrecido á los que perseveren en las virtudes, tengamos la dicha de adoraros por toda la eternidad en la gloria. Esta felicidad os deseo á todos. Amen.



## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA TERCERA DE CUARESMA.

**Necesidad de la gracia para conseguir la salvación, y modo con que el hombre debe corresponder á la gracia.**

*Dixit ei Jesus: Ego sum, qui loquor tecum.*

Jesus le dijo: Yo soy, que hablo contigo.

Joan. cap. IV, v. 26.

El Evangelio de hoy es una demostracion palpable del modo como el Señor comunica su gracia á las criaturas, valiéndose de mil medios para evitar su perdición. «Vino Jesus, nos dice el sagrado testo, á una »ciudad de Samaria que se llama Sichar, cerca del cam- »po que dió Jacob á su hijo José. Allí estaba la fuente »de Jacob. Fatigado, pues, Jesus del camino, se sentó »sobre la fuente. Era como la hora de sexta. Como vi- »niese, pues, una mujer á sacar agua, Jesus la dijo: »Dame de beber. (Los discípulos habian ido á la ciudad »á comprar de comer). La mujer que era samaritana



»contestó en el momento : ¿Cómo tú siendo judío me  
 »pides de beber á mí, que soy mujer samaritana? Por-  
 »que los judíos no tienen trato con los samaritanos. Res-  
 »pondió Jesus , y le dijo : Si supieses el don de Dios, y  
 »quién es el que te dice : dame de beber, tú de cierto le  
 »pidieras á él, y te daría agua viva. La mujer le dijo:  
 »Señor, no tienes con que sacarla y el pozo es hondo;  
 »¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura,  
 »eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos  
 »dió este pozo, y él bebió de él, y sus hijos y sus gana-  
 »dos? A esto respondióle Jesus diciendo: Todo aquel que  
 »bebiere de esta agua volverá á tener sed ; mas el que  
 »bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá  
 »sed ; porque el agua que yo le daré, se hará en él una  
 »fuente de agua que saltará hasta la vida eterna. La  
 »mujer le dijo : Señor, dame de esa agua, para que yo  
 »no tenga sed, ni venga aquí á sacarla. Entonces le  
 »dijo Jesus : Vé, llama á tu marido y ven acá. No ten-  
 »go marido, replicó la mujer. Bien has dicho, replicóle  
 »Jesus, porque cinco maridos has tenido, y el que  
 »ahora tienes no es tu marido ; en esto has hablado  
 »verdad. Entonces exclamó la Samaritana : Señor, veo  
 »que eres profeta. Nuestros padres en este monte  
 »adoraron, y vosotros decís que en Jerusalem está el  
 »lugar en donde es menester adorar. A todo lo cual le  
 »contestó Jesucristo: mujer, créeme que viene la hora  
 »en que ni en este monte ni en Jerusalem adorareis al  
 »Padre. Vosotros adorais lo que no sabeis : nosotros  
 »adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de  
 »los judíos. Mas viene la hora, y al presente es cuando  
 »los verdaderos adoradores adoran al Padre en espí-  
 »ritu y en verdad. La mujer le dijo: Yo sé que viene  
 »el Mesías, que se llama Cristo, y cuando viniere nos

»declarará todas las cosas. Entonces le dijo Cristo: Yo  
 »soy que hablo contigo. Y al mismo tiempo llegaron  
 »sus discípulos, y se maravillaron de que hablaba  
 »con una mujer ; pero ninguno le dijo : ¿Qué pregun-  
 »tas ó que hablas con ella? La mujer, pues, dejó su  
 »cántaro, y se fué á la ciudad diciendo á aquellos hom-  
 »bres : Venid y ved á un hombre que me ha dicho  
 »cuántas cosas he hecho ; ¿si será por ventura el Cristo?  
 »Salieron entonces de la ciudad y vinieron á él.»

En este diálogo de Jesucristo con la Samaritana, veo un destello de esa bondad infinita que pone Dios en juego para atraer á sí los corazones. Al proponerme hablaros de la gracia, por ver el modo tan admirable como resplandeció en la mujer de nuestro Evangelio, trocando su corazón, no creais que voy á meterme en cuestiones que son mas propias de escuela que de la gravedad con que debe ocuparse la cátedra de la religion. Toda cuestion sobre este asunto seria enojosa, á mas de que no nos produciria beneficio alguno. Lo cierto é indudable es que Dios como padre amoroso que desea vivamente nuestra salvacion, trata por medio de su gracia de trocar nuestros corazones, de hacernos apartar del mal y dirigirnos por el recto camino de las buenas obras. La historia de nuestra Samaritana es una prueba innegable de esta verdad. Ya la esperaba Jesucristo sentado en el pozo: ya aguardaba el momento para él tan deseado de convertir aquella pecadora que vivia de un modo tan contrario á la ley. Las excusas de esta mujer para no dar agua al Salvador, ya diciendo que era samaritana, ya que el pozo era profundo, es la imágen de los pecadores que contentos en el lugar de su ruina, se excusan con mil frivolos pretextos para no responder á la gracia, que continua-



mente llama á las puertas de su corazon. Mientras que el Señor no puso el dedo en la llaga: es decir, mientras no le dió en rostro á la Samaritana con su pecado habitual, diciéndole: «dices bien que no tienes marido, porque cinco has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido,» ella, como dice un expositor, habia estado como burlándose de Jesus; pero aquellas palabras llegaron á su corazon: empezó por creer que era profeta, y acabó por publicar que habia hablado con un hombre á quien creia Cristo, el Mesías. Para esto habia tenido Jesus que decirle cuando ella advirtió que vendria el Cristo: Yo soy, que hablo contigo. *Ego sum qui loquor tecum.*

Cristianos: ¿No nos repite á nosotros estas mismas palabras el Salvador á cada momento? ¿Y produce en nosotros los felices resultados que en aquella mujer del cántaro? ¿Nos convertimos á Dios y publicamos su gloria, detestando al mismo tiempo nuestros pasados extravíos? ¡Ah! Que si nosotros menospreciamos la gracia, la Samaritana del Evangelio se levantará en juicio contra nosotros, porque ella creyó y se convirtió al primer impulso de la gracia y nosotros permanecemos indiferentes despues de innumerables avisos.

La gracia que el Señor comunicó á la Samaritana y la conversion de esta pecadora, me obligan á tratar de mover vuestros corazones hablándoos de las riquezas de la gracia; y para el mejor orden, divido el discurso de este modo. Necesidad de la gracia para conseguir la salvacion: *Primera parte.* Correspondencia que debemos tener á la gracia: *Segunda parte.* Por una y otra conoceréis que pelagra nuestra salvacion de hacernos indiferentes á los llamamientos de nuestro Dios.

¡Oh Dios, cuyas misericordias no tienen número! Sin vuestro auxilio, imposible es hablar de la gracia, Hacedme elocuente como á Moisés, y purificad mis labios como lo hicisteis con Isaías, para que yo pueda dignamente hablar de un asunto de tanto interés para nuestra salvacion. Os lo suplico por la poderosa intercesion de la Santísima Virgen María, á quien el ángel saludó llena de toda gracia. *Ave María.*

#### PARTE PRIMERA.

Si consideramos, señores, los grandes escollos y terribles peligros de que el hombre se ve rodeado en el mundo; si fijamos nuestra consideracion en la debilidad de nuestra flaca naturaleza, siempre inclinada al mal, y observamos los continuos combates de nuestras propias pasiones, vendremos á conocer la necesidad que tenemos de la gracia para no naufragar entre las embravecidas olas del borrascoso mar de los placeres y deleites mundanos. ¿Quién santificó á muchos monarcas á través de los grandes cuidados que son consiguientes al gobierno de un reino? La gracia. ¿Quién pobló los desiertos de santos y penitentes anacoretas? La gracia. ¿Quién arrancó de entre el bullicio del mundo, á tantas virtuosas doncellas como se refugiaron al retiro de los cláustros? La gracia. ¿Quién conservó admirable fortaleza á los ilustres mártires en medio de los mas cruelísimos tormentos? La gracia. Tan cierto es, mis amadísimos hermanos, que nada bueno puede obrar el hombre sin el poderoso auxilio de la divina gracia.

En vano el impío Pelagio clamara que el hombre no necesita de la gracia para apagar el fuego de sus



pasiones, y que podía justificarse y conseguir el cielo sin su auxilio. Esta impía doctrina fué condenada en varios concilios africanos, y el grande Agustin la destruyó elocuentemente, haciéndose acreedor al título de magnífico defensor de la gracia.

En efecto: como quiera que la gracia nos sea tan necesaria, nuestro Dios que es un Dios lleno de misericordia y de bondad, un Dios que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y que viva, se hace sentir aunque ocultamente en el corazón del hombre. Habreis advertido muchas veces que cuando os decidís á practicar una obra que en sí es ofensiva á Dios, sentís un movimiento contrario que os pone delante de vuestra vista la gravedad de lo que pensais practicar. Esto que no es otra cosa que un grito de la conciencia, es un efecto de la gracia, sin la cual os arrojariais sin temor á los mayores delitos. Cuando el hombre está mas complacido en medio de sus placeres, viénesele á la imaginacion la memoria de sus pasados delitos: como si estuviera presente ve ante sus ojos la sangre inocente que vertió, la pobreza de aquel á cuya ruina cooperó con su desmedida usura; la descarnada osamenta de aquella tierna esposa, á quien arrebató la vida con sus malos tratos, efectos de su soberbia: oye la campana de un templo, y recuerda su dejadez para el cumplimiento de la ley, y la mala vida que observa: ve á una persona virtuosa, y le mortifica la memoria de sus vicios. Ved aquí la gracia que quiere convertirle. El hombre trata en el momento de desentenderse de aquellas ideas que le son insufribles, y procura distraerse en la continuacion de sus placeres. Ved aquí la resistencia á la gracia.

La gracia de que hemos hablado, es gracia inte-

rior: pero cuando esta no produce en el corazón el saludable efecto que Dios se propone, concédenos otras gracias que nuestra ceguedad nos las hace aparecer como verdaderos males. Un hombre que ha vivido en la mayor opulencia, que ha poseído grandes riquezas y que engolfado en la maldad, no solo ha vivido en el olvido de Dios, sino que ha mirado con indiferencia los llamamientos de la gracia, ve desaparecer su caudal y merced á contratiempos inesperados queda reducido á la mayor miseria: tal vez se ve obligado á comer el pan de la caridad; el que antes lleno de avaricia no estendia su mano para socorrer al pobre. Pues esto es un efecto de la gracia exterior con que Dios le llama de nuevo: por este medio ha querido hacerle conocer la inconsecuencia de la fortuna, la falsedad de las cosas del mundo, para que venga en conocimiento de la verdad y se convierta.

Aquel otro que antes se creyera feliz, como si la felicidad se encontrara en el mundo, que se viera rodeado de una jóven esposa y de tiernos hijos que formaron su alegría, pasa de pronto y cuando menos lo esperara á un estado el mas lastimoso. La muerte le ha arrebatado á su compañera, ó le ha privado de alguno de aquellos inocentes capullos que aun no se habian abierto á la mañana de la juventud: él mismo ha enfermado y se ve postrado en el lecho del dolor á causa de repetidos infortunios. ¿Qué significa tanto trastorno y confusion? No otra cosa sino efecto de la misericordia de Dios: es la gracia que obra exteriormente para que á vista de tantas calamidades, clame á Dios, conociendo por estos castigos sus pecados, los llore y se convierta.

Dirá en buen hora un seguidor de la perversa doc-



trina de Pelagio que el hombre no necesita el auxilio de la gracia; pero yo llamo de nuevo vuestra atención á la mujer del Evangelio de este día y os pregunto, ¿si Jesucristo no se hubiese insinuado al corazón de la Samaritana, hubiera esta conocido sus pecados y se hubiera convertido? Ciertamente que no. Pues á esta gracia comunicada á la Samaritana debióse no solamente su conversión sino la de otros muchos Samaritanos, pues que ella no se contentó con reconocerle por verdadero Mesías, sino que anunciando á otros lo que le había pasado en la fuente los mueve para que crean como ella había creído. Ella espera al Mesías, para escuchar de sus labios las verdades que desea conocer: Jesús le hace saber que él es el Mesías. *Ego sum qui loquor tecum.* Ahora bien, Jesucristo nos está hablando continuamente al corazón: como aquella Samaritana, ofrécenos el agua viva de sus gracias: nosotros como si este ofrecimiento no fuese de un Dios, estamos remisos en aceptarlo, y esto porque no conocemos nuestro propio bien.

¡Ah! yo no puedo menos de llenarme de admiración al ver los recursos de que se vale la gracia para tomar posesión de nuestro corazón. No perdais de vista ninguna de las circunstancias que vemos en el pasaje del Evangelio de hoy. En primer lugar se nos demuestra la gran paciencia de nuestro Dios, que espera al pecador para admitirlo á su gracia. Por esto esperaba á la Samaritana en la fuente. Pero esto no debe servir para hacernos adquirir una vana esperanza, pues si es verdad que el Señor nos espera, ignoramos hasta cuando podrá esperarnos y nos exponemos á perdernos miserablemente si llega á cansarse su paciencia, viendo nuestra obstinación. Le damos escu-

sas frívolas y vuelve á llamarnos de nuevo. La Samaritana le dice que como le ha de dar agua siendo judío, y Jesús le insta ofreciéndole una agua viva en recompensa. Esto es lo que hace exactamente con nosotros. Viendo que no nos atrae por el amor, nos ofrece el agua viva de la gloria, en recompensa de los sacrificios que nos exige. Pero el hombre oye hablar de la gloria sin deseos, como escucha las penas del infierno sin el menor temor. Esto es inconcebible, pero sucede por desgracia. ¿Y cuál es el resultado? Que el hombre que así desprecia la gracia, va saltando de precipicio en precipicio y necesariamente viene á dar en el mayor de todos que es la condenación.

Desengañaos, cristianos, nos es indispensablemente necesaria la gracia, de tal modo que sin ella no podemos practicar obra buena: si hemos de triunfar de los peligros del mundo, si hemos de evitar el caer en las tentaciones, ha de ser por el auxilio de la gracia. Esta nos la concede el Señor á todos, por un efecto de su bondad y misericordia. Veamos ahora cuál debe ser nuestra correspondencia á la gracia que es el asunto de mi

#### SEGUNDA PARTE.

Es cosa en verdad digna de notarse, que siendo la gracia tan necesaria como hemos visto, sea el hombre tan ingrato para sí mismo que no trate de corresponder á ella. ¿Y en qué consiste esto? En que no se conoce el don de Dios: en que no se quieren escuchar los llamamientos; *Si scires donum Dei*, dijo Jesucristo á la Samaritana; si conocieses el don de Dios, y quien es el que te dice: Dame de beber, tú de cierto la pedi-



rias á él, y te daría agua viva. El que te crió sin tí, dice San Agustín, no te salvará sin tí. Pues cómo ¿necesita el Señor de nosotros para salvarnos? Así es, pues, que dando su gracia á la criatura exige de ella una tierna correspondencia y un eficaz aprovechamiento para nuestra salvacion por ella.

Vosotros ois predicar las grandes virtudes de los que se santificaron en el mundo, y hoy son habitantes del cielo: os admiráis al oír la gran penitencia de una Magdalena, el riguroso ayuno de un Gerónimo, el triunfo en sus combates de un Antonio Abad, la fortaleza en los tormentos de tantos mártires como la religion cuenta, y os sentís movidos á esclamar: ¡Oh cuánta gracia! ¿Quién la tuviera igual para santificarse al modo que estos se santificaron! Y yo os pregunto: ¿No os da Dios la misma gracia que diera á aquellos? ¿No os da los mismos auxilios? Ciertamente que sí, pues como ellos sois sus hijos, y Dios desea la salvacion de todos. ¿Pues cómo es, me direis que nosotros somos tan débiles y flacos que al momento caemos en la tentacion? ¿Cómo es que no sentimos placer en la práctica de las virtudes, y que lejos de acercarnos á la perfeccion, nos vemos cada dia aficionados á las cosas del mundo? No es otra la causa, sino porque vosotros resistís á la gracia; si hubierais sido fieles á su primer llamamiento; si hubierais correspondido á sus primeras indicaciones, en este caso, ella se hubiera ido aumentando en vosotros, y cada vez os hubiera comunicado mayor fortaleza.

Dios que es tan pródigo en conceder su misericordia á las criaturas, os llama á sí; habla á vuestro corazón, y aun para atemorizaros pone delante de vuestros ojos los castigos que en el infierno estan prepara-

dos para aquellos que resistiendo á su gracia, se entregan al pecado. Pero vosotros esclamais como la Samaritana. ¿Cómo tú me pides á mí? Sacrificad, os dice Jesucristo, un poco de ese genio altivo que teneis, no seais soberbios con vuestros hermanos, y venid á mí por el camino de la humildad que os he enseñado. Pero vosotros os hallais contentos con vuestro modo de pensar; vosotros para quienes la humildad no es otra cosa que una bajeza, que se opone directamente á vuestras inclinaciones, contestais. ¿Cómo me pedís eso? Si yo no me diese á respetar de los que son menos que yo, no me portaria del modo que exige lo elevado de mi nacimiento y la dignidad de la respetable familia de que soy miembro. Vuestra conciencia os dice que perdoneis el agravio y que no trateis de vengarlo; que perdoneis para que seais perdonados: pero vosotros mirais esto como contrario á eso que el mundo llama honor, y á pesar de las insinuaciones de la carne, os proponéis borrar con sangre el agravio que recibisteis: en vano la gracia trae á vuestra memoria el recuerdo de Jesucristo en la cruz: en vano recordais que el Salvador de la humanidad, que debe ser el modelo de la conducta del cristiano, pidió á su Eterno Padre el perdón de los mismos implacables judíos que le crucificaban. ¿Cómo me pedís eso? Esta es vuestra contestacion á la insinuacion de la gracia. ¿Qué diria el mundo de mí, si viese que así dejaba sin venganza una injuria? ¿No me tacharia de cobarde? ¿No se reiría de mi flaqueza? Pues nada: yo sé que segun la ley de Dios no debo hacerlo, pero es preciso que lave mi honor mancillado y que lo lave con sangre. Al que envuelto en placeres sensuales, y gustoso entre las cadenas del deleite, no tiene mas reglas de conducta



que sus pasiones, insinúase tambien el Señor por medio de su gracia. Pero á este le asusta el pensar tan solo en la castidad que prescribe el Evangelio. Su conciencia le advierte que va errado, que el camino de los vicios conduce á la perdicion eterna, y le privará para siempre de la vista de Dios: el Señor le concede luz para que conozca su infeliz estado y se enmiende: confésate, le dice, con una voz interior, sal del asqueroso lecho de tus vicios y ven á mí: mas el sensual esclama: ¿Cómo me pides eso? Ahora que estoy en la flor de mi juventud, ahora que me encuentro en lo mejor de mi vida, ¿habré de abandonar los placeres, habré de volver las espaldas á los goces del mundo: desviarme de los encantos de la sociedad. ¡Ah! Que esto es imposible. Quédese el recogimiento para los ancianos, la austeridad para los monges, la virtud para los que por su estado se dedican al servicio de la Iglesia. Mas adelante me convertiré yo á Dios: cuando tenga mas edad, y mis pasiones se hayan gastado, entonces practicaré buenas obras. ¡Qué engaño mas funesto! El que espera para mas adelante, nunca se convierte, porque sucede con la sensualidad lo mismo que con la avaricia, que cada vez se arraiga mas en el hombre, y no encontrando nunca el dia apropiado, viene el de la muerte, que conduce al pecador obstinado á la mayor de las desgracias que es su condenacion eterna. ¡Ah! Si conociérais el don de Dios, si supiérais quién es el que os habla al corazon, con las inspiraciones de su gracia, de cierto que no cerraríais vuestros oidos. Pero tienen mas fuerzas para vosotros los clamores del mundo que las insinuaciones de Dios.

Hoy mis hermanos, os estoy predicando de la gracia, y del deber que teneis de corresponder á ella:

Dios me habrá inspirado que tome este asunto por objeto de vuestra instruccion. ¿Será este el último llamamiento de la gracia? Podrá ser así ciertamente. ¡Cuán desgraciados sereis si no respondeis á vuestro Dios! Podreis morir hoy mismo, y perderos por vuestra rebeldía. Si este tiempo de Cuaresma, es el tiempo aceptable, si estos dias son dias de salud, ninguno mas á propósito que este en que se os habla de la gracia. No me objeteis que temeis llegaros á Dios á causa de la multitud de vuestras culpas, pues que con la gracia todo se puede; con esta fiel compañera nada es imposible. Estais aprisionados con las duras cadenas de la esclavitud de la culpa, pero podeis quebrantarlas y aun romperlas con la gracia, cuyos efectos son admirables. ¿Habeis negado á Jesucristo? Tambien le negó Pedro, y llorando amargamente su pecado lavó su infidelidad con su penitencia. ¿Habeis perseguido á Jesucristo y á su Iglesia? Tambien lo hizo Pablo, y siendo fiel á la gracia, logró que se trocase su corazon, y fué despues un vaso de eleccion? Habeis estado aprisionados por muchos años por los lazos del mundo? Tambien la Magdalena lo estuvo, y se hizo gratísima á los ojos de Dios con su admirable penitencia. ¿Tal vez habeis caido en la heregía y habeis estado matriculados en la escuela del error? Recordad á un Agustin que tambien cayó en el mismo pecado y fué despues un gran santo y un perfecto obispo. ®

¿Estos admirables resultados que dió la gracia á estos héroes no les dará en vosotros si correspondeis á sus insinuaciones? Seguramente que sí, pues que no estaba Dios mas interesado en la salvacion de ellos que lo está en la vuestra. Ni me objeteis diciéndome que vosotros no sentís esa gracia. Cierto es que vos-



otros no habeis visto la mirada de los divinos ojos de Jesus, como Pedro cuando le negó: que no habeis escuchado como Pablo la voz de Jesucristo, diciéndos: ¿Por qué me negais? ¿Pero que significa esa luz interior que os hace conocer vuestros mismos errores? ¿Qué significan esos avisos de la conciencia? ¿Qué nombre dareis á ese movimiento que sentís cuando al ver la imágen de un santo, ú oís predicar sus virtudes, os sentís movidos á imitarle, aunque en seguida olvideis tan buenos deseos? Todos estos son efectos de la gracia de Dios que obra en vosotros. Si no os convertís, es porque no correspondéis como aquellos, á avisos tan saludables. Si no teneis aun mayores gracias es porque no las buscáis. ¿Qué haceis para que ella se aumente? ¿Cuáles son vuestros ayunos? ¿Cuáles vuestras mortificaciones? ¿Cuáles vuestras penitencias?

Bien sé que hay pecadores que viven en los vicios mas vergonzosos, pero que sin embargo, no pasa un dia sin que traten de convertirse á Dios, ellos lo desean así, pero quisieran convertirse sin tener que trabajar para ello; sin necesidad de sostener una lucha con su carne, sin hacer esfuerzos para vencerse. Es decir que quisieran que la gracia todo lo obrase por sí sola, sin poner el hombre nada por su parte. Esto no puede ser así, y nada obrará en vosotros la gracia, si no correspondéis á sus primeras insinuaciones. Las cosas del mundo no pueden nunca saciar el corazon del hombre: poseereis riquezas, pero deseareis mas. Estareis dotados de talento, pero mirareis con envidia al que tiene mas. Disfrutareis placeres y buscareis otros nuevos. ¡Tan engañosos son los bienes y atractivos del mundo, por mas que se nos ofrezcan en dorada

copa. ¿Quereis que vuestro corazon se sacie? Pues admitid los bienes de la gracia, y ellos os conducirán á la verdadera felicidad. Clamad á Dios y clamad de lo íntimo de vuestro corazon para que os conceda sus divinos auxilios. Ya habeis visto que la gracia nos es necesaria: que sin ella pereceriamos en los peligros del mundo: que sin este poderoso auxilio, nuestros esfuerzos serian muy débiles y nada conseguiriamos. Habeis visto tambien la necesidad en que estamos de corresponder á la gracia. Pues bien, en el momento en que os veis inspirados, procurad que se inflame vuestro corazon, resolveos á abandonar los placeres y caprichos, y acogiendo la inspiracion como una gracia, clamad á Dios para que os la aumente; de este modo ireis aficionándoos á la virtud, vuestra gracia se aumentará prodigiosamente y será lo que os conduzca á la posesion de la bienaventuranza que os deseo. *Amen.*



## SERMON

### PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

**Necesidad y utilidad de la limosna hecha cristianamente.**

*Unde ememus panes, ut manducent hi?*  
¿Dónde encontraremos pan para que coma esta gente?

Joan. cap. VI, v. 5.

Hoy nos habla el Evangelio de un milagro asombroso efectuado por el Salvador, en el cual nos demuestra la gran caridad que ardía en su corazón á favor de la humanidad, y que es una lección elocuente para aquellos que entregados al egoísmo, miran con la mayor indiferencia las necesidades de los prójimos, sin sentir hácia ellos la mas ligera compasión, faltando al precepto de la caridad fraterna que tan ligado se halla con el del amor de Dios. «Habiendo pasado Jesus á la otra parte de Galilea que es de Tiberiades, le seguía una gran multitud de gente, porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos. Subió, pues,

»Jesus á un monte, y se sentó allí con sus discípulos.  
»Y estaba cerca la Pascua, día de la fiesta de los judíos.  
»Y habiendo alzado Jesus los ojos, y viendo que venía á él una tan grande multitud, dijo á Felipe: ¿De dónde  
»compraremos pan para que coman estos? Esto decia por  
»probarle, pues bien sabia lo que habia de hacer. Felipe  
»le respondió: Doscientos denarios de pan no son suficientes para que cada uno tome un poco. Uno de sus  
»discípulos, Andrés, hermano de Simon Pedro, le dijo: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de  
»cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tanta gente? Y dijo Jesus: Haced sentar la gente. En aquel  
»lugar habia mucho heno. Y se sentaron á comer como  
»en número de cinco mil hombres. Tomó, pues, Jesus  
»los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces cuanto querían. Y cuando se hubieron saciado,  
»dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han  
»sobrado, para que no se pierdan. Y así recogieron y  
»llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes  
»de cebada que sobraron á los que habian comido.  
»Aquellos hombres cuando vieron el milagro que habia hecho Jesucristo decían: Este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo. Y Jesus cuando entendió que habian de venir para hacerle rey, huyó otra vez al monte él solo.»

Tal es, mis hermanos, el milagro estupendo obrado por Jesucristo, y que como dije al principio es una elección elocuente, en la que nos enseña á compadecernos de la necesidad y miseria de nuestros prójimos, socorriéndoles según nuestras facultades. Cuando he determinado hablaros hoy de la limosna, no es mi ánimo decir que la caridad fraterna es una virtud



olvidada en nuestros días por los católicos. No: esos grandes hospitales, casas de expósitos y mil otros establecimientos de caridad, que sostenidos por la piedad de los fieles se ven por todas partes en nuestra católica nación, pruebas son incontestables de que hay muchos que hagan limosnas para favorecer á los desvalidos. Cuántos infelices que se ven imposibilitados de buscar el sustento, tienen sus carnes cubiertas, y se satisfacen sus necesidades con el pan de la caridad cristiana.

Empero yo os pregunto: ¿obran todos del mismo modo? ¿Dan limosnas todos aquellos que pueden darlas? ¿No hay en nuestros días ricos avarientos, que no fijan su vista en los miserables Lázarus? Sí, hermanos míos. Por desgracia existen muchos que siendo cristianos desconocen el espíritu del cristianismo. Hay muchos que gastando con profusión escandalosa en objetos de lujo, y hasta en caprichos para halagar su gusto, no tienen una miserable suma para socorrer á un pobre; que teniendo sus manos abiertas para adquirir riquezas sin reparar tal vez en los medios, las tienen cerradas para remediar una necesidad. Hay otros que se desprenden de alguna cosa, que dan alguna limosna; pero mas bien por ser celebrados y porque se aplauda su obra, que por enjugar una lágrima. Los primeros son sin duda criminales, porque faltan al precepto de la caridad. Los segundos no dejan de hacer una buena obra con su limosna; pero como van guiados por la vanidad mundana, no es meritoria de la vida eterna. Por lo tanto y para que quedeis instruidos sobre este interesante asunto, dividido el discurso de este modo: *Estamos obligados á practicar la limosna. Primera parte. Para que la limosna se*

*haga cristianamente, es menester apartar de ella el espíritu de vanidad. Segunda parte.*

Concededme, Señor, el talento de palabra, á fin de que pueda persuadir á mis oyentes las verdades que he propuesto: dadme vuestra divina gracia para que lo haga con decoro; y dadla también á los fieles que me escuchan, para que se decidan á practicar una virtud que tan agradable es á vuestros divinos ojos, y de la que en el Evangelio de hoy nos dais tan hermoso modelo. Os lo suplico por la poderosa mediación de la Santísima Virgen, de esa Señora tan compasiva de las necesidades de las criaturas, que para remediar á los desposados de Caná, intercedió con Vos para que obráseis el primer milagro, convirtiendo el agua en vino. A este fin la saludamos humildemente, diciénle con el Angel. *Ave Maria.*

#### PRIMERA PARTE.

Cuando he propuesto que tenemos obligación de hacer limosnas, cada uno según sus facultades, no he hecho otra cosa que sentar una proposición fácil de probar con mil textos de uno y otro testamento. Cuando Dios promulgó su ley á los hijos de Israel por medio de Moisés, les dijo entre otras cosas: «Si dieres prestado dinero á mi pueblo pobre, que mora contigo, no le apremiarás como un recaudador, ni le oprimirás con usuras (1).» Palabras en verdad dignas de reflexión para aquellos que demostrando espíritu de caridad, hacen un tráfico perverso con las necesidades ajenas, en-

(1) Si pecuniam mutuam dederis populo meo pauperi qui habitat tecum, non urgebis cum quasi exactor, nec usuris opprimes: Exod. cap. XXII. v. 25.



riqueciéndose con la usura. Cuando segares las mieses de tu campo, dice el Señor en el Levítico, no cortarás hasta la superficie de la tierra, ni recogerás las espigas que se vayan quedando, ni en tu viña recogerás los racimos ni los granos que se caigan, sino que los dejarás para que los recojan los pobres y los forasteros. Yo el Señor Dios vuestro (1). Observad aquí amados oyentes, que no solo manda el Señor que miremos por los pobres, y huyamos de la avaricia, sino para que el precepto no sea olvidado, añade estas palabras: *Ego Dominus Deus vester*: es decir, que yo os mando que así lo hagáis, y no olvideis que os lo mando, porque soy el dueño absoluto de vuestras personas y de vuestros bienes.

¡Qué virtud mas sublime la del amor del prójimo! Aquí cuando Dios nos manda dar limosnas nos advierte el poder que tiene para así exijirlo de nosotros. Jesucristo en el Nuevo Testamento cuando nos ordena que estendamos nuestros beneficios hasta á los mismos que son nuestros enemigos, nos hace la misma advertencia diciéndonos: *Ego autem dico vobis*. Yo que puedo daros leyes porque soy vuestro Dios y vuestro Salvador, os mando espresamente que así lo practiquéis. Tan agradable es á los divinos ojos el bien que hacemos por nuestros prójimos. No está menos terminante este precepto en el sagrado libro del Deuteronomio donde dice el Señor: «Si uno de tus hermanos que moran dentro de las puertas de tu ciudad, viniere á pobreza en la tierra que te ha de dar el Señor, Dios tuyo: no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano, sino que la abrirás al pobre y le darás lo que

(1) Levit. cap. XIX v. 9 y 10.

»vieres que él ha menester. Guárdate de que no te venga solapadamente el desapiadado pensamiento de apartar tus ojos de tu hermano pobre, rehusando darle prestado lo que pide: no sea que clame contra tí al Señor y te sea imputado á pecado; sino que se lo darás: ni harás ninguna cosa con superchería en aliviar sus necesidades: para que te bendiga el Señor Dios tuyo en todo tiempo, y en todas las cosas en que pusieres mano (1).»

No solamente nos previene el Señor que demos limosna, sino que lo hagamos con oportunidad y sin dilacion «No digas á tu amigo, leemos en los proverbios, vete y vuelve, pues mañana te daré, pudiendo hoy remediar su necesidad (2).» Dejando aparte otros muchos textos del Testamento Antiguo, que pudiera presentar en confirmacion del asunto que venimos tratando, veamos que se nos dice en las páginas del Nuevo.

Y desde luego, por san Mateo, nos dice Jesucristo que está dispuesto á premiar la limosna que hiciéremos, aunque ella sea corta con tal que sea hecha en su nombre. «Todo el que diere á beber á uno de aquellos pequeñitos (es decir á uno cualquiera aunque no sea recomendable por las calidades exteriores) un vaso de agua fria en mi nombre, en verdad os digo, que no perderá su galardón. (3)» Por San Lucas se nos dice terminantemente: «El que tiene dos vestidos dé al que no tiene: y el que tiene que comer, haga lo mis-

(1) Deuter. cap. XV. cap. 7 et seq.

(2) Ne dicas amico tuo: Vade, et revertere: cras dabo tibi, cum statim possis dare. Proverb. cap. III v. 28.

(3) Et quicumque potum dederit uni ex minimis istis calicem aquæ frigidæ tantum, in nomine discipuli: amen dico vobis, non perdet mercedem suam. Math. cap. X, v. 24.



mo (1).» El apóstol san Pablo escribiendo á los fieles de Efeso, les exhorta á que trabajen no solo para ellos sino tambien para ahorrar alguna cosa con que remediar las necesidades de los pobres (2), y en su carta á los Hebreos, despues de darles saludables consejos sobre la caridad fraterna, les dice: «No os olvidéis hacer bien y comunicar con otros vuestros bienes: porque de tales ofrendas se agrada á Dios (3).»

¿Qué deberemos juzgar, hermanos míos, de aquel hombre rico, que viendo á otro hombre sumido en la miseria, no se apresura á socorrerle, y antes bien cierra los oídos á sus clamores? El apóstol San Juan lo califica diciendo que no está en él la caridad de Dios (4). ¿Qué mas os podré decir para persuadiros la obligacion en que estamos de hacer limosna? Ni de que mas pruebas me valdré, cuando habeis ya escuchado la palabra misma de Dios contenida en las santas y divinas Escrituras? Es un mandato espreso del Señor, y así como ha ofrecido premios á los que lo observen, castigará con todo rigor á aquel que despreciando sus preceptos no haga limosna segun sus facultades.

Cuando elogié debidamente la caridad de muchos cristianos, cuyos efectos vemos palpablemente en la sociedad, dije que tambien y por desgracia hay muchos otros que pudiendo hacer mucho bien por los pobres, nada hacen. Es, mis hermanos, una triste realidad. Por lo comun el hombre que se ve rico, que tiene cubiertas todas sus necesidades, que goza de una mesa opulenta, y que le basta desear un capricho

(1) Qui habet duas tunicas, det non habenti. et qui habet escas, similiter faciat. Luc. cap. III. v. 11.

(2) Adephe, cap. IV. v. 28.

(3) Ad Heb. cap. XIII., v. 16.

(4) I. Joan. cap. III. v. 17.

para conseguirlo, por costoso que sea; que rodeado de comodidades no siente el efecto de lo riguroso de las estaciones, no para mientes en que hay pobres infelices que careciendo de un pedazo de pan para ellos y sus hijos, lloran en el mas lastimoso estado, y sufren todo lo mas escetivo de los frios, por no tener con que abrigarse sus carnes. ¡Qué contraste! Mientras al uno todo le sobra y cubre de oro hasta los caballos que conducen sus carrozas, el otro pide en vano al rico avariento, que no conoce otro hermano ni otro amigo que sus bienes. ¡Ah! que estas son verdaderas copias del rico de quien nos habla San Lucas en su Evangelio, que vestia de púrpura y de lino finisimo, y que cada dia tenia espléndidos convites. Allí, continúa el Evangelista, habia un mendigo llamado Lázaro, que yacia á la puerta del rico lleno de llagas, deseando hartarse de las migajas que caian de la mesa del rico, y ninguno se las daba; mas venian los perros y le lamian las llagas. Y aconteció que cuando murió aquel pobre, lo llevaron los ángeles al seno de Abraham. Y murió tambien el rico y fué sepultado en el infierno (1).

Ved aquí, hombres acaudalados y llenos de ambicion, que no contentos con cuanto poseéis deseais mas, y no os dignais de socorrer las necesidades de vuestros hermanos; el castigo que Dios prepara á los avaros y faltos de misericordia, á quien no mueven á compasion las lágrimas del pobre. Murió el rico del Evangelio y fué sepultado en el infierno. Murió Lázaro y fué conducido por los ángeles al seno de Abraham. Consolaos pobrecitos, vosotros los que os veis

(1) Luc. cap. XVI. v. 19 et seq.



obligados á implorar vuestro sustento de puerta en puerta: confiad en la Providencia de Dios, que no os dejará sin el alimento necesario; sufrid con resignacion los trabajos y necesidades que Dios os envia, pues que ellos servirán para formar vuestra corona de gloria. Pero temblad vosotros, corazones de piedra, á los que ablandar no puede la miseria. Vosotros cerrareis vuestras manos al pobre; pero cerradas encontrareis las puertas del cielo, que no pueden abrirse á los que desprecian los preceptos del Hacedor Supremo. ¿Vosotros no reconocéis al pobre por hermano? Tampoco Jesucristo os reconocerá á vosotros por hijos. ¿Creeis acaso que esos bienes que tanto reservais os van á durar siempre? ¡Cuán miserables sois! Llegará un dia, y tal vez ese dia no esté lejano, en que os vereis á la puerta de la muerte. ¿Y alcanzareis la vida con vuestras riquezas? Tal vez entonces dispongais que despues de vuestros dias se repartan abundantes limosnas á los pobres con vuestras riquezas. ¡Qué fin tan hermoso para aquel que fué limosnero durante su vida! Pero vosotros, ricos, avarientos y faltos de caridad, por qué disponeis en vuestro últimos momentos legados para los pobres? Es muy claro: porque no podeis llevar con vosotros al otro mundo los bienes que formaban vuestra aparente felicidad en este. Os veis obligados á abandonarlos, ¡qué mucho que dispongais limosnas!

Desengañaos, cristianos; en vida es cuando principalmente debeis hacer limosnas, puesto que es un precepto del Señor: vosotros los que podeis, no esperar á que la necesidad os busque; salid vosotros de vuestras casas y buscad al que tiene hambre para darle de comer, al que tiene sed para darle agua, al

que está desnudo para cubrir sus carnes. ¡Cuán agradables os hareis en este caso á los ojos de Dios: aceptando vuestras limosnas como si á él mismo se las diéseis, os colmará de bendiciones, pues que escuchará y atenderá las súplicas que en vuestro favor le dirijan los pobres.

¿No es cierto que deseais gozar de todos los placeres? ¿No habeis corrido precipitadamente tras de los goces mundanos? Pues bien, yo os quiero proponer otro camino placentero. El mundo os ha dado mil desengaños, y entre las rosas os ha presentado las espinas. Yo os ofrezco en nombre de la religion goces y placeres que llenen y satisfagan vuestros corazones, sin que os dirijan á la perdicion: antes por el contrario, os servirán para ir formando un caudal en el cielo. ¿Y qué placeres son estos? Oidme. Buscad, inquirid donde hay una necesidad; pronto la encontrareis, pues que hay muchos pobres entre nosotros. En un miserable albergue encontrareis una pobre viuda rodeada de tiernos infantitos que le piden pan: vereis aquella pobre mujer afligida y vertiendo lágrimas de desconsuelo por no tener con que remediarse ni remediarlos. Acercaos á ella; preguntadle la causa de su afliccion, y al oir su miseria, y al ver aquel cuadro desgarrador, abrid vuestra mano, dadle una bendita limosna, esperaos á que aquella infeliz se provea de alimentos, y cuando veais aquellas tiernas criaturas que en compañía de su madre devoran aquel pan tan deseado, ¿no sentireis un placer inexplicable? ¿No rebosará vuestra alma de una alegría, de una satisfaccion la mas grande y la mas noble? Y despues cuando aquellos pobrecitos recen un Padre nuestro, cuando dirijan sus súplicas al cielo en favor de su bienhechor, ¿dejareis de ver-



ter lágrimas de ternura? Y Dios que tanto se agrada de estas caritativas obras, ¿dejará de escuchar los lamentos del pobre? ¿Dejará de derramar sobre vosotros sus bendiciones? Haced la prueba, mis hermanos; socorred la indigencia: amparad al huérfano, socorred á la viuda, dirigid vuestros pasos á la casa del enfermo; haced por encontraros allí donde exista la necesidad, socorriéndola segun vuestros recursos lo permitan, y gozareis de los placeres de la caridad desconocidos de los mundanos, y que no saben apreciar los avaros. Haced limosna, porque á ello estais obligados; pero hacedla cristianamente, apartando de ella el espíritu de vanidad. Hemos llegado al asunto que ofrecí tratar en la

#### SEGUNDA PARTE.

Predicar y enseñar á los fieles la caridad cristiana y el cómo deben practicarla; y tomar la defensa de los pobres, advirtiéndolo á los ricos la necesidad en que estan de mirar por ellos, es una obligacion de la que yo no puedo desentenderme por mi carácter de ministro de aquel Dios de paz, que amó y recomendó con instancia la pobreza; de aquel Dios que siendo riquísimo, pues que es dueño del cielo y de la tierra, y cuanto en ellos se contiene, quiso aparecer entre nosotros en la mayor pobreza, la que ostentó admirablemente reclinando su divina cabeza sobre las humildes pajas del pesebre en el portal de Belen.

Yo veo, mis hermanos, que muchos hacen limosnas; pero no dejo de observar que muchas de ellas no se hacen segun el espíritu del cristianismo. Los modernos filósofos que se han propuesto trastornar todo

principio de orden y de sociedad, inventando las pomposas frases de beneficencia y filantropía, hánse empeñado en hacer desaparecer el nombre de caridad cristiana. ¿Qué mas tiene un nombre que otro, me direis vosotros, toda vez que el fin sea el mismo? ¡Ah! Que la diferencia no puede ser mas notable, ora se atienda al nombre, ora al fin. Lo esplicaré en pocas palabras, pero suficientes para que os convenzais de esta verdad. La caridad fraterna mira en el pobre un hermano: la filantropía un inferior. La caridad obra por Dios, y desinteresadamente: la filantropía obra por el hombre y por el propio interés. Ved aquí por qué las obras de la caridad cristiana permanecen, y las otras se disipan como el humo. El hombre religioso que da limosna por Dios, no busca su propia estimacion, como le sucede al vanidoso que se desprende de algun interés, y hace una obra buena, buscando los aplausos del mundo: al primero lo premia Dios con su gloria, y el segundo recibe su galardón en esos aplausos que le llenan de soberbia.

El mismo Espíritu Santo nos dirá por san Mateo, el modo como debemos hacer la limosna. Oigámosle. «Cuando haces limosna, nos dice, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres: en verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando haces limosnas, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que vé en lo oculto te premiará (1). Claramente nos muestra aquí el Señor que debemos huir de los placeres del mundo y no llevar

(1) Math. cap. VI, v. 2, 3 y 4.



otro objeto que el obedecer á Dios, haciendo bien por nuestros hermanos. Esto es necesario entenderlo. Se debe hacer la limosna en secreto para que sea grata á los ojos de Dios, segun la doctrina evangélica que acabamos de citar. Los fariseos hacian tocar una trompeta para juntar los pobres y ganarse la reputacion de hombres caritativos. Condenando el Señor esta hipocresía, espone el Crisóstomo, nos manda hacer la limosna de tal modo, que si es posible no se enteren nuestras mismas manos (1). Si la limosna se hace públicamente y se lleva el objeto de edificar, de dar buen ejemplo á los hijos ú á otras personas, entonces como no es la vanidad la que mueve el corazon, sino por el contrario, la misma caridad que nos ordena dar buen ejemplo, la limosna es bien hecha.

La limosna debe hacerse sin repugnancia y sin escusa; podrá ser que el pobre á quien la haceis sea molesto, importuno ó embustero, esto no servirá de pretesto para que no le socorrais. Si aparentó una necesidad que no tenia, él mismo se engañó: vosotros habeis mirado en el pobre á Jesucristo, y no perdereis el galardón de vuestra buena obra. Empero tened entendido que la limosna ha de hacerse de los propios bienes, y de ningún modo de los ajenos. El que roba y emplea lo que roba en hacer limosnas, lejos de practicar una obra de caridad, comete una injusticia. Pues qué, me direis, ¿no socorrió la necesidad? Sí: pero es un principio cierto, que no hay caridad donde no hay justicia. Además, mis hermanos carísimos, la limosna debe ir siempre acompañada de la humildad, de esta virtud hermosa que presidió todas las obras de Jesucristo. Hacer la limosna por mano age-

(1) Joan. Chrys. in Math. Homil. XIX.

na, pudiéndose hacer por la propia; juntar los pobres á una misma hora y hacerles esperar á las puertas del rico para que los vean los transeuntes, es soberbia. Grabar los escudos de vuestra casa y familia en la manta que facilitais al pobre para que se abrigue, es soberbia.

Estamos, mis hermanos, rodeados de pobres: la miseria salta á nuestra vista por do quiera que dirijamos nuestros pasos. *Semper enim pauperes habetis vobiscum* (1). Y bien: ¿dónde encontraremos pan para socorrer tanta pobreza? *Unde ememus panes ut manducent hi?* ¡Ah! En vuestras almas compasivas, en vuestros corazones cristianos, en vuestra caridad. Sí: la caridad es poderosa: socorred á vuestros hermanos, dad limosna y vereis aumentada vuestra hacienda. Dad limosna y os purificareis de vuestros pecados. ¡Cuántos bienes reporta la limosna hecha cristianamente! Se socorre al prójimo, se practica un acto de obediencia al Ser Supremo, se acarrean gracias para el alma y se va formando un caudal de merecimientos. Avaros que me escuchais, ¿no pasais mil incomodidades y privaciones por juntar un caudal que mañana dejareis? ¿Pues por qué no ambicionais el cielo, y tratais de ir juntando allí vuestro tesoro? Hacedlo así, teniendo entendido que cuanto hagais por los pobres, por vosotros mismos lo haceis. Haced bien, hermanos, por vosotros mismos: este es el grito de la caridad cristiana. ¿Y cerrareis vuestros oídos? ¿Y os profesareis tan poco amor á vosotros mismos que no os dignareis socorrer vuestras propias necesidades?

Conozcamos de una vez que debemos ser limosne-

(1) Marc. cap. XIV, v. VII.



ros, porque Dios lo manda formal y espresamente, y procuremos ejercer la caridad para con los pobres, pero de un modo cristiano, sin que la vanidad ni la soberbia presidan nuestras buenas obras, pues que en este caso perderemos todo el mérito para con Dios, y no recibiremos otra recompensa que esos aplausos que halagan el corazón mundano. Sea nuestra limosna hecha en lo oculto, á fin de que sea premiado por nuestro Padre, que vé lo oculto. Compadezcámonos de los pobres, así como Jesucristo se compadeció de aquella multitud hambierta: no podemos multiplicar el pan como el Salvador, pero podemos dar parte del nuestro, entristecernos con el triste y llorar con el aflijido.

Plegue á Dios que convencidos de las verdades que habeis oido, os decidais en adelante á ser misericordiosos con los pobres, dedicando á ellos lo que habiais de emplear en galas, adornos y demas cosas superfluas. Ojalá llegueis á sentir tal compasion de las necesidades ajenas que las mireis como propias, y os hagan quitar el pan de vuestra boca para socorrer á vuestros hermanos. Entonces sereis agradables á los ojos de Dios, quien en premio de vuestra caridad y misericordia la usará con vosotros, coronándoos de su gloria. Amen.

## SERMON

PARA EL LUNES

### DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

**La profanacion de los templos es un pecado horrendo, que el Señor castiga con todo rigor.**

*Nolite facere domum Patris mei, domum negotiationibus.*

No hagais la casa de mi Padre, casa de tráfico.

Joan. cap. II, v. 16.

La vida de Jesucristo entre los hombres fué una vida de humildad y mansedumbre: al presentarse al mundo, tuvo por cuna un pesebre y por almohada las pajas que en él se contenian. Su objeto era destruir la soberbia, origen de nuestros males. Ni en las grandes contradicciones que esperimentó durante el tiempo de su predicacion, ni al recibir á Judas cuando con un ósculo de falsa paz le entrega en manos de sus enemigos, ni al ser insultado é injuriado en los tribunales, ni al sufrir los grandes tormentos de su pasion y muerte, alteróse en lo mas mínimo su semblante: resignado á la voluntad de su Eterno Padre, no desplegó sus



ros, porque Dios lo manda formal y espresamente, y procuremos ejercer la caridad para con los pobres, pero de un modo cristiano, sin que la vanidad ni la soberbia presidan nuestras buenas obras, pues que en este caso perderemos todo el mérito para con Dios, y no recibiremos otra recompensa que esos aplausos que halagan el corazón mundano. Sea nuestra limosna hecha en lo oculto, á fin de que sea premiado por nuestro Padre, que vé lo oculto. Compadezcámonos de los pobres, así como Jesucristo se compadeció de aquella multitud hambierta: no podemos multiplicar el pan como el Salvador, pero podemos dar parte del nuestro, entristecernos con el triste y llorar con el aflijido.

Plegue á Dios que convencidos de las verdades que habeis oido, os decidais en adelante á ser misericordiosos con los pobres, dedicando á ellos lo que habiais de emplear en galas, adornos y demas cosas superfluas. Ojalá llegueis á sentir tal compasion de las necesidades ajenas que las mireis como propias, y os hagan quitar el pan de vuestra boca para socorrer á vuestros hermanos. Entonces sereis agradables á los ojos de Dios, quien en premio de vuestra caridad y misericordia la usará con vosotros, coronándoos de su gloria. Amen.

## SERMON

PARA EL LUNES

### DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

**La profanacion de los templos es un pecado horrendo, que el Señor castiga con todo rigor.**

*Nolite facere domum Patris mei, domum negotiationibus.*

No hagais la casa de mi Padre, casa de tráfico.

Joan. cap. II, v. 16.

La vida de Jesucristo entre los hombres fué una vida de humildad y mansedumbre: al presentarse al mundo, tuvo por cuna un pesebre y por almohada las pajas que en él se contenian. Su objeto era destruir la soberbia, origen de nuestros males. Ni en las grandes contradicciones que esperimentó durante el tiempo de su predicacion, ni al recibir á Judas cuando con un ósculo de falsa paz le entrega en manos de sus enemigos, ni al ser insultado é injuriado en los tribunales, ni al sufrir los grandes tormentos de su pasion y muerte, alteróse en lo mas mínimo su semblante: resignado á la voluntad de su Eterno Padre, no desplegó sus



labios para proferir una palabra de queja. Sin embargo, el Evangelio de hoy nos presenta al Salvador alterado, y castigando con la mayor severidad á unos pecadores. ¿Cómo es esto? ¿No recibió con el mayor amor á una Magdalena? ¿No esperó á la Samaritana? ¿No mostró siempre lo sumo de su misericordia acogiendo entre sus brazos á los pecadores? Sí, cristianos; pero hay un pecado horrendo á los ojos de Dios; un pecado injuriosísimo á la Divinidad y este es el que hace que Jesucristo use de todo rigor con sus perpetradores: la falta de respeto al lugar santo; la profanación de los templos, es el gran crimen que hizo alterar al mansísimo Redentor de la humanidad. Oid la narracion evangélica.

«Estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús á Jerusalem: y halló en el templo á los negociantes sentados vendiendo bueyes y ovejas y palomas: y haciendo un látigo de cuerdas los echó á todos del templo, y los bueyes y ovejas, y arrojó por tierra el dinero de los negociantes y derribó las mesas, y dijo á los que vendían las palomas: quitad esto de aquí, y la casa de mi Padre no la hagais casa de tráfico.» Inferir podreis, mis queridos hermanos, por esta relacion evangélica, cuán detestable sea á los ojos de Dios el pecado de la profanación de los templos, y cuán digno se hace de terribles castigos el que convierte la casa de oracion, en lugar de negocios profanos.

Si del modo que hemos visto arrojó el Señor del templo á aquellos traficantes, no obstante que los animales que vendían eran las víctimas para el sacrificio; ¿qué castigos no enviará á los cristianos que profanan, no un templo donde reside Dios en figura, sino real y verdaderamente como está en los cielos? ¿Qué crimen

mas horrendo será el de aquellos á quienes objetos profanos y pecaminosos atraen á la casa del Señor? Esas conversaciones continuas, esas posturas indecorosas, esas risas importunas, esas miradas immodestas que cada dia advertimos en el lugar santo, ¿qué otra cosa significan sino una criminal falta de respeto ó una sacrílega profanacion de los templos? El Señor, mis hermanos, ha elegido estos santos lugares para que lleven su nombre eternamente, y para que permanezcan en ellos sus ojos y su corazon: el templo es casa de oracion, y Dios está dispuesto á escuchar las que le dirigamos ante los santos altares: pero así como ha elegido los templos para residencia de su corazon, exige de nosotros que le seamos fieles especialmente en su santa casa, respetando cual es debido el lugar santificado. Así lo mostró á Salomon, cuando este monarca le hubo dedicado el suntuoso templo de Jerusalem, y así nos lo advierte tambien á nosotros. Arreglándome, pues, á la doctrina de nuestro Evangelio, voy á haceros ver que así como Dios está dispuesto á escuchar las oraciones que le dirigimos en los templos, si van acompañadas de buenas disposiciones, castiga con todo rigor á los que profanan su morada. Tal es mi objeto.

Concededme, oh Dios de amor, el talento de la palabra, y purificad mis labios con el fuego de ese altar para que dignamente desempeñe mi sagrado ministerio. Os lo suplico por la poderosa intercesion de la que es templo vivo de la beatísima Trinidad, María Señora nuestra, á la que saludamos con el mayor afecto de nuestros corazones, repitiendo las expresiones del Arcángel. *Ave Maria.*



## PRIMERA PARTE.

Dios, que tiene un derecho indisputable á ser adorado en todo lugar por parte de sus criaturas, ha elegido ciertas casas para que en ellas le dirijan sus oraciones, y dispensarles mas particularmente las finezas de su amor. Por eso dispuso que se le edificase un templo en Jerusalem, para que fuese el centro comun de su alianza con aquel pueblo. Este templo que edificó Salomon, hijo de David, y en cuya fábrica se emplearon las mas preciosas piedras, las maderas mas olorosas, el oro mas puro y los artifices de mas acreditada habilidad, fué el primero que se consagró á Dios en la tierra. Extraordinarios prodigios dieron á conocer que se cumplia como no podia menos de cumplirse la promesa hecha por el Señor á Salomon á quien habia dicho, despues de la dedicacion del templo: «He elegido y santificado este lugar, para que en él permanezca mi nombre para siempre, y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazon en todo tiempo (1).» En efecto, si Josafat alcanzó que los numerosos ejércitos de sus enemigos se degollasen por sus propias manos, fué por haber implorado en el templo el auxilio del Señor. Por haber orado al pié del arca el piadoso Ezequías, consiguió que un ángel del Señor, espada en mano, destruyese en una noche las terribles huestes de los Asirios.

Ahora bien, mis hermanos; Salomon habia dirigido una fervorosa oración al Señor suplicándole hi-

(1) Elegi enim, et sanctificavi locum istum, ut sit nomem meum ibi in sempiternum, et permaneant oculi mei et cor meum ibi cunctis diebus. II. Paralip. cap. VII, v. 16.

ciese descender su misericordia sobre todos aquellos que le dirigiesen sus oraciones en el templo, y así se lo prometió el Señor á condición de que los israelitas le fuesen fieles, no le volviesen las espaldas y reverenciasen su templo, amenazándoles si de otro modo obraban con extraordinarios castigos: y esto que allí no residia Dios con presencia real y verdadera como en nuestros templos. Contemplad, pues, cual deberá ser el respeto y la veneracion que debemos usar nosotros dentro de estas casas donde todo respira santidad, pues que es la habitacion dó reside el Santo de los Santos, el autor de la santidad. Sí, católicos: esta es la casa de Dios: *Domus mea* y por eso es casa peculiar y propiamente de oración. Si en todas partes deben ejercitarse las virtudes porque el universo todo es un templo de su Hacedor supremo, en el templo debe abstenerse el hombre de todo otro pensamiento que no sea Dios, dedicándose enteramente á su servicio y adoracion en espíritu y verdad. Todo cuanto existe en los templos reclama nuestra mas profunda veneracion.

Asi es ciertamente: fijad vuestra vista en el Tabernáculo. ¿Quién existe allí aunque escondido á nuestra vista bajo el velo de los accidentes? ¡Ah! vuestra fé os responde que el mismo Jesucristo en cuerpo y alma: su cuerpo, su sangre, su divinidad, su humanidad, todo entero como está en los cielos á la diestra de su eterno Padre: sí, presente á nosotros está el Salvador y mas humillado y en estado de mayor abatimiento que en el pesebre y en la cruz, porque en ambos casos aunque ocultaba su divinidad, mostraba su santísima humanidad: pero en el Santísimo Sacramento de nuestros altares no solo oculta su



divinidad sino tambien su humanidad, reduciéndose á pesar de su inmensidad al estrecho círculo de una hostia, para que nos acerquemos con mayor confianza á impetrar sus divinas bondades. La sola augustísima y real presencia de nuestro Dios, exige como nos enseña la fé y nos persuade la razon un profundo respeto por nuestra parte. ¿Qué compostura, qué respeto no llevaríamos á la presencia del monarca que nos admitiese á su presencia? Pues conoced, mis hermanos, que los mismos reyes á quienes Dios nos manda obedecer y respetar son nada en presencia del que es rey de reyes y Señor de los que dominan, que es el que vive aunque con apariencias de muerto en nuestros sagrarios.

Contemplad, mis hermanos, los demas objetos que se os ofrecen á la vista en el Santuario. La pila bautismal, esa fuente sagrada donde fuístes lavados del pecado que heredásteis aun antes de nacer: en ella dejásteis de ser esclavos del demonio y adquirísteis el noble título de hijos de Dios: allí rompísteis con el contacto de esa agua las duras cadenas que os aprisionaban al terrible carro del enemigo de nuestras almas, y ¿no os abismareis en la consideracion de esos tribunales de la penitencia que os manifiestan lo extraordinario de la bondad y misericordia de nuestro Dios? Sí, mis amadísimos hermanos: no se contentó nuestro amabilísimo Redentor con instituir el Sacramento del bautismo, sino que conociendo nuestra miseria y queriendo proveernos de remedio, estableció esas piscinas saludables en cuyas aguas nos lavamos de la lepra del pecado. Estas sagradas cátedras desde las que se os anuncian las verdades eternas, y se os enseñan vuestros deberes, el incruento sacrificio de la misa, donde

se ofrece Jesucristo á su eterno Padre, esas sagradas aras donde se derrama la purísima sangre del cordero sin mancilla, el signo de la santa cruz que os recuerda la obra de la redencion, esas imágenes de los que habiendo vivido entre nosotros, son hoy del número de los bienaventurados, y todo en fin cuanto veis en la casa del Señor, ¿no es digno de mayor respeto, no exige la mayor veneracion?

Ciertamente, mis amadísimos hermanos, esta es la casa donde el padre de familia, lleno de pena por los extravíos de su hijo, le espera con los brazos abiertos para estrecharle en su corazon: aquí es donde el pastor que ha perdido la oveja, da silvos amorosos para conducirla de nuevo á su rebaño: esta es una casa mucho mas franca que la de Simon el Fariseo, donde espera Jesucristo á los pecadores. ¡Cuán grande es la bondad y misericordia que Dios usa en sus templos con la criatura por miserable que sea! Despues que ha traído al pecador y este se ha lavado por medio de la penitencia, le llama á sí, le ofrece un banquete donde pueda regalarse con el manjar mas dulce: le da su misma carne, su misma sangre: su propio corazon. Unese al hombre con mas intimidad que dos trozos de cera derretidos al fuego se unen entre sí.

El Señor dijo espresamente á los hebreos: «Guardad mis fiestas y tened un profundo respeto á mi Santuario (1),» y los hebreos, por cumplir con este precepto, descalzábanse en la puerta, limpiábanse el polvo, estaban con la mayor reverencia, y cuando salian del templo andaban hácia atrás por no volver las espaldas al Santuario. ¡Qué confusion y qué vergüenza

(1) Custodite sabbata mea, et pavete ad Santuarium meum. Levit. XXV, versículo 2.



para muchos cristianos: en el templo que tanto respetaban los judíos solo había el Arca de la Alianza, que era una figura del arca verdadera que se contiene en nuestros templos, donde como hemos dicho, habita Dios realmente y no en figura. Verdaderamente que nuestros templos son casas de Dios y puertas del cielo. Esas personas que por mas que sean de buenas costumbres, no guardan el respeto debido al templo, puesto que usan en él de conversaciones profanas, que cualquier objeto las distrae, que no atienden á los misterios y sagradas ceremonias del culto, ¿ignoran por ventura que están en la casa de Dios? ¿O será tal vez que han perdido la fé? ¡Ah! Que ya oigo que me contestan: No hemos perdido la fé: sabemos que estamos en la presencia de Dios. Pues entonces, ¿por qué le insultais profanando su Santuario? ¿Por qué estais en su presencia con menos decoro que estariais en cualquier visita de etiqueta?

Os he hecho ver, mis queridos hermanos, que todo en el lugar santo respira santidad: que la presencia de Dios, y los demas objetos que aquí se nos presentan exigen y reclaman nuestro respeto profundo y devocion sincera. Quiero ahora que particularmente fijeis vuestra atencion en el santo sacrificio de nuestros altares.

Y desde luego toda religion, ora verdadera, ora falsa, ha ofrecido sacrificios á su Dios. Los gentiles que adoraban sus falsos ídolos les ofrecian las primicias de los frutos de la tierra, y su fanatismo les hacia ofrecer ante los ídolos á sus prisioneros de guerra. Los hebreos ofrecen aun los sacrificios que se mandaban en el sagrado libro del Levítico y que Dios tenia ordenado. Pero el mismo Señor que habia dicho á los judíos, in-

molarne las víctimas en el templo que he escogido, les dice despues: no me agradan ya las víctimas de Judá y Jerusalem. En efecto: la sangre derramada por los sacerdotes significaba aquella preciosísima y de valor infinito que vertida en el Gólgota habia de lavar todas nuestras iniquidades. El Eterno Padre aceptó el sacrificio cruento de la cruz, por el que se reconcilió con la humanidad. Este sacrificio de valor infinito es el que se renueva diariamente en nuestros altares de un modo incruento. Ofrecemos á Dios un sacrificio de latria, de gran gloria y honor á la divinidad. No podemos ofrecer á Dios cosa que le sea mas grata que este sacrificio eucarístico ó de accion de gracias, que es propiciatorio, porque ofrecemos en satisfaccion de nuestras culpas todos los méritos de Jesucristo, sus tormentos y su muerte. ¡Ah! Cuántas gracias, cuántas bendiciones descienden sobre nosotros por la celebracion del santo sacrificio de la misa! Nada puede mover mas en nuestro favor al Eterno Padre que este sacrificio impetratorio. Sí, cristianos: con el santo sacrificio de la misa damos gloria y honor á toda la Beatísima Trinidad, y conseguimos grandes bienes, no solo en nuestro favor, sino tambien en utilidad de nuestros hermanos que sufren en la Iglesia purgante, pues que se alivian sus penas y padecimientos, abreviándoles el tiempo de su residencia en las cárceles de fuego, y abriéndoles las puertas del paraíso. ¡Buscad, pues, una cosa mas grande, mas santa que el augusto sacrificio de nuestros altares! Ciertamente que no la encontrareis.

Contemplad, mis hermanos, por cuanto llevo dicho, cuán profundo debe ser el respeto y cuán cordial la devocion que debemos tener en los templos. Yo tiemblo de espanto al ver muchos cristianos que



convierten la casa de Dios en cueva de ladrones. Sí, en cueva de ladrones, porque muchos roban á Dios el respeto y adoracion que merece y que exige de nosotros. Pecadores que en todas partes ofendeis á Dios, ¿no sois unos ingratos, unos pérfidos, en venir tambien á ofender á Dios en su mismo templo? Mujeres escandalosas que os adornais con profusion y venis á la casa de Dios á arrebatár las miradas que deben dirigirse á Dios, ¿deseais por ventura recibir el incienso que solo ante las aras del Señor debe quemarse? ¿Quereis ocupar el lugar que corresponde á vuestro Criador, que puede convertiros en ceniza con solo una mirada? Retiraos, pues, de esta casa que es el lugar destinado á la oracion, y no insulteis en ella al Dios de magestad.

Desgracia es digna de llorarse con lágrimas de sangre, la conducta de muchos cristianos en los templos: no se hubieran atrevido seguramente á hacer otro tanto los gentiles en el lugar donde adoraban sus ídolos. ¡Qué contradiccion tan monstruosa! Se dicen cristianos: quieren aparecer como hombres de fé, se agraviarian si se pusiese en duda su catolicismo, y despues vienen al templo con un espíritu disipado, y á veces mientras el sacerdote está ofreciendo la Hostia pura, santa é inmaculada, están ellos formando en su entendimiento planes lascivos, y sacrílegos proyectos de ambición ó de venganza: cuando están prontos á inclinarse ante la deidad que es objeto de su cariño, renuevan los desacatos é irreverencias de los judíos, no doblando la rodilla ante el Dios de los siglos, y piensan en todo menos en lo que se está efectuando y adonde debieran dirigir toda su atencion. ¿Exagero por ventura? ¿No es esto lo que

estamos viendo cada dia? ¿No se dan mil citas amorosas, para el templo, como si el templo fuera un teatro ó la casa de un particular cualquiera? ¿No se tratan dentro de sus muros asuntos enteramente profanos y por lo tanto agenos al lugar santo? Mientras unos fieles postrados en el tribunal de la penitencia alcanzan la absolucion de sus pecados, y otros fortalecen sus almas con el pan de los ángeles, ¿no están otros riéndose de ellos y tal vez murmurando de aquellas obras de piedad, no por otra cosa sino porque confunde su tibieza? Mientras unos dirigen fervorosas oraciones á Dios para alcanzar sus misericordias, ¿no se entretienen otros en llamar la atencion de los devotos, distrayéndoles con sus conversaciones é importunidades? En tanto que el ministro de Dios predica la divina palabra, ¿no hay algunos y no pocos que atentos á si es ó no elocuente, si dice bien ó mal el predicador, están como en un espectáculo profano, sin parar mientes en la doctrina evangélica? Asi sucede por desdicha, y ya que habeis visto lo digno de respeto y veneracion que es el templo, por ser casa de oracion y puerta del cielo, voy á haceros ver los castigos terribles con que Dios amenaza á los profanadores del Santuario. Esto servirá para que los que hasta aquí habeis respetado el lugar santo, lo sigais practicando con empeño, y para que vengan á verdadero conocimiento los que no lo han hecho, y pidiendo perdon á Dios por su anterior infidelidad é ingratitud, procuren en adelante portarse en la casa de Dios como verdaderos cristianos.



## SEGUNDA PARTE.

Si es una verdad que el hombre que entrando en una casa, comete abusos de confianza, y falta al respeto debido al dueño de ella, atrae sobre sí el enojo de aquella familia que no tarda en arrojarle fuera, advirtiéndole que no vuelva á repetir sus visitas, ¿á que no será acreedor el hombre que falta al respeto y aun á las reglas de educacion, no en casa de un amigo, sino en el mismo palacio do reside el que es Soberano de los cielos y de la tierra? ¡Ah! Que yo no puedo menos de estremecerme al leer en las páginas de la Escritura Santa el modo tan terrible con que Dios castigó en todos tiempos á los profanadores de los templos.

En el libro segundo de los Macabeos se nos refiere el castigo que envió el Señor á Heliodoro, á aquel profanador del templo, que por orden del rey de quien era ministro, se apoderaba de los caudales con que atendia á las necesidades del templo, y al socorro de los pobres y las viudas. Envió Dios á sus ángeles los cuales le azotaron en términos de dejarle casi sin vida, mudo, y tenerlo que conducir en silla de manos (1). ¡Ah! Castigo terrible que debiera estar siempre presente á aquellos que llenos de ambicion, han querido reducir el santuario al estado de mayor pobreza! Gran Dios! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios, puesto que habiendo tantos Heliodoros, no vemos la repetición de aquel terrible castigo! Pero sois justísimo y conozco que teneis muchos modos de cas-

(1) II. Machab. cap. III, v. 25 y 26.

tigar á las criaturas, y que todo lo disponeis con suma sabiduría.

¡Ay, cristianos! ¿Acaso no procurareis tener el respeto debido al templo porque no se repiten en la actualidad aquellos castigos visibles? Muy ciegos debéis estar cuando no advertís los continuos que Dios manda á los pueblos. Tantas muertes repentinas, tantas enfermedades contagiosas que aparecen para diezmar los pueblos y ciudades, la pérdida de las cosechas que producen la terrible plaga del hambre, las guerras y otras calamidades, ¿qué otra cosa son sino castigos del Señor, por la falta de fé, por la profanacion de los templos? Sí, el Señor nos azota, no por ministerio de sus ángeles, sino por su misma mano, rodeándonos de aflicciones, y prepara mayores castigos para despues de la presente vida. ¡Ojalá que conociendo nosotros nuestros estravíos como Heliodoro despues que recobró el habla y la salud por los ruegos de Onias, esclamemos como él al rey: «El mismo que tiene su morada en el cielo, es el visitador y protector del templo, y hiere y mata á los que le profanan (1).» Si tal confesion salió de los labios de Heliodoro, aunque idólatra, por haber experimentado tan riguroso castigo, ¿qué deberemos decir nosotros toda vez que en nuestros templos reside la magestad de nuestro Dios?

Oza, que perdió la vida repentinamente por haber estendido su mano para que no cayera el Arca Santa; los cincuenta mil betsamitas que fueron tratados con el mayor rigor por mirar el Arca con poca reverencia, y Baltasar que perdió el reino y la vida en la misma

(1) Nam ipse, qui habet in cœlis habitationem, visitator, et adjuutor est loci illius, et venientes ad malefaciendum percutit, ac perdit. Ibid. versiculo 39.



noche en que hizo servir los vasos sagrados en un festin, son los grandes ejemplos que debemos tener siempre á la vista, para acostumbrarnos á mirar con el mayor respeto nuestros templos.

Empero que necesidad tenemos de aglomerar mas pruebas, si basta para hacernos estremecer y conocer el horrendo pecado de los profanadores de los templos el hecho que nos refiere nuestro Evangelio de hoy, y que me ha obligado á elegir esta materia para vuestra instruccion. Jesucristo, que era la mansedumbre por esencia, se irrita y castiga por su mano á los que no teniendo en cuenta el respeto y veneracion debida al templo, le convertian en casa de negocios. Echando fuera del templo á los que compraban y vendian, y arrojando los objetos de mercancías y el dinero: Quitad todo esto de aquí, les dice, y la casa de mi Padre no la hagais casa de tráfico: *Auferta ista hinc, et nolite facere domum Patris meis, domum negotiationis*. Por las irreverencias que cometieron en la Iglesia los habitantes de Constantinopla, fueron castigados con la guerra de los turcos, como refiere el erudito Baronio (1).

Quiera el cielo, que á vista de tales castigos escarmentéis vosotros, para no atraer sobre vuestras cabezas el enojo de Dios, en el mismo lugar que tiene destinado para teatro de sus infinitas bondades y misericordias. El desprecio de los templos; la falta de respeto al lugar santo, es sin que lo dudeis la causa de muchas de las desgracias que experimentan los pueblos y los individuos. Por no aflijir vuestros espíritus hago el sacrificio de ahogar en mi corazón las

(1) Baron. ad. an. 436.

reflexiones que naturalmente se desprenden de la doctrina saludable que hemos tratado. No quiero detenerme en la consideracion del triste cuadro que presenta la sociedad, ni recordar siquiera las muchas profanaciones que de nuestros santuarios se han venido cometiendo en los últimos años. Afortunadamente veo una regeneracion venturosa, que me hace creer y esto me llena de consuelo, que no se repetirán entre nosotros los escesos que mediante á los pasados trastornos que han agitado al Estado, se han venido representando por hombres que sin otra bandera que la impiedad, han insultado impunemente por parte de la tierra nuestra religion, nuestro culto y sus ministros. Yo creo y no será un esceso de mi devocion, que si no hemos experimentado mayores y mas terribles castigos por la profanacion de los templos, ha sido por los ruegos de la que siendo el refugio de los pecadores, es patrona de nuestra nacion. Sí, señores, la Santísima Virgen, cuyas imágenes veneramos en nuestros templos, ha detenido el brazo airado de la Divina Justicia: porque si así no fuera, ¿cómo nos hubiéramos librado de mayores castigos que el que recibió Heliodoro, ó el que dió por su misma mano Jesucristo á los judíos, puesto que nuestro pecado al profanar el templo es mucho mayor que el de aquellos, por la residencia en él de nuestro Dios?

No creo que sea necesario instar mas para que os persuadais del respeto y compostura que debéis guardar en el lugar santo. Cuanto en él se nos presenta es digno de nuestra veneracion como os manifesté en la primera parte. El Dios á quien no abarca el cielo, ni los cielos de los cielos, segun la espresion de Salomon, es el mismo que reside en nuestros sagrarios: no se



presenta á nuestra vista entre truenos y relámpagos como en el Sináí, pero ahí escondido bajo los accidentes de pan, exige de nosotros que interior y exteriormente le tributemos el acatamiento debido á su grandeza. Presentarse ante su trono sin compostura y devocion, y estar en su presencia distraído y tal vez en objetos criminales es insultarle en su misma casa, y hacerse acreedores á los grandes castigos que como habeis visto envia el Señor á los profanadores de sus templos.

Plegue á Dios que aprovechándoos de la instruccion que acabais de recibir, ofrezcais al Señor en su templo un corazon puro y sincero, y unas oraciones fervorosas, que suban hasta su trono en olor de suavidad. Ojalá que os decidais á respetar y venerar de tal modo el Santuario, que complacido Dios de vuestro modo de obrar os dé en recompensa la posesion del templo de la inmortalidad que es su gloria. Amen.

## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

**Si la fé nos ha de salvar, es necesario que haya una union íntima entre ella y las buenas obras.**

*At ille ait: Credo Domine. Et procedens adoravit eum.*

Y él dijo: creo, Señor. Y postrándose le adoró.

Joan. cap. IX, v. 38.

Uno de los milagros mas asombrosos que hizo Jesucristo durante los tres años de su predicacion, es sin duda el que nos refiere el Evangelio de este dia, el cual lejos de admirar á los sábios doctores de la Sinagoga, produjo en ellos un efecto contrario, pues que llamaban pecador al que dió vista al ciego de nacimiento, porque en sábado habia obrado aquella curacion, y escomulgaron al que habia sido ciego, por el solo delito de confesar á presencia de todas las gentes la bondad y misericordia que con él habia usado Jesus. La conducta de este ciego vá hoy á confundir á la fé de muchos cristianos, cuyas obras estan á gran



presenta á nuestra vista entre truenos y relámpagos como en el Sináí, pero ahí escondido bajo los accidentes de pan, exige de nosotros que interior y exteriormente le tributemos el acatamiento debido á su grandeza. Presentarse ante su trono sin compostura y devocion, y estar en su presencia distraído y tal vez en objetos criminales es insultarle en su misma casa, y hacerse acreedores á los grandes castigos que como habeis visto envia el Señor á los profanadores de sus templos.

Plegue á Dios que aprovechándoos de la instruccion que acabais de recibir, ofrezcais al Señor en su templo un corazon puro y sincero, y unas oraciones fervorosas, que suban hasta su trono en olor de suavidad. Ojalá que os decidais á respetar y venerar de tal modo el Santuario, que complacido Dios de vuestro modo de obrar os dé en recompensa la posesion del templo de la inmortalidad que es su gloria. Amen.

## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

**Si la fé nos ha de salvar, es necesario que haya una union íntima entre ella y las buenas obras.**

*At ille ait: Credo Domine. Et procedens adoravit eum.*

Y él dijo: creo, Señor. Y postrándose le adoró.

Joan. cap. IX, v. 38.

Uno de los milagros mas asombrosos que hizo Jesucristo durante los tres años de su predicacion, es sin duda el que nos refiere el Evangelio de este día, el cual lejos de admirar á los sábios doctores de la Sinagoga, produjo en ellos un efecto contrario, pues que llamaban pecador al que dió vista al ciego de nacimiento, porque en sábado habia obrado aquella curacion, y escomulgaron al que habia sido ciego, por el solo delito de confesar á presencia de todas las gentes la bondad y misericordia que con él habia usado Jesús. La conducta de este ciego vá hoy á confundir á la fé de muchos cristianos, cuyas obras estan á gran



distancia de aquellas que deben caracterizar á los fieles hijos de la Iglesia católica. Oigamos ante todo el testo evangélico. «Como Jesus hubiese visto á un hombre ciego de nacimiento, le preguntaron sus discípulos: Maestro: ¿quién pecó, éste ó sus padres para haber nacido ciego? Y Jesus les respondió: ni este pecó, ni pecaron sus padres, mas nació ciego para que las obras de Dios se manifiesten en él. Es necesario que yo obre en conformidad con aquel que me envió, mientras es de día: vendrá la noche, y ninguno podrá obrar. Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo. Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, ungiendo con él los ojos del ciego, diciéndole: lávate en la piscina de Siloe. Se fué pues, y se lavó, y quedó con vista.» Hasta aquí solo nos demuestra el evangelista el hecho milagroso de dar vista al que siempre habia carecido de ella, valiéndose el Salvador de una materia mas propia para cegar que para recuperar la vista. En seguida nos presenta al ciego delante de los fariseos que le hacen varias preguntas, tanto á él como á su padre, á quien habian hecho comparecer: preguntas dirigidas, no con el objeto de esclarecer una verdad que no podian ocultar, sino con el fin malévolo de desfigurarla y desacreditar á Jesus, á quien llamaron pecador. ¡Qué admirable aparece á mi vista la contestacion que el que habia recobrado la vista dirige á los fariseos! Ella es una manifestacion palpable de la fé que ya ardia en su pecho. «Cierto que es cosa maravillosa, les dice aquel hombre, que vosotros no sepais de donde es el que me dió la vista, pero ello es que abrió mis ojos. Y sabemos que Dios no oye á los pecadores: mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, á este oye.

»Nunca fué oido que abriese alguno los ojos de uno que nació ciego. Si este no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna. Respondieron y le dijeron: ¿en pecado has nacido todo, y tú nos enseñas? Y le echaron fuera. Oyó Jesus que le habian echado fuera, y cuando le halló le dijo: ¿crees tú en el Hijo de Dios? El respondió, ¿quién es, Señor, para que crea en él? Entonces le dijo Jesus: le has visto, y el que habla contigo ese mismo es. Creo, dijo entonces el ciego, y postrándose le adoró.»

Basta, mis queridos hermanos, pues es tal y tan abundante la doctrina que se desprende de este Evangelio, que dá materia para muchos y diversos discursos. Yo deseo que el que voy á tener el honor de dirijiros en este dia os sirva de instruccion y aprovechamiento para la salud de vuestras almas: como ministro de Jesucristo, y como tal, dispensador de su doctrina, he sido enviado á vosotros para enseñaros los caminos que conducen á la patria, que es el cielo, y advertiros de los precipicios en que podais caer ciegos ó engañados. Por desgracia hay muchos que estan en la errada persuasion de que la fé es suficiente para salvar al hombre, sea cualquiera su conducta y modo de obrar. El ciego de nuestro Evangelio que creyó en Jesucristo, y postrado le adoró. *At ille ait: Credo Domine. Et prociens adoravit eum*, nos demuestra claramente la necesidad de la union intima entre la fé y las buenas obras para que logremos la salvacion.

Ved ya el objeto del presente discurso, para cuyo buen desempeño necesito indispensablemente que el Dios, que oculto en ese Santo Sagrario nos preside, se digne disipar las tinieblas de mi tosco entendimiento con un rayo de su divina luz. Ayudadme á suplicárselo



por la poderosa intercesion de la Reina de los Angeles María Santísima, saludándola al efecto humilde y devotamente con las espresiones del ángel. *Ave Maria.*

PARTE UNICA.

El triste espectáculo que hoy presentan las sociedades cristianas es por cierto desconsolador á los ojos de los ministros de la Iglesia de Jesucristo. Al ver publicarse muchos escritos cuyas marcadas tendencias son combatir á nuestra religion augusta: al oír esas blasfemias que á cada momento llegan á nuestros oídos, dirigidas contra nuestro Dios y contra lo mas sagrado de nuestro culto: al observar los muchos y diversos ídolos ante los cuales veo quemarse olorosos timiamas, pues que cada cristiano forma un ídolo de la pasion que mas le halaga, no puedo menos de elevar mis ojos al cielo, y esclamar: ¿Es este, oh Dios mio, tu escojido pueblo? ¿Son estas las criaturas á quienes rescatásteis del dominio del demonio con el precio infinito de vuestra preciosísima sangre, pasion y muerte? ¿Son estos los llamados á la participacion de los Santos Sacramentos, y que en el bautismo hicieron formal y solemne renuncia de las pompas y vanidades del mundo.

Si, amados oyentes: son cristianos porque están bautizados, pero solo esto tienen de cristianos: preguntadles si son hombres de fé, y se darán por ofendidos con vuestra duda: no tardarán en contestaros que creen en Dios y en su Iglesia, y en cuanto esta manda creer á sus hijos. Ciertamente que esto es una contradiccion monstruosa que salta á la simple vista, bien así como nos reiríamos de la infidelidad de aquel va-

sallo, que publicando á presencia de las gentes su amor y veneracion el monarca, viéramos que sostenia una guerra contra él, y trataba de contribuir con sus fuerzas para colocar á otro en su trono.

El apóstata Lutero que en el delirio de una imaginacion exaltada por la soberbia, se propuso destruir todo sano principio, enseñaba la falsa doctrina de que la fé por sí sola puede salvar al hombre, sean buenas ó malas sus acciones: y otros herejes con Wiclef, han dado en el extremo contrario: pero ambos son igualmente falsos y condenados por la Iglesia. La fé es un don de Dios concedido á sus criaturas, sin el cual no podemos salvarnos: por la fé estamos obligados á creer todo cuanto la Iglesia, que está gobernada y regida por el Espíritu Santo, nos manda creer, y basta negar uno solo de sus dogmas para perder la fé, y hacernos herejes. La falta de fé ha causado en todas épocas daños de gran tamaño á la religion y aun á la misma sociedad. ¡Qué hermosa es la fé! Ella nos guia al cumplimiento de nuestros deberes, alienta nuestra esperanza y anima el fuego de nuestra caridad: guiando nuestro entendimiento mas allá del sepulcro, hácenos suaves y dulces los trabajos y aflicciones que el mundo nos ofrece, por la confianza que nos infunde de una vida futura.

Considerad, os ruego, qué es la vida del hombre sobre la tierra, y conoceréis que vive envuelto en una cadena de aflicciones, sinsabores y desgracias de la que no puede desprenderse: la escasez le espone á punto de desesperacion; las enfermedades le dejan en el mayor abatimiento, por los dolores y la pérdida de las fuerzas: está en abundancia, puede á causa de sus riquezas rodearse de comodidades, y la muerte le



arrebata á la esposa á quien amaba, ó al hijo que era el tierno objeto de su cariño: forma planes que no puede realizar; concibe proyectos que se desvanecen: si es rico, se ve rodeado de lisonjas y adulaciones; si pobre, es mirado con desprecio: si es versado en las ciencias, la envidia le produce enemigos; si es ignorante, es mirado con desden y sirve de objeto de mofa: si es complaciente y buen amigo, recibe desengaños; si formal y sin amistades, es murmurado y llamado insocial. Si esto es una verdad que no podeis menos de conocer, ¿podrá hallarse felicidad en la tierra?

Al verse Job privado de sus bienes y cubierto de llagas, conoce lo miserable de la vida del hombre y prorrumpe en estas dolorosas exclamaciones: «Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo, concebido ha sido el hombre: conviértase en tinieblas aquel día; oscurezcanle tinieblas y sombra de muerte: tenebroso torbellino posea aquella noche... maldiganla los que maldicen el día, los que estan prontos para despertar á Leviatham... ¿Por qué no he muerto en el útero materno ó luego que salí del vientre de mi madre?... ¿Por qué me alimentaron los pechos?... ¿Por qué fué concedida la luz al miserable, y vida á aquellos que estan en amargura de ánimo (1)?» Cierto es mis amados oyentes, que tan grandes son las aficciones del mundo, que el hombre deseara muchas veces no haber nacido si no fijara su vista en otra vida mas feliz que está al otro lado del sepulcro. ¿Quién nos sostiene y nos alienta en medio de tanta miseria, á través de tamaños sinsabores como nos rodean en el mundo? La fé: esta virtud

(1) Job, cap. III, v. 1 et sequentibus.

sobrenatural que nos hace mirar la presente vida como cosa pasajera, alentándonos en la esperanza de la vida hermosa y para siempre feliz de la gloria.

Dirigid vuestra vista á los cristianos de los primeros siglos y observarlos á través de las grandes persecuciones que se suscitaron contra la Iglesia de Jesucristo. Quién les daba ánimo para confesar el nombre del autor augusto de nuestra religion sacrosanta, á presencia de sus mas implacables enemigos? ¿Quién les comunicaba aquel valor con que caminaban al lugar de los tormentos, aquella serenidad con que miraban las hogueras, los garfos, y demas instrumentos destinados al martirio de los cristianos? Quién conducía á tanta multitud de varones esforzados, á tantas delicadas vírgenes y hasta á los niños, que llenos de alegría, y rebosando sus almas en júbilo corrian presurosos á los tormentos? La fé: y la fé fué siempre la que dió conformidad á los cristianos para sufrir sin lamentarse las angustias, las tribulaciones, las enfermedades y toda suerte de trabajos. Cada día vemos cristianos postrados en el lecho del dolor, que lejos de quejarse de sus padecimientos, los encuentran dulces y anhelan por la hora de entrar en mejor vida. ¿Y quién obra tales prodigios que muchos hombres no conocen? La fé: esta virtud hermosa que sabe hacer maravillas, y que á tantas almas ha conducido al cielo.

Oid mis hermanos, el elogio que de esta virtud hace el apostol San Pablo. La fé, dice, es la sustancia de las cosas que esperamos, argumento de las cosas que no aparecen: por la fé alcanzaron testimonio los antiguos. Por fé ofreció Abel á Dios mayor sacrificio que Cain: por fé fué trasladado Henoch: por fé fué



Noé preservado del universal diluvio en el Arca: por fé ofreció Abraham á su hijo Isaac: por fé negó Moisés que fué hijo de la hija de Paraon: por fé dejó á Egipto no temiendo la saña del rey: por fé Rahab, que era una ramera no pereció con los incrédulos. ¿Y qué diré, concluye el Apóstol, á mas de esto? Porque me faltará el tiempo contando de Gedeon, de Barac, de Sanson, de Jephté, de David, de Samuel, y de los profetas, los cuales por fé conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, apagaron la violencia del fuego, evitaron el filo de la espada y fueron fuertes en la guerra. Unos sufrieron escarnios, azotes y cadenas, otros fueron apedreados, aserrados, probados murieron; todos estos fueron probados por el testimonio de la fé (1).

Tales son y tan admirables las riquezas de la fé, que es una luz saludable que nos guia en la oscuridad y tinieblas del mundo y que dá perfeccion á nuestras obras. ¿Qué es de una sociedad sin fé? ¿Qué es de un individuo que tiene la desgracia de perderla? ¡ Ah! Quitad la fé de un pueblo y habreis quitado la subordinacion, la obediencia á las leyes, la legalidad en los contratos y la fidelidad en las promesas. Desnudad de esta hermosa virtud á los hombres y vereis repetirse los mayores crímenes. La razon es evidente, porque sin fé, no hay esperanza ni temor, y el que ni espera ni teme, no obra caridad. ¿Qué importa el robo, el homicidio, el adulterio, y todas las obras malas para aquel que nada espera despues de la muerte?

Vosotros mis, hermanos, esclamareis: nosotros somos cristianos y profesamos la fé de Jesucristo. Es

(1) D. Paul. ad Heb. cap. XI.

verdad que lo sois, pues que recibísteis en las pilas bautismales el agua regeneradora, y os afiliásteis en las banderas de Cristo. ¿Pero la fé que profesais os salvará? ¿Es una fé cordial como la que Dios exige de vosotros? ¿Es una fé activa como la que celebra el Apóstol en los héroes que hemos citado ó parecida siquiera á la que resplandeció en los primeros cristianos? Duéleme sobremanera, pero no puedo menos de decir, que no pocos cristianos tienen fé en los lábios y no en el corazón, y así no pueden justificarse con ella. Es una verdad que sin fé es imposible agradar á Dios (1). Pero no lo es menos que la fé sin obras es muerta al modo que muerto es el espíritu. (2). Tal vez me preguntéis vosotros. ¿De qué medios nos valdremos que nuestra fé sea agradable á los divinos ojos? ¿Cuáles son los caractéres que deben resplandecer en la fé? Bien claramente lo teneis manifestado en la historia de la curacion milagrosa del ciego de nuestro Evangelio. Despues que hubo recibido la vista, confesó ante los fariseos la santidad del que se la habia dado, y esto de tal modo, que se hizo acreedor á ser hechado fuera de la sinagoga. ¿Pero como testificó esta fé? No solamente diciéndo, creo, sino postrándose ante Jesucristo y rindiéndole adoracion. *At ille ait: credo Domine. Et prociens adoravit eum.* Tan cierto es que es necesario que exista una union íntima entre la fé y las buenas obras para que de este modo aquella obre caridad.

Y en efecto, la fé como hemos dicho, es un don de Dios, el que obra de un modo contrario á lo que enseña la fé, abusa de este don. ¿Y os parece conforme á

(1) Sine fide impossibile est placere Deo. Ibid. v. 16.

(2) Sicut corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est. Jacob. cap. II. v. 26.



justicia que se recompense con eternos bienes tan criminal abuso? El Señor nos ha favorecido de un modo extraordinario concediéndonos la fé, y nosotros debemos corresponder con la práctica de la misma fé, que es la caridad. De otro modo nuestra fé serviría para nuestra mayor confusion. Bien nos lo esplica el Apóstol san Pablo, por estas espresiones: «Si yo hablára »lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviere »caridad, soy como metal que suena ó campana que »retiñe: y si tuviere profecía y supiere todos los misterios, y cuanto se puede saber, y si tuviere toda la »fé, de manera que traspasase los montes, y no tuviere »caridad, nada soy (1).» Ved aquí confirmada la verdad de que es inútil una fé que estando en los lábios no proceda del corazon. Vosotros me direis que mostrais vuestra fé, porque practicais obras de piedad, y aun vuestra misma asistencia á oír la palabra de Dios que llega á vuestros oídos en estos momentos, parece á primera vista que justifica vuestra fé. Yo deseo que vosotros mismos califiqueis vuestra fé para vuestra perseverancia ó vuestra enmienda. Atended por lo tanto á las preguntas que os voy á dirigir. Cuando salís de oír la esplicacion del Evangelio ¿tratais de practicar lo que se os ha enseñado? ¿La lengua con que dirigís vuestras alabanzas á Dios, la empleais tambien en quitar la fama á vuestros prójimos, en jurar ó maldecir? Dios os manda ser puros en obras y palabras, ¿pero seguís en vuestros criminales vicios complaciendo á vuestra carne? El Señor os dió ejemplo de humildad profunda, y os manda que le imiteis; ¿deseais ocupar elevados puestos, y tratais con soberbia á los pobres?

(1) Ad Corinth. cap. XIII, v. 1 y 2.

La religion os ordena que ejerciteis la caridad; ¿os resistís á dar limosna, y estais llenos de ambicion? Si de este modo obrais en contraposicion de los mandamientos, os aseguro con la verdad que es propia de la sagrada cátedra que ocupó, que la fé que manifestais con los labios solo os servirá para temblar como sucede al demonio, que como dice el Apóstol, cree y tiembla. Dirigiéndose San Pablo á los Corinthios les amonesta á que se examinen para que conozcan si están en fé (1). Examinaos, pues, vosotros al mismo modo. Pero antes contemplad que un cristiano de verdadera fé debe tener por modelo á Jesucristo. Por esto decia el Apóstol: «os ruego que seais mis imitadores como yo lo soy de Cristo (2).»

Y en efecto, cristianos amadísimos, ¿de qué os servirá creer que el templo es casa de Dios y puerta del cielo, si lo profanais cada dia con vuestras irreverencias? ¿De qué os servirá creer que Jesucristo os redimió con su preciosa sangre, si la hollais con vuestros continuos pecados? ¿Qué os aprovechará el acatar exteriormente los mandamientos de la Iglesia, si os burlais de la ley del ayuno, si no os confesais, ni os acercais á la comunión en tiempo pascual? Oid lo que acerca de esto dice Santiago: ¿Qué aprovechará á uno que dice que tiene fé si no tiene obras? ¿Por ventura, podrá la fé salvarlo? Y si un hermano ó una hermana, estuvieran desnudos y les faltase el alimento cotidiano, y les dijese alguno de vosotros: id en paz, calentaos y hartaos, y no les dierais lo que han menester

(1) Vosmetipso tentate si estis in fide: ipsi vos probate. II. ad Corinth. cap. XIII, v. 5.

(2) Rogo vos, imitatores mei stote, sicut et ego Christi. I. ad Corinth. cap. IV, v. 16.



para el cuerpo, ¿que les aprovechará (1)? Ved pues, mis hermanos, demostrada la necesidad de la union íntima entre la fé y las buenas obras.

Es verdaderamente una contradiccion montruosa, ser hombres de fé con los labios é idólatras con el corazon: este maridaje no puede producir sino resultados funestos para nuestras almas, toda vez que Dios conoce hasta nuestros mas secretos pensamientos y no puede ser engañado. Dios nos manda que le amemos, pero no quiere que le amemos de labios sino de corazon y con verdad. La fé como hemos dicho es un don precioso que nos ha concedido el Señor, y por consiguiente nos tomará estrechísima cuenta del abuso que hagamos de este don. Nuestra felicidad es incomparable: hemos sido redimidos por Jesucristo, y su cruz debe ser el objeto de nuestra veneracion y cariño. Pero si confesando con los labios el inestimable beneficio que hemos recibido del Redentor de la humanidad, miramos con indiferencia su cruz, rehusamos la participacion de los Sacramentos y vivimos en una criminal inobservancia de la divina ley, en este caso nuestra fé no pasará de ser una fé muerta, una fé que no nos justificará. ¿Por ventura Abraham, nuestro padre, dice Santiago, no fué justificado por las obras ofreciendo á su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves, como la fé acompañaba á sus obras: y que la fé fué perfecta por sus obras (2)?

Volvamos otra vez la vista, y fijémosla en el ciego de nuestro Evangelio: los fariseos calumnian á Jesus, pero él le defiende y le confiesa: le elogia y le bendice por el beneficio extraordinario que le dispensara, y

(1) Jacob. cap. II. v. 14. et sequentibus.

(2) Jacob. cap. II. v. 21 y 22.

con la mayor humildad le adora. Y por ventura, ¿no hemos recibido nosotros mayores beneficios que aquel hombre? ¿Ha sido menos pródigo Jesucristo para nosotros que lo fuera para aquel hombre? A él le concedió la vista, pero ¿no nos concede á nosotros la vista de los ojos del alma? ¿No nos ha redimido con su preciosa sangre? ¿No nos ha lavado con el santo bautismo? ¿No nos ha dejado un Sacramento de reconciliacion? ¿No nos ha dado una prenda de su entrañable amor hácia nosotros, dejándonos su mismo cuerpo para alimento de nuestras almas? ¿No nos está favoreciendo cada dia, dándonos su gracia, librándonos de mil peligros, socorriéndonos en todas nuestras necesidades? A mas de esto, ¿no nos ofrece una gloria sin fin, en premio de nuestra fidelidad y buenas obras? ¿Y á donde están estas? ¡Ah! Que Jesucristo nos manda ser humildes y nosotros nos llenamos de soberbia á cada paso: nos manda ser puros y adoramos los ídolos de nuestras pasiones: quiere que solo aspiremos á los bienes y á las grandezas de su gloria, y nosotros nos afanamos por adquirir bienes perecederos y aspiramos por la gloria mundana que es pasajera como el humo: quiere que seamos pacientes y sufridos y nos quejamos amargamente á la menor desgracia. ¿Y mostramos de este modo ser hombres de fé? ¿Es nuestro modo de obrar, de verdaderos hijos de Jesucristo? Es verdad que le confesamos con los labios, pero, ¿le adoramos en espíritu y verdad como el ciego?

Convenceos de una vez, mis amadísimos hermanos: una fé sin obras, no nos servirá mas que para nuestra mayor confusion: por el contrario una fé viva, eficaz, operativa, una fé demostrada por nuestras



obras será la que nos conducirá al puerto seguro de salvacion. Procuremos por lo tanto cumplir con cuanto nos prescribe la divina ley que profesamos: seamos humildes, obedientes, caritativos, miremos con desprecio las vanidades y locuras de este mundo seductor: pongamos nuestros ojos en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé, y procuremos adorarle en espíritu y verdad, y de este modo le seremos agradables, y nos haremos merecedores á recibir la recompensa de la fé, que es la bienaventuranza ofrecida á aquellos que en el bien obrar perseveren hasta el fin.

Dulcísimo Redentor de nuestras almas: es verdad que hasta aquí hemos sido tibios en la fé; que nuestras obras no han estado conformes con las leyes que nos habeis dejado prescritas, pero ahora que conocemos nuestro error, os pedimos perdon de nuestras pasadas infidelidades, y ofrecemos que en adelante serán tales nuestras obras, que ellas sean un verdadero testimonio de nuestra fé de cristianos. Concedednos vuestros auxilios, ayudados con los cuales, viviremos como verdaderos hijos vuestros, á fin de que teniendo la dicha de morir en la fé de la Iglesia Católica, merezcamos un día veros y adoraros en la gloria. *Amen.*

## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

**Gravedad del pecado mortal, y estragos que causa en el alma del que tiene la desgracia de cometerle.**

*Tollite lapidem.  
Quitad la losa.*

Joan. cap. XI, v. 39.

¡Cuán misericordiosa es para nosotros la Iglesia nuestra Madre! Si en todos tiempos vela incansable por nuestra salvacion, y llama á las puertas de nuestro corazon, parece que redobla sus esfuerzos en la Santa Cuaresma, con el santo objeto de hacernos entrar dentro de nosotros mismos, para que reconociendo nuestros estravíos entremos en el redil del rebaño de Jesucristo, del que nos apartamos por el pecado. A este fin, su primer cuidado en el primer día de Cuaresma, fué recordarnos con la ceremonia de imponer la ceniza en nuestra cabeza, que somos polvo, y que en polvo nos hemos de convertir. Hízonos conocer lo bre-



obras será la que nos conducirá al puerto seguro de salvacion. Procuremos por lo tanto cumplir con cuanto nos prescribe la divina ley que profesamos: seamos humildes, obedientes, caritativos, miremos con desprecio las vanidades y locuras de este mundo seductor: pongamos nuestros ojos en Jesucristo, autor y consumidor de nuestra fé, y procuremos adorarle en espíritu y verdad, y de este modo le seremos agradables, y nos haremos merecedores á recibir la recompensa de la fé, que es la bienaventuranza ofrecida á aquellos que en el bien obrar perseveren hasta el fin.

Dulcísimo Redentor de nuestras almas: es verdad que hasta aquí hemos sido tibios en la fé; que nuestras obras no han estado conformes con las leyes que nos habeis dejado prescritas, pero ahora que conocemos nuestro error, os pedimos perdon de nuestras pasadas infidelidades, y ofrecemos que en adelante serán tales nuestras obras, que ellas sean un verdadero testimonio de nuestra fé de cristianos. Concedednos vuestros auxilios, ayudados con los cuales, viviremos como verdaderos hijos vuestros, á fin de que teniendo la dicha de morir en la fé de la Iglesia Católica, merezcamos un día veros y adoraros en la gloria. *Amen.*

## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

**Gravedad del pecado mortal, y estragos que causa en el alma del que tiene la desgracia de cometerle.**

*Tollite lapidem.  
Quitad la losa.*

Joan. cap. XI, v. 39.

¡Cuán misericordiosa es para nosotros la Iglesia nuestra Madre! Si en todos tiempos vela incansable por nuestra salvacion, y llama á las puertas de nuestro corazon, parece que redobla sus esfuerzos en la Santa Cuaresma, con el santo objeto de hacernos entrar dentro de nosotros mismos, para que reconociendo nuestros estravíos entremos en el redil del rebaño de Jesucristo, del que nos apartamos por el pecado. A este fin, su primer cuidado en el primer dia de Cuaresma, fué recordarnos con la ceremonia de imponer la ceniza en nuestra cabeza, que somos polvo, y que en polvo nos hemos de convertir. Hízonos conocer lo bre-



ve de nuestra vida, exhortándonos á tener presente la memoria de la muerte, como preservativo para no caer en el pecado. Poniendo despues á nuestra consideracion diversos pasajes evangélicos, nos ha hecho ver cuáles son los caminos que conducen al cielo, y cuánta es la felicidad de aquellas criaturas que sometándose á la doctrina del Salvador, se apartan de los senderos que cubiertos de flores nos presenta el mundo para perdernos. Nos ha enseñado las obras de santificación, hablándonos del ayuno, de la oracion y de la limosna. Llamando nuestra atencion á la piscina de Jerusalem, donde yacia aquel paralítico á quien Jesucristo concediera la salud, nos ha hecho ver la necesidad en que estamos de acudir á la saludable piscina de la penitencia, para conseguir en ella la salud del alma, curándonos con sus aguas de la parálisis del pecado. Hoy insta de nuevo, y refiriéndonos uno de los portentos mas admirables que obrára Jesucristo durante el tiempo de su predicacion, se propone hacernos ver la gravedad del pecado mortal, y los estragos que causa en el alma del que le comete.

En efecto, habia cuatro dias que Lázaro, á quien el Salvador honró con el título de amigo, y que era hermano de Marta y de María Magdalena habia muerto, Jesucristo se propuso desde luego darle de nuevo la vida, y para ello se dirige á la Judea, no obstante los ruegos de sus discípulos que querian disuadirle de ir á donde poco antes le habian querido apedrear. Marta, habiendo sabido que Jesus venia, le salió á recibir, y llena de fé en su poder le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto: mas tambien sé que todo lo que pidieres á Dios, te será otorgado. Jesus le hace ver que resucitará su hermano

porque El es la resurreccion y la vida. María á quien su hermana llama, dice tambien al Salvador: si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Dirigióse Jesucristo al sepulcro, y lo primero que hizo fué decir: *Quitad la losa*. Marta, hermana del difunto, le dice: Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro dias. ¿No te he dicho, contesta el Salvador, que si creyeres verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la losa, y Jesus alzando los ojos á lo alto, dijo: «Padre, gracias te doy, porque me has oido: yo bien sabia que siempre me oyes: mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que tú me has enviado.» Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz diciendo: «Lázaro, ven fuera.» Y en el mismo punto salió el que habia estado muerto, atados los piés y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Jesus les dijo: «desatadle, y dejadle ir.» Por esto muchos de los judíos que habian venido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesus, creyeron en él.

Tal es, mis hermanos, el grande y asombroso milagro hecho por el Salvador, que nos refiere minuciosamente el Evangelio de hoy. Aunque cada una de las palabras que contiene esta narracion divina, da materia para útiles y saludables reflexiones, yo he parado particularmente mi atencion en aquellas palabras: *Tollite lapidem*, quitad la piedra. A la voz omnipotente del Salvador pudo haberse levantado por sí misma la piedra que cubrió el sepulcro, como se levantó Lázaro, no obstante estar ligado de piés y manos. Entonces ¿por qué manda el Salvador quitar la losa? Para enseñarnos y darnos á conocer, que si queremos resucitar á la vida de la gracia, es necesario é indispensable que quitemos la losa del pecado. Esto es lo que desea la



Iglesia nuestra Madre, y con el designio de animaros á que así lo hagais, mediante á que Lázaro muerto nos representa al pecador muerto por la culpa, voy á hacer os ver la *gravedad del pecado mortal*, en la primera parte del discurso, y los *funestos efectos que causa en el alma del que lo comete*, en la segunda. De este modo os decidireis á quitar la losa del pecado para resucitar á la vida de la gracia.

Unid ante todo vuestras oraciones á las mias, á fin de alcanzar de Dios nuestro Señor los auxilios de su gracia, por la mediacion de la Reina de los ángeles María Santísima, Madre de Dios y nuestra, saludándola reverentes con las espresiones del ángel. *Ave Maria.*

#### PARTE PRIMERA.

Cuando considero la grandeza de Dios, y lo mucho que ha hecho siempre en favor de las criaturas, y por otra parte la ingratitud del hombre que, olvidado que á él debe su existencia, cuanto es y posee, desobedece su divina ley, entregándose á los vicios y placeres que prohíbe terminantemente, no me causa admiracion alguna que haya preparado un infierno de eterna pena para castigo de los pecadores; antes por el contrario considero en esto un efecto de su divina justicia.

En efecto, cristianos: para que comprendais toda la gravedad del pecado, recordad que por haberlo cometido nuestros primeros padres en el Paraiso, quedó tan infinitamente ofendida la magestad de Dios, que fué necesario que su Divino Hijo descendiese del cielo á la tierra, y se revistiese de nuestra humana naturaleza, para ofrecerse víctima en el árbol de la Cruz, y lavar-

nos con su deificada sangre, toda vez que de la tierra solo podia nacer el hombre, llevando grabada en su frente la inscripcion de su desgracia, y por sí mismo no podia conseguir el remedio. Un diluvio universal acabó con todos los vivientes á escepcion de Noé y su familia, únicos que no habian ofendido á Dios por el pecado. Si el fuego consumió á las ciudades nefandas, no fué sino castigo por sus horrendos pecados. Por su codicia fué Achan castigado en su persona, y en todo lo que le pertenecía (1). Mostrándose avaros los hijos de Samuel, dieron ocasion á que los ancianos pidiesen un rey, y Dios dispuso para su castigo que perdiesen sus derechos, eligiendo por rey á Saul (2), el que á su vez fué tambien castigado por desobediente á Dios con la pérdida del reino (3). Por rebelarse Absalon contra su padre David, murió del modo mas horroroso (4). Por escandaloso y mal hijo fué Cham maldito de su padre (5). Si los descendientes de Noé fueron soberbios, y se propusieron edificar una torre que llegase hasta el cielo, el Señor los castigó terriblemente, confundiendo su lengua, y esparciéndolos de aquel lugar por todas las tierras (6).

Tan cierto es, mis amadísimos hermanos, que Dios nuestro Señor ha castigado con rigor á toda suerte de pecadores. ¿Y acaso lo estrañareis? Considerad os ruego, quién es aquel á quien ofendeis por el pecado, y desde luego comprendereis la gravedad de vuestras faltas. Por el pecado se ofende á aquel Dios Todopode-

(1) Josué cap. VII, v. 21.

(2) I. Reg. cap. VIII, v. 3.

(3) Ibid. cap. XV, v. 23.

(4) II. Reg. cap. XVII, v. 9.

(5) Génes. cap. IX.

(6) Gén. cap. XI, v. 9.



roso, que nos crió de la nada, y dándonos un alma racional con potencias que la ennoblecen, haciéndonos de este modo á su imágen y semejanza. ¡Cuánta bondad! ¿Qué benignidad tan inesplicable! Se ofende á un Dios que compadecido de nuestra miseria, se revistió de la humana naturaleza y nos redimió con el precio de su preciosísima sangre, pasión y muerte: á un Dios cuya Providencia nos sostiene, nos conserva la salud y nos da auxilios sin los cuales pereceríamos: á un Dios cuyo amor hácia nosotros, llegó al exceso, digámoslo así, determinando permanecer en nuestra compañía y para nuestro consuelo, oculto en el Santísimo Sacramento de nuestros altares: á un Dios en suma, que con solo un acto de su voluntad puede reducirnos á menudo polvo, y condenarnos para siempre. ¿Habeis ya visto la magestad y grandeza del Dios á quien ofendemos por el pecado? Pues contemplad ahora, quién es el hombre que tiene el atrevimiento de ofenderle, y esta consideracion no podrá menos de abismarnos, puesto que mil veces hemos tenido la desgracia de caer en el pecado. ¿Quién es el hombre? ¿Cuál es su poder? ¿Cuál su grandeza? ¿Cuál su permanencia sobre la tierra?

¡Ah! el hombre no es otra cosa sino un poco de barro de la tierra, animado por el soplo omnipotente de Dios: la bondad eterna le constituyó rey de la naturaleza, y no estaba sujeto á incomodidad alguna: ni el rigor de las estaciones le hacian impresion, ni se conjuraban contra él los elementos ni las fieras mas feroces. Pero el pecado le redujo al estado mas miserable, y no obstante haber sido redimido por el gran sacrificio del monte de las calaveras, se ensoberbece olvidado de su pequeñez y su miseria: rodeado de mil pe-

ligros, cercado de grandes escollos, abatido de enfermedades continuas, aspiramos á una grandeza y unos bienes que han de durar cuatro dias, y se han de desvanecer como el humo, ó como la sombra que pasa con rapidez. La muerte que no respeta edad, condicion ni circunstancia alguna: la muerte que con la misma serenidad entra en el palacio del monarca que en la humilde choza del pastor, arrebatada al hombre y le conduce al sepulcro, ora se halle en el mas delicioso festin, ora entregado á profundizar las ciencias, ya cubra su cuerpo con púrpura y grana, ya se resguarde del frio, bajo pobre y movediza cabaña. Ved aquí, el hombre: ved su fortaleza. ¡Cuántas empresas proyectadas desbarató la muerte! ¡Cuántos proyectos disipados! ¡Cuántos planes de ambicion sin poderse realizar! Pues este hombre tan pobre y tan miserable: este hombre que tan corto tiempo vive sobre la tierra, es quien se atreve á ofender al Dios que siempre existe, al Dios que dispone de nuestra existencia con mas libertad que el alfarero puede disponer del objeto que forma con el barro que maneja.

Cuando vuestros hijos ó dependientes se insubordinan contra vosotros, ¿no os affigís y os quejais amargamente, porque han faltado á sus deberes rompiendo los lazos que les unen á vosotros? ¿No os escandalizais de semejante conducta? ¿No lo referís á vuestros amigos con lágrimas en los ojos? Ahora bien: si Dios es nuestro Padre que nos crió, si por él existimos, nos movemos y somos, como dice el Apóstol, ¿no tendrá un derecho indisputable á nuestro amor, vasallaje y respeto? Aunque esto no se nos ordenase en el primer mandamiento de nuestra divina ley, la misma razon natural nos lo persuade: nos ligan para



con Dios vínculos de amor y de gratitud, y á estos vínculos sagrados faltamos por el pecado. Ved si necesitais mas pruebas para conocer su gravedad.

¡Cuán grande es vuestra misericordia, oh Dios de amor! ¡Pues que siendo tantas las veces que hemos pecado, no nos habeis castigado segun hemos merecido! ¡Cuántos que cometieron menos pecados que nosotros, estarán penando y penarán por toda una eternidad en las cárceles del infierno! Me admira, mis hermanos, la bondad de nuestro Dios, que con tanta paciencia nos espera, pero me admira tambien nuestra ingratitud en ofenderle. ¡Ah! ¡Qué diferencia tan notable encuentro yo entre la conducta de los cristianos de los primeros siglos y la nuestra! Ellos conocian la gravedad del pecado, y por eso lo evitaban: nosotros no queremos persuadirnos de lo que es la culpa mortal, y por eso caemos en ella fácilmente. ¿Qué exijian los tiranos de los profesores del cristianismo? Tan solo que cometiesen un pecado de infidelidad. ¿Y con qué los amenazaban por conseguir su objeto? Con tormentos inesplicables: los cristianos veian los instrumentos destinados para los martirios, pero decian; mejor es perder la vida del cuerpo que ofender á Dios; debemos amarle y confesarle á presencia de todo el mundo, pues hagámoslo así: y negándose con el mayor valor á las pretensiones de los enemigos del nombre cristiano, gustosos corrian al lugar de los tormentos. Nosotros por el contrario, miramos el pecado como cosa de poco momento, y sin necesidad de amenazas, nos entregamos á los placeres que mas nos deleitan y llaman nuestra atencion. Pues sabed, cristianos, que tenemos el mismo Dios que ellos; los mismos mandamientos y por consi-

guiente los mismos deberes, y si para aquellos hubo premios por su santidad, para nosotros habrá castigos por nuestra maldad, si la gracia de Dios no nos saca del sepulcro donde nos hallamos muertos de mas de cuatro dias; mas para que tal prodigio se verifique es necesario que nosotros quitemos la piedra del pecado. Antes de sacar Jesucristo á Lázaro con vida del sepulcro, mandó que quitasen la losa que le cubria: *Tollite lapidem*. Ved aquí lo mismo que nos dice á nosotros: vuestro pecado es grave, es una losa que os tiene encerrados en un pestífero sepulcro, ¿quereis resucitar á la gracia? ¿Quereis vivir? ¿Quereis que se obre con vosotros un prodigio como el de Lázaro? Pues bien: estoy pronto: pero antes *Tollite lapidem*, quitad la losa del pecado.

Vosotros, mis queridos hermanos, deseareis saber de qué medio os podeis valer para levantar tan pesada losa. Pues sabed que no es necesaria la fuerza de muchos hombres: basta solo que os decidais. ¿Habeis olvidado lo que hemos dicho ya en otros discursos de la presente Cuaresma, sobre la piscina saludable de la penitencia? Pues bien, ese rio de abundantes y cristalinas aguas, en ese tribunal establecido por la misericordia, del que nos redimió con su muerte, es adonde podeis lavaros de vuestros pecados, de esos pecados con que habeis ofendido la Magestad de nuestro Dios. Baños en ese mar de piedades, y en él dejareis esa pesada losa que os tiene prisioneros, y prisioneros de muerte. Empero si haceis tan santa resolucion, si deseais que se obre vuestra resurreccion espiritual, no lo dilateis de dia en dia, no sea que sorprendidos por la muerte, recordeis vuestro estado miserable cuando ya no os sea posible salir de



él. Vuestra conciencia, ese testigo fiel de vuestras acciones todas, os está avisando continuamente, y poniendo delante de vuestra vista toda la gravedad del pecado. No desoigais, pues, esos avisos, no ahoguéis las voces de la conciencia, con los clamores de las pasiones; las aficciones, las desgracias, la escasez, los tormentos, la muerte misma es preferible mil veces á cometer un pecado mortal. Si lo habeis cometido, en tiempo estais; puesto que Dios quiere obrar vuestra resurreccion á la gracia: quitad como os he dicho la losa, es decir; reconciliaos por medio de la penitencia, y para que á ello os decidais de una vez, ya que habeis visto la gravedad del pecado, hablemos ahora de sus funestos efectos que es lo segundo que ofrecí, y para lo que espero me sigais favoreciendo con vuestra atencion.

#### SEGUNDA PARTE.

Trabajad con ardor, dice San Pedro, para hacer cierta vuestra vocacion y eleccion por las buenas obras, porque haciendo esto no pecareis jamás, y así os será dada largamente la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (1). En efecto cristianos, debemos trabajar por nuestra salvacion, aprovechándonos de las gracias que el Señor se digna concedernos. Claramente se nos demuestra esta necesidad en la parábola de los talentos, propuesta por Jesucristo, y que nos refiere San Mateo. Un hombre al partirse lejos, llamó á sus siervos y les entregó sus bienes, dando al uno cinco talentos, á otro dos

(1) II. D. Pet. cap. I, v. 10 y 11.

y uno al tercero. Despues de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos y los llamó á cuentas. El que habia recibido los cinco talentos, como el que habia recibido dos, se los presentaron duplicados, porque habian ganado negociando con el dinero, y cada uno de ellos, mereció oír de los labios del señor estas dulces espresiones: Bueno está, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu señor. Empero el otro que habiendo enterrado el talento que recibiera, nada habia adelantado, lo sacó de la tierra, entregándolo á su señor, el cual dijo, quitadle el talento, y dádsele al que tiene diez talentos, y al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores, donde será el llorar y el crujiir de dientes (1).

Señores: ya he dicho en otra ocasion, que no hay en el Evangelio palabra ociosa, y que todo él está lleno de lecciones saludables, para que guiándonos por ellas, logremos apartarnos de los peligros de perdicion, y consigamos la salud de nuestras almas, que es la verdadera salud, por la que el hombre debe trabajar sin tregua ni descanso. Dios nuestro Señor, no nos ha destinado á todos para apóstoles, doctores ó mártires, y aun á los mismos que estamos destinados al ministerio de los altares, nos ha repartido sus dones segun es necesario para el cargo á que nos llama: pero á todos los hombre nos ha destinado para un mismo fin, que es para salvarnos: á todos, pues, nos ha dado la luz de la razon, para todos ha sido la revelacion, y su Evangelio predicase segun su voluntad soberana á todas las gentes sin distincion de

(1) Math. cap. XXV.



clases ni gerarquías. Debemos, pues, emplear los dones que nos comunica en trabajar para nuestra salvacion. Si fué reprobado como inútil el siervo que escondió el talento y nada negoció con él, ¿qué será de aquel, que con doble malicia disipa lo que ha recibido, y se encuentra con sus manos vacías, al presentarse al Señor? Ved aquí toda la desgracia del pecador. No aprovechándose de los dones que ha recibido, desfigura en sí la imágen de Dios, tomando la del demonio, y este es el primer efecto del pecado mortal. El hombre que se halla en gracia, puede llamarse verdadero hijo de Dios, y siempre está dispuesto para entrar en la patria, ora la muerte le sorprenda al estar entregado al sueño, ora en medio de sus tareas. ¡Qué feliz es aquella criatura que vive en el cumplimiento de la divina ley! Dios se agrada de ella, le da sus especiales auxilios, le va aumentando la gracia, le favorece de un modo extraordinario, y le prepara una recompensa eterna: verdad es que el justo, experimenta á veces la afliccion, pero esto es un regalo de la Providencia, que quiere sufra algo para su mayor mérito, mas siempre recibe consuelos en medio de sus tribulaciones.

Ahora bien: despojad á la criatura de la gracia, por medio del pecado, y advertireis una transformacion extraordinaria. Perdió la joya mas preciosa, y con ella el derecho que tenia á la herencia del cielo que Jesucristo le conquistára con su sangre: ya es esclavo del demonio que le ha vuelto á aprisionar con sus duras cadenas, y en este estado le aguarda el infierno para recibirle. Tal es el segundo y el mas funesto efecto del pecado. ¿Qué es lo que pierde el hombre por el pecado? ¿Qué es lo que adquiere? Ya lo habeis

visto; pierde la gloria y el derecho de ver y gozar á Dios para siempre, y adquiere estrecha amistad con el demonio. ¡Qué horror! ¡Qué desdicha! ¡Qué infelicidad mas inesplicable! ¿Y es posible que por un placer momentáneo, por un capricho pasajero nos esponamos á tanto mal?

Parece increíble, mis hermanos, que haya criaturas tan faltas de razon, que contentas en el lugar de su ruina, permanezcan tranquilas en el pecado, sin considerar tan siquiera que pierden por él bienes infinitos. Seguramente que los que así obran no se han parado á considerar ni la gravedad del pecado, ni sus funestas consecuencias, pues de otro modo imposible parece que den mas preferencia á las tinieblas que á la luz, que escojan placeres momentáneos despreciando los eternos.

Cristianos que me escuchais, y á quienes creo animados de los mejores deseos en orden á vuestra salvacion, no olvidéis que estais obligados, como dice San Pablo, á tener una vida santa y llena de buenas obras. Vivir entregado á la ambicion, á la lascivia, á la soberbia, tener pensamientos de odio, de soberbia, de venganza, estar, en suma, envuelto en placeres, no es vivir cristianamente, sino de un modo gentilico. Estamos obligados á labrar el edificio de nuestra salvacion, pero este edificio debe tener por cimientos las virtudes. El árbol que no dé frutos, será arrancado y arrojado al fuego: esto que dice Jesucristo, nos demuestra que el cristiano que no trabaja en el negocio de su salvacion, no puede entrar en el reino de los cielos, pues que será desechado como antes dijimos. ¿No se distingue por el uniforme el ministro del rey? ¿Una librea especial no da á conocer los siervos ó dependien-



tes de ciertas casas? Pues el cristiano que es un siervo de Dios, debe dejarse conocer por su librea, y la librea de los siervos de Dios, son las virtudes. Un hombre habituado al pecado, uno que es la soberbia por costumbre, usurero por su ambicion, hipócrita por ganarse reputacion, ó que vive en criminales tratos, ¿podrá llamarse discípulo ó profesor de la doctrina de Jesucristo que nos dió ejemplos admirables de todas las virtudes, y las manda practicar? ¿Se creará con derecho á una gloria ofrecida únicamente á aquellos que son observadores de la divina ley? ¡Ah! Que yo no puedo menos de horrorizarme al contemplar el destino del pecador obstinado, la desgracia de aquel que está muerto en el sepulcro de las maldades.

Pecadores: Jesucristo lleno de bondad quiere verificar un prodigio con vosotros, desea obrar el milagro de vuestra resurreccion, y puesto que el pecado, cuya gravedad y consecuencias habeis visto, es la losa que os aprisiona, apresuraos á levantarla. *Tollite lapidem.* Hoy podeis hacerlo, y mañana tal vez será tarde, reconciliaos con Jesucristo por medio de la penitencia, llorad vuestros pasados extravíos, y emprended una vida verdaderamente cristiana, y de este modo lograreis vuestra espiritual resurreccion. *Tollite lapidem.*

Amorosísimo Redentor nuestro: así os lo ofrecemos desde este momento, y os suplicamos postrados en vuestra presencia, os digneis perdonar nuestros pasados extravíos, y darnos vuestra divina gracia, á fin de que adelantemos rápidamente en la práctica de las virtudes. Y ahora en prueba de nuestro dolor por haberos ofendido, os decimos de lo íntimo de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*

## SERMON

### PARA LA DOMINICA DE PASION.

**Las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia desde el nacimiento del Cristianismo, solo han servido para aumentar sus triunfos y victorias y para hacer resplandecer mas y mas la verdad católica.**

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

Joan. cap. VIII, v. 46.

Tocaba á su término la predicacion de Jesucristo: milagros estupendos obrados á cada paso y á presencia de la multitud de gentes que le seguia por todas partes, confirmaban su celestial doctrina, y demostraban palpablemente su divinidad. Esto no obstante, lejos de convencerse los judíos, buscaban los medios de perderle. Hallábase el Salvador en el templo cinco ó seis meses antes de su muerte, y aprovechando la ocasion de verse rodeado por una multitud de israelitas, hizo un largo y admirable discurso, dándoles en



tes de ciertas casas? Pues el cristiano que es un siervo de Dios, debe dejarse conocer por su librea, y la librea de los siervos de Dios, son las virtudes. Un hombre habituado al pecado, uno que es la soberbia por costumbre, usurero por su ambicion, hipócrita por ganarse reputacion, ó que vive en criminales tratos, ¿podrá llamarse discípulo ó profesor de la doctrina de Jesucristo que nos dió ejemplos admirables de todas las virtudes, y las manda practicar? ¿Se creará con derecho á una gloria ofrecida únicamente á aquellos que son observadores de la divina ley? ¡Ah! Que yo no puedo menos de horrorizarme al contemplar el destino del pecador obstinado, la desgracia de aquel que está muerto en el sepulcro de las maldades.

Pecadores: Jesucristo lleno de bondad quiere verificar un prodigio con vosotros, desea obrar el milagro de vuestra resurreccion, y puesto que el pecado, cuya gravedad y consecuencias habeis visto, es la losa que os aprisiona, apresuraos á levantarla. *Tollite lapidem.* Hoy podeis hacerlo, y mañana tal vez será tarde, reconciliaos con Jesucristo por medio de la penitencia, llorad vuestros pasados extravíos, y emprended una vida verdaderamente cristiana, y de este modo lograreis vuestra espiritual resurreccion. *Tollite lapidem.*

Amorosísimo Redentor nuestro: así os lo ofrecemos desde este momento, y os suplicamos postrados en vuestra presencia, os digneis perdonar nuestros pasados extravíos, y darnos vuestra divina gracia, á fin de que adelantemos rápidamente en la práctica de las virtudes. Y ahora en prueba de nuestro dolor por haberos ofendido, os decimos de lo íntimo de nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo, etc.*

## SERMON

### PARA LA DOMINICA DE PASION.

**Las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia desde el nacimiento del Cristianismo, solo han servido para aumentar sus triunfos y victorias y para hacer resplandecer mas y mas la verdad católica.**

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

Joan. cap. VIII, v. 46.

Tocaba á su término la predicacion de Jesucristo: milagros estupendos obrados á cada paso y á presencia de la multitud de gentes que le seguia por todas partes, confirmaban su celestial doctrina, y demostraban palpablemente su divinidad. Esto no obstante, lejos de convencerse los judíos, buscaban los medios de perderle. Hallábase el Salvador en el templo cinco ó seis meses antes de su muerte, y aprovechando la ocasion de verse rodeado por una multitud de israelitas, hizo un largo y admirable discurso, dándoles en



rostro con su incredulidad, y esplicándoles al mismo tiempo su union con el Padre, el carácter y la potestad que de El habia recibido, y la verdad y excelencia de su doctrina. Escuchad, señores, el testo evangélico en el que San Juan nos dá cuenta de este suceso, y el que la Iglesia pone á nuestra consideracion en la presente dominica: «¿Quién de vosotros, les dijo Jesucristo, me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye la palabra de Dios. Por eso vosotros no la oís, porque no sois de Dios. Los judíos respondieron, y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y que tienes demonio? Jesus respondió: Yo no tengo demonio, mas honro á mi Padre, y vosotros me habeis deshonrado. Y yo no busco mi gloria: hay quien la busque y juzgue. En verdad, en verdad os digo, que el que guardare mi palabra, no verá muerte para siempre. Los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abraham murió y los profetas, y tú dices: El que guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas que tambien murieron? ¿Quién te haces á tí mismo? Jesus les respondió. Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es: mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios, y no le conocéis, mas yo le conozco. Y si dijere que no le conozco, seré mentiroso como vosotros: mas le conozco y guardo su palabra. Abraham vuestro padre deseó con ánsia ver mi día: le vió, y se gozó. Y los judíos le dijeron: ¿Aun no tienes cincuenta años, y has visto á Abraham? Jesus les dijo: En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuese, yo soy. Toma-

ron entonces piedras para tirárselas: mas Jesus se escondió, y salió del templo.»

Tal es el trozo del Evangelio que se ha leído en la misa de este día, y que es un rico y abundantísimo venero de la mas pura y celestial doctrina. El Evangelio con cerca de diez y nueve siglos de existencia, siempre es nuevo. El pasage que acabamos de narrar parece dirigido, y de hecho les conviene á los incrédulos modernos, que desconociendo á Jesucristo, y menospreciando á la Iglesia, combaten sin tregua ni descanso la única doctrina de verdad que puede salvarnos. Habla hoy Jesucristo por el órgano de su vicario y representante en la tierra, y en el instante los corifeos de la impiedad esclaman como los judíos al escucharle en el templo: *Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu et demonium habes?* ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano, y que tienes demonio? Esto es: ¿No decimos bien que esa enseñanza, que esa doctrina trasmitida por el Gerarca Supremo de la Iglesia á los demas ministros, y por estos á los pueblos, es contraria al orden, al progreso, á la civilizacion de la sociedad? ¿No decimos bien que el sacerdocio debe ser esterminado de la tierra, porque de otro modo seremos arrastrados al despotismo tiranizador? Nosotros no queremos reconocer principio alguno de autoridad, aspiramos á una absoluta independéncia así en el orden religioso como en el político: no queremos otra ley que nuestros propios caprichos. ¿No decimos bien que debemos ahogar entre los gritos revolucionarios la voz del Evangelio? *Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu et demonium habes?*

Una rápida ojeada sobre el estado que hoy presentan las sociedades cristianas barrenadas en su interior



por el espíritu del moderno filosofismo, os hará comprender que tales son las voces de los enemigos de la verdad católica. Y á todo esto la Iglesia con la mansedumbre de su Fundador Divino tan solamente compadeciéndole, les dice: *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* ¿Si os digo la verdad por qué no me creéis?

Examinando, pues, en el presente discurso los combates dirigidos contra la Iglesia desde su mismo nacimiento, voy á haceros ver que todas las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia, solo han servido para aumentar sus triunfos y victorias, y para hacer resplandecer mas y mas la verdad católica.

Me prometo, mis amados oyentes, sacar algun fruto de mi predicacion, no por la elocuencia de mis palabras, sino por la justicia de la causa y la asistencia del Espíritu Santo que impetraremos por la intercesion poderosa de la Santísima Virgen á la que saludaremos con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

Necesario será, señores, que antes de proceder á presentar las pruebas que han de confirmar la proposicion que acabamos de establecer, contemplemos el estado que presentaba el mundo al establecerse la religion adorable que tenemos la dicha de profesar. El siglo de Jesucristo fué el mas ilustrado de cuantos le habian precedido. Las ciencias y las artes habian hecho rápidos adelantos, al tiempo mismo que la paz habia sucedido á las sangrientas guerras que en los tiempos anteriores habian llevado por do quier la desola-

cion y el espanto. Sin embargo, la ciencia no era otra cosa que lo que podia ser entonces, una ciencia egoísta! Si examinamos con detenimiento el estado moral de aquella época, veremos que las leyes así como las costumbres eran las mas absurdas: no se conocia principio alguno de caridad, ni garantía en la propiedad, ni vínculos en las familias, ni dignidad alguna en los individuos. ¿Cuál era el Dios á quien rendia culto y adoracion el paganismo? No otro que el placer y la sensualidad. El poder de los emperadores romanos era el mundo todo. El resto de la humanidad se postraba al pié del Capitolio para servir de alfombra á las soberbias césares, ó de sangrienta pira al fuego de las vestales. El despotismo no podia llevarse mas allá. Negarse á obedecer con prontitud una órden del César, á tomar parte en las bacanales ó á doblar la rodilla ante las estatuas de los dioses, era lo mismo que poner la cabeza bajo el hacha del verdugo. La ciudad reina y señora del Universo era la maestra y la esclava de todos los vicios.

Cuando á tal estado de abyeccion habia llegado la familia humana; cuando el mundo de la razon habia llegado á tal extremo de degradacion, entonces apareció sobre la tierra el que era la luz verdadera, cuyo destino era iluminar á todo hombre que viene á este mundo: el Hijo de Dios, el Mesías anunciado en las Escrituras: el que venia á romper las cadenas de la esclavitud del mundo, haciendo adquirir de nuevo al hombre su dignidad que miserablemente habia perdido. A Jesucristo estaba reservado civilizar las naciones, suavizar las leyes, moralizar las costumbres y hacer conocer á los hombres los deberes que les ligan para con Dios, para con-



sigo mismo y para con sus semejantes. Este prodigio debia hacerlo su predicacion, la enseñanza de una doctrina celestial y divina hasta entonces desconocida.

El que tantos beneficios venia á dispensar á la humanidad, verifica su nacimiento segun la carne en un humilde albergue, crece en el seno de una familia desvalida, y permanece en la oscuridad de su retiro hasta que es llegada la hora en la que segun los consejos eternos debe empezar la obra admirable de su predicacion, en la que emplea los tres años que preceden á su sacrificio. Seguid, señores, sus pasos, alumbrados con la brillante antorcha del Evangelio: seguidle cuando lleno de caridad recorre los pueblos de la Judea, y le vereis enseñando á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La caridad, la paciencia en la adversidad, la obediencia, la humildad, el amor á los enemigos, hed aquí el asunto principal de sus enseñanzas: los hombres adquieren altísimas nociones de Dios, de su misericordia y de su justicia, nociones hasta entonces desconocidas, y en nombre de su Padre ofrece la Bienaventuranza á los que observan su doctrina. Estaba en el mundo que fué hecho por él, dice San Juan, y el mundo no le conoció. A su predicacion acompañaban asombrosos prodigios: dar vista á ciegos de nacimiento, agilidad en sus miembros á los paráliticos, saciar á una multitud hambrienta con la prodigiosa multiplicacion de los panes y los peces, y dar vida á los muertos, fueron portentos observados por multitud de testigos. Sin embargo, si bien todo esto servia para causar la admiracion de las turbas que mas de una vez quisieron aclamarle Rey, no fué suficiente para hacer caer la venda que cubria

los ojos de los escribas y fariseos, que le perseguian sin tregua ni descanso. Ved aquí por qué Jesucristo les dice en el Evangelio de hoy: «¿Quién de vosotros será capaz de argüirme de pecado? Pero observad la malicia y la mala fé de sus enemigos. No tienen de que acusar á Jesucristo: no han podido advertir en él la mas mínima falta, y si le acusan es porque hace milagros que á juicio de ellos no podria hacerlos mayor el Mesías que esperaban. No querian reconocer en Jesus, ni aun los mismos sacerdotes que se preciaban de entendidos en las Escrituras, los caracteres marcados por los profetas que habian de adornar al prometido Mesías y que de un modo tan claro resplandecian en el Hijo de María. ¡Oh generacion mala y adulterina! ¡Cierras los ojos por no mirar la luz que te deslumbra! «Si os digo la verdad, añade Jesucristo á sus anteriores palabras, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye la palabra de Dios: por eso vosotros no la ois, porque no sois de Dios.» ¿Y qué contestan sus enemigos? «¿No decimos bien nosotros, que eres samaritano y que estás endemoniado?» *Nonne bene dicimus nos quia Samaritanus es tu et dæmonium habes?* Vamos ya á ver á Jesucristo dirigiendo la misma pregunta á los incrédulos de todos los siglos, y estos dando exacta contestacion. Vamos á contar los triunfos de la Iglesia por las persecuciones que ha experimentado. Vamos á dar una leccion de grande importancia á los actuales corifeos de la impiedad moderna.

Id por todo el mundo, habia dicho Jesucristo á sus Apóstoles, y predicad el Evangelio á toda criatura: el que crea y sea bautizado se salvará y el que no crea se condenará. En cumplimiento de tan



soberano mandato, apenas aquellos humildes pescadores recibieron el Espíritu Santo, se reparten por el mundo para llevar por todas partes con la luz del Evangelio, la verdadera civilización. Ya saben que no pueden esperar otra cosa que persecución y padecimientos: esta era su herencia y el mismo Jesucristo se los había anunciado por estas palabras: «Los hombres os perseguirán á causa de mi nombre, os maldecirán, el odio y la adversión os seguirán por todas partes y os harán sufrir toda clase de males é infortunios: no temais, sin embargo, á los que puedan dar muerte á los cuerpos; ellos no tienen derecho alguno sobre las almas; lo que importa es tomar la cruz y seguirme (1).

En efecto, llenos de valor se anuncian como ministros del que había sido crucificado en Jerusalem y enseñan que no hay en la tierra otro nombre que el de Jesús en el que los hombres puedan ser salvos (2), y que los dioses del imperio no son otra cosa que falsas divinidades, dignas del mayor desprecio, y son tales sus razones y los milagros que acompañan su predicación, que en todas partes corren presurosas multitud de personas á engrosar las filas de los seguidores de Jesucristo y profesores de su doctrina. Solo el Príncipe de los Apóstoles convirtió en sus dos primeros sermones ocho mil personas.

Un día, cuando tal vez Roma acudía al Circo á presenciar las fiestas de las bacanales, entró por una de sus puertas un varón de aspecto venerable: sus vestidos eran humildes y nada podía dar á comprender que aquel hombre estaba adornado de una

(1) Math. cap. IX.

(2) Act. Apost. cap. IV v. 12.

sabiduría celestial. Era Pedro, el jefe del Apostolado. ¿Y qué pretendía en aquella populosa capital? Empresa menos gigantesca que la que él se proponía llevar á cabo, hubiera seguramente asustado á los géneos mas atrevidos. Iba á dar á conocer á Jesucristo crucificado como verdadero Dios en la corte de los Emperadores. A su entrada temblaron sobre sus pedestales las estatuas de los ídolos. El pobre pescador no buscaba su gloria, sino la de aquel que le había enviado, y tenía una gran confianza en la palabra del que había dicho á él y á sus compañeros: «Yo estaré con vosotros.» Llevar á cabo en la misma corte, residencia de los poderosos emperadores romanos, una revolución moral, que trastornase las leyes y las costumbres: combatir el culto de los dioses del imperio, predicar en suma un nuevo Dios: bien conocéis, señores, que era una empresa verdaderamente gigantesca, que solo con el auxilio divino podía efectuarse. Si hubiera sido obra de los hombres, hubiera fracasado en sus primeros días, pero era obra de Dios, y tenía que prevalecer contra todos los poderes de la tierra.

Al poco tiempo, Jesucristo era adorado en el centro mismo del paganismo; pero la oscuridad de las catacumbas era el asilo de sus adoradores. La Iglesia había de tener una infancia dilatada, señal de una vida que había de durar tanto como el mundo. La sociedad romana llega á apercibirse de que unos hombres extraños enseñan una nueva religión, que se niegan á quemar incienso ante los dioses del imperio, que desprecian y que dan á conocer como verdadero Dios á otro hombre que por malhechor había sido crucificado en Jerusalem. Las mas ridículas patrañas,



cuentos fantásticos, y escenas de terror, se inventan para hacerlos aparecer como sospechosos y criminales: se asegura que aquellos hombres sacrifican niños en sus reuniones nocturnas y secretas y se alimentan con sus carnes, y otras invenciones por el estilo. Entre tanto, los cristianos elevan al cielo las mas fervorosas plegarias por la conversion de sus detractores, imitando al divino Maestro, que desde la cumbre del Gólgota y pendiente del árbol de la Cruz, pedia á su Eterno Padre por los mismos que le crucificaban.

La enseñanza de los que se llamaban cristianos llegó á ser objeto de todas las conversaciones, y no habia en Roma reunion donde no se hiciese mencion de aquellos hombres que parecia no temer á las duras leyes del imperio. Aquellas reuniones y alarmantes noticias llegaron con rapidez al palacio de los Césares. El que manejaba con su diestra las riendas del imperio nada temió por entonces; ¿qué podia resistir á su poder? Contando con numeroso ejército fácil le parecia esterminar de una vez y para siempre á los cristianos. Aquellos hombres valerosos que predicaban llenos de fé á Jesucristo crucificado, eran conducidos ante el Emperador, pero ellos lejos de intimidarse ni mostrar temor á las amenazas, esplicaban su doctrina, y aseguraban que los dioses del imperio eran falsas divinidades que debian ser despreciadas, y que el verdadero Dios era Jesucristo, único que debía ser adorado, concluyendo con decir como Jesucristo á los judíos: Si os digo la verdad ¿por qué no creéis? Mas el emperador al escucharlos era un vivo retrato de aquellos pérfidos hijos de Israel que esclamaban en la dureza de su corazon. *Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es, et daemonium habes?* Y el cristiano veíase obligado á es-

coger entre adorar los ídolos, volviendo las espaldas á Jesucristo, ó sufrir los mas crueles martirios. La respuesta no se hacia esperar, y era unánime en todos ellos. ¿Qué nos importa morir, decian, por la causa de la justicia y de la verdad? La muerte será para nosotros el principio de una vida feliz que ha de durar eternamente. Y corrian presurosos á los martirios entonando himnos de bendicion al Dios que les preparaba, y ofrecia tan hermosa corona.

Leed, señores, con detenimiento la historia de la Iglesia, y vereis que durante los tres siglos que duró su infancia, experimentó diez terribles persecuciones en los tiempos de Neron, Domiciano, Trajano, los Antoninos, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano. Durante esta dilatada época y con pequeños intervalos de paz se vertió á torrentes la sangre de los cristianos, de tal modo que un dia decia Tertuliano á los Césares, que si llegaban á concluir con los profesores de la doctrina de Jesucristo, el trono caería de vasallos y de ciudadanos la patria. La sangre de los mártires era una fecunda semilla que producía nuevos cristianos, cuyo número se aumentaba á proporción que se inventaban nuevos tormentos, y se sacrificaba mayor número de víctimas. A través de tales y tan sangrientas persecuciones resonaba en el circo el nombre augusto de Jesus de Nazareth y de su bendita Madre: era el mismo lugar donde tantas veces habia resonado el *Morituri te salutant*, espresiones dirigidas por los paganos á los Césares que les sacrificaban.

Algunos escritores enemigos declarados de la religion cristiana, si no han tenido valor para negar el gran número de mártires que en sus tres primeros siglos fueron sacrificados, han querido ver en esto un



fanatismo. ¡Oh! ¡Qué delirio! Los apóstoles y los primeros fieles que forman los primeros eslabones, digámoslo así, de esa interminable cadena de mártires, sacrifican gustosos sus vidas en prueba y testimonio de hecho que habian visto. Si ellos no hubiesen hablado con Jesucristo resucitado, si no hubiesen oído su voz, si en suma no hubiesen recibido el Espíritu Santo, cuyas luces les hicieron aptos para hacer frente á toda la sabiduría humana, no hubiesen emprendido la obra de la propagacion del Evangelio, en la que sabian habian de sufrir grandes persecuciones, y por último la muerte. No es esto un fanatismo de secta; es sí un sentimiento de verdadera convicción. La sabiduría de sus predicaciones, los grandes milagros con que confirmaban su doctrina, y su constancia y valor al sufrir los martirios, animaba á otros muchos que no tardaban en imitarle. ¿Y cuál fué el resultado de aquellos tres siglos de persecuciones y martirios? ¿Para qué sirvieron? Para mayor triunfo de la Religion, que se sentó gloriosa sobre el trono de Constantino.

Sigamos los anales de la historia de la Iglesia. No concluyeron sus persecuciones al caer de la mano de los Emperadores el hierro homicida. Los reyes bárbaros se propusieron esclavizar á la hija del cielo, la religion santa, cuya mision era llevar á cabo la unidad del género humano, abolir la esclavitud, y formar de todos los pueblos uno solo, cuya guia fuese el Evangelio, ese código de moral el mas sublime que verán los siglos. Como si esto no fuera bastante, vino la herejía á difundirse por el campo místico de la Iglesia. ¿De qué sirvió la opresion de los Emperadores y reyes bárbaros? ¿Qué consiguieron? Que el gran Carlo Magno concibiese la idea de que el Gerarca Supremo

de la Iglesia fuese completamente independiente, y concluyese la obra empezada anteriormente por Pipino, de que el papa fuese rey. Entonces nació ese poder temporal de los romanos pontífices, tan combatido en nuestros desventurados tiempos. ¿Y la herejía, que ha conseguido en la série de los siglos? En vano á los herejes los ha llamado la Iglesia diciéndoles: ¿Si os digo la verdad, por qué no me creéis? Ellos han contestado siempre como los judíos á Jesucristo: *Nonne bene dicimus nos quia dæmonium habes?* Y en su furor, por combatir á la Iglesia, buscaron prosélitos por todas partes, predicando pero sin poder convencer. ¿Dónde están hoy los arrianos, nestorianos, sacramentarios, iconoclastas, luteranos, calvinistas y tantos otros como han dirigido sus envenenados dardos al corazón de la Iglesia? Jesucristo que vela por su esposa, y que ha ofrecido solemnemente que nada podrán contra ella los esfuerzos todos de sus enemigos, suscitó, segun la necesidad de los tiempos, héroes admirables en virtud y sabiduría que supieron combatir con las armas de la verdad y pulverizar todos los errores. Y los Concilios generales que á causa de las herejías se celebraron, y las declaraciones de la Iglesia, todo contribuyó poderosamente á aumentar los triunfos y laureles de nuestra religion santa y divina y á la mayor y mas relevante demostracion de la verdad católica. (R)

No quiero detenerme, señores, por no abusar de vuestra paciencia en narrar los grandes esfuerzos hechos á fines del pasado siglo y principios de este, por la escuela filosófica que tuvo su nacimiento en el vecino imperio. Bien sabeis que se pusieron en juego todos los medios posibles para destruir la Iglesia, y que en tanto que esta Madre cariñosa llamaba á sí á



sus hijos estraviados, diciéndoles: «¿Si os digo la verdad, por qué no me creéis?» ellos contestando como los judíos al Salvador: «*Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?*» murieron en la confusión y en el oprobio, en tanto que la Iglesia, roca indestructible, veía pasar los tiempos y los hombres sin perder nada de su robustez.

Los tiempos no han variado. Siguen las persecuciones, y continúan también los triunfos de la Iglesia. Habla el representante de Jesucristo en la tierra, el oráculo de la verdad, y en el seno mismo de las naciones católicas, se levanta una multitud de hombres que repeliendo la luz que les deslumbra, y rechazando la verdad, esclaman con un delirio febril: «*Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?*» ¿Qué es esto mis amadísimos hermanos (1)? ¿Hemos renunciado á ser hijos de la Iglesia? No equivale á otra cosa el hacer objeto de sarcasmo las palabras y las censuras de su jefe supremo. Pero tenedlo entendido, hipócritas enmascarados: vosotros os reis de la Iglesia cuando os dice con el mayor amor: «*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*» ¿Si os digo la verdad por qué no me creis? Bien podeis contestar con satánica risa en vuestros labios: «*Nonne bene dicimus nos quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?*» Pero vosotros concluiréis vuestra vida en el oprobio y la desesperación, en tanto que la Iglesia se coronará cada día de nuevos laureles.

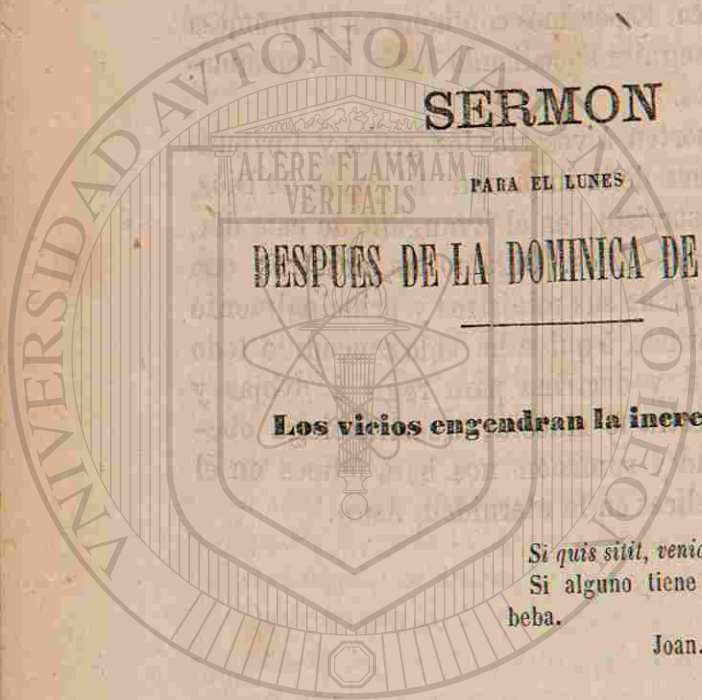
Hemos visto, señores, aunque con la rapidez que

(1) Arreglaba el autor este discurso en enero del presente año 1865, justamente en los días en que la última enciclica de Su Santidad Pío IX era objeto de grandes debates así en la prensa francesa, como en la española.

el tiempo ha permitido, como todas las persecuciones suscitadas contra Jesucristo y su Iglesia han servido para sus mayores triunfos y mayor demostración de la verdad católica. Esperemos confiados en la promesa eterna que así seguirá sucediendo hasta la consumación de los siglos.

Nada os importen á vosotros los gritos y furibundas declamaciones de la impiedad. El que es de Dios, nos ha dicho Jesucristo, en el Evangelio de este día, oye las palabras de Dios. Oigámoslas nosotros con docilidad de labios de sus ministros y principalmente del romano Pontífice, á quien ha sido concedido todo poder, autoridad y doctrina para regir á ovejas y pastores, y nuestra fé sincera, nuestra ciega obediencia docilidad y sumisión nos hará felices en el tiempo y mas felices en la eternidad. *Amen.*





## SERMON

PARA EL LUNES

DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

**Los vicios engendran la incredulidad.**

*Si quis sitit, veniat ad me et bibat.  
Si alguno tiene sed, venga á mí y  
beba.*

Joan. cap. VII, v. 37.

Tal es, señores, el llamamiento que nos hace Jesucristo y que es una demostración palpable del gran amor que nos profesa y de su deseo ardiente de nuestra salvación. En efecto: su caridad fué la que le hizo abandonar su trono en las alturas, cubrirse con el velo de la humanidad y aparecer en el mundo como uno de nosotros, pues se sujetó á todas las miserias de la vida del hombre, escepto al pecado. Nacido en el corazón del invierno y en un mísero albergue, sufrió como cualquier otra criatura el frío propio de la estación: huyendo á tierra extraña en brazos de su Madre, para librarse de la persecución del más tirano de los reyes,

se resigna á sufrir las incomodidades propias de un largo y penoso viaje. Ora perseguido, ora insultado, tan pronto llamándole embaucador y embustero, como apellidándole hijo de Belzebú, ó bien mágico ó hechicero; los tres años de su predicación formaron una no interrumpida cadena de contradicciones, de ingratitudes y baldones que no terminaron hasta que hubo sido sacrificado en el leño de la expiación, por el odio implacable de sus enemigos, instrumentos de la justicia Divina, que con el sacrificio de Jesús, había de quedar plenamente satisfecha.

¿Sabeis, por ventura, quién fué quien convirtió el cuerpo de Jesucristo en una viva llaga, á fuerza de tantos azotes y tormentos, y qué materia formó los clavos que le aprisionaron á la cruz? Pues fué el amor: fué la caridad divina que ardía en su corazón en favor del hombre pobre y miserable. ¡Cuánta bondad! ¡Cuánta felicidad para la raza proscripta del pecador del Paraíso! Confieso, mis hermanos, que cuando abro las páginas del Evangelio y leo en ellas los innumerables beneficios que el Salvador dispensara á los hijos de Israel; cuando veo que por todas partes iba haciendo bien, que el necesitado, el afligido, el ciego, el paralítico, y todos los que á él se acercaban, eran abundantemente socorridos, y quedaban sanos de cualquier enfermedad que padeciesen; cuando considero el modo tan admirable, como dió á conocer su Divinidad, entre otros muchos prodigios, con el de la resurrección de Lázaro; y en suma, cuando estudiando sus discursos, veo que su doctrina y enseñanza es la más pura, la más santa, la más benéfica para la sociedad, que antes carecía de verdaderas leyes morales, que siempre procuraba la paz, que mandaba dar á Dios



lo que es de Dios, y al César lo que le pertenece, no puedo menos de admirar la ceguedad espantosa de aquel pueblo que cerrando sus ojos á los resplandores de la verdad, procuraban su muerte con el mayor empeño, no parando en sus pérfidos proyectos, hasta que hubieron logrado que corriese por el Calvario su deificada sangre.

Mas decidme, mis hermanos, ¿la persecucion del Cristo y su doctrina concluyó con su muerte, ó acaso con el triunfo de la religion, cuando la conversion de Constantino? Si desgraciadamente alguna vez hubiese yo abrigado alguna duda sobre la religion de Jesucristo, hubiérame bastado para desvanecerla, aun si se quiere, mas que la autoridad y elocuente voz de los misioneros, la sola consideracion de sus continuas persecuciones, á través de las cuales se conserva triunfante, tanto como gloriosa. Cerca de diez y nueve siglos de existencia forman una prueba suficiente, aunque otras mil no pudiéramos presentar de su verdad, divinidad y por consiguiente bondad. No obstante esta verdad, clara á todas luces, hay hoy incredulidad, como la ha habido siempre, y no hablo de la incredulidad de aquellos países, en que puedan haberse borrado las luces que llevaron los obreros evangélicos, y donde la actual generacion no haya tenido la dicha y felicidad de oír resonar la trompeta del Evangelio, que sacó siempre á las mas bárbaras naciones de la sombra de la muerte á la hermosa claridad de la verdad y la vida. Hablo sí de la incredulidad nacida y nutrida en los pueblos y naciones mas cultas, donde impera el catolicismo. Nuevos incrédulos aparecen cada dia, que hacen gala, como dice el Evangelista San Juan, de amar mas las tinieblas que la luz. *Lux*

*venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem* (1).

Al ver, pues, á esos que se llaman espíritus fuertes, que haciendo alarde de profesar una filosofía pirrónica viven en la mas negra incredulidad, deseamos inquirir la causa que los mueve á obrar de un modo que los hace mas criminales que aquellos fariseos, que presenciando los prodigios del Salvador, lejos de creer en El pedían su muerte: y digo mas criminales, porque para los modernos incrédulos existen las pruebas de la perpetuidad. La causa, pues, de tanto mal existe en los vicios. Quitad los vicios en los cristianos, y por sí misma desaparecerá la incredulidad.

Existe en todos los hombres una sed insaciable de felicidad: todos aspiran á ella, pero guiados por su ciega razon y sus caprichosas pasiones, búscanla muchos por el camino que únicamente conduce á la eterna infelicidad. Por eso Jesucristo que ve esta necesidad, sale al encuentro del hombre, y con breves palabras le señala en el Evangelio de hoy, donde se halla esa felicidad por que anhela; cuál es la fuente verdadera donde puede refrigerar esa sed de dicha que le abrasa. A la Samaritana que le hablaba del Mesías, dijo: *Ego sum qui loquor tecum*. Yo soy el que hablo contigo. A nosotros nos dice como á los fariseos. *Si quis sitit, veniat at me, et bibat*. Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Toda otra fuente que no sea Jesucristo y su doctrina, es sin que lo dudeis, fuente venenosa. El que no cree ya está juzgado.

Ya habreis comprendido mi intento de hablar en este dia de la incredulidad, y para combatirla voy á

(1) Joan. cap. III, v. 19.



reducir el discurso á esta sola proposicion. *Los vicios engendran la incredulidad.* Las pruebas de esta verdad os demostrarán claramente la necesidad de buscar en Jesucristo y su doctrina la felicidad á que necesariamente aspira todo hombre. *Si quis sitit veniat ad me et bibat.*

Para el mejor desempeño de mi oracion, y que ella produzca los mas abundantes frutos, imploremos los auxilios de la divinidad por la intercesion de la Reina de los ángeles, María Santísima, repitiéndole la saluacion angélica. *Ave María.*

#### PARTE ÚNICA.

Antes de entrar en las pruebas de la proposicion que hemos sentado, creo oportuno haceros conocer la descripcion que hace el apóstol San Pablo de los filósofos gentiles é idólatras. «Los entregó Dios, dice, á un réprobo sentido, para que hiciesen cosas que no convienen: son hombres llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaño, de malignidad, sembradores de discordias, murmuradores, aborrecidos de Dios, soberbios, altivos, necios, inmodestos, desobedientes á sus propios padres, malévolos, sin fé y sin misericordia (1).» Tal es el retrato que el Apóstol hace de aquellos gentiles, que despreciando toda sana enseñanza vivian en las tinieblas de la idolatría. Mas inspirado divinamente veia á través de los siglos una generacion que no obstante haber nacido en el seno de la religion católica,

(1) Ad Rom. cap. I.

habia de corromperse en su entendimiento, y volviendo la espaldas al Cristo Redentor, habia de sacrificar en las aras de ídolos asquerosos, y estos son los incrédulos que en gran número hánse aparecido por la Europa, principalmente desde que el patriarca de la impiedad, Voltaire, empezó á hacer prosélitos y reunir discípulos. Veamos cómo los pinta el inspirado Apóstol: «En los últimos días amenazarán tiempos peligrosos, porque habrá hombres amantes de sí mismos, codiciosos, erguidos, soberbios, blasfemos, ingratos, delincuentes, sin profesar amor á nadie, enemigos de la paz, incontinentes, crueles, sin benignidad, tan traidores como protervos, voluptuosos que preferirán los deleites de su cuerpo al mismo Dios... y en suma, hombres de entendimiento corrompido, hechos réprobos acerca de la fé (1).»

Si, pues, esta es la verdadera pintura de los filósofos incrédulos, debe cesar toda nuestra admiracion al verlos llenos de satánica soberbia, hacer objeto de su irrision y sátira hasta el mismo Dios, menospreciar la autoridad de los sagrados libros, negar á la Iglesia de Jesucristo sus mas nobles prerogativas, perseguir á sus ministros, y empeñarse en destruir su doctrina, en las que enseñando al hombre á vivir sin religion ni leyes, se le guía por el camino de una anarquía religiosa y civil que precisamente le conduce á su ruina. ¿Veria acaso Federico en su fantástica imaginacion, feliz la sociedad dando muerte á la Iglesia de Jesucristo? Ello es que creyendo cercano el dia en que sobre las ruinas del catolicismo se habian de levantar las negras banderas de la impiedad, se felicita por su

(1) II ad Timoth. cap. III.



futuro triunfo, haciendo á Voltaire participante de su alegría y regocijo, invitándole á componer el epitafio para el ilustre difunto.

Vanos fueron en verdad los proyectos de los filósofos del siglo XVIII, como son los del presente y serán necesariamente los de los sucesivos, de destruir la fundacion de Jesucristo, toda vez que los cimientos sobre que se sostiene son fortísimos. Su mismo fundador le ha ofrecido proteccion (1), y será mas fácil que falten los cielos y la tierra que su palabra (2). Es un delirio el querer persuadir que las obras de Dios están sujetas á vaivenes como las obras humanas. Las persecuciones que en todos tiempos hanse suscitado contra la Iglesia, le han producido triunfos visibles, y los ilustres é innumerables mártires que vertieron su sangre en su defensa, forman para ella una preciosa corona.

Empero si nos admira el ver que existan entre nosotros tantos incrédulos; si á cada paso tenemos ocasion de oír lenguas sacrílegas que niegan la religion revelada, ya en su totalidad, ya en alguno de sus dogmas ó puntos principales; si oímos á algunos decir que en el establecimiento del cristianismo, y aun en el valor de los mártires, no hay nada de sobrenatural, y que la propagacion de la religion que nos parece tan admirable, no es mas que un problema; si oímos á otros combatir el Evangelio, diciendo que es producto de los teólogos, y otras mil paradojas que escuso el enumerar; si escuchamos por último esa altanería criminal con que muchos hacen objeto de mofa las cosas mas sagradas, no podemos menos de desear

(1) Luc. cap. XXII, v. 32.

(2) Math. cap. XXIV, v. 35.

saber cuál sea el origen y cuál la causa del desarrollo ó propagacion de esa incredulidad que se advierte desgraciadamente en muchos que hicieron profesion de cristianos. Si deseais saber el origen, yo os lo diré en breves palabras que despues esplicaré: *los vicios engendran la incredulidad*. Ved aquí el origen de un mal canceroso que difícilmente se cura, y que corroe las entrañas de la sociedad. Pulula la incredulidad con aire de triunfo, y busca por todas partes prosélitos. Si es ó no efecto de los vicios, veámoslo demostrado con la mayor claridad. Nace un niño hijo de padres cristianos, por quienes es conducido al templo desde su mas tierna edad, acostumbrándose á las prácticas religiosas. De niño le vereis asistir gustoso al santo sacrificio de la Misa y á los demas actos del culto, y en tal modo se aficiona que hasta en su misma casa forma altares, para imitar con inocencia infantil las ceremonias que ve practicar en la Iglesia. Esto, no obstante, sucede á veces, y por fortuna son las menos, que llegando este tierno infantito á la juventud, va perdiendo sus buenas costumbres, y siguiendo las huellas de otros de su edad ya le es indiferente lo que antes arrebatara su atencion, ó tal vez es objeto de su fastidio lo que antes de su mayor veneracion y respeto. Fenómeno es este que no puede menos de llamar la atencion del observador, pero fenómeno fácil de comprender y de explicar.

El hombre revestido de una naturaleza corrompida es inclinado al mal: el enemigo de Dios y de nuestra salvacion, que como dice mi Gran Padre el Príncipe de los Apóstoles, nos rodea de continuo para conducirnos por el camino de la perdicion, empieza bien temprano su páfida obra con el hombre: el



mundo corrompido presenta su encantador panorama y escita al goce de los placeres que siempre brinda en hermosa y dorada copa; al par que la carne, tercer enemigo del hombre, trata de ahogar en él los gritos del espíritu. Sentados estos antecedentes, vemos aquel jóven de quien venimos hablando, que empieza á ser incrédulo contra la enseñanza que ha recibido, y empieza por el camino de las dudas, aun antes si se quiere, que sepa discurrir ni aun leer. El mundo le enseña lecciones que le deleitan, le incita á los placeres que la religion condena: la sociedad le enseña á ser sensual y la religion le advierte que hay penas de eterna duracion para el que se entrega á la corrupcion de costumbres: su posicion le hace adquirir orgullo é hincharse de soberbia, y la religion le hace saber que Dios comunica su gracia al humilde, y resiste al soberbio. No me gusta, esclama aquel jóven, una religion que no me deja libertad para obrar, y que en su austeridad me prohíbe gozar de cuanto el mundo me ofrece. Precisamente todo lo que nos enseña la Iglesia debe ser por atemorizarnos, y no porque Dios intervenga en nuestros actos. Como veis, en estos nace la incredulidad, cuando nacen los vicios, y conforme estos se van desarrollando, va haciendo progresos la incredulidad. Si la religion les dijera: «vive segun tu capricho, enorgullécete si tu posicion es ventajosa, apodérate de los bienes agenos si eres pobre, goza de todos los deleites, y no reconocas autoridad alguna, pues que dependes únicamente de Dios que te ha hecho libre, y te ha colocado en medio del mundo sin darte ley alguna, y solo para que goces,» en este caso, la religion que tales lecciones diera, no se pondria en duda, ni el jóven

la negaria. ¡Ah! Vergüenza es oír á esos filosofillos imberbes que creyendo saber algo, cuando todo lo ignoran, así entran en una cuestion de controversia cristiana, como entablarian una cuestion por un asunto de juguete ó entretenimiento.

Por lo dicho conoceréis que la incredulidad en los jóvenes no es ilustrada; antes por el contrario, es producto de una razon débil. ¿Qué precauciones pueden haber hecho en su corta edad, y que estudio profundo para poder separar la verdad del error? No hay cosa en el mundo de mas importancia que es la religion, pues que de ella pende la vida ó muerte eterna. Y cuando tanto tiempo se emplea en decidir un negocio del que penda el aumento ó la disminucion de los intereses materiales, ¿bastará una rápida ojeada, sin leer, sin profundizar, sin discurrir para decidirse en cuestion tan vital como es la de la verdad ó falsedad de la religion? ¿No seria objeto de la irrision de los hombres entendidos la audacia ó atrevimiento de aquel hombre, que sin exámen de ninguna especie, quisiese decidir una cuestion de ciencia? Pues ved aquí lo que se hace en materia de religion.

Creo que vuestra razon y buen juicio, os hará conocer la verdad de cuanto voy diciendo. Oye un jóven una cuestion habida entre dos personas, de las cuales la una defiende la religion y la otra la combate; hácele gracia el chiste con que el segundo hizo armas para la cuestion, y sin mas, empieza á titubear, y á pesar de no ser capaz de conocer la diferencia real que hay entre la verdad y el error, y de no haber manejado un libro, decídese por lo que mas le conviene para vivir sin sujecion, y pasa á ser incrédulo, y niega sin temor ni ambaje lo que creyeron y veneraron



hombres sapientísimos, que pasaron la mayor parte de su vida en la meditacion y el estudio. ¿Qué es para ellos un San Agustin, un San Gerónimo, un San Juan Crisóstomo? ¿Qué la creencia casi universal de diez y nueve siglos?... ¡Ah! Desean saber, desean ilustrarse, y para ello, para conseguir su objeto, buenas son las obras de Rousseau, de Voltaire, de Proudhon, ó de alguno de los discípulos de tan infernales escuelas. El florido estilo de sus autores les encanta, sus bellas pinturas les embelesan; fueron filósofos, y filósofos no como quiera, sino de nombradía aunque funesta, y esto les basta. ¿Qué dicen? ¿Acaso que Jesucristo fué un personaje fantástico ó tal vez un embaucador? ¿Qué, los milagros que nos refiere el Evangelio, obrados por El, son invenciones de sus discípulos para buscar seguidores de la nueva doctrina? ¿Tal vez canonizan el vicio y llaman heroína digna de la sociedad á la mujer que pierde con el honor la vergüenza? ¿O por ventura se rien de la espiritualidad ó inmortalidad del alma? Nada importa. Lo dicen esos filósofos, y deben ser creídos, porque no se habian de equivocar hombres tan profundos en las ciencias, y que lograron un crecido número de discípulos. Nada es, pues, para los que abrazan las doctrinas de la incredulidad que hombres mas científicos y mas honrados que aquellos filósofos, hayan combatido sus sofismas haciendo resplandecer la verdad.

Tal es, mis hermanos, el modo de discurrir, tal es la ilustracion de la incredulidad, ni tan solamente en los jóvenes, sino en muchos que no lo son, y que debian hacer mejor uso de la razon que el Señor les ha concedido. ¿Podrán ignorar los impíos incrédulos, que

todas esas obras donde aprendieron esas teorías porque se guian, han sido valerosamente refutadas? ¿Podrán ignorar que la Iglesia de Jesucristo tiene sus padres y doctores, sus célebres apologistas, que han hecho de ella y de su moral la mas concienzuda defensa? Pues bien: si el vicio no les guiara, si el motivo de abrazar las teorías de la incredulidad no fuera su deseo de vivir sin leyes y sujecion, ¿qué cosa mas natural, mas lógica, mas arreglada y conforme á la recta razon, que ya que han bebido en tan corrompidas fuentes, se dedicasen á leer las obras que refutan á aquellas para poder discernir despues con madurez y conciencia? ¡Ah! Que si así lo hicieran esos que se jactan de impiedad, habria por cierto muy pocos incrédulos, porque por el exámen razonado, vendrian á encontrar la verdad.

¿Qué diriais vosotros incrédulos, si algunos hay entre mis oyentes, si viereis á un juez que porque en su presencia han acusado á un hombre de haber cometido un homicidio, le condenase á muerte sin oírle, sin informarse del hecho y de sus circunstancias? No podriais menos de escandalizaros, de decir que era juez perverso ó ignorante aquel que fallaba una causa sin seguir los trámites de la ley, sin escuchar al reo. Pues este mismo escándalo causais vosotros con vuestra conducta, peor sin comparacion que la de aquel juez. Vosotros creiais en la religion que os recibió en su seno, derramando sobre vuestras cabezas el agua de su bautismo, y le erais fieles amándola y repestándola, vino un calumniador, os presentó como falso lo que es verdad, os dijo que sus leyes eran invenciones puramente humanas, y que la sujecion de vuestras pasiones, que os prescribe, no



procede de Dios, sino del fanatismo de los ministros de la misma religion: lejos de oir vosotros á ambas partes, es decir, lejos de interrogar á la misma religion que os contestará por sus doctores, y satisfará vuestras dudas, porque la religion no huye de la discusion, toda vez que de ella no puede resultarle sino señalados triunfos, pronunciais la sentencia, declarais que es falsa y decididamente quedais matriculados en la escuela de la incredulidad. ¿Sois ó no en este caso peores que aquel juez de quien os escandalizásteis? Bien podeis, pues, avergonzaros y esconder vuestros rostros, en el convencimiento de que vuestra incredulidad no es ilustrada, no es otra cosa que un producto de vuestros vicios y pasiones, un efecto de un entendimiento débil y enfermizo.

Repito, mis hermanos, por el convencimiento en que estoy, que si precediera el exámen concienzudo no tendríamos que lamentar tanta impiedad, tanta incredulidad como existe entre nosotros. Habrá un apasionado por las doctrinas de Lutero, pero yo estoy en la persuasion de que si este seguidor de su escuela, partidario del protestantismo, tratase verdaderamente de ilustrarse y examinar la verdad ó falsedad de la llamada Iglesia reformada, y para ello se informase de quién fué el reformador Lutero, de sus costumbres, motivos que tuvo ó causas que le impelieron á llevar á cabo su obra, si estudiase en la historia el origen del desarrollo del protestantismo en Inglaterra, y qué causa movió á Enrique VIII para abrazarle, abandonando la Iglesia católica, prontamente si su cerebro no estaba enfermo, vendria en el conocimiento de la verdad y se acogeria á los brazos del Catolicismo. Y no podian menos de hacerlo así, al ver que el fa-

moso reformador fué un escandaloso apóstata de la religion, inmoral como él solo, entregado á los vicios, y que se apartó de su madre la Iglesia por un efecto de su soberbia y desmedida ambicion, y que el pérfido y lascivo monarca que antes se honraba con el título de defensor de la fé, abrazó su doctrina y la introdujo en su reino porque el Sumo Pontífice, representante de Jesucristo, se negó justamente á concederle sus sacrílegas peticiones.

Si los límites de un discurso de esta naturaleza me lo permitieran, detendríame gustoso en examinar el origen y progresos de las doctrinas de otros heresiarcas, y nuestro exámen crítico siempre nos daria por resultado que los vicios engendran la incredulidad: pero no siéndome esto posible, concluiré por exhortaros á que permanezcais firmes en la religion católica, en que habeis tenido la dicha de nacer y ser educados. No deis oídos á la voz de la impiedad; permaneced firmes en la fé, sin olvidar que el que no cree, ya está juzgado. Vosotros deseais encontrar el camino de la verdadera felicidad, teneis sed de doctrina, pues no titubear, y dad oídos á la voz de Jesucristo, que os dice: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Porque en efecto, cristianos, cualquier otra fuente que no sea la doctrina de Jesucristo, nuestro Salvador y Maestro, no puede dar mas que aguas pestíferas y corrompidas. Fuera de Jesucristo, no hay verdad, no hay salvacion. Adorémosle en espíritu y verdad, sigamos constantes en su doctrina y religion, sin apartarnos ni un momento de ella, para conseguir las recompensas ofrecidas á los que perseveran hasta el fin, que es la salvacion. *Qui perseveraverit usque in finem hic salvus erit. Amen.*



## SERMON

PARA EL MIÉRCOLES

### DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

**El vicio capital de la envidia hace al hombre aborrecible á Dios y digno de castigo eterno.**

*Sustulerunt ergo lapides Judæi, ut lapidarent eum.*

Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle.

Joan. cap. X, v. 31.

No sé en verdad que sea mas digno de execracion en los escribas y fariseos, si su ceguedad ó la malicia y mala fé que guiaban todas sus obras. En vano era para ellos que el Divino Nazareno mostrara por sus hechos prodigiosos que el Padre estaba en El, y El en el Padre, es decir, que el Padre y Jesucristo eran la misma cosa. Cubiertos sus ojos con tupida venda, para ellos las obras mas maravillosas, los milagros mas asombrosos nada tenían de sobrenatural, y llamaban embaucador al que no hacia otra cosa que prodigar beneficios; perturbador del orden público al que mandaba dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del

César. Llenos de prevencion contra Jesus, que ni aun considerado como hombre tan solo les habia hecho ni podia hacerles mas que bien, buscaban sin descanso la ocasion de poderle imputar algun crimen que le hiciese merecedor de la muerte, pues que no deseaban otra cosa que verle morir como criminal. El Evangelio de este dia nos presenta una prueba clara de esta verdad. «Celebrábase en Jerusalem la fiesta de las Encenias ó dedicacion, y era invierno: y Jesus se paseaba en el templo por el pórtico de Salomon, y acercándose á El los judíos le dijeron: ¿Hasta cuándo nos has de tener en duda? Si tú eres el Cristo, dínoslo con claridad. Jesus les respondió: Os lo digo, y no me creéis, las obras que yo hago en nombre de mi Padre estas dan testimonio de mí: mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas: mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco y me siguen, y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y ninguno las arrebatará de mi mano. Lo que me dió mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una misma cosa. Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle.» No es necesario que adelantemos en la lectura del Evangelio, para que comprendamos de lo que era capaz aquel pueblo, que al fin condujo á Jesucristo al Calvario para cometer en su persona el horrendo crimen de Deicidio.

Y á la verdad, ¿á qué fin dirigen á Jesus la pregunta de si es ó no el Cristo que ellos esperan? ¿Y qué delito ha cometido en su contestacion para que se dispusiesen á apedrearle? ¿Fué hecha con sencillez la pregunta, guiados por su deseo de saber si se habian cumplido sus deseos, estando ya en el mundo el que



los habia de libertar del yugo de los gentiles? Así parece á primera vista; pero otra era la intencion que les acompañaba, puesto que ellos esperaban un libertador lleno de pompa y gloria mundana. No creyendo en Jesucristo, por mas que oyeran contar sus milagros y que ellos mismos los presenciaran, hácenle la pregunta, por ver si en su contestacion podian cogerle y acusarle como reo. La contestacion del Salvador no pudo menos de irritarles, y tomaron piedras para apedrearle, segun mandaba la ley que se hiciese con los blasfemos. ¿Quién los movió á obrar de este modo? ¿Cuál fué la causa de que así se irritasen contra el Salvador? No otra que la envidia diabólica que se habia apoderado de sus corazones, y que les arrastró á declarar blasfemo á Jesus por el solo delito de llamarse Hijo de Dios, y mas adelante á quitarle la vida. A tales escesos arrastra el funesto vicio, que no habiendo concluido con la vida de los judíos, sigue reinando y causando grandes estragos en el corazon de muchos cristianos.

La envidia, vicio que directamente se opone á la caridad cristiana que debe distinguir á los miembros de la Iglesia de Jesucristo, nos va poco á poco quitando la paz del alma, engendrando en nosotros ódio á nuestros prójimos. Yo me he propuesto por vuestra utilidad combatir hoy tan funesto vicio, y para que trateis de desecharlo, establezco la siguiente proposicion: *El vicio capital de la envidia, hace al hombre aborrecible á Dios y digno de castigo eterno.* Tal es mi pensamiento: para desempeñarlo con fruto, imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

## PARTE ÚNICA.

La envidia no es otra cosa que una tristeza del bien ageno, y cuando digo que este vicio capital hace al hombre aborrecible á los ojos de Dios y digno de castigo eterno, es porque es enteramente opuesto á la caridad fraterna que debe reinar entre los cristianos, que hijos de un mismo Padre, participantes de los mismos Sacramentos y con iguales derechos al reino de los cielos, deben amarse mutuamente. Jesucristo ha dicho espresamente que quiere que sus discípulos sean conocidos en el mundo por el amor que entre sí se profesan; y á la verdad no veo otra cosa mas hermosa ni mas fácil de practicar.

No creais que la envidia se halla en alguna que otra persona; encuéntrase por desgracia en la mayor parte; basta que un individuo sobresalga ó aventaje á otro en ciencia, en bienes de fortuna, en posicion social, para que sea en el momento objeto de la envidia de aquellos que le rodean. Un militar valeroso que ha conseguido triunfos á favor de su patria en el campo de batalla, es ascendido en su carrera por el monarca, y honrado con distinciones á que se hizo acreedor; en el instante vereis que otros de su profesion, que ni trabajaron como él ni pueden comparársele en valor, en serenidad ni en instruccion en el manejo de las armas, tratan de desacreditarle atribuyendo sus triunfos al gran número de soldados que se combatieron con el enemigo, ó á otras causas, y propalando que son mal concedidos aquellos premios que se le han dado. ¿Y quién les mueve á hablar así, sino la



envidia? ¡Ah! vicio funesto y execrable, que hallándose en los palacios de los reyes, no deja de encontrarse, así en las grandes capitales como en las miserables aldeas, así entre los sábios como entre los ignorantes, lo mismo entre el bullicio de las cortes que en el retiro del claustro. Siente el envidioso todo lo que redunde en bien de otros, y alégrase cuando vé que la pobreza, la desgracia, la deshonra afligen á sus prógimos.

No creo que será exageracion el afirmar que la mayor parte de los males y desgracias que se advierten en la sociedad, provienen del vicio de la envidia, que hace al hombre calumniador. ¿Quién ha trabajado para hacer caer de la gracia del soberano, aquel ministro, que cumpliendo con sus deberes, trabajaba sin descanso por la felicidad de la patria? La envidia de aquel otro que deseaba ocupar su puesto. ¿Quién desacredita á aquel prelado virtuoso, que lleno de celo, procura cumplir exactamente con sus sagrados deberes? La envidia. ¿Quién ha desbaratado ese matrimonio que hubiese formado la felicidad de esa jóven virtuosa? ¿Quién ha arrebatado esa administracion de las manos de un honrado padre de familia, con cuyo producto atendia á mantener sus obligaciones? La envidia. ¿Quién causa tantos trastornos en los reinos, en los pueblos y en el seno de las familias? La envidia.

En efecto, mis hermanos: si os digo que la envidia es la destructora de todo bien, la que destruye los pueblos y las familias, la que trabaja por arruinar las fortunas ajenas y echar por tierra la honra de los semejantes, me fundo no solamente en la esperiencia que así nos lo demuestra cada dia, sino en lo que es mas, en las mismas palabras del Espíritu Santo,

que nos dice: *Putredo ossium invidia* (1). La envidia corrompe hasta los huesos. Tal vez nunca habreis parado mientes en los grandes estragos que este vicio produce, y por lo tanto, no habreis trabajado cual debiais por apartarle de vuestro corazon, ni habreis procurado triunfar de él como habreis triunfado de otros vicios con la gracia de Dios. Hombres de fé y conocedores de la moral del Evangelio y de los castigos que el Señor prepara á los transgresores de su divina ley, os asustais al solo pensamiento de un homicidio, mientras que reinando en vuestros corazones la envidia que os precipita á la calumnia, y con ella á matar la honra de vuestros hermanos, vivís tranquilos sin ninguna clase de remordimientos.

Decidme os ruego, ¿no estais plenamente satisfechos, que sin caridad no hay religion? ¿No sabeis que Dios nos ha impuesto dos grandes preceptos, cuales son el amarle sobre todas las cosas y á nuestros prógimos como á nosotros mismos? ¿No sabeis, porque así os lo enseña la religion, y continuamente se os está advirtiendo desde estas sagradas cátedras, que de nada sirven todas las virtudes faltando la caridad? ¿Y creéis que practicais esta virtud hermosa y sobrenatural, cuando envidiais la fortuna de vuestros prógimos, deseais que pase á vosotros y trabajais cuanto os es posible porque así se verifique? Esto es un error, y error de graves consecuencias, pues que el envidioso no puede menos de hacerse aborrecible á Dios, porque viola el precepto de la caridad fraterna que se ha dignado imponernos, y se hace acreedor á las penas eternas que el Señor tiene reservadas á los que desprecian

(1) Proverb. cap. XIV, v. 30.



sus mandatos. Ciertamente habreis observado cuantos y cuán extraordinarios bienes produce la caridad cristiana: tantas enfermedades curadas, tantas lágrimas enjugadas, tantas necesidades socorridas, tantas aflicciones remediadas, tantos huérfanos alimentados y vestidos que hubiesen sucumbido al rigor de la miseria, tantos pobres caminantes cobijados bajo un techo en noche de riguroso invierno, en la que tal vez hubieran perecido helados en medio de un camino; todos estos son prodigios de la caridad cristiana. ¡Oh virtud admirable! ¡Oh caridad, hija predilecta de Dios, nacida en el mismo cielo!... Ven á nosotros y arraígate en nuestros corazones: aparta de nosotros todo pensamiento que no sea santo. ¡Oh, tú eres el camino que conduces al cielo!

¿Veis, mis hermanos, los grandes bienes que produce la caridad fraterna? Pues la envidia es todo lo contrario. La caridad es paciente, y la envidia se impacienta por el bien ageno, que quisiera ver destruido. La caridad no tiene emulacion, y la envidia apetece para sí cuanto ve en otros. La caridad no piensa mal y la envidia jamás juzga bien, antes por el contrario de todo piensa mal, y de todo habla peor. La caridad se goza con la verdad, y la envidia propala la mentira y se vale de mil ardidés para hacer pública la calumnia. La caridad, en suma, se deleita en socorrer al necesitado y en encubrir las faltas, y la envidia nunca hace bien y se goza en descubrir las debilidades ajenas, aumentándolas sin compasion. Ved aquí probado claramente como la envidia es el mayor enemigo de la virtud santa de la caridad, en que se sostiene el edificio católico.

Os dije que la envidia es una tristeza del bien

ageno, y consiste en pensar que el mérito que vemos en otros rebaja ó disminuye el nuestro. Por esto nunca es objeto de envidia la fealdad, la ignorancia, ni la pobreza, y sí la hermosura, el talento y las riquezas: la envidia siempre se tiene de aquellos que con respecto á nosotros son superiores en dignidad, honores ó ciencia, porque se resiente nuestro amor propio de que otra persona nos iguale ó nos supere en nuestra profesion ó en el desempeño de nuestros respectivos encargos. Admirase San Juan Crisóstomo de los estragos que en el mundo causa la envidia, y no duda afirmar que es el vicio mas maligno que existe, y que no tiene semejante. Con razon se espresa así, pues que el envidioso es de peor condicion que todos los hombres, por malos y pecadores que sean. El mismo Santo, tratando de este vicio, dice, que leyendo las Escrituras se halla que algunos impuros han entrado en el cielo, porque se arrepintieron de sus pecados: pero que los envidiosos estando en el cielo fueron arrojados de él. Y en efecto, porque no fué otro el origen de ensoberbecerse los ángeles malos y rebelarse contra Dios, que la envidia que se apoderó de ellos, al ver á la Divinidad ocupar un trono mas elevado que el de ellos, y el verse obligados á servir á Dios y rendirle vasallaje.

Leed, mis hermanos, las páginas de la Escritura Santa, y encontrareis los grandes estragos que ha causado en todos tiempos la envidia, vicio funesto tan antiguo como el hombre. ¡Ah! ¡cuán grande era la felicidad y ventura de nuestros primeros padres en el ameno jardin en que fueran colocados por el Hacedor Supremo! Sin necesidades de ninguna clase, ni tenían que trabajar la tierra para que les produjera el



sustento, ni les eran molestas las estaciones, ni contra ellos podían conspirar, ni los elementos, ni los animales por feroces que fueran. ¿Pero quién trocó aquel feliz estado? ¿Qué causa hubo para que se vieran privados de tanta felicidad y reducidos á sufrir el rigor de las estaciones, el hambre, la sed, á que él tuviese que procurarse el sustento con el sudor de su rostro, y ella como él sujetos á mil trabajos y sinsabores? ¿Quién manchó aquella blanca y hermosa estola de la inocencia original, y redujo á Adán y su posteridad á la más triste y ominosa esclavitud? ¿Quién cerró al hombre las puertas de los cielos, que permanecieron cerradas hasta que Jesucristo entró triunfante de la muerte después de habernos redimido? ¡Ah! el funesto vicio de la envidia. «Sereis como dioses, sabiendo el bien y el mal (1)» dijo el enemigo de Dios á Eva, y ved aquí el motivo de quebrantar y hacer quebrantar á su marido el único precepto que el Señor les había impuesto. ¡Ser como Dios! ¡Saber el bien y el mal! ¡Oh cuánta felicidad!... ¿Por qué ha de haber quien sepa más que nosotros? dirían... y esta envidia que se apoderó de sus corazones, les hizo hollar el precepto y tragar el bocado que fué tósigo de muerte para ellos y su desgraciada posteridad.

¿Quién cortó el hilo de su vida al inocente Abel? La envidia de su pérfido hermano Cain, que le hizo cometer el crimen de fratricida, al ver que los sacrificios de aquel eran mejor aceptados que los suyos (2). Ved aquí como la envidia hace al hombre saltar por todas las maldades. ¡Oh! cuántos homicidios habránse

(1) Et eritis sicut dii, scientes bonum et malum. Gén. cap. III, versículo 5.

(2) Ibid. cap. IV, v. 8.

llevado á efecto por causa de la envidia! ¡Cuántos inocentes habrán pasado al sepulcro víctimas de tan funesto vicio! Envidioso Esaú porque su padre había bendecido á Jacob, le aborreció en su corazón, y se propuso quitarle la vida después de los días de su padre (1).

Mil veces habreis leído y oído predicar la historia de José, hijo de Jacob, el cual fué vendido por sus hermanos á unos mercaderes medianitas, teniendo su túnica con sangre y entregándola á su padre, para hacerle creer que había sido devorado por una fiera. Grande fué en verdad este crimen, que por permisión de Dios vino á redundar en honra, beneficio y exaltación de José. ¿Quién cometió esta perfidia? ¿Quién llevó á cabo tan inicua venta, y engañó á aquel venerable padre llenándole de amargura? No fué otra la causa que la envidia que se apoderó de los corazones de sus hermanos, al ver que su padre había hecho á José una túnica de diferentes colores, envidia que creció en ellos cuando le oyeron referir el sueño que había tenido, y que era un anuncio de la futura grandeza á que había de ser elevado (2).

¿Qué causa movió á Saul para convertir en enojo y mala voluntad la buena que antes profesó á David? El primero de los sagrados libros de los Reyes nos quita toda duda sobre este particular. Si Saul se indignó contra David en términos de arrojar su lanza sobre él, con el designio de enclavarle en la pared, lo que no logró por la prontitud con que David retiró el cuerpo, no fué más que por haber oído á las mujeres del pueblo que al entrar victorioso David

(1) Génes. cap. XXVII, v. 41.

(2) Ibid. cap. XXXVII.



despues de haber herido al Philistheo , cantaban llenas del mayor gozo: «Hirió Saul á mil y David á diez mil (1).» Envidioso al oír tal exclamacion , ¿qué le falta , dijo , sino solo el reino? Apoderada ya la envidia de su corazon , hízole concebir ódio y mala voluntad contra el que tan fielmente y con tanto valor sabia desempeñar sus funciones de guerrero.

Me haria interminable, mis señores, si hubiese de ir refiriendo uno por uno los mil pasajes que encontramos consignados en las sagradas páginas y que nos demuestran claramente los males y estragos que en todo tiempo ha producido el fatal vicio que venimos combatiendo. Pero creo que serán suficientes los que hemos enumerado, para vuestro convencimiento en esta parte. Mas lo que á mí me maravilla es que siendo el vicio de la envidia tan comun en la sociedad, todos viven en compañía de tan formidable enemigo y ninguno lo conoce. Un hombre es soberbio, es ladron, ha cometido un homicidio ó tiene sobre sí otros crímenes que le atormentan su conciencia, y llegado un dia en que conoce el error y el peligro inminente en que está de condenarse, procura lavarse en las aguas de la penitencia. Continuamente estamos oyendo pecados y crímenes en el tribunal de la penitencia; pero jamás ó rara vez, escuchamos á un pecador que se acuse de haber tenido envidia. ¿Qué es esto? ¿Será por ventura que haya concluido este vicio, y que ya no exista entre las criaturas? ¿Será por ventura, que convencidos los cristianos de los estragos que produce, huyan de tal pecado? ¡Ah! Plugiese á Dios que así fuese: pero no es esta la causa, sino que la mayor

(1) Percussit Saul mille, et David decem millia. I. Reg. capítulo XVIII, v. 7.

parte de aquellos en quienes reina la envidia, no lo conocen, ó si lo conocen, no creen que esto les mancha la conciencia. Error funesto que conocerán cuando tal vez ya no tengan remedio.

Necesario es, pues, que examinando vuestras obras, conozcais si en vuestros corazones existe la envidia para que procuréis ahora que estais en tiempo, reparar en cuanto os sea posible los daños que podais haber causado por este vicio; y ya que la proximidad del tiempo Pascual os hace ir preparando para cumplir con los preceptos que la Iglesia os impone para esos dias, procurad confesaros de cuanto en este asunto como en los demás con que podais haber ofendido á Dios, pueda remorderos la conciencia. ¿Habeis murmurado porque tal persona fué ascendida á un puesto elevado, siendo así que conoceis su aptitud y mérito para ello? Pues habeis tenido envidia. ¿Os habeis irritado y llenado de enojo porque tal persona mereció mayores obsequios que vosotros en la sociedad que asistísteis? Habeis sido envidiosos. ¿Hablais mal de una persona, llamándola sin motivo malgastadora porque teniendo mas bienes de fortuna que vosotros, vive con mayor esplendidez y desahogo? Pues sois envidiosos.

Para concluir, yo os haré una pregunta y vendreis en conocimiento de que ninguna ventaja os reporta el ser envidiosos, y sí muchos perjuicios. ¿Porque murmureis del que es rico y trabajéis por indagar si sus bienes son bien ó mal adquiridos, vais á salir de vuestro pobre estado, ó se os van á dar sus bienes? ¿Porque denigreis al que sabe mas que vosotros, vais á adquirir la ciencia que á él distingue? ¿Porque trateis de ocultar el valor de aquel soldado,



con falsedades ó sofismas, sereis vosotros menos cobardes? Siempre quedareis en vuestro mismo estado, y no hareis mas con vuestra envidia que ofender á Dios y á vuestros prójimos, á los que estais obligados á amar. Si fuerais verdaderos cristianos, si vivierais como Dios os manda en el cumplimiento de su divina ley, conoceriais que todos somos hijos de Dios, y no os pesaria jamás el bien que otros disfrutan.

El Señor, que es justo en todas sus obras (1), ha dispuesto porque ha sido su voluntad y para el mejor arreglo de la sociedad, la diversidad de fortunas, de modo que el mundo se componga de sábios é ignorantes, de pobres y ricos, de intrépidos y cobardes: á unos les ha dado sabiduría para que sean maestros y guias de muchos: á otros habilidad para las artes mecánicas: á este le ha hecho apto para la música, aquel para el manejo de las armas: á unos los ha colmado de riquezas, prescribiéndoles que ejerzan la caridad; á otros los ha constituido en pobreza, ofreciéndoles bienes eternos si llevan con resignacion sus trabajos. Pero ¡cuán grande es su bondad! A nadie desatiende, todos estamos presentes en su vista, y su Providencia, esa Providencia con que atiende á los pajarillos proporcionándoles el sustento de que han menester, vese brillar en todas partes. ¿Quién no la experimentó? ¿Quién clamó en su necesidad que no experimentase un superior consuelo?

Cristianos: si nada viésemos mas allá del sepulcro, si solo existiera lo que registran nuestros ojos, si no hubiera una gloria de eterna duracion, en este caso, bien podriamos lamentar nuestra mala suerte; al considerar

(1) Dan. cap. XI, v. 14.

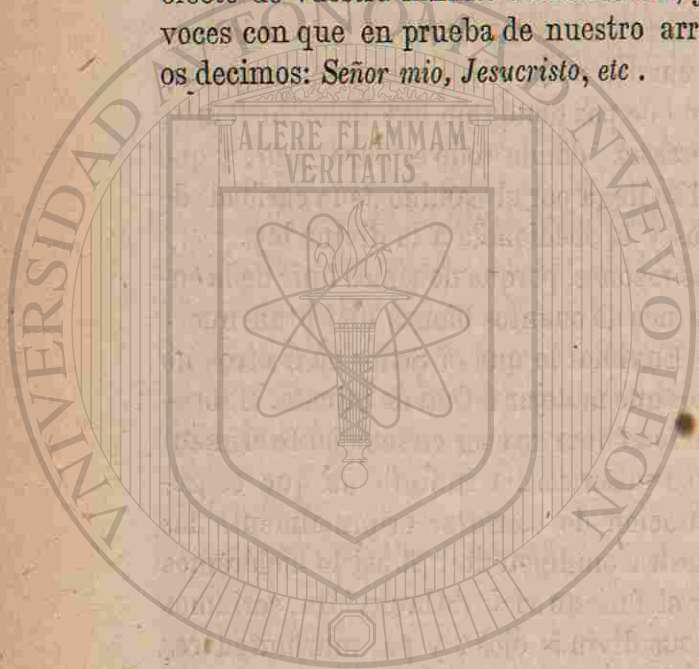
las grandes ventajas de otros sobre nosotros. Pero hijos de Jesucristo y enseñados en su doctrina, sabemos que todo cuanto el mundo ofrece es pasajero, que los bienes y grandezas no pasan á la otra parte del sepulcro, que la muerte que es inevitable á toda criatura, le separa de cuanto ama, y que nos está preparando una mansion de paz donde no hay dolor ni llanto, ni miseria ni escasez, donde todo es puro gozo, y que á tanta felidat se llega por el camino de la caridad, de los sufrimientos y la obediencia á la divina ley.

Ved aquí las razones, porque debemos huir de la envidia, y alegrarnos de cuantos bienes disfrutan nuestros prójimos. Envidiar lo que el Señor dá á otros no es mas ni menos que motejar á Dios de injusto. ¡Librenos el dador de todo bien de caer en semejante crimen! ¡Librenos por su misericordia infinita de que caigamos en la tentacion de censurar criminalmente las obras de su diestra omnipotente! Si así lo hiciéramos arrastrados por el funesto vicio de la envidia, seriamos aborrecibles á sus divinos ojos, y por murmuradores de la Providencia, y faltos de caridad para con nuestros prójimos dignos de eterna condenacion.

Sin vuestros auxilios, ¡oh gran Dios! no podremos apartar de nuestros corazones un vicio que ocultando á nuestra vista toda su malicia, nos conduce á la mayor desventura que es la de ser objetos abominables á vuestros divinos ojos. De hoy en adelante nos conformaremos con el estado en que os digneis colocarnos y en medio de la pobreza, si en ella nos quereis constituir, nos alegraremos del bien ageno, y cantaremos siempre vuestras bondades en la tierra para hacernos dignos de bendeciros despues en el cielo: pero si hasta aquí hemos caminado errados, y desconociendo nues-



tros deberes hemos faltado á la caridad fraterna que debe reinar entre los cristianos como hijos de un mismo Padre, os suplicamos os digneis perdonarnos por un efecto de vuestra infinita misericordia, y escuchad las voces con que en prueba de nuestro arrepentimiento os decimos: *Señor mio, Jesucristo, etc.*



## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

**El pensamiento de las penas que en el infierno sufren los condenados, es de grande utilidad para hacernos apartar del pecado y practicar la virtud.**

*Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.*

Ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca.

Joan. cap. XI, v. 20.

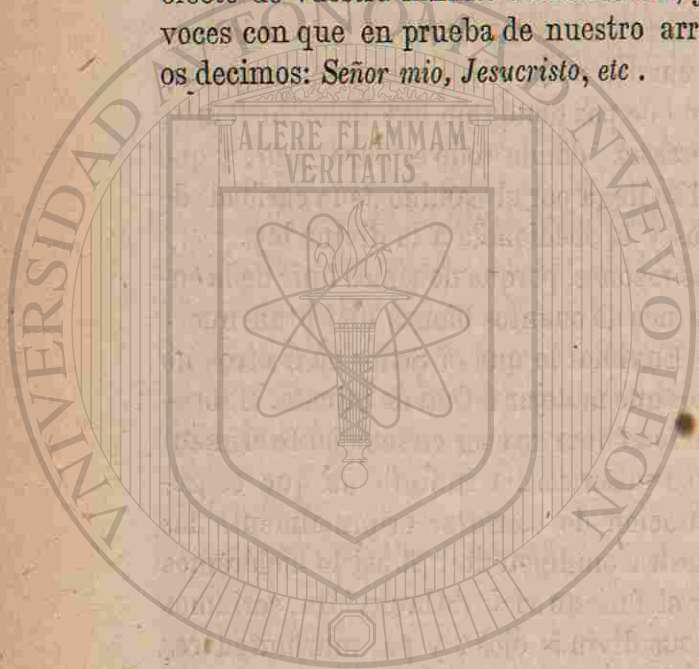
*Et ibunt hi in supplicium eternum.*  
E irán estos al suplicio eterno.

Math. cap. XXV, v. 46.

Acababa de obrar Jesucristo el gran milagro de la resurreccion de Lázaro, el cual produjo felices resultados en muchos de los judíos que lo presenciaron, pues que creyeron en él; mas algunos otros fueron á contar á los fariseos lo que Jesus habia hecho. ¿Y qué efecto creereis que causó en ellos la narracion de tan estupendo acontecimiento? ¿Acaso que reconocerian el gran poder del Nazareno? Escuchemos el trozo del



tros deberes hemos faltado á la caridad fraterna que debe reinar entre los cristianos como hijos de un mismo Padre, os suplicamos os digneis perdonarnos por un efecto de vuestra infinita misericordia, y escuchad las voces con que en prueba de nuestro arrepentimiento os decimos: *Señor mio, Jesucristo, etc.*



## SERMON

PARA EL VIERNES

### DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

**El pensamiento de las penas que en el infierno sufren los condenados, es de grande utilidad para hacernos apartar del pecado y practicar la virtud.**

*Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.*

Ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca.

Joan. cap. XI, v. 20.

*Et ibunt hi in supplicium eternum.*

E irán estos al suplicio eterno.

Math. cap. XXV, v. 46.

Acababa de obrar Jesucristo el gran milagro de la resurreccion de Lázaro, el cual produjo felices resultados en muchos de los judíos que lo presenciaron, pues que creyeron en él; mas algunos otros fueron á contar á los fariseos lo que Jesus habia hecho. ¿Y qué efecto creereis que causó en ellos la narracion de tan estupendo acontecimiento? ¿Acaso que reconocerian el gran poder del Nazareno? Escuchemos el trozo del



Evangelio que se acaba de cantar, y conoceremos que de todo era capaz la malicia que reinaba en sus corazones. « Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio y decian: ¿Qué haremos, porque este hombre hace muchos milagros? Si lo dejamos así creerán todos en él, y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nacion. Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabeis nada ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca. Mas esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo Sumo Pontífice aquel año, profetizó que Jesus habia de morir por la nacion, y no solamente por la nacion, mas tambien para juntar en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así, desde aquel día pensaron cómo le habian de dar la muerte. Por lo cual no se mostraba ya Jesus en público entre los judíos, sino que se retiró á un territorio cerca del desierto, á una ciudad llamada Ephrem, y allí moraba con sus discípulos. Estando cerca la Pascua de los judíos, muchos de aquella tierra subieron á Jerusalem antes de la Pascua para purificarse. Y buscaban á Jesus y se decian unos á otros en el templo: ¿Qué os parece de que no haya venido á la fiesta? Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habian mandado que si alguno sabia en donde estaba lo manifestara para prenderlo.»

Tal es, mis hermanos, el testo evangélico de este día, que es una demostracion clara á todas luces de la perfidia de los judíos. El hecho portentoso de la resurreccion de Lázaro, debia haberles hecho reconocer en Jesucristo al Mesías verdadero: pero esto no les acomodaba. Si dejamos, dicen, á este hombre que siga

predicando y haciendo milagros, todos creerán en él y no en nosotros; le reconocerán por rey, y los romanos vendrán sobre nosotros y nos estermiarán. Es claro que no hablaban con sinceridad, siendo muy extraño este modo de discurrir en los que esperaban un Mesías, que segun su opinion, los habia de restituir á su antigua libertad, despues de haberlos hecho triunfar de todos sus enemigos. Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año, en las espresiones que dirige á los del concilio, nos demuestra la necesidad del sacrificio de Jesus. Dios que acostumbraba á hablar á su pueblo por boca del sumo sacerdote, puso en esta ocasion en movimiento la lengua de Caifás para que pronunciase un oráculo; para que hiciese una profecía cuyo verdadero sentido estaba muy lejos de comprender. «Ni penseis, dice, que conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca: *Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.*» En efecto: aunque Caifás hablaba en el sentido de que era necesario dar muerte á Jesus para evitar el que fuera proclamado rey, y que viniesen sobre ellos los romanos, declaró sin comprenderlo el misterio de la redencion, pues que era necesario que Jesucristo muriese si se habia de salvar la humanidad. Las reflexiones hechas por Caifás, quitaron todo escrúpulo á los judíos, y así sin necesidad de otro exámen le declararon reo de muerte, y desde entonces solo pensaron en el medio de prenderle para llevar á cabo su criminal designio.

Ahora bien, mis señores; siendo necesario como hemos dicho, que Jesucristo se entregase á la muerte, si las puertas del cielo habian de abrirse para la desdichada posteridad del Padre prevaricador, fué tanto



su amor que se entregó por nosotros á los tormentos y á la muerte. En verdad que podemos darnos el parabien, toda vez que rotas las cadenas de nuestra esclavitud, somos de nuevo herederos del reino de los cielos. Mas no por eso debemos vivir descuidados y sin vigilancia. Cuando el Señor dijo en la Cruz «todo está consumado» no quiso decirnos, como cree Lutero, que nada teníamos que hacer por nuestra parte habiéndonos redimido con su sangre. Nos dijo sí que habia consumado la obra para que habia sido enviado, ofreciendo un sacrificio aceptable en las aras de la divina justicia; pero por parte del hombre quedaba el hacerse digno de los frutos de la Redencion.

Cristianos: la Redencion se ha efectuado: Jesucristo ha hecho cuanto podia hacer por el hombre; pero si bien están abiertas las puertas de los cielos para aquellos que fieles á sus mandatos se aprovechan del fruto de su preciosa sangre, han quedado tambien abiertas las puertas del infierno para aquellos que llenos de malicia como los escribas y fariseos, niegan al Salvador el homenaje de obediencia y respeto que le es debido. El evangelista San Mateo, al hacernos la pintura del juicio, nos habla de los réprobos, de aquellos que se separaron del camino de la caridad, y pronuncia estas terribles espresiones: *Et ibunt hi in supplicium æternum*: é irán estos al suplicio eterno.

Ya que desde que dimos principio á las predicaciones cuaresmales, venimos enseñando todas las virtudes, y exhortándoos á su práctica como único medio para conseguir el cielo, me ha parecido oportuno, para que con más empeño os decidais á volver las espaldas á los halagos y seducciones del mundo, hablaros hoy de las penas del infierno, y así propongo que *el pensa-*

*miento de las penas que en el infierno sufren los condenados, es de grande utilidad para hacernos apartar del pecado y practicar la virtud.*

Para que este discurso produzca en vosotros saludables efectos, imploremos los auxilios de la Divinidad, que prontamente vendrán á nosotros, si interponemos la mediacion de la Santísima Virgen, para lo cual la saludaremos llena de toda gracia. *Ave María.*

#### PARTE ÚNICA.

Cuando considero en la maldicion que de lábios del mismo Dios ha de caer sobre el réprobo; cuando leo aquellas terribles palabras de que se valdrá el Señor para pronunciar la sentencia de los pecadores en el dia del juicio: *Discedite á me maledicti in ignem æternum*, no puedo menos de estremecerme, y saltan á mi vista todas las debilidades y flaquezas de mi mísera existencia. ¿Quién se hallará justo en la presencia de Dios? ¿Quién podrá decir: cumplí exactamente con todos los deberes del cristiano, y mi conciencia se halla libre de remordimientos? ¿Quién será capaz de afirmar que se ha aprovechado de la sangre preciosa que Jesucristo vertiera en el árbol de la Cruz? ¡Ah! que los varones mas justificados, los mas ilustres penitentes, los mas austeros anacoretas temblaron en medio de su penitencia y maceracion, á la sola consideracion de que podrian perderse y llegar á condenarse, mientras que distraidos nosotros y ocupados en los negocios del mundo, en todo pensamos menos que en poner los medios para no naufragar en el proceloso mar de las pasiones. La existencia del infierno con la que no están conforme los impios, porque á su modo de obrar no conviene que lo



haya, es de fé, como lo es que hay una gloria, recompensa para los justos, y como lo es tambien que hemes de morir y ser juzgados. De mil sofismas sírvense los filósofos para combatir el dogma del infierno, diciendo que no es conforme á la grandeza y bondad de Dios el castigar con fuego eterno á las criaturas, ó bien que estando todos redimidos por Jesucristo, á ninguno pueden cerrarse la puertas del cielo.

Estos argumentos condenados por la Iglesia no tienen fuerza alguna, y por el contrario nada veo yo mas en conformidad con la justicia de Dios que la existencia del infierno. ¿Cuánto costó nuestro rescate? ¿Cuántos tormentos hubo de sufrir el Salvador por abrirnos con su cruz el cielo? Pues bien, este Redentor amabilísimo nos dejó una ley, y nos ofreció premios eternos por su observancia, amenazándonos con castigos igualmente eternos, si nos hacemos rebeldes á la observancia de su ley. ¿Y qué cosa mas justa? ¿Os parece que obraria el Señor en justicia recompensando del mismo modo al siervo fiel que pasó su vida en la mortificacion y penitencia, que obró justicia y practicó caridad, que aquel otro que pasó los dias de su mísera existencia entregado al desenfreno de sus pasiones, obrando iniquidad y practicando obras de perdición? Comparad la vida cristiana y mortificada de esa religiosa que volviendo las espaldas á los encantos de la sociedad, encerrándose en un cláustro para vivir sin distracciones en union de su Dios, con la que observa esa mujer mundana, que no teniendo otro altar que el espejo, se adorna con profusion para aprisionar en sus redes á los incautos, y para quien son pocas las horas del dia para dedicarse á sus devaneos y locuras, á sus galas y sus amores. Comparad las costumbres

de aquel honrado padre de familia, cuya ocupacion es instruir á sus pequenuelos en la ley de Dios, en enseñarles á practicar la caridad y misericordia para con los pobres, y en proporcionarles con su trabajo el necesario sustento, con aquel otro padre escandaloso que careciendo de creencia, enseña á sus hijos á practicar el vicio y á seguir los caminos de la maldad, con lo que consigue hacerlos no solamente aborrecibles á los ojos de la sociedad, sino lo que es mas á los de Dios. ¿Creeis que deberán ser recompensados del mismo modo? Desengañaos, cristianos, si la virtud ha de ser recompensada, la maldad debe ser castigada; y esto como dije, es muy conforme á la justicia de Dios.

Lo que causa admiracion, y es digno de notarse que sabiendo esta verdad los hijos de la Iglesia, y conociendo como no pueden menos de conocer todos los muchos peligros que el mundo presenta, y los grandes escollos de que estamos rodeados, vivan con tanta tranquilidad, engolfados en el mal obrar, y confiados en que se librarán del infierno, por unas tibias oraciones que diariamente dirigen á Dios, y que no pueden ser aceptadas porque no proceden del corazon. ¡Engaño funesto! ¡Ardid maldito de que se vale el enemigo de nuestras almas, para tomar posesion de nuestro corazon y conducirnos á sus lóbregas mazmorras!

Es una verdad, que habiendo Jesucristo muerto por todos, no quiere que ninguno se pierda, y á todos llama por el camino de la salvacion: pero nos advierte que siendo muchos los llamados, son pocos los escogidos. ¡Gran Dios! ¿Seremos nosotros de ese corto número, ó formaremos parte de la multitud que siendo



llamados no son escogidos? ¡Yo tiemblo, Señor, cuando os oigo pronunciar tan terrible sentencial! Contemplad vosotros en ella, y decidme si creéis en el número cortísimo de los escogidos, si estais persuadidos de que os librareis del infierno.

Nadie es capaz de penetrar los juicios de Dios en orden á la predestinacion ó reprobacion de las criaturas: nadie ha leído el libro de oro, donde están inscritos los nombres de los escogidos del Señor, ni penetrado el motivo de esta soberana eleccion. Pero sin embargo, el Señor ha querido darnos á conocer algunos signos ó señales que declaran al hombre feliz y bienaventurado, ó bien infeliz y réprobo. ¿Veis á un hombre cercado de tribulacion, y que en medio de los grandes trabajos que le envia la Providencia, sufre con resignacion, no se exaspera, no murmura de Dios, y antes por el contrario le ofrece sus sufrimientos? Pues este tiene signos de predestinacion. ¿Veis aquel otro que profesa una cordial devocion á la Santísima Virgen, y observa una vida cristiana? Tambien descubre signos de predestinacion. ¿Veis aquel otro que no se altera contra su prógimo, que está pronto á perdonar las injurias y á olvidarlas, y que en todo obra con la mayor humildad? Señales son de predestinacion. Observad, pues, si vais encontrando en vosotros estas circunstancias, y entonces podeis confiar que ayudados por la divina gracia, os librareis de las penas del infierno.

Por el contrario, para que conozcais los muchos motivos que tenemos para condenarnos, y trateis de apartaros de ellos os presentaré algunos signos de reprobacion. ¡Quiera Dios que mis palabras penetren en vuestros corazones, para que si os sentís manchados y dignos del infierno, hagais penitencia de vuestros

peccados, ahora que estais en tiempo, y que el Señor, os da por mi ministerio este aviso que tal vez para algunos sea el postrero. Atended y no perdaís un ápice de cuanto voy á decir.

Admirados vosotros de la sentencia de Jesucristo en que nos dice, que son muchos los llamados y pocos los escogidos, no podreis menos de esclamar: ¿Es posible que se pierdan tantos cristianos, siendo así que los templos no pueden contener el concurso que acude á cumplir los deberes religiosos? ¿Es posible que tantas almas trague el infierno cuando se vé tanta piedad, tanta devocion, cuando apenas hay un cristiano que no pertenezca á alguna hermandad ó cofradía destinada al culto del Señor, y á la práctica de la virtud y penitencia? Por otra parte, direis, la Santísima Virgen es el refugio y el amparo de los pecadores. ¿Y quién no lleva su santo escapulario? ¿Qué cristiano no la invoca cada dia? En verdad, mis hermanos, que si todo eso fuese obrado con verdadero espíritu, si toda esa piedad que se demuestra fuese cierta, bien corto seria el número de los cristianos que se perderian: pero mucha de la piedad que observais es mas bien una impiedad, porque ó se toma la religion por máscara, para ocultar la doblez del corazon, ó para grangearse estimacion, ó para disimular tráficos ó negocios prohibidos por la misma religion.

Y desde luego: ¿Qué religion es la de aquel que oyendo misa diariamente y frecuentando los Santos Sacramentos, vive y forma su caudal á costa de los pobres á quienes sacrifica con la usura? Este lejos de ser un hombre piadoso, es una hipócrita que se sirve de la religion para encubrir su crimen. ¿Qué piedad será la de aquel otro, que asiste á todas las fiestas re-



ligiosas, y luce en su pecho las insignias de esta ó aquella hermandad, y despues es altanero, y lleno de soberbia maltrata á sus hijos y domésticos? A este le veis en los actos de piedad, porque quiere ganarse aprecio y estimacion de las gentes. ¿Veis aquel otro, que demuestra un exterior humilde, que ora ante los altares, y que tal vez reparte algunas limosnas á la puerta del templo, y al mismo tiempo es un mal hijo que maltrata á sus padres, faltando á las leyes religiosas y naturales? Ese es un pérfido, que si da limosna es para que le vean, y su accion sea celebrada. ¿Y qué os diré de aquellos, y estos son los mas, que viviendo mas tiempo en la Iglesia que en su casa, que golpeándose el pecho de continuo, no se atreverian á asistir á la reunion menos peligrosa, muestran espantarse de una espresion poco compuesta, y al mismo tiempo son unos avaros, cuyos corazones no se mueven con los lamentos del pobre mas afligido, y tal vez gozan en la necesidad agena? La religion de estos es falsa, porque no hay religion, faltando la caridad que es la piedra sobre que ella se sostiene. Los que de tal modo obran, son hipócritas que creyendo engañar á Dios se engañan á ellos mismos, y sírvales sus actos de piedad para su mas cierta condenacion, si con tiempo no conocen su error, se arrepienten y obran la verdadera piedad que consiste no en la apariencia sino en la realidad: en tributar al Señor un culto que proceda del corazon, y no unas oraciones que nazcan en los lábios. Todos los que he pintado tienen signos de reprobacion, y como ese modo de obrar sea tan frecuente por desgracia, ved la razon de condenarse muchos aun de aquellos que en la sociedad eran tenidos por hombres justificados.

Ahora bien, mis hermanos, consultaos á vosotros mismos: fijad vuestra consideracion en vuestro modo de obrar, y prontamente conocereis si estais en carrera de salvacion ó de condenacion; si vuestra piedad es verdadera, si no os trae al templo otro objeto que cumplir con las obligaciones de cristianos, si teneis á Jesucristo por norma de vuestra conducta, y sois por lo tanto humildes, obedientes, sufridos en la adversidad, y usais caridad con vuestros prójimos; si los sentimientos de vuestros corazones están conformes con las oraciones de vuestros lábios, recibireis la recompensa de Dios, y en la Santísima Virgen á quien invocais de continuo, tendreis una protectora benéfica que intercederá por vosotros para que el Señor os aumente de dia en dia su gracia para que no os aparteis del camino de la salvacion. Pero si de otro modo obrais, si vuestra piedad es una piedad falsa é hipócrita tendreis un dia el desconsuelo de oír de lábios del Juez eterno, la sentencia que os condenará al infierno. *Et ibunt hi in supplicium æternum.*

No creais, mis señores, que yo exagere la moral del Evangelio: ni ha sido mi ánimo el deciros que porque tengais la desdicha de caer en un pecado, sean inútiles todas cuantas buenas obras practiqueis. De ningun modo: tanto resplandece en Dios el atributo de la misericordia como el de la justicia. Con el pecador obstinado será inflexible, pero con el que tuvo la desgracia de caer y procuró levantarse, usará de misericordia. ¿Para qué estableció esos tribunales de la penitencia? Bien sabeis que para nuestro remedio, para que en ellos nos lavemos y quedemos purificados. Si habeis obrado mal, si conoceis que os habeis hecho dignos del infierno, el Señor os espera todavia y tie-



ne sus brazos abiertos para estrecharos en su corazón y perdonaros. ¿No perdonó á la adúltera, porque confesó su pecado? ¿No perdonó á la Magdalena? ¿No convida con su misericordia á todos los pecadores? Pues acudid á él, pedirle perdon y no dudeis alcanzarlo, pues que nunca desechó los ruegos del pecador arrepentido.

¿Y qué debereis hacer despues para no volver á caer y permanecer fieles al Salvador? Lo mas perfecto es que no le ofendais, y que le ameis por ser quien es, y porque es digno de ser amado; pero conociendo vuestra debilidad y flaqueza, procurad tener presentes las penas del infierno, y este pensamiento os retraerá seguramente de pecar. El mismo Espíritu Santo nos dice: «Piensa en los novísimos y no pecarás.» Cuando seais asaltados por la tentacion; cuando os venga el deseo de venganza; cuando os veais inclinados á la ambicion ó á la soberbia, recordad lo breve de la vida, lo incierto de la hora de la muerte, y la posibilidad en que estais de condenaros, y prontamente disipándose la tentacion, os encontrareis movidos á piedad. Pensad que muchos fueron sorprendidos por la muerte cuando menos lo creían, y por hallarse en pecado fueron al infierno, y que lo mismo puede sucederos á vosotros.

¡El infierno! ¡qué castigo mas terrible! El fuego que allí atormenta es eterno, por mas que á ello no se acomode la sensualidad: lo ha dicho el mismo Jesucristo, y su palabra es infalible: *Et ibunt hi in supplicium æternum.* ¿Os atreveréis á negar la palabra de Dios? ¿No está bien clara la sentencia? Considerad lo devorador del fuego, y comprendereis en algun modo lo que sufre el condenado, toda vez que fuego real es

el que le atormenta. *Ite in ignem æternum.* Entrad ahora con vuestra consideracion en el infierno, para que sorprendidos y asustados á vista de sus abrasadoras llamas, practiqueis el bien, y eviteis despues tan formidable castigo. ¡Oh, cuán grande es la justicia de Dios!

Cristianos, ¿os privareis del cielo y sufrireis los eternos tormentos del infierno, por no sufrir cuatro dias de mortificacion y privaciones, por no vivir en el cumplimiento de la divina ley? Hombres lascivos y sensuales, adoradores de ídolos de barro; hombres ambiciosos que no conoceis otro Dios que el oro; soberbios que avasallais á vuestros hermanos; vengativos que no sabeis perdonar, mujeres escandalosas que á tantas almas conducís por los caminos de la perdicion; hombres sin caridad, hipócritas que aparentando virtud, sois sepulcros blanqueados, pues teneis el corazón corrompido, no desoigais la voz de Dios, que os llama y os dice: «No hay medio; ó hacer pronta y saludable penitencia, ó prepararse á ser habitantes del infierno por toda la eternidad.»

No seamos, pues, insensatos, mis amados hermanos, ni perdamos de vista cuánto Jesucristo ha hecho por salvarnos; recordad de continuo que la humanidad estaba perdida desde el crimen del Paraiso, y como dijo Caifás sin saber lo que decia, era necesario que Jesucristo muriese, para que la humanidad pereciese. *Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, ut non tota gens pereat.* Pues bien, Jesucristo se conformó á la muerte, y vertió su divina sangre por salvarnos. Procuremos aprovecharnos de ella, y no perder la posesion de esa gloria que nos conquistó con su cruz. Nada es la penitencia



que aquí podamos practicar en comparacion de lo que se padece en el infierno. ¡Plegue á Dios que el recuerdo de los castigos eternos os haga cumplir con vuestros deberes religiosos, para que obrando en santidad y justicia, os hagais merecedores de las recompensas reservadas por Dios á sus escogidos.

Conocemos ¡oh Dios de bondad! que por nuestros pecados, nos hemos hecho mil veces acreedores al infierno. Pero hoy recurrimos á Vos, confiados en que aceptareis nuestro cordial arrepentimiento. Verdad es que nos hemos rebelado contra Vos; pero es mayor vuestra misericordia que nuestros pecados. Usadla con nosotros y comunicadnos vuestra gracia; esa gracia que santifica, esa gracia que borra los pecados y nos vuelve á vuestro amor. Librad nuestras almas del infierno, pues si es verdad que hemos sido hasta aquí rebeldes á vuestras inspiraciones y llamamientos, ya nos volvemos á Vos contritos y arrepentidos. No mireis, Señor, nuestras iniquidades pasadas; mirad tan solamente nuestro presente arrepentimiento, y escuchad el clamor con que os decimos: *Señor mio Jesucristo, etc.*

## SERMON 1.º

### PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

**Jesucristo en su entrada en Jerusalem, nos enseñó que el camino de la humildad es el que conduce al cielo.**

*Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini.*

Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor.

Math. cap. XXI, v. 9.

Venerable cabildo: ¿qué alegres cánticos resuenan hoy en las calles de Jerusalem? ¿Por qué las gentes sencillas se entregan al regocijo, y hacen resonar en los aires vivas y aclamaciones? ¿A quién salen á recibir con palmas y ramos de oliva, tendiendo sus vestiduras por el suelo? ¿Van por ventura á recibir al apóstata Juliano? No: escuchad sus voces y por ellas conoceréis el objeto de sus aclamaciones. «Hosanna, dicen, al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor: Hosanna en las alturas. *Hosanna Filio David: benedictus qui venit in nomine Domine. Hosanna in altissimis.*



que aquí podamos practicar en comparacion de lo que se padece en el infierno. ¡Plegue á Dios que el recuerdo de los castigos eternos os haga cumplir con vuestros deberes religiosos, para que obrando en santidad y justicia, os hagais merecedores de las recompensas reservadas por Dios á sus escogidos.

Conocemos ¡oh Dios de bondad! que por nuestros pecados, nos hemos hecho mil veces acreedores al infierno. Pero hoy recurrimos á Vos, confiados en que aceptareis nuestro cordial arrepentimiento. Verdad es que nos hemos rebelado contra Vos; pero es mayor vuestra misericordia que nuestros pecados. Usadla con nosotros y comunicadnos vuestra gracia; esa gracia que santifica, esa gracia que borra los pecados y nos vuelve á vuestro amor. Librad nuestras almas del infierno, pues si es verdad que hemos sido hasta aquí rebeldes á vuestras inspiraciones y llamamientos, ya nos volvemos á Vos contritos y arrepentidos. No mireis, Señor, nuestras iniquidades pasadas; mirad tan solamente nuestro presente arrepentimiento, y escuchad el clamor con que os decimos: *Señor mio Jesucristo, etc.*

## SERMON 1.º

### PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

**Jesucristo en su entrada en Jerusalem, nos enseñó que el camino de la humildad es el que conduce al cielo.**

*Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini.*

Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor.

Math. cap. XXI, v. 9.

Venerable cabildo: ¿qué alegres cánticos resuenan hoy en las calles de Jerusalem? ¿Por qué las gentes sencillas se entregan al regocijo, y hacen resonar en los aires vivas y aclamaciones? ¿A quién salen á recibir con palmas y ramos de oliva, tendiendo sus vestiduras por el suelo? ¿Van por ventura á recibir al apóstata Juliano? No: escuchad sus voces y por ellas conoceréis el objeto de sus aclamaciones. «Hosanna, dicen, al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor: Hosanna en las alturas. *Hosanna Filio David: benedictus qui venit in nomine Domine. Hosanna in altissimis.*



En efecto, cristianos: el que desde Betphagé se dirige á Jerusalem, y es recibido en medio de tantas aclamaciones, cuales no oyó ningun monarca por amado que fuera de sus vasallos, es aquel mas que profeta que hacia tres años se habia dado á conocer por los prodigios de su diestra: es el hijo de Dios: el que es Rey de reyes y Señor de los que dominan: el verdadero Rey que ha venido á salvar á la humanidad, y que si ahora es recibido con tanta alegría y en medio de las mayores efusiones de placer, oirá pasados cinco dias los gritos de aquel mismo pueblo, que deseoso de verter su sangre, clamará como fuera de sí ante el balcón de Pilatos: *crucifige, crucifige eum.*

¿Empero creéis que la entrada de Jesucristo en Jerusalem seria en carro de oro como la de Vespasiano? ¿Creéis que iria rodeado de grandeza y servido y obsequiado por multitud de vasallos? Este que hubiera sido el aparato de un rey de la tierra, muy apropiado si se quiere para infundir en el pueblo mayor respeto á su persona, no era conveniente al manso y pacífico rey que tiene su trono en el Empíreo, y que tuvo por uno de los motivos de su venida el destruir la soberbia y enseñar al mundo los caminos de la humildad. ¡Virtud divina no conocida antes de los hombres, y de la que hoy se nos presenta como modelo el autor y consumidor de nuestra fé! ¿Quereis saber el aparato con que se presenta en la populosa Jerusalem? Pues oidlo en el mismo testo de nuestro Evangelio: «Cuando se acercaron á Jerusalem y llegaron á Betphagé al monte del Olivar, envió Jesus á sus discipulos, diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada y un pollino con ella: desatadla y traédme los; y si alguno os digere al-

guna cosa, respondedle que el Señor los ha menester, y luego los dejará: Y esto todo fué hecho para que se cumpliera lo que habia dicho el Profeta. Decid á la hija de Sion: hé aquí tu rey, viene manso para tí, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de la que está bajo de yugo. Y fueron los discipulos é hicieron como se lo habia mandado Jesus, trayendo la asna y el pollino, y pusieron sobre ella sus vestidos y le hicieron sentar encima.» De este modo tan humilde hace Jesucristo su entrada en la ciudad, donde es aclamado hasta por los tiernos parvulillos que soltando el pecho materno esclamaban: «Hosanna al Hijo de David.»

Señores: entramos hoy en la última semana de cuaresma, en la semana santa ó mayor, en los dias de los grandes misterios de la Redencion. Y cuando vamos á recordar los tormentos é ignominiosa muerte del Salvador; cuando vamos á verle humillado, ora ante los tribunales de los hombres, ya en el camino del Gólgatha, cargado con el leño de la salud, ya finalmente en el suplicio de los malhechores, ¿qué cosa mas propia y necesaria que revestirnos de un espíritu de humildad profunda, para recordar los dolorosos acontecimientos que desde hoy empiezan á ser objeto de nuestras meditaciones? Ved por qué he determinado hablar hoy de la humildad, con pensamientos que naturalmente se desprenden del Evangelio de este dia, y así propongo: *Jesucristo en su entrada en Jerusalem nos enseña que el camino de la humildad es el que conduce al cielo.* Unica proposicion que va á ser objeto de vuestra atencion al presente discurso. Seré breve, como exigen los divinos officios de este dia. Acudamos al Espiritu Santo, á fin de que por la in-



tercesion de su Esposa se digne iluminar mi entendimiento con un rayo de divina luz. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

La vida de Jesucristo entre los hombres, fué una vida de humildad profundísima. Ocultando á la vista del mundo su divinidad revistese de nuestra carne, y aparece no solamente como hombre sino como el hombre mas pobre y mas destituido de todo humano socorro. La humilde gruta de Belén, vé nacer y reclinar su cabeza sobre humildes pajas, al que en el cielo en esplendoroso trono de Magestad se sienta: y la feliz doncella que ha tenido la dicha de ser su Madre y el pobre artesano esposo de esta Virgen, forman la corte, del que en el Empíreo está rodeado de multitud de ángeles que en sonoros himnos, Santo y Omnipotente le proclaman. A los ocho dias de su nacimiento, presentase en el Templo para ser circuncidado; ley á que no estaba sujeto, porque la circuncision entre los judíos era la señal del pecado y Jesucristo era impecable por naturaleza. Si María en cumplimiento de lo que ordenaba la ley de Moisés se presenta al Templo pasados los dias de la purificacion, y allí ofrece al Eterno padre su Hijo á quien tanto amaba, si Hijo y Madre se humillan hasta el extremo de aparecer Él como pecador, y ella entre las mujeres impuras, todo es para nuestra enseñanza. María no habia concebido á su Divino Hijo, al modo comun con que somos concebidos todos los hijos de Adan. Ambos eran santos, el uno por naturaleza, y la otra por gracia. Luego no obligándoles aquella ley, se sujetan á ella, porque como el objeto de Jesucristo era destruir la soberbia y

enseñarnos el camino de la humildad, no espera al tiempo de su predicacion, sino que empieza á instruirnos desde el instante mismo en que aparece en el mundo.

Pasemos en silencio aquella larga época en que el Salvador vivió al lado de su Madre, en la vida mas humilde, hasta los treinta años de su edad, en que por su predicacion y sus milagros empezó á darse á conocer como Señor del mundo. Observadle en los tres últimos años de su vida, y le vereis efectuar prodigios sin cuento, y llevar á cabo obras maravillosas, con las cuales confirmaba la verdad de su mision y doctrina. Necesariamente, por mas que para muchos tan solo sirviesen sus milagros para aumentar su ódio y persecuciones, habia otros muchos de corazones dóciles, que no cerrando sus ojos á la clara luz de la verdad, le aclamaban Santo, Hijo de Dios, y á veces quisieron proclamarle rey. Pero Jesucristo que siempre huyó de las honras mundanas, retirábase á lo escondido, á los montes, para que no llevasen á efecto sus propósitos.

Ya habia dicho á sus discípulos y en ellos á todos nosotros: aprended de mí, que soy manso, que soy humilde de corazon; y como se acercasen los dias en que, segun lo acordado allá en los consejos de la Trinidad augustísima, debia sufrir su acerbísima passion y dolorosa muerte, hace hoy su entrada solemne en Jerusalem; allí, en aquella populosa capital, donde á los cinco dias ha de atravesar las calles cual un malhechor rodeado de soldados, y cargado con el patibulo en que ha de ser crucificado.

Contemplemos, mis señores, quién es el que entra en Jerusalem, cuál es el aparato y circunstancias



con que entra, y estas consideraciones, serán para nosotros saludables lecciones, que haciéndonos mirar con horror la soberbia, origen de nuestros males, nos harán abrazar la virtud santa de la humildad. Y desde luego, ese que es recibido en medio de las mayores aclamaciones, ese á quien salen al encuentro con palmas y ramos de oliva, y ante cuya presencia entonan alegres hosannas é himnos de bendicion, es un rey, cuya grandeza y magestad oscurece la de los monarcas de la tierra, pues si estos imperan sobre los cuerpos de sus vasallos, aquel reina sobre sus almas: es un rey cuyo trono está sostenido sobre las alas de los querubines: un monarca que sentado en su carro de fuego, se pasea por la altura de los cielos, contemplando desde allí las obras todas de sus manos: no tiene semejante en el poder: su dominacion no tiene límites: de sus dedos están pendientes las llaves de la eternidad: una palabra suya es suficiente para destruir el mundo todo: si con un *fiat* de sus lábios, todo salió de la nada, con otro *fiat*, desaparecería para siempre cuanto creara su diestra omnipotente y bienhechora. Ved aquí, mis hermanos, el que hoy penetra por las puertas de la ingrata Jerusalem; ved aquí, el que lleva el designio de entregarse en manos de sus enemigos, para verificar con su muerte nuestro rescate. ¿Y cómo se presenta á recibir las aclamaciones de aquel pueblo? ¿Cuál es la corte que le acompaña? ¿Cuáles los aparatos de su grandeza? ¿Cuánta abnegacion! ¿Qué humildad tan profunda! Sin mas compañía que la de sus discípulos se presenta no ocupando dorada carroza, sino la caballería mas humilde.

¡Ah! á mí me parece oírle esclamar al entrar de

aquel modo por las calles de Jerusalem: «Hombres henchidos de soberbia, criaturas que desconociendo la miseria de vuestro origen aspirais á las mayores grandezas; hombres que no os podeis comparar conmigo ni en grandeza ni en poder, fijad en mí vuestros ojos, y aprended á ser humildes.» En efecto, mis hermanos: si conociésemos las ventajas de esta virtud hermosa que hoy nos enseña de un modo tan admirable el Salvador, nos esforzariamos y venceriamos todos los obstáculos por practicarla. No deseais adelantarse en el camino de la perfeccion? No deseais hacer progresos en las virtudes cristianas? No deseais elevar á la mayor altura que os sea posible el edificio de vuestras buenas obras? Pues sabed que la humildad es el cimiento de todas ellas: así como en los edificios materiales es mas profundo el cimiento, cuanto mas elevados han de ser, así en el edificio de las virtudes cristianas debe procurarse labrar profundos cimientos de humildad. Esta es la virtud sosten y apoyo de las demas virtudes. Esta virtud que hoy nos enseña el Maestro del mundo y Legislador de las naciones, es la que santifica todas nuestras acciones. ¿Qué es una caridad llena de orgullo? ¿Qué es una obediencia con repugnancia? ¿Qué nos santificará una limosna, si miramos con desprecio á aquel á quien la damos? ¿De qué nos servirá cualquier obra meritoria, si guiados por el orgullo procuramos los aplausos del mundo? ¿Cuán vanas son todas las obras, cuando no tienen por cimiento la humildad!

Por el contrario, ¡cuán hermosa es una oracion humilde! ¡Cuán agradable es á los divinos ojos toda buena obra hecha en espíritu de humildad! Aprendamos, pues, mis hermanos, á ser humildes, y la



práctica de esta virtud sublime nos santificará. Fijemos nuestra vista en Jesus, autor y consumidor de nuestra fé; observemos la humildad que resplandeció en todas sus obras, y principalmente en su entrada en Jerusalem, y tan brillantes ejemplos nos harán mirar con desden y con horror el funesto vicio de la soberbia. Dos señores nos llaman á su servicio: Dios por el camino de la humildad y el demonio por las sendas de la soberbia: el primero nos ofrece en recompensa una gloria eterna, y el segundo penas y tormentos que no tienen fin. ¿Titubearemos en la decision que hemos de tomar? ¿Dudaremos el camino que hemos de seguir? ¡Ah! cuán insensato es el hombre que dejado de llevar por el espíritu de soberbia, se asemeja al demonio y pierde el derecho de la gloria que Jesucristo le conquistara!

Causa verdaderamente compasion el ver á muchos cristianos, que apartando la vista de Jesucristo y olvidados de lo breve y miserable de la vida, viven aprisionados por la soberbia, despreciando á aquel cuya posicion no es tan ventajosa como la suya. Tened la vista por el cuadro social, y á cada paso tropezareis con hombres soberbios y altaneros que existen en todas partes. ¡Todos se creen con derecho á despreciar y maltratar á sus semejantes! Si quereis conocer por vosotros mismos esta verdad, cubrios con vestidura humilde, y presentaos en casa de un grande de la tierra. Por mas que seais de una honradez á toda prueba, se os cerrarán las puertas, porque no os creerán digno de hablar con aquel señor, y si á fuerza de instancias lograis penetrar en su gabinete, no se os permitirá tomar asiento. ¡Pobre y miserable condicion del hombre! Por ventura, hombre soberbio, ¿no es tu

hermano ese que te dirige su palabra? ¿No es como tú hijo de Dios? ¿No es participante de los mismos Sacramentos? ¿Por qué, pues, le despreciais? Recuerda que murió el rico y fué sepultado en el infierno, y que el pobre y miserable Lázaro que esperaba las migajas de su mesa, se salvó. ¡Ah, qué suerte mas diversa! El uno pasó breves dias en la opulencia y el orgullo, y tras ellos una eternidad de penas; el otro cuatro dias de angustia, y tras ellos una eternidad de gloria.

Ahora bien, soberbios del mundo; hombres altaneros que engreidos por vuestra posicion ó vuestros bienes caducos y perecederos, mirais con menosprecio á los que ocupan una posicion más humilde, ¿creeis que vais á vivir siempre? ¿Creeis que siempre podreis gozar de los placeres que os halagan? ¿Creeis que esos bienes á la sombra de los cuales nutris vuestra soberbia, no van á tener fin? ¡Cuán miserable sois! Llegará un dia en que una enfermedad os postre en el lecho del dolor, y no teniendo accion para nada, necesitareis de la ayuda de otros semejantes, sin cuyo auxilio vuestra vida concluiria más presto; llegará por último un momento en que sereis llamados á comparecer ante el tribunal de la divina justicia. ¡Momento terrible, cuya memoria llenó de espanto y temor á las almas mas justificadas! ¡Momentos en que los mas celebres heresiarcas conocieron sus errores, y algunos se desesperaron á vista de sus maldades! ¡Ah! ¡cuánto dariais entonces por haber sido humildes y buenos cristianos! Por tal de vivir, cambiariais vuestra fortuna por la del último de vuestros criados... ¡pero todo en vano! Como quiera que despreciásteis á Dios, que os burlásteis de la humildad que se os pres-



cribia, le buscareis entonces; pero no le encontrareis, y morireis en vuestro pecado. Es constante el oráculo divino. ¿Os enorgullecereis entonces, cuando viendo vuestra desgracia eterna seais compañeros de Lucifer? ¿Tendréis entonces motivos para despreciar á vuestros prójimos? ¿Qué fin mas desgraciado espera al soberbio!

Decidme, mis hermanos: ¿á qué debemos aspirar los hijos de la Iglesia? ¿Cuál debe ser el fin que debemos proponernos los que hemos sido redimidos por Jesucristo? Bien lo sabeis, la gloria debe ser nuestro fin y objeto; y cuando el Salvador nos la conquistó á fuerza de humillaciones y de sufrir resignado los mayores desprecios, cuando se humilló hasta aparecer á presencia de un pueblo amotinado, como pecador y criminal; ¿creéis que vosotros entrareis en tan feliz posesion por el camino del orgullo? El Eterno Padre nos ha mandado que oigamos á Jesucristo, que es un Hijo muy amado en quien tiene sus complacencias, *ipsum audite* (1) nos ha dicho. Y bien, ¿qué nos dice el amorosísimo Salvador, ya con sus palabras, ya con sus ejemplos? Nos dice que la humildad es el camino del cielo: su entrada en Jerusalem, nos habla con el mas elocuente silencio: lleno de humildad profunda, se presenta sin ostentacion, ni envia embajadores que anuncien su llegada, y si algo se percibe, es tan solo el murmullo que necesariamente producen las aclamaciones de aquellas sencillas gentes, que creyendo en El, salen á recibirle con palmas.

¡Ah! ¡lección sublime, capaz de confundir la altanería y orgullo de esos hombres que prevalidos de su aérea posicion, gozan en avasallar á sus semejantes y

(1) Math. cap. XVII, v. 5.

se engrien con la lisonja y adulacion de aquellos que le rodean!

Al hablaros en esta oracion de la virtud santa de la humildad, que como os he dicho es el fuerte cimiento de las demas virtudes, debo advertiros que la humildad ha de ser profunda y á toda prueba, porque por nuestra misma naturaleza, flaca y enfermiza, nos es muy fácil caer en el vicio contrario de la soberbia. A muchos, su misma virtud les arrastró á ser soberbios. Un hombre que llega á tomarse á sí mismo estimacion, porque es aplaudido ó celebrado por sus virtudes, está espuesto á perderse, porque por este medio introdúcese en su corazon la venenosa ponzoña de la soberbia. Si por la misericordia de Dios no caeis en graves pecados, y practicais todos vuestros deberes religiosos, no os lleneis de vanidad ni fijeis vuestra vista en los desórdenes de vuestros prójimos: recordad que otras elevadas torres de santidad vinieron á tierra, demolidas por el fuerte viento de la soberbia, que convertido en huracan, estropeó y puso en movimiento hasta sus cimientos. Tened presente que como dice un profeta, Dios acude al socorro de los humildes, y abandona á los soberbios á su misma fragilidad (1). ¿Qué podrá hacer hoy una criatura, que no podais mañana hacer vosotros? ¿Qué fragilidad vereis en que no podais caer, siendo todos de una misma naturaleza, y revestidos de la misma carne? Para obrar el bien, no conteis nunca con vuestras propias fuerzas, sino con el auxilio de vuestro Dios. San Pablo desafia los peligros, arrostra todas las tribulaciones, y no dice que todo lo puede por su deci-

(1) Constituit Dominus humiliare omnem montem superbum. Baruch. cap. V, v. 7.



sion y fuerzas, sino que de todo es capaz en Jesucristo que es quien le conforta (1). Hablar de otro modo, hubiese sido una arrogancia que hubiese oscurecido toda su santidad y borrado todas sus virtudes. Esplícarse del modo que lo hace, es mostrar una humildad digna del que fué vaso de elección, predicador y propagador del Evangelio, y una de las columnas de la Iglesia de Jesucristo.

¿Por qué de este modo se explica el Apóstol? Porque se había propuesto imitar á Jesucristo que fué manso y humilde de corazón; por esto, para hacernos saber que este es el camino de la salvación, nos dice que le imitemos como él imitó á Cristo (2). Cuando oyereis esas vanas cuestiones que los enemigos de la Iglesia suscitan, defended á Jesucristo y su esposa la Iglesia; pero sin dejar lugar á la soberbia; pero si por carecer de la ciencia necesaria no podeis discutir en favor de vuestra religión, huid de esas reuniones, no deis oídos á la doctrina de los contrarios, confiados tal vez en la fortaleza de vuestra fé, porque tal vez podreis ser seducidos por los artificiosos argumentos de la impiedad. ¿Debeis creer? pues creed con la mayor humildad, y buscad en todas vuestras obras la gloria de Dios y no la vuestra.

¿Quereis ver cuán sutil es la soberbia? Pues si ahora que yo os predico de la virtud de la humildad, mi ingenio me permitiese dar mejor forma al discurso y adornarle de bellezas retóricas, y me hubiese presentado en esta cátedra sagrada con el objeto de adquirir honra humana y ser celebrado por mi oración, sería

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. Ad Philip. cap. IV, v. 13.

(2) Imitatores mei estote, sicut et ego Christi. I, ad Cor. cap. IV, v. 16.

abominable á los ojos de Dios y predicaría la sentencia de mi condenación. ¡Me estremezco al pensarlo! No lo permitais, amorosísimo Salvador y mansísimo cordero, que la soberbia se apodere de este corazón que os pertenece, y no me concedais ciencia ni honores, ni bienes de fortuna, si estos dones han de servir para mi perdición.

Y á vosotros, mis amadísimos hermanos, ¿qué más os podrá decir el que por su ministerio parroquial está obligado á ayudaros con sus esfuerzos para que consigais el cielo? Que Jesucristo sea en adelante la norma de vuestra conducta: que cuando os quiera dominar el espíritu de soberbia recordeis la humildad de nuestro Salvador; que fijeis vuestra vista en el pesebre, en todos los actos de su preciosa vida, y en su entrada humildísima en Jerusalem pocos días antes de su sacrificio. Y si esta virtud debe reinar siempre en los cristianos, ¿cómo no deberemos practicarla en los días en que vamos á recordar las humillaciones, los tormentos y la muerte de Jesús? El Señor ha dicho que dá su gracia á los humildes, al paso que resiste al soberbio. ¡Plegue á Dios que de tal modo reine esta virtud entre vosotros, para que forméis un pueblo de verdaderos cristianos, que sirviendo y amando á Dios en la práctica de las virtudes, todos reunidos entonemos alegres *Hosannas* á nuestro Dios en la Jerusalem celestial de la gloria, que os deseo á todos. ¡Oh! ¡Así sea! ¡Así sea!



## SERMON 2.<sup>o</sup>

### PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

**La conducta del pueblo judío en el recibimiento que hizo á Jesucristo, nos demuestra la inconstancia de las cosas del mundo.**

*Hic est Jesus Propheta á Nazareth Galilee.*

Este es Jesus el profeta de Nazareth de Galilea.

Math. cap. XXI, v. 11.

Estaba próxima la hora en que Jesucristo debía entregarse en manos de sus enemigos para consumir la obra de la redención del mundo. La infiel sinagoga que se había resuelto á quitarle la vida, y que anhelaba el momento de llevar á cabo su criminal proyecto, suspiraba por saciarse con su inocente sangre. Pero antes que se verificase el sacrilego atentado, el Salvador entra en Jerusalem, no silvado ni insultado por enemigos, sino entre multitud de gente que hace resonar por los aires los ecos de sus voces, cantando himnos al que viene en nombre del Señor. Hombres y mujeres salen á recibirle con palmas y ramos de

oliva, y hasta los pequeñuelos acompañan á los mayores á cantar Hosannas y bendecir á aquel á quien llamaban Profeta y recibían con tan señaladas muestras de regocijo, y todos se decían: este es Jesus, el Profeta de Nazareth de Galilea. *Hic Jesus Propheta á Nazareth Galilee.*

¿Quién que hubiese presenciado tan triunfal entrada y hubiese observado la alegría de aquel pueblo, hubiese creído que en la misma semana habían de dar ignominiosa muerte al que era objeto de sus cánticos y alegrías? ¿Quién hubiese visto á los hijos de Israel tender sus ropas para que por encima pasase Jesucristo, se hubiese persuadido que á los cinco días le habían de desnudar de sus vestiduras, dejándole en la mas vergonzosa desnudez, y despues de hacerle sufrir tormentos inesplicables le habían de colgar del patíbulo de los delincuentes? Pues sucedió así, y ved aquí, mis hermanos, el motivo de mezclar hoy la Iglesia himnos de alegría y de dolor: primero entona alegres Hosannas, y luego canta entristecida la historia trágica de la pasión y muerte del Redentor de la humanidad. Primero se alegra al ver la entrada triunfante que Jesucristo hace en Jerusalem, y luego se entristece al recordar la perfidia de aquel pueblo ingrato que pide su muerte y la consigue.

Vosotros los que amais al mundo, los que deseais sus aplausos, y gozais con sus lisonjas, fijad vuestra vista en el triunfo que hoy consigue Jesucristo. ¿Habeis sido vosotros mas celebrados? ¿Habeis oido mas alabanzas? ¿Habeis conseguido mayores triunfos? Pues bien: si os admirais al escuchar aquellos alegres cánticos, fijad vuestra consideracion en el fin que tuvieron, y vereis que convertida en odio la general alegría,



le conducen al poco tiempo, no á un trono de honor, sino á un patibulo de afrenta: vereis que le coronan pero no con diademas de brillantes, sino con punzadoras espinas, y aprendereis á mirar con desprecio los aplausos de un mundo que es inconstante en sus aplausos y celebraciones. Esto quiere hacernos conocer la Iglesia, al mezclar en este dia los triunfos de Jesucristo con sus tormentos y su muerte. Yo, pues, entrando en su espíritu y deseando que os aparteis del mundo que conspira contra vosotros, voy á demostraros con claridad, y la brevedad oportuna en dia de tantas atenciones religiosas, que *la conducta del pueblo judío en el recibimiento que hizo á Jesucristo, nos demuestra la inconstancia de las cosas del mundo*. Tal es mi pensamiento. Quiera el Señor que produzca en vosotros frutos de salvacion. Para que así sea, imploramos los auxilios de la Divinidad, y para conseguirlos interpongamos la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, á la cual con el mayor afecto de nuestros corazones, saludaremos con el ángel: *Ave María*.

#### PARTE ÚNICA.

Salomon que se habia visto en la cumbre de su grandeza, que por su sabiduría se habia hecho célebre dentro y fuera de su reino, y de quien admirada la reina Sabá exclamó: «Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que he oido (1),» para que conociéramos la falsedad del mundo, y lo engañoso de los aplausos que prodiga, nos dejó escritas estas memo-

(1) Lib. III. Reg. cap. X, v. 7.

rables palabras. «Todo lo que hay en el mundo es vanidad de vanidades y todo vanidad; *vanitas vanitatum, et omnia vanitas* (1).»

En efecto, mis señores: no hay cosa mas falsa y por consiguiente mas pasajera que los aplausos de la sociedad que nunca son sinceros: esto no obstante, causa admiracion el ver muchos que no solo se deleitan y reciben su mayor gozo en ser objeto de celebracion, sino que procuran serlo, valiéndose para esto de todos los medios que están á su alcance. ¡Qué ciegos son cuando no conocen al mundo y sus ilusiones! El Evangelio de este dia es una demostracion palpable, de cuán errados caminan, los que trabajan por adquirir una celebracion que no puede menos de disiparse como el humo. La sociedad ensalza hoy á un individuo á quien abate al dia siguiente. Hoy veis á un hombre dominar un pueblo, y poco mas tarde gime, sino en la oscuridad de un calabozo, á lo menos emigrado en tierra estraña, y obligado á comer el pan amargo del destierro. Aun aquellos que obrando con rectitud procuran el bien general, recibieron tristes desengaños, pues despues de formar el ídolo de un pueblo, fueron víctimas de la ambicion ó la calumnia de otros. Mientras mas elevado y rodeado de riquezas se encuentra el hombre, tiene más preludios de ruina. Así se lo anunció el sábio Solon á Cresos, y este no pudo menos de recordarlo despues de su derrota, cuando cayó en poder de Ciro.

En confirmacion de esta verdad, no recurriré á hechos antiguos consignados en la historia, para que conozcais toda la inconstancia de las grandezas de la

(1) Eccle. cap. XII, v. 8.



tierra, ni os preguntaré donde está la grandeza de Roma pagana. Fijad vuestra vista tan solamente en el célebre soldado que estendió sus dominios por casi toda la Europa: aquel capitán á quien no era ya fácil contar el número de sus conquistas. ¡Qué ovaciones tan continuas! ¡Qué admiración y entusiasmo por do quiera que pasaba! ¡Cuántos festejos públicos para celebrarle! Y decidme, señores, ¿qué fué de tan decantado héroe? ¿Qué fin tuvieron sus conquistas? ¡Ah! Vosotros lo sabeis. Reducido á vivir en una pequeña isla, y teniendo medidos los pasos que podia andar, solo le quedaba el recuerdo de sus antiguas glorias. ¿Dónde están ahora, decia, aquellos pueblos entusiasmados que me colmaban de aclamaciones? ¿Dónde están mis soldados? ¿Dónde mis generales? ¡Ah! ¡Ahora conozco que solo Dios es grande!

Pero qué necesidad tenemos de citar ejemplos históricos, cuando es tan elocuente el que hoy nos recuerda la Iglesia nuestra Madre. Jesus siempre fué ensalzado y celebrado al mismo tiempo que era objeto del odio y persecuciones de otros. En la misma gruta de Belén, fué adorado y reconocido como Dios: en el tiempo de su predicación recibió homenajes de gratitud por parte de aquellos que de sus divinas manos habian recibido beneficios: unos le aclaman hijo de David, otros reconocen que el poder está en su mano: aquí le adoran rodilla en tierra, allí quieren proclamarle rey. Mas decidme, mis hermanos, ¿cuándo fueron mayores los triunfos de Jesucristo? ¿Cuándo se vió mas generalmente aclamado? ¿Cuándo se vió mas colmado de honores y de aplausos? ¿Cuándo escuchó mayor número de voces que le bendijeran? ¡Ah! Cuando entró en Jerúsalen donde pasados cua-

tro dias fué preso, azotado y finalmente colgado en el patíbulo de los criminales. Ved aquí, como se porta el mundo: ved aquí la conducta de las sociedades aun con aquellos que les han sido benéficos. Y si de este modo se portó el mundo con Jesucristo, que á nadie pudo hacer mal porque era la santidad por esencia, ¿qué podemos esperar nosotros de sus aplausos? ¿Qué ilusiones podremos formarnos por mas que seamos objeto de los mayores elogios?

Desengañaos de una vez: la grandeza que dá el mundo, es una grandeza efímera, que no puede formar la felicidad de ningun mortal, y esto aun suponiendo que en el mundo pudiera el hombre ser completamente feliz. El dolor, las lágrimas, las aficciones, si no acompañan, siguen á la misma elevación del hombre. ¿Pues qué es ello? ¿Quién conspira contra el hombre con tanta tenacidad? ¿Quién arranca de sus sienes los laureles de sus conquistas? ¿Quién oscurece la gloria que se supo conquistar? No lo preguntéis: el mayor enemigo del hombre, es el hombre mismo: la soberbia, la envidia, las pasiones todas, son las que conspiran contra él. Ocupa un puesto distinguido, y la envidia usa las fuertes armas de la invectiva y el sarcasmo, ayudados con la calumnia, para edificar sobre las ruinas del edificio ageno. ¿No es esto una verdad? ¿No nos lo dice la experiencia de cada dia? Repasad todos los estados que el hombre puede pasar en la sociedad. Si haceis consistir su felicidad por el elevado puesto que ocupa, ahora acabamos de pintar los peligros que le rodean. La historia de todos los pueblos, nos consigna la memoria de muchos que bajaron las gradas del poder, para subir las del cadalso, y la de otros que hubieran tenido el



mismo fin, si la fuga de su patria no les hubiese salvado. ¿Acaso haceis consistir la felicidad en las riquezas? Pero bien conoceis cuántos sinsabores acompañan á ellas. ¿Quereis ver mas claramente la inconstancia del mundo? Fácil es que lo conozcais vosotros los que sois poseedores de riquezas. ¿No es verdad que en todas partes se os recibe con la mayor alegría? ¿No lo es que se celebran hasta vuestras mas indiferentes acciones? ¿No os dirigen los mas afectuosos saludos? ¿No os gloriais de tener muchos amigos que os acompañan y que forman el alma de vuestras reuniones? Pues bien: ocultad vuestros bienes: fingid grandes pérdidas en vuestros negocios: vestid desde mañana mas pobremente, é insensiblemente ireis viendo desaparecer los aplausos que ahora os halagan: se irán retirando de vuestra vista todos esos aduladores importunos que ahora os rodean, y se os irán cerrando las puertas que al presente teneis francas: donde antes celebraban vuestros chistes, sereis despues objeto de fastidio. Entonces, cuando hayais recibido estas pruebas de desengaño, recurrid á vuestros amigos, á los que antes comian á vuestra mesa y asistian á vuestros saraos, y decidles que hagan algo por vosotros, á ver sin con la ayuda de ellos podeis salir de vuestro ruinoso estado. ¡Qué delirio!... Entonces veriais toda la falsedad del mundo; conoceriais en lo que paran sus aplausos. Llegado este caso, vuestros amigos se retirarán de vosotros; ireis en busca de ellos, y cuando preguntéis en sus mismas moradas, os serán negados.

Si esta prueba hicieseis, ya que no os persuade lo que estamos viendo cada dia, quedareis desengañados de una vez; vuestros ojos se abririan á la clara

luz de la verdad; mirareis con desprecio los aplausos del mundo y su grandeza, y convencidos de que no puede formar la dicha del hombre, tratareis de buscar vuestra felicidad por otros medios y en diverso objeto. Es verdad, me direis; estamos convencidos de que este valle de lágrimas y de miserias, no ofrece al hombre sino punzadoras espinas y tristes desengaños. Pero puesto que nuestro corazon no puede vivir sin amar, ¿á quién amaremos? ¿A quién daremos posesion de nuestro corazon? ¿En donde encontraremos bienes constantes y sólida grandeza? Tan solo en Dios; os contestaré yo con el desengañado padre San Agustin. Solo Dios, es el que puede saciar el corazon humano, porque es el sumo bien. ¿Qué felicidad podrá igualarse á la de poseer á Dios?

Yo quiero suponer que seais en la tierra grandes sin contradiccion, lo que seria un fenómeno: ricos sin contratiempos, y sabios sin ser envidiados ni víctimas de calumnias. ¿Pero cuánto tiempo tiene de duracion esta felicidad? No pasa de cuatro dias, porque la muerte, que es infalible á todo sér que tiene vida, pone término á todo sér que tiene vida, pone término á todas las grandezas de la tierra. Y bienes que concluyen en un sepulcro, ¿pueden formar la felicidad? Grandeza cuya duracion es semejante á la luz del relámpago, ¿puede labrar la dicha de la criatura? Solo Dios es Eterno: solo en esa gloria que nos ofrece en recompensa si somos dóciles observadores de sus mandatos, es á donde existen bienes verdaderos y grandeza positiva: procurad, pues, trabajar por ser grandes en el cielo: si deseais riquezas, atesorad, os dice Jesucristo en el cielo, donde vuestro caudal no será consumido por la polilla y estará espuesto á la



codicia de los ladrones (1). Pero para conseguir esa eterna grandeza á que es llamado el cristiano, es menester mirar con desprecio los placeres y goces mundanos: es necesario que nuestro corazon no se divida entre Dios y el mundo: es condicion precisa que no fijando nuestra vista en cuanto la tierra pueda ofrecernos, nos abracemos con la cruz al modo que lo hizo Jesucristo, que debe ser la norma y el modelo del cristiano. Cuando el Salvador era objeto de las ovaciones mas entusiastas á su entrada en Jerusalem, su corazon y sus pensamientos estaban en los tormentos y en la cruz, porque sabia que la cruz era la escala por donde debia subir á sentarse á la diestra de su Padre.

Bien podeis, pues, conocer que no son las grandezas, los bienes ni los aplausos del mundo el camino del cielo, sino que á tal felicidad se llega como nos ha enseñado con su ejemplo y doctrina el autor y consumidor de nuestra fé, Cristo Jesus, por el camino de la humildad y del abatimiento, por la senda de los sufrimientos. Tal vez me direis que no os es ya desconocida la falsedad del mundo, que el ejemplo que hoy nos recuerda la Iglesia de la conducta de los judíos para con Jesucristo, os es suficiente para que huyais de las honras mundanas; pero que si aspirais á mayor grandeza y deseais riquezas, es por atender con desahogo al cumplimiento de vuestras obligaciones, al mantenimiento y cuidado de vuestros hijos. ¡Qué poca fé! ¡Qué poca confianza en la Providencia de Dios! A vuestra objeccion os contestaré, ó mejor dicho, os contestará el mismo Jesucristo. Oid sus

(1) Math. cap. VI, v. 20.

palabras. «No os acongojeis diciendo: ¿qué comeremos ó que beberemos, ó con qué nos cubriremos? »Porque los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. »Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su Justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. Y así, no andeis cuidadosos por el dia de mañana, porque el dia de mañana á sí mismo se traerá su cuidado. Le basta al dia su propio afan (1).»

Esta solemne promesa proferida por los mismos lábios de Jesucristo, es suficiente para que fijando nuestra vista en el cielo, no tratemos de buscar otros bienes ni otra felicidad. Nada nos servirá de pretesto para justificar nuestra ambicion y nuestros afanes terrestres, toda vez que tan solemnemente nos promete cuidar de proporcionarnos las cosas necesarias para la vida, si nuestra primera atencion es el reino de los cielos. ¡Oh! ¡Qué amor tan extraordinario el de Dios para con nosotros, pobres y miserables criaturas! ¡Qué corazon mas lleno de bondades! ¡Toda nuestra vida debia ser un homenaje continuo de gratitud! Dia y noche debiamos emplear nuestras lenguas en cantar sus alabanzas.

Ni temais, mis hermanos, porque el mundo os mire con desden y tal vez os desprecie porque seguís otro camino que el que él os señala. ¿Qué os importa el mundo cuando plugó á Dios daros el reino? *Nolite timere pusillus grex, quia complacuit Patri vestro dare vobis regnum* (2). Qué palabras tan consoladoras estas que nos dirige Jesucristo. «Ha sido complacido vuestro Padre de daros el reino.» Es decir, os ha llamado á

(1) Math. cap. VI, v. 31, 32, 33 y 34

(2) Luc. cap. XII, v. 32.



una suerte tan dichosa por un favor todo gratuito, por un efecto de su caridad... ¿Y quién es este Padre que así se ha complacido en darnos tan inestimable felicidad? Es Dios, el dueño absoluto del cielo y de la tierra, á cuya voluntad nada resiste: es el Omnipotente que cumplirá sus promesas, toda vez que nosotros no nos hagamos indignos de ellas por el pecado, y el reino que nos ofrece no es un reinado de la tierra que es perecedero, sino un reino de felicidad que no tendrá fin. ¡Cuán carnal y miserable es el hombre! ¡Cuán apegado á las cosas del mundo! Si Jesucristo nos ofreciese un trono de la tierra, ¡con cuántos afanes procuraríamos merecerle, y cuando nos ofrece un reino eterno, su mismo reino, nos mostramos indiferentes y no practicamos las obras que para conseguirlo nos pide! ¡Ah! ¡Demencia lamentable la de preferir las grandezas de la tierra á las del cielo, los bienes perecederos á los bienes eternos.

Procuremos, pues, mis hermanos, ser dignos hijos de nuestro Dios, y hacernos dignos del reino que nos ha preparado. No envilezcamos nuestra dignidad de cristianos: entremos en el espíritu de esta festividad, y la conducta del pueblo judío en el recibimiento que hoy hizo á Jesucristo, sírvanos de ejemplo para conocer la inconstancia de las cosas del mundo. ¡Ojalá que conociéndolo así volviéramos las espaldas á sus fermentados halagos é inconsecuentes aplausos, y aspiráramos tan solamente á las positivas grandezas del cielo! Si siempre debemos practicar las virtudes; si siempre debemos pensar con espíritu humilde y recogido en los abatimientos é ignominias de Jesucristo, y en su muerte sufrida por nosotros; si siempre debemos dar muestras de gratitud por tan señalados favo-

res, ¿con cuánto mas empeño no deberemos recoger nuestros espíritus, y entregarnos á la meditacion fervorosa de los misterios de nuestra redencion en los dias de la presente semana, dedicada por la Iglesia á tan sagrados asuntos? Hagámoslo así, mis amadísimos hermanos, procurando no olvidar en el resto del año las instrucciones recibidas en esta santa Cuaresma. Tributemos continuamente á nuestro Redentor adorables homenajes de amor y de gratitud: seamos fieles observadores de su divina ley; despreciemos los bienes y grandezas de la tierra, y suspiremos constantemente por el cielo, que Jesucristo nos abrió con su muerte, para que el premio de nuestras buenas obras y santas aspiraciones sea su posesion, felicidad que os deseo á todos. *Amen.*



### SERMON 3.<sup>o</sup>

#### PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

**Preparacion y disposiciones que deben acompañar al cristiano al recibir á Jesucristo Sacramentado.**

*Benedictus qui venit in nomine Domini.*

Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Math. cap. XXI, v. 9.

Jerusalen vá á recibir dentro de sus muros á su Dios y Señor. Se acercan los momentos en que el deseado de los justos va á consumir la obra de la redencion del mundo, para cuyo efecto habiase revestido de nuestra carne, y se hábia presentado entre nosotros en la forma de siervo, y con este objeto penetra hoy por las puertas de esa ciudad que ha de ser teatro de su martirio. ¿Cómo fué recibido el Nazareno en la capital de la Judea? ¡Ah! las gentes sencillas, las almas humildes que en él creian le salen al encuentro, llevando en sus manos palmas y ramos de olivá, y tendiendo sus ropas por el suelo le aclaman

con el mayor gozo y todos esclaman: «Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor: Hosanna en las alturas.» Mas al tiempo mismo que tales aclamaciones recibe Jesus por parte de aquellas gentes, otros muchos llenos de sobresalto comenzaron á formar proyectos de como habian de darle la muerte, iniquidad que cometieron á los cinco dias.

Este pasaje que hoy nos refiere el Evangelio, me admira y llama mi atencion al verlo repetido cada dia entre los cristianos. Jesucristo se acerca á las puertas de nuestro corazon, quiere entrar dentro de nosotros y tomar posesion de él. Una vez cuando menos quiere que le recibamos comulgando por la Pascua; pero al paso que las personas piadosas procuran recibirle limpiando antes sus conciencias, y le colman de aclamaciones diciendo: *Benedictus qui venit in nomine Domini*, bendito el que viene en el nombre del Señor: los mas, duros de corazon como los grandes y poderosos de Jerusalem, conspiran contra él, no le reconocen y nieganse á recibirle.

No quiero persuadirme que haya un cristiano que no crea que Jesucristo se halla residiendo entre nosotros bajo los velos de la Eucaristía. ¿En que consiste, pues, esa indiferencia, esa pereza que muchos sienten para acercarse á la sagrada mesa donde el Salvador nos ofrece el mas precioso convite, donde se nos ofrece á sí mismo en alimento? Porque falta la fé y no hay verdadera caridad. Una fé viva, eficaz, operativa, destruiria toda la tibieza del corazon: un verdadero amor, una caridad ardiente inflamaria el corazon en el deseo de acudir á tan celestial banquete, no una vez al año, sino con la mayor frecuencia. ¿Creis por ventura, que la solemnidad de la comunión



Pascual, que es una de las mayores solemnidades cristianas, es tan solo una práctica devota de la cual podeis exhimiros sin responsabilidad alguna? Pues estais en un error de lamentables consecuencias. Estais todos obligados á celebrar la Pascua. ¡Con cuánto anhelo deseaba Jesucristo celebrarla con sus discípulos! Por esto esclama: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum*. Con anhelo he deseado comer con vosotros esta Pascua. ¡Cuán grande es el amor de Dios para con sus criaturas! ¡Cuán horrenda es la ingratitud del hombre para con su Dios! ¡Vegüenza es que haya necesidad de recordar á los cristianos el precepto de la comunión Pascual! Nada se nos pide y por el contrario se nos ofrece la mayor riqueza, y sin embargo rehusamos acercarnos á quien tanto nos ama, á quien por medio del misterio de la Eucaristía quiere unírseos á nosotros, para hacernos partícipes de su misma divinidad.

Dirigiendo yo mi voz á un pueblo católico que tiene dadas pruebas de su piedad, no creo necesario tener que exhortaros hoy al cumplimiento Pascual, y en el convencimiento de que ninguno de los que me escuchan dejarán de cumplir con este deber, voy á haceros ver la *preparacion y disposiciones con que debe recibirse la sagrada comunión*. Unica proposicion que vá á ser objeto de vuestras atenciones: para el mejor acierto, imploremos los auxilios de la Divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen, á la que saludaremos devotamente con las palabras del ángel: *Ave Maria*.

## PARTE ÚNICA.

¡Triste es por cierto la condicion de la humana naturaleza! Llorar y gemir, sufrir y padecer es su destino: sujeta á mil miserias, ora le mortifica el hambre, ora la sed, ya se vé postrado y abatido por el dolor ó la enfermedad, ya afligido á causa de la escasez. El pecado introdujo tantos desastres en el mundo. Pero ¿deberá el hombre maldecir su destino y entregarse á la desesperacion, al contemplarse tan pobre y miserable? ¡Que delirio! Llénese de pusilanimidad el hombre sin fé, que no descubre otra felicidad que la salud y los bienes materiales. El verdadero cristiano, el que cree en Jesucristo y sus palabras, goza en la adversidad, encuentra placer en la pobreza, y lejos de desesperarse por sus trabajos, se resigna y los ofrece á aquel que sufrió por nosotros, incomparablemente mas que cuanto podemos sufrir todas las criaturas juntas. Vosotros las personas delicadas que os acobardais á la menor desgracia, y que nada sabeis sufrir, os admirais de esa resignacion, de esa dulzura que las almas justas encuentran á través de los mayores sinsabores y desgracias y no sabeis explicaros esto que mirais como un fenómeno. Si sois dificultosos en comprender la causa, es porque no conoceis el don de Dios: porque no atendeis á las finezas de su corazón amantísimo. Considerad qué objeto puede haber que sacie el corazón del hombre, qué bienes podrá poseer que satisfaga sus deseos, que en suma, le constituya en una posicion feliz. No voy á detenerme en hablaros de los bienes de la tierra y solo os preguntaré á vosotros que



sabeis quien es Dios, y conoceis sus atributos y grandeza, en cuanto puede comprenderlo una mísera criatura cuyo entendimiento es limitado: si un hombre fuese honrado con que Dios le dispensase su íntima amistad, y en prueba de ella le hiciese participante de su misma Divinidad, uniéndose á él con tal intimidad como dos trozos de cera derretidos al fuego, los cuales se identifican y convierten en una misma cosa ¿podria darse mayor felicidad? ¿Temerá ese hombre á las calamidades, ó se acobardaría en la afliccion? Ciertamente que no, pues quien posee á Dios nada le falta.

Ahora bien, la pintura que acabamos de presentar, no es una suposicion, es sí una realidad que experimentan muchas almas y que puede experimentar cada uno de vosotros. ¿Deseais tener con vosotros al dador de todo bien? ¿Quereis estar unidos con Jesucristo, que él os inspire, que reine en vuestros corazones? ¿Quereis por este medio hacer suaves las tribulaciones? ¿Quereis poseer la mayor riqueza, el tesoro de mas valía que es Jesucristo? Pues acercaos á la sagrada mesa del altar, donde el mismo Salvador os llama con voces amorosas y os ofrece el mas espléndido banquete: ser dóciles á la voz de la Iglesia, que os manda con la autoridad que ha recibido de su Divino Esposo, el que os acerqueis al convite Pascual. ¿Y qué es, mis hermanos, lo que allí nos ofrece? ¿Con qué manjar quiere alimentarnos? ¡Pasmaos, espíritus celestiales!... ¡Estremeceos, criaturas de la tierra!... ¡Benedicid todos á nuestro Dios, porque es bueno y eterna su misericordia!... ¡Adoremos rostro en tierra á nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que no contento con habernos redimido con el precio de

su preciosísima sangre, alimenta nuestras almas con su mismo cuerpo y con su misma sangre!...

Sí, cristianos: tal es el don precioso con que Jesucristo se digna enriquecernos: su mismo cuerpo oculto á nuestra vista bajo las especies Eucarísticas, es el que nos ofrece en el convite sagrado á que nos llama: este pan de vida, es el que satisface las necesidades de nuestras almas. La Eucaristía, es por lo tanto el pan de los fuertes, el pan que comunica al hombre una fortaleza invencible. ¿Quereis saber todos sus efectos? Pues atended á las palabras del mismo Jesucristo. «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él: *qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in illo* (1)». Contemplad ahora al hombre que ha tenido la dicha de unirse sacramentalmente con su Dios: á aquel, que por haber comido la carne de Jesucristo y bebido su sangre, está en él, como el mismo Señor asegura, y ved si hay quien le supere en grandeza: todo el brillo y majestad de la tierra es nada: y aun la misma felicidad de los ángeles que ven á Dios, no se iguala á la del hombre que le estrecha entre sus brazos, que le aposenta en su corazon. Lo que en el Empíreo forma las delicias del Eterno Padre, forma nuestro gozo y nuestra alegría en la tierra. No creo exagerar, si afirmo que el hombre que dignamente recibe á Jesucristo en la comunión, es objeto de la santa envidia de los mismos espíritus angélicos. ¡Cuánta dicha! ¡Cuánta felicidad! ¡Qué inesplicable ventura! «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él.»

(1) Joan. cap. VI, v. 57.



Ya podeis comprender el motivo de la tranquilidad del justo á través de lo sinsabores del mundo. Volved la vista á los primeros siglos del cristianismo. ¡Cuántas persecuciones! ¡Cuántos tormentos! ¿Quién daba ánimo y valor á las apóstoles para hacer resonar su voz ante los grandes de la tierra? ¿Quién les comunicó fortaleza para llevar á efecto sus largos viajes y peregrinaciones con el objeto de cumplir el mandato divino, llevando á todas partes la luz del Evangelio? La sagrada Eucaristía con que se alimentaban. ¿Quién daba elocuencia á sus palabras para que produjesen tan innumerables conversiones? La sagrada Eucaristía, que es la verdadera luz que ilustra el entendimiento. ¿Quién dió tal animosidad no solo á los apóstoles, y robustos varones, sino á multitud de tiernas y delicadas doncellas, que gustosas se entregaban á los martirios en defensa de su Dios y religion? La sagrada Eucaristía, pan que comunica fortaleza. ¿Quién formó la santidad de esos ilustres héroes, que son llamados columnas de la Iglesia sus mas firmes sustentáculos? La sagrada Eucaristía que recibida con buenas disposiciones y con frecuencia, les fué fortaleciendo, y recibiendo cada dia aumentos de gracia, llegaron á tanta altura de santidad.

Por desgracia hay muchos cristianos, que retrayéndose de acercarse á la sagrada mesa, y cerrando sus oídos á las voces con que el Señor los llama, parece que se escandalizan, como aquellos discípulos que le volvieron las espaldas y se retiraron de su presencia, al oír de sus labios la celestial doctrina Eucarística que ellos groseros y carnales no comprendieron (1).

(1) Joan. cap. VI, v. 67.

¡Amorosísimo Redentor de nuestras almas! Mucho nos duele que haya hombres tan ingratos que así desconozcan el precioso don que nos ofreceis; pero nosotros no seguiremos sus huellas, porque como el fiel Pedro, conocemos que teneis palabras de vida eterna, y hemos creído y conocido que sois Cristo el Hijo de Dios (1). Por eso acudiremos á saciarnos de ese manjar de vida eterna, alimentados por el cual, á nada temeremos, porque Vos sereis nuestro compañero, durante nuestra peregrinacion por el destierro del mundo. Sí, mis hermanos: si nos asalta la tentacion, en Jesucristo Sacramentado encontramos las gracias que nos sostendrán y librarán de la funesta caída del pecado: si la enfermedad nos aflige, la Eucaristía sanará nuestras dolencias: si la tribulacion nos cerca, en este sagrado manjar encontraremos consuelo: últimamente si la muerte se acerca para hacernos pagar el tributo impuesto á todo sér viviente, tampoco tendremos que temer, porque el que comiere de este pan vivirá eternamente, segun las mismas palabras del Salvador: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum.*

Pero ¡ay, hermanos de mi corazon! Estas ventajas que proporciona la sagrada Eucaristía, ¿creeis que la recibe todo aquel que se acerca á la sagrada mesa? ¿Juzgais que todo el que recibe á Jesucristo sacramentado en su pecho, recibe ese aumento de gracia, esa fortaleza que hemos admirado? De ningun modo, porque no todos los cristianos se presentan al convite del mismo modo; es pan de vida para aquellos que le reciben en su pecho con la alegría y regocijo, con

(1) Ibid. v. 69 y 70.



la piedad y entusiasmo que en este día le recibieron en Jerusalem aquellas sencillas gentes que por su sinceridad habían recibido del cielo, la gracia de creer en el Mesías, y que llenos de alborozo esclamaban entusiasmados: Bendito el que viene en nombre del Señor: *Benedictus qui venit in nomine Domini*: pero aquel desgraciado que con un corazón corrompido y lleno de maldad, con afectos terrenos, sin reverencia y sin dolor de sus pecados, recibe la sagrada comunión indignamente, come y bebe su propio juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor: *Qui manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat, et bibit non dijudicans corpus Domini* (1). ¡Cuántos que sin fe ni disposiciones se acercan á esta fuente de verdadera vida, sacan la muerte de su alma! ¡Qué contraste tan monstruoso! Decidle á un hombre cualquiera que el monarca de la tierra le llama á su presencia, que desea hablarle y comunicarse con él, y vereis que preparativos no hace. Las mejores galas, las prendas que tiene en más estima, todo le parece poco decente para presentarse ante su rey. Pues bien: decidle que se acerque á la comunión Pascual, y le vereis indiferente sin adornarse de las ricas vestiduras de la gracia, que son tan necesarias y que se reciben sin duda por medio de una buena confesión de los pecados. Lamentable descuido que á muchas almas ha conducido al lugar de eterna condenación. No, de ningún modo hallarán en la sagrada Eucaristía los sacrílegos profanadores del cuerpo de Jesús, ese consuelo, esa luz divina, esa fortaleza, esa participación de Dios que el justo recibe en su recepción. Si viene enfermo, su

(1) I. ad Cor. cap. XI, v. 29.

enfermedad se hará incurable; si necesitado se acrecentará su miseria; si afligido no encontrará consuelo: si cree hallar un Dios de misericordia, se encontrará con un juez inexorable dispuesto á castigarle con todo rigor por profanador de su cuerpo y de su sangre.

Por más que Jesucristo es Omnipotente, no puede darnos más de lo que nos ha dado en prueba del grande amor que nos profesa, puesto que se ha dado á sí mismo en el augustísimo Sacramento de nuestros altares. Vosotros, mis hermanos, que os disponeis para practicar, no una obra de supererogación, sino un deber impuesto á todo católico por la Iglesia nuestra madre, recibiendo la comunión Pascual, cuidad de que no sea para vosotros un bocado de muerte por la mala disposición con que os llegais á Jesucristo. Salidle al encuentro con el fervor de aquellos que le recibieron en la capital de la Judea: tended en tierra vuestras vestiduras para que pase sobre ellas; es decir, despojaos de la soberbia, de la envidia, de la lascivia, de todos los vicios y pasiones que corrompen vuestros corazones y os arrastran á vuestra ruina, y vestíos de las virtudes cristianas: fe sincera, eficaz y operativa, esperanza grande y caridad ardiente, pero una caridad digna de corresponder á la de Jesucristo por nosotros, que fué tal, que le hizo descender de su trono á la tierra de nuestra peregrinación, revestirse de nuestra carne y sufrir dolorosa pasión y muerte por salvarnos, caridad que llegando á lo sumo en los momentos anteriores á los de sus tormentos, le hizo efectuar el gran prodigio de la Eucaristía para permanecer con nosotros hasta la consumación de los siglos, siendo nuestro alimento y nuestro más positivo consuelo: llevad en vuestras manos palmas y ramos de olivas, pero ramos que for-



mareis con obras de piedad y que regareis con lágrimas de dolor y arrepentimiento de vuestras pasadas infidelidades.

No me digáis que así deseais hacerlo, pero que os asustan vuestras maldades. ¿Os atreveréis á poner límites á la divina misericordia? ¿Creeis que el que os redimió, no os perdonará de nuevo, si arrepentidos llegais á postraros ante sus plantas? Acudid al tribunal de la penitencia: allí hallareis otro mortal, otro hombre espuesto á caer en las mismas debilidades que vosotros, y rodeado de vuestros mismos peligros; pero como fué la voluntad de Dios santificar á los hombres por medio de los hombres mismos, se halla revestido de la autoridad de Jesucristo para perdonar vuestros pecados: no mireis en él un hermano, mirad si al mismo Jesucristo que os escucha lleno de bondad y deseoso de dispensaros su misericordia: llenos de humildad postraos en su presencia y con sinceridad y dolor confesad todos vuestros pecados, é inmediatamente recibireis el perdón, junto con la penitencia, y de este modo ya ireis decorando la habitacion de vuestro corazón que mas tarde convertireis en templo de Dios vivo.

Aun es necesario mas, antes de acercarse á las gradas del altar, recogido vuestro espíritu, contemplareis con la mayor humildad quién es el que viene, cómo viene y á quién viene. Consideraciones son estas, que no podrán menos de liquidar vuestros corazones cual la blanda cera, en tiernos afectos de amor y gratitud. ¿Quién es el que viene, os preguntareis, á tomar posesion de mi corazón? ¡Ah! es un Padre amante y cariñoso, que se complace en colmar-me de caricias; es el Dios de amor que me redimió á

costa de tormentos; es el Omnipotente á cuya voz se quiebran los mas robustos cedros del Líbano; es el Altísimo Señor y conservador de cuanto existe, y á quien millares de ángeles sin cesar adoran y bendicen. ¿Y cómo viene? ¿Con qué aparato? En un estado de humildad y abatimiento mayor que aquel con que hiciera su entrada en Jerusalem, porque allí al menos si bien ocultaba su divinidad, iba mostrando su santísima humanidad; pero en el Sacramento de nuestros altares viene á nosotros, no rodeado de rayos de luz, ni despidiendo relámpagos y truenos como en el Sinaí, sino ocultando á mas de su divinidad su humanidad, y circunscrito y reducido al estrecho círculo de una hostia. ¡Gran Dios! ¡qué obras tan maravillosas sabe efectuar vuestra diestra bienhechora! Hecha esta consideracion, rétaos que meditar á quien viene en traje tan humilde este Señor tan poderoso. Tiempo es entonces que recordeis la nada de vuestro sér; que sois criaturas formadas del barro de la tierra; que continuamente estais ofendiendo con vuestros pecados á ese Dios tan bondadoso que ahora se digna aposentarse en vuestro corazón. La contemplacion de la grandeza de Dios y de vuestra miseria, de su amor y vuestra ingratitud, os arrancará tiernas lágrimas de arrepentimiento, y hará renacer en vuestro corazón un grande amor á vuestro Dios. ¿Os sentís movidos? ¿Quisiérais no haber pecado? ¿Os sentís inflamados en el amor de vuestro Dios? Pues ya podeis en este caso llegaros sin temor á la mesa del altar, y alimentar vuestras almas con ese pan que será de vida para vosotros. ¡Qué felicidad la vuestra si con tal preparacion y tales disposiciones venís al cumplimiento Pascual! Poseereis á vuestro Dios con un do-



minio absoluto, y haciéndose una misma cosa con vosotros, tendreis en él un amigo y fiel defensor que os saque libres de entre los peligros del mundo.

Resta solo que con humilde y ferviente oracion os dirijais á este amorosísimo Padre y Redentor de vuestras almas, dirigiéndole fervorosas súplicas, á fin de que encienda en vuestros corazones afectos de amor y de gratitud por la gran fineza que nos ha dispensado, quedándose entre nosotros en el Santísimo Sacramento de nuestros altares y dándonos por alimento, y que os conceda su divina gracia, á fin de que no apartándoos del camino del bien obrar, recibais los celestiales consuelos que Jesucristo concede á los que dignamente le reciben en su pecho. Jesus viene á vosotros: salidle al encuentro llenos de regocijo y esclamando: «Bendito el que viene en nombre del Señor.» *Benedictus qui venit in nomine Domini.* De este modo Jesucristo despues de dispensaros sus bondades durante los dias de vuestra peregrinacion, será vuestro viático á vuestra partida para la eternidad, conduciéndoos en sus brazos á la patria de la inmortalidad, que es su gloria. *Amen.*

## SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA MAÑANA.

INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

**Misterio de la ternura de Dios para el hombre, y de la exaltacion del hombre hasta su Dios.**

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo in finem dilexit eos.*

Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Joan. cap. XIII, v. 1.

No ha habido un momento desde el día de la creacion, hasta este de los misterios, en que Dios no haya obrado prodigios y maravillas á favor del hombre, que siempre fué el tierno objeto de su cariño. ¿Pues qué amor es este que reservado para el último momento, parece sobreponerse á aquel con que el Omnipotente nos habia amado siempre? Ciertamente es, real sacerdocio y cristiano auditorio, que en ningun tiempo ha estado sin accion el amor del Altísimo en favor del hombre;



minio absoluto, y haciéndose una misma cosa con vosotros, tendreis en él un amigo y fiel defensor que os saque libres de entre los peligros del mundo.

Resta solo que con humilde y ferviente oracion os dirijais á este amorosísimo Padre y Redentor de vuestras almas, dirigiéndole fervorosas súplicas, á fin de que encienda en vuestros corazones afectos de amor y de gratitud por la gran fineza que nos ha dispensado, quedándose entre nosotros en el Santísimo Sacramento de nuestros altares y dándonos por alimento, y que os conceda su divina gracia, á fin de que no apartándoos del camino del bien obrar, recibais los celestiales consuelos que Jesucristo concede á los que dignamente le reciben en su pecho. Jesus viene á vosotros: salidle al encuentro llenos de regocijo y esclamando: «Bendito el que viene en nombre del Señor.» *Benedictus qui venit in nomine Domini.* De este modo Jesucristo despues de dispensaros sus bondades durante los dias de vuestra peregrinacion, será vuestro viático á vuestra partida para la eternidad, conduciéndoos en sus brazos á la patria de la inmortalidad, que es su gloria. *Amen.*

## SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA MAÑANA.

INSTITUCION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

**Misterio de la ternura de Dios para el hombre, y de la exaltacion del hombre hasta su Dios.**

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo in finem dilexit eos.*

Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Joan. cap. XIII, v. 1.

No ha habido un momento desde el día de la creacion, hasta este de los misterios, en que Dios no haya obrado prodigios y maravillas á favor del hombre, que siempre fué el tierno objeto de su cariño. ¿Pues qué amor es este que reservado para el último momento, parece sobreponerse á aquel con que el Omnipotente nos habia amado siempre? Ciertamente es, real sacerdocio y cristiano auditorio, que en ningun tiempo ha estado sin accion el amor del Altísimo en favor del hombre;



pero cuando se acercaba la hora en que el Dios humano debia padecer por nosotros, hace un prodigio, obra una maravilla superior á cuantas habia hecho hasta entonces. El brazo Omnipotente hace un esfuerzo invencible: Jesucristo que debe apartarse de nosotros para subir á ocupar su trono en el Empíreo, quiere no obstante permanecer en nuestra compañía, y lo que es mas, dársenos por alimento. ¡Qué prodigio tan inesplicable! ¡Qué conjunto de maravillas!

En efecto, la despedida del Salvador no puede ser mas amorosa, siempre habia mostrado su amor á la humanidad, pero en aquellos momentos supremos, cuando por el hombre vá á ser entregado en manos de sus enemigos, cuando no ignora que vá á sufrir desprecios y ultrajes en gran número, cuando se dispone á tomar la cruz sobre sus hombros, para conducirla por sí mismo al Calvario, para allí ofrecerse víctima por los pecados del hombre, entonces es cuando parece que no puede contener en su pecho los ímpetus de su amor, el cual le obliga á efectuar la maravilla cuya memoria celebramos, que fué el instituir el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su preciosa sangre.

Cristianos: sigamos el ejemplo de Moisés á vista de la misteriosa zarza que ardia sin convertirse en ceniza, es decir, descalzémonos respetuosos, olvidemos la tierra por un momento, y caminando en espíritu al cenáculo, á esa casa de eterna bendicion, observemos el prodigio grande y extraordinario que allí se efectúa; el prodigio que supera á todos los prodigios del poder triunfante, la obra grande y excelsa del poder de Dios, el gran milagro efectuado por el amor.

No creo que pudiéramos tratar una materia de mayor interés, ni mas apropósito, para escitar vuestro amor y gratitud hácia el amorosísimo Redentor de nuestras almas. El Sacramento augustísimo de la Eucaristía, es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; es su guia, su guarda, su escudo de proteccion, es todo en una palabra, porque es Dios. Vamos, pues, á discurrir sobre su institucion, y para la mejor inteligencia, divido el discurso de este modo: *La Eucaristia es el misterio de la ternura de Dios para con el hombre: primera parte. Es asimismo la exaltacion del hombre hasta su Dios: segunda parte.* Una y otra son pruebas concluyentes de aquel amor inflamado con que Jesucristo nos amó en el momento de su despedida. *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.*

Necesario es pues, que acudamos á la fuente de la gracia, al principio fecundo de la sabiduría, y le supliquemos que se digne iluminar mi entendimiento é inflamar mi voluntad, á fin de que mis palabras sean saetas de amor que lleguen á vuestros corazones y los inflamen en el fuego de la caridad. Acojámonos para ello á la proteccion de la reina de los ángeles María Santísima, acueducto de las divinas misericordias, y para obligarla en nuestro favor, saludémosla con la mayor reverencia, valiéndonos de aquellas dulces palabras que la dirigiera el celestial Parainfo, cuando le anunció el gran misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas. *Ave Maria.*



## PARTE PRIMERA.

La bondad de Dios en favor del hombre es digna de admiración: registrad con vuestra vista cuanto el mapa hermoso de la naturaleza os ofrece de bello y encantador. Esos astros brillantes que adornan la bóveda celeste, ese sol, monarca de todos ellos que disipa las tinieblas, y nos presta hermosa y clara luz para que nos gobernemos en el mundo y para vivificar y dar vida á las plantas; el modo prodigioso y providencial con que el grano arrojado en la tierra se multiplica para dar sustento al hombre: esas nubes que en tiempo oportuno nos envían el saludable rocío, tanta multitud de árboles, tanta variedad de animales, con cuyas carnes nos nutrimos, y cuyas pieles también nos prestan utilidad ¿para quien, mis señores, ha sido formado todo, por la mano del celestial artífice? Para el hombre á quien criara á su imagen y semejanza. ¡Qué inesplicable bondad! ¡Qué amor tan extraordinario! Monstruosa fué la ingratitud del hombre que desconocido á tanto amor, ultrajó á la divinidad, faltó á sus leyes, menospreció sus beneficios, dándose la muerte por su propia mano. Pero ¿creeis que Dios apartó su vista del hombre y le abandonó para que siempre gimiese bajo el peso de la maldición? No: porque la justicia dió lugar á la misericordia, y la voz de Dios que se dejó ver en el paraíso ofreció al mundo un libertador que ofreciese un sacrificio de valor infinito por la culpa del hombre que fué infinita. La tierra no podía producir este libertador: inficionados los hombres en su origen no podían satisfacer á la justicia divina, y por eso Dios quiso

satisfacerse á sí mismo: en la plenitud de los tiempos, el Verbo de Dios, la segunda persona de la Trinidad augustísima descendió del cielo á la tierra, y como no podía padecer en cuanto Dios, revistióse de nuestra propia carne para padecer en ella y salvar á la humanidad. Admiraos vosotros de tanto amor, de tan sublime caridad: ¿creereis por ventura que esta sea la mayor y mas brillante prueba del cariño de Dios para con el hombre? ¿Que ya no podía hacer mas su diestra poderosa? Aun hizo mas. Atended.

Era la hora en que Jesucristo se preparaba para dar á la humanidad la gran prueba de su amor, que era morir en una cruz por salvarnos, da á entender que su amor no se halla satisfecho y de aquí al dirigirse á sus discípulos diciéndoles: «Con anhelo he deseado comer con vosotros esta Pascua (1).» ¡Ah! Acercábanse los momentos en que Jesucristo debía separarse de sus discípulos, en que los hijos iban á quedarse sin su amado padre, las ovejas sin pastor, los vasallos sin su rey, y los redimidos sin su redentor; entonces el amor parece que saca de sí al Salvador de nuestras almas; quiere consumir el sacrificio, quiere partir á su Padre... pero ¡ama tanto al hombre!... ¡Su corazón no le permite dejarle en la orfandad y determina quedarse entre nosotros no obstante su partida al cielo, y para ello, como es Omnipotente, y nada por lo tanto resiste á su voluntad, efectúa un prodigio mayor que cuantos hasta entonces hubiera efectuado! Obra una maravilla... pero no nos detengamos; trasladémonos al Cenáculo donde se efectúa y quedaremos enagenados de gozo y admiración.

(1) Luc. cap. XXII, v. 19.



Jesucristo se hallaba sentado á la mesa con sus discípulos, y lo primero que hace es decirles: «En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» Ellos se llenaron de tristeza al oír tales expresiones, y cada uno comenzó á decir: ¿Por ventura soy yo, Señor? Lo mismo preguntó el pérfido Judas, á quien el Señor contestó: «Tú lo has dicho.» En estos mismos momentos en que Jesucristo hace ver que no le es desconocida la traición del infiel discípulo, lejos de irritarse contra él, y entibiarse en su amor al hombre, es cuando efetúa el gran prodigio que nos ocupa. Tomó en sus manos el pan, y lo bendijo y lo partió y lo dió á sus discípulos diciendo: tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO, y tomando el cáliz, dió gracias y los dió diciendo: bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE, que será derramada por muchos para remisión de sus pecados (1). ¡Ah! Palabras sublimes cuyo eco atraviesan las nubes, penetran á los cielos, llegan al Empíreo y los serafines se postran y los veinticuatro ancianos rinden homenaje de adoración, honor, virtud y alabanza.

¡Maravilla sin semejante! ¡Portento sin segundo!

El que por su inmensidad todo lo ocupa, el que no abarcan el cielo ni los cielos de los cielos (2) se reduce á espacio tan pequeño, y ocultando su divinidad y humanidad bajo los accidentes de pan y vino, y de este modo se dá todo entero á sus criaturas sin reservarse nada. Su alma, su cuerpo, su sangre, su divinidad, su humanidad, todo se contiene en la Eucaristía, y de este modo se une con la mayor intimidad á la criatura, convirtiéndose con ella en una misma

(1) Math. cap. XXVI, v. 26. et sequentibus.

(2) III. Reg. cap. VIII, v. 27.

cosa, segun la espresion de San Cirilo de Alejandría. Ved como el Señor tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres (1). San Ambrosio, hablando de este misterio esclama: «Muchas cosas, Señor, hicisteis por mí, mas ninguna me habia cautivado: pero cuando yo os consideré hecho hombre y escondido bajo las especies de pan y vino, parecióme tan raro este prodigio, que luego me arrodillé, desfallecí, me dí por vencido.»

Y ciertamente, mis señores, ¿quién no desfallece de amor al contemplan tal prodigio de ternura? ¿A quién no cautiva un Dios reducido á las especies de pan y vino? Cuando yo he dicho que la Eucaristía es el misterio de la ternura de Dios para con el hombre, es porque no veo otro en el que mas se humille y abata por su amor. Es verdad que toma la forma de siervo (2) al revestirse de nuestra carne, y que su nacimiento es mas pobre y humilde: pero resuenan en el mísero portal los ecos de los ángeles que le alaban y colman de bendiciones, y recibe las adoraciones de los reyes que se postran en su presencia, reconociendo su divinidad: en todos los actos de su vida déjanse entrever algunos destellos de su divinidad, y sus prodigios y repetidos milagros dan á comprender á muchos que es un Dios. La salud que repentinamente recuperan muchos enfermos; los ciegos que recibieron la vista; Lázaro que al imperio de su voz saliera vivo del sepulcro, todos tienen que confesar que el poder está en su mano. En el mismo Calvario, cuando espira en el patíbulo de los malhechores, el eclipse de los astros, el estremecimiento de la natu-

(1) Deliciae meae esse cum filiis hominum. Prov. cap. VIII, v. 31.

(2) A Philip. cap. II, v. 7.



raleza y otros prodigios, dan testimonio de quien es, y por esto el Centurion esclama: «Verdaderamente que este era Hijo de Dios.»

Pues, bien, señores: acercaos con el mayor respeto al altar santo; registrad con vuestra vista el sagrado viril. ¿Qué es lo que en él descubris? Con la vista natural solo pan, pero con los ojos de la fé á un Dios. ¿Descubris su divinidad? ¿Entreveis al través de los accidentes su sacratísima humanidad? ¿Veis á su alrededor algun aparato de grandeza? Todo es aquí sombras y oscuridad: ni se oye la voz del Padre, que dice como en el monte cuando la Transfiguracion: «Este es mi hijo muy amado, en quien yo me he complacido (1);» ni se escuchan los ecos de los ángeles, esclamando en dulces himnos como en la gruta de Belén; ni nada se ve ni se percibe: á estado tan humilde quiso reducirse el Salvador del mundo. Ved si puede mostrar mayor ternura: en este estado únese al hombre, haciéndole participante hasta de su misma divinidad.

¿Quién puede resistir las finezas de un Dios que se da á sí mismo en alimento? ¿Dónde se ha visto que nadie rehuse los extremos del amor? ¿Qué misterios! Aquel en quien la fuerza es su astro dominador, el trueno su voz, sus armas el viento y el fuego abrasador; cuya presencia aterra á los mortales, es el mismo que nos ama hasta el extremo de darnos su misma carne en alimento. Si fuera tan espresivo con nosotros como Asuero con Esther; si á su partida del mundo hubiera hecho con nosotros lo que Elías con

(1) Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui. Math. cap. XVII, v. 5.

su discípulo Eliseo, que fué dejarle su manto (1), seria cosa de maravillarnos; pero esto es nada en comparacion de lo que hace en el Cenáculo, pues que si quisiera dar á su Eterno Padre una prueba de lo que le ama, no pudiera darle otra superior, ó que escediese á la que á nosotros nos ha dado. ¡Ah! que la institucion de la Eucaristía es como el enagenamiento dulce de Dios, por el que no solamente viene á nuestros brazos, sino hasta nuestro mismo corazon. En verdad que no puede concebirse mayor esceso de amor y de ternura.

¡Gran Dios! ¡quién se volviera todo lenguas para alabar con mil voces vuestra bondad á favor de las miserables criaturas! Gracias infinitas os sean dadas; bendígaos el cielo y la tierra, los ángeles y los hombres, las criaturas todas animadas é inanimadas, por vuestra gran misericordia, que os ha obligado no solo á padecer y morir por nosotros, sino á quedaros en nuestra compañía hasta la consumacion de los siglos, haciéndoos nuestro alimento de vida eterna... Pero no nos detengamos, cristianos; y si hemos visto en la Eucaristía el misterio de la ternura de Dios para con el hombre, veamos ahora como es tambien el misterio de la exaltacion del hombre hasta su Dios.

#### SEGUNDA PARTE. ®

Tan feliz como era el hombre antes de la culpa, tan miserable y desgraciado quedó despues de su pecado. El mismo Dios que dice se arrepiente de haberle criado (2), estiende su vista con mayor complacencia

(1) Et levavit pallium Eliæ, quod ceciderat ei. IV. Reg. cap. II, v. 13.  
(2) Gén. cap. VI, v. 7.



sobre el pintado pajarillo que surca los aires, y despues sostenido sobre débil rama entona trinos armoniosos, que sobre el hombre ingrato que habia quebrantado el pacto que con él le ligara. ¿Cómo habia el hombre de lavarse de su pecado? ¿Cómo habia de quebrantar las duras y pesadas cadenas que le aprisionaron al terrible carro del demonio? ¿Cómo habia de poderse restituir por sí mismo la libertad que perdiera? De ningun modo podia salir de su mísero estado sin que la divinidad misma penetrase por la oscuridad de su calabozo y cargase con sus cadenas. Asi sucedió: fijóse de nuevo en el hombre la mirada de Dios, y esta mirada envolvía de un modo admirable toda nuestra gloria y nuestra exaltacion. ¿Quién nos hizo caer de la altura de nuestra dignidad? ¿Quién nos envileció y degradó hasta el término de hacernos semejantes á las bestias? ¡Ah! La carne y la sangre. Tanto desagradó á Dios, que no señala otra causa para no permanecer en el hombre, sino que es de carne (1). San Juan no se vale de otros términos que el de carne y sangre para distinguir los hijos de Dios de los hijos de los hombres (2). Ahora bien, y puesto que Dios aborrece tanto la carne y la sangre, ¿cómo es que lo veo revestido de carne y sangre? Ved aqui ya descubierto el misterio de nuestra exaltacion. Esta misma carne que nos envileció la une á sí el Verbo Eterno, y despues nos la dá en comida, para que lo que fué causa de nuestra perdicion lo sea de nuestra elevacion.

Contemplad, mis hermanos, si hay algo superior

(1) Non permanebit spiritus meus in homine quia caro est. Gén. cap. VI, v. 3.

(2) Qui non ex sanguinibus... Joan. cap. I, v. 13.

al hombre que tiene la dicha de unirse sacramentalmente á Jesucristo. ¡Cuánta felicidad! En el momento en que el alma se une con Jesucristo, como este Señor es Rey de reyes y Señor de los que dominan, ella es tambien elevada á la dignidad que goza Jesucristo, y este Señor la corona y pone en sus manos el cetro de oro con que domina á las criaturas todas. Es preciso que así sea, pues que el mismo Jesucristo nos lo dice por estas palabras: «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él. *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo* (1). Si los bienaventurados en el Empíreo se embriagan de delicias, no son menos las que llenan el corazon del hombre que se une con Jesucristo por medio del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Es, pues, indudable que la institucion de este Sacramento como quiera que se mire, es el mayor de los prodigios de Dios, la suma, el complemento y la prueba mas inequívoca del amor de Jesucristo hácia los hombres, pues es el rasgo mas brillante de su ser Omnipotente, segun se espresa San Clemente Alejandrino. Por la elevacion que ha dado á nuestra carne uniéndola á su divinidad y dándonosla en alimento, ha exaltado al hombre á la mayor altura: ni aun los ángeles tienen ya motivo de despreciar nuestra dignidad, antes por el contrario, la admiran.

Instemos aun mas para comprender todo el amor que Jesucristo nos tuvo en su despedida. Oísteis en la primera parte, que antes de instituir el Salvador el Sacramento de la Eucaristía, habia asegurado que

(1) Joan. cap. VI, v. 17.



seria vendido por uno de los mismos discípulos que con él estaban sentados á la mesa. Como todo le estuviera presente, conocia muy bien que Judas le habia de entregar en cambio de dinero en manos de una turba sacrilega, que despues de presentarle á los tribunales y hacerle sufrir los mas crueles tormentos, le habian de quitar la vida en afrentoso patíbulo. Nada de esto podía ocultarse á aquella inteligencia, do residian todos los tesoros de la ciencia del Padre celestial (1). En aquellos momentos precisamente, se le presentarian la multitud de ultrajes y deprecios que habia de recibir de aquellos mismos por quienes iba á dar su vida. En el instante mismo en que institua el Sacramento de su amor y escogia por trono las manos de sus sacerdotes, se le presentaria tanta multitud de heregías como habian de suscitarse en los siglos futuros: los muchos sacrilegios que se habian de cometer, y veia, mis hermanos, esa falta de decoro con que os habiais de presentar ante sus tabernáculos, y no ignoraba que su mismo cuerpo habia de ser despreciado y arrojado por la codicia de los hombres que así le habian de tratar por apoderarse de los vasos sagrados donde habia de ser depositado, y veia demoler sus templos y apagarse sus lámparas, porque manos sacrilegas, bajo este ó el otro pretexto, se habian de apoderar de los bienes destinados á su culto; y no ignoraba que sus ministros serian objeto del encono y odio mortal de unas sectas que habian de aparecer, y que titulándose filósofos habian de estender la mortífera epidemia de la impiedad; conocia, en suma, que habia de llegar la rabia de los hombres

(1) Ad. Colos. cap. II, v. 3.

hasta el extremo de negar su presencia en la Eucaristía.

Y qué, ¿el conocimiento de estas verdades no le retraeria de llevar á efecto la institucion del Santísimo Sacramento? No, mis hermanos, pues que si bien lucharon en su corazon el amor y nuestra ingratitud, triunfó el amor, y quedóse entre nosotros como habia determinado hacerlo, para darnos la vida y la inmortalidad. Parece que desentendiéndose de su gloria y majestad, y sin pararse, digámoslo así, en los ultrajes y deprecios que habia de recibir de los hombres, realiza impulsado de su amor el prodigio de la Eucaristía, para que en ella encontremos nuestro consuelo y alegría.

¿Cuál debe ser, pues, mis amadísimos hermanos, nuestra correspondencia y gratitud á beneficio tan singular? ¿Qué podremos ofrecer á nuestro Salvador en recompensa de lo mucho que nos ha dado? ¡Ah! nuestra alma y nuestro corazon, todo cuanto hay en nosotros debemos entregar á quien tan liberalmente se nos ha entregado todo. Acudid con frecuencia á su presencia, y procurad uniros con Padre tan amante y cariñoso por medio de la sagrada comunión, donde os saciareis de sus aguas inmortales: arrojaos á la sagrada mesa á ser participantes de la prenda del mayor amor; alimentaos continuamente de esa carne adorable, y cual los ángeles del cielo, rodead siempre su Tabernáculo de dia y de noche; no ceséis de cantar sus alabanzas y de colmarle de bendiciones: entonad cánticos é himnos de gratitud y acción de gracias al Cordero que se ha sacrificado víctima del amor: y en testimonio de que le amais, de que no olvidais sus beneficios, de que no sois indiferentes á sus grandísi-



mas bondades y á las pruebas de amor que nos ha dado, principalmente en la institucion del Santísimo Sacramento del Altar, entregadle todo vuestro corazon, y tanto al recibirle en vuestros pechos, como al verle en el templo ó fuera de él, dirigidle vuestra voz, diciéndole con los veinticuatro ancianos del Apocalipsi y los innumerables espíritus que circundan su trono: Digno, sois, Señor, de recibir la gloria, la virtud, el poder y las alabanzas de todas las criaturas. ¡Lor eterno! bendicion, magnificencia, honor inmortal al Cordero que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

## SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA TARDE.

### MANDATO.

**Jesucristo lavando los pies á los discípulos, nos enseña cómo debemos practicar la caridad fraterna, hasta con nuestros mismos enemigos.**

*Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.*

Ejemplo os he dado, para que al modo que yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais.

Joan. cap. XIII, v. 15.

Señores: ¿Habeis observado la ceremonia que acaba de practicar ese venerable ministro de Jesucristo? ¿Le habeis visto postrado delante de esos hombres lavándoles los piés, enjugándoselos con una toalla y besándoselos amorosamente? Pues no es mas que una repeticion de lo que hizo el Salvador con sus discípulos, antes de separarse de ellos para empezar á andar el camino áspero de su pasion.

Acabada la cena legal, levantóse el Señor de la



mas bondades y á las pruebas de amor que nos ha dado, principalmente en la institucion del Santísimo Sacramento del Altar, entregadle todo vuestro corazon, y tanto al recibirle en vuestros pechos, como al verle en el templo ó fuera de él, dirigidle vuestra voz, diciéndole con los veinticuatro ancianos del Apocalipsi y los innumerables espíritus que circundan su trono: Digno, sois, Señor, de recibir la gloria, la virtud, el poder y las alabanzas de todas las criaturas. ¡Lor eterno! bendicion, magnificencia, honor inmortal al Cordero que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

## SERMON

PARA EL JUEVES SANTO POR LA TARDE.

### MANDATO.

**Jesucristo lavando los pies á los discípulos, nos enseña cómo debemos practicar la caridad fraterna, hasta con nuestros mismos enemigos.**

*Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.*

Ejemplo os he dado, para que al modo que yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais.

Joan. cap. XIII, v. 15.

Señores: ¿Habeis observado la ceremonia que acaba de practicar ese venerable ministro de Jesucristo? ¿Le habeis visto postrado delante de esos hombres lavándoles los piés, enjugándoselos con una toalla y besándoselos amorosamente? Pues no es mas que una repeticion de lo que hizo el Salvador con sus discípulos, antes de separarse de ellos para empezar á andar el camino áspero de su pasion.

Acabada la cena legal, levantóse el Señor de la



mesa, despojóse de sus vestiduras, y tomando una toalla se la ciñó: echó despues agua en una vacía y comenzó á lavar los piés de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido; y llegando á Pedro, éste le dijo: «Señor, ¿tú me lavas á mí los piés?» Palabras que el padre San Agustin entiende de este modo: ¡ Señor, Vos que sois el Hijo único de Dios vivo, y el Señor y dueño de todo el mundo, Vos me lavareis á mí los pies, que soy un gran pecador y una hormiga de la tierra! A lo cual respondió el Señor, diciéndole: «Lo que yo hago, no lo sabes tú ahora, mas lo sabrás despues.» Pedro le dice: «no me lavarás los piés jamás.» Jesus le respondió: «si no te lavare, no tendrás parte conmigo.» Entonces Pedro le dice: «Señor, no solamente los piés sino las manos y la cabeza.» «El que está lavado, dice el Señor, no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio, y vosotros limpios estais, mas no todos,» porque sabia quién era el que le habia de entregar; por esto dijo: «no todos estais limpios.» Y despues que les hubo lavado los piés y tomado sus ropas, volviéndose á sentar á la mesa, les dijo: «¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamais Maestro y Señor, y bien decís, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los piés, vosotros tambien debéis lavaros los pies los unos á los otros; porque ejemplo os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien lo hagais.»

Tal es, mis señores, el testo del Evangelio que se ha cantado, y que dá materia abundante no para una, sino para muchas instrucciones. No creais que envidia hoy la elocuencia y buen decir de los grandes oradores, ni sus arranques oratorios adornados con las

bellezas retóricas, porque el asunto que nos ocupa, todo respira amor, y su sola narracion tan sublime al par que sencilla, es suficiente para arrebatar el alma á altos grados de caridad. Un Dios Santo y Omnipotente postrado á los piés de unas miserables criaturas á las que lava los piés, es un espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres.

¿Qué dice este pasaje evangélico á vuestro corazón? ¿A qué os sentís movidos á la vista de un Dios enagenado de amor á los piés no solamente de los fieles discípulos, sino tambien á los del ingrato y pérfido Judas? ¡Ah! Que ciertamente conoceréis que el ejemplo del Salvador, confunde vuestra soberbia, y os mueve á detestarla y á practicar la caridad fraterna. Para nuestra instruccion y ejemplo, efectuó Jesus este acto tan humilde, y por eso se dirige despues á los discípulos y en ellos á todos nosotros diciendo: Ejemplo os he dado: para que como yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.* Llámase la ceremonia del lavatorio el Mandato, porque esta caridad fraterna que Jesucristo nos ordena es un mandamiento nuevo, como dice el mismo Señor: *Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.*

Deseando, pues, que entreis en el espíritu de la Iglesia en esta ceremonia, voy á haceros ver que *Jesucristo lavando los piés á sus discípulos, nos enseña cómo debemos practicar la caridad fraterna, hasta con nuestros mismos enemigos.*

Redentor amorosísimo de nuestras almas; para que yo pueda dispensar vuestro ministerio al pueblo fiel que me escucha, dad á mi entendimiento ideas edificantes y á mi corazón tiernos afectos. Haced, Señor,



que no olvidando nosotros el ejemplo que hoy nos dais, obremos en adelante en caridad, cumpliendo así vuestra santísima voluntad. Os lo pedimos por los ruegos é intercesion de la Reina de los mártires, María Santísima, señora nuestra, á la cual con la mayor devocion y confianza saludamos diciéndole con el ángel: *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Jesús estaba rodeado de peligros: Jerusalem alborotada deseaba quitarle la vida; el traidor Judas tenia ya ajustada su venta, y nada de esto era oculto al que por su omnisciencia todo le es presente. *Sciens Jesus...* Cenaba el Salvador con sus apóstoles en la sala principal del Cenáculo, y allí fué dividido el Cordero Pascual, y repartidos sus trozos entre los Apóstoles por el mismo Jesucristo; y concluida la cena tuvo efecto la accion amorosísima y humilde del lavatorio, al modo que hemos referido en el exordio.

Señores, permitidme que para desahogar los afectos de mi corazón haga algunas reflexiones sobre el amor de Jesucristo en favor de la humanidad. Y desde luego, no arrebataria tanto mi admiracion, aunque siempre seria una prueba incontestable de su amor, el ver á Jesucristo ceñido con la toalla y lavando los piés á los apóstoles en tiempos mas bonancibles, cuando aun no se habia levantado el furioso huracan de las persecuciones, que vino á estrellarse sobre su santísima humanidad; pero no puedo menos de confundirme al observar los momentos en que lo efectúa: dentro de poco va á ser entregado en manos de sus implacables enemigos con un ósculo de falsa paz, dado por uno

de aquellos mismos apóstoles que habian sido testigos de su doctrina y admiradores de sus prodigios, por uno de aquellos que el mansísimo Cordero de Judá habia elegido para propagadores de su Evangelio y dispensadores de sus ministerios: ve próxima la hora en que ha de empezar una cadena de tormentos y aflicciones que empezando en el huerto de las Olivas no ha de concluir hasta el Calvario: entonces es cuando se propone dar á los hombres las mayores pruebas de su caridad para con ellos. Ya los ha alimentado con la carne del santísimo Cordero, con su mismo cuerpo y su misma sangre, y no hallándose aun satisfecho su amor, póstrase ante ellos para lavarles los piés, y esta caridad que usa con sus apóstoles quiere que nosotros la practiquemos, y por esto nos dice en seguida: Ejemplo os he dado, para que al modo que yo lo he hecho con vosotros, tambien vosotros lo hagais. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis.* Mandato solemne del que no pueden desentenderse los cristianos, sin incurrir en rebeldía contra la voluntad de Dios, Supremo Legislador de las naciones. No quiso que en los tiempos futuros se creyese que esto no pasaba de un consejo, cuya observancia no fuese obligatoria, y por esto concluye diciendo: Un mandamiento nuevo os doy, que os ameís los unos á los otros, como yo os he amado. *Mandatum novum do vobis: ut diligatis invicem, sicut dilexi vos!*

Observado que fuera este precepto por todos los hombres, ¡qué cuadro tan hermoso presentaria la sociedad! Unidos todos por los vínculos de la caridad, no habria enemigos, ni se conoceria el fraude, la mala fé, el robo ni ninguna clase de delitos: todos procurariamos el bien de nuestros semejantes; evitariamos



la ruina del prójimo, y contribuiríamos á remediar todas las necesidades: no necesitaríamos tomar precauciones para la seguridad de los bienes que el Señor nos concede, y allí donde se oyera el lamento ó se advirtiera la afliccion, mil manos bienhechoras deramarían el consuelo.

Cuantos males y desgracias, cuantos crímenes y delitos ennegrecen el cuadro social, todos provienen de la falta de caridad fraterna. Vosotros deseais cumplir el mandato del Salvador que fué como una cláusula de su último testamento, y decís, amaré á mi prójimo. ¿Y sabéis por ventura quien es vuestro prójimo? Porque os seria perjudicial á la salud de vuestras almas el hacer distinciones en este punto. ¿Veis ese monarca que bajo la autoridad de su cetro dispone de la voluntad de millones de vasallos? Ese es vuestro prójimo. ¿Observais aquel infeliz reducido á la mayor miseria, que carece de un bocado de pan, que se recoje bajo el rústico y movedizo techo de una cabaña, y cuyas carnes cubren miseros harapos? Ese es vuestro prójimo. ¿Veis aquel varon útil á la sociedad, por la sabiduría que Dios le ha concedido? Es vuestro prójimo, y lo es tambien aquel pobre ignorante, fátuo, cuya simplicidad provoca la risa de los que le oyen. El que ocupa grandes y elevados puestos como el infeliz mendigo, el bueno y el malo, todos tienen derecho á nuestro amor porque todos son nuestros prójimos. El precepto de amor á nuestros prójimos está tan enlazado al del amor de Dios que no se pueden separar. Una prueba tan clara como sencilla os hará conocer esta verdad. ¿Quién es el legislador de la ley de la caridad fraterna? Jesucristo que es Dios. *Mandatum novum do vobis*. Si faltamos á

este precepto somos desobedientes á Dios. ¿Y podremos decir que le amamos, si así hollamos sus preceptos?

Y no veo en verdad cosa mas justa ni razonable que el amor al prójimo: siempre es una cosa que llama la atencion y se afea con justa razon en la sociedad, cuando dos hermanos, hijos de unos mismos padres, viven en enemistad, ó tal vez viéndose, uno en prosperidad, nada hace en favor del otro que se halla reducido á la indigencia. Y si esto es siempre reprehensible á nuestros ojos ¿cuánto mas lo será á los de Dios la falta de caridad fraterna, siendo así que todos los hombres somos hermanos, hijos de un mismo padre que es Dios, que por él nos conservamos, nos movemos y somos? ¿Cómo mirará con ojos indiferentes el ódio que se profesan unos á otros? Me asusta en verdad, el pensar en la suerte futura de esos hombres soberbios, que engreidos con su posicion social, sus bienes de fortuna, ó sus antiguos y conservados pergaminos, desprecian, persiguen y avasallan á otros que no están colocados en tan elevada escala. ¡Miserables! Si temblais ante su presencia porque son grandes, preguntadles por su origen y si son formados de otra masa mas perfecta que la vuestra. ¡Mas ay! que son como los demas hijos de Adan, corrompidos en su origen y como todos, sujetos á las mismas miserias, enfermedades y aflicciones que nosotros: dará Dios un soplo á todo ese aparato de grandeza, y la vereis desaparecer como el sonido de la campana que se pierde en el espacio. Hombres orgullosos y que no teneis caridad, sabed que el mas infeliz tiene derecho á que no os burleis de su miseria, á que le ampareis y defendais: el que veis mas pobre es vuestro her-



mano, es formado á la imágen y semejanza de Dios, y heredero de la patria celestial.

Cada uno de los que en este momento me escuchan, querrá sin duda decirme: «á mí no me falta caridad, pues que tengo amigos á los que amo entrañablemente, y por los que no tendria dificultad en sacrificar cuanto poseo.» Lo concedo, pero si no añadís algo para justificaros, desde luego os diré, que vuestra caridad es semejante á la de los gentiles, puesto que estos tambien se unian por estrecha amistad; pero al mismo tiempo odiaban á todos los que no eran sus amigos.

Jesucristo que habia venido á fundar el reino de la caridad, de esa caridad santa de que nos dá tan grandioso ejemplo en este dia de los misterios, y que de un modo terminante y no sujeto á tergiversacion nos la manda practicar, habia dicho en una ocasion á sus discípulos: «Oísteis que fué dicho á los antiguos: No matarás, y quien matare obligado quedará á juicio, y el que dijere á su hermano palabra injuriosa, obligado será á concilio; y quien dijere insensato quedará obligado á la gehenna del fuego (1). De esta manera nos advierte el modo como debemos aun hablar de nuestros prójimos sin ofenderles. Aun hay mas, y atended á esto, vosotros los vengativos, los que mirais con horror aquellos de quienes habeis recibido alguna injuria. Espresamente nos ordena que amemos tambien á nuestros enemigos, porque tambien son nuestros prójimos. Oísteis esta doctrina en el primer viernes de Cuaresma, y escuchásteis al Salvador que dijo á sus discípulos: «Habeis oido que

(1) Math. cap. V, v. 21 y 22.

fué dicho: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os abarrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.» Pues bien, Jesucristo se encarga de darnos en este dia un solemne ejemplo del modo como debemos amar á nuestros prójimos, por mas que sean nuestros perseguidores ó enemigos.

Volvamos nuestra imaginacion al Cenáculo, y observemos al Salvador á los piés de sus apóstoles. Pedro, el grande apóstol de la fé, el que habia sido el primero en confesar públicamente la divinidad de su soberano Maestro, se resiste el dejarse lavar, porque su corazon amante no le permite ver postrado en su presencia al dueño absoluto del cielo y de la tierra. Pero al fin, persuadido de las palabras del Señor, déjase lavar. Este apóstol era un verdadero amigo de su Maestro. ¿Pero acaso podrá decirse lo mismo de los demas? No, hermanos míos: en aquella asamblea habia un enemigo de Jesus, que lejos de amarle como los demas, le odiaba hasta el estremo de haber ya concertado el entregarle para que le quitasen la vida. Jesus lo sabe, y sin embargo, procede á lavarle los piés como á los demas, con el mismo amor y caridad. ¡Cómo así os postrais, Redentor mio, delante de ese mónstruo de ingratitude que tan villanamente va á obrar con Vos! ¿Por qué no le mostrais vuestro enojo y le reprendeis con dureza su inicuo modo de obrar? ¿Por qué no le arrojais de vuestra presencia como indigno que es de ella? ¡Mas ay! que nunca fué un buen hijo tratado con mas cariño por su amante pa-



dre, como en esta ocasion lo fuera el pérfido discípulo por el amoroso y humildísimo Salvador del mundo. Aquellos piés que mas tarde se habian de dirigir al huerto de las Olivas para que se llevase á efecto la venta del immaculado Cordero, son regados con las lágrimas de Jesus, el cual al mismo tiempo toca á las puertas del endurecido corazon de su discípulo. Grandes eran en verdad las aflicciones y tormentos que el Salvador debia padecer, pero esto ni su misma muerte es en este momento tan amarga como la ingratitud del traidor discípulo. ¿Por qué, le diria al corazon, así obras de un modo tan inicuo con quien ningun mal te ha hecho, y si te ha dispensado beneficios? ¿En qué te he ofendido para que así me vendas? Grande es tu crimen, pero yo te amo y deseo que no te pierdas: llora tu pecado, que dispuesto estoy á perdonarte y á recibirte entre mis brazos, que siempre son los brazos de un padre amante y cariñoso: no así te obstines en tu pecado, oye mi voz, que yo pediré por tí á mi Eterno Padre, como pido por tus compañeros: no permanezcas en el pecado, porque te pierdes sin remedio y para siempre.

En vano, mis hermanos, Jesus llama á aquel corazon que permanece duro como el bronce: la gracia no hace en él efecto alguno: firme en sus inicuos proyectos, suspira tan solo este mónstruo de ingratitud por la hora en que ha de presenciar su prision: así es que teniendo delante al médico celestial, rehusa tomar el remedio que podia curar su pestífera llaga. Imágen espresiva de multitud de Judas, que sordos á las inspiraciones de la gracia y á los llamamientos de Dios, corren precipitadamente por el tortuoso camino de los pecados que conduce al infierno. ¡Qué contraste!

Judas obstinado en la maldad, y el Salvador postrado ante sus piés dándole repetidos golpes de gracia que él desprecia. ¡Observad, mis señores, á Jesucristo en este humildísimo acto, y decidme si habeis visto mas amor, mas extraordinaria caridad! ¡Oh, cristianos, cuánto nos dice este ejemplo admirable del Salvador!

El pueblo pagano no habia conocido leyes tan sábias y justas: lleno de egoísmo, nada eran para los hombres las necesidades de otros, y solo procuraban el bien propio: tal vez se unirian alguna vez con lazos de amistad, pero estos se quebraban cuando ya no eran necesarios los unos á los otros. Jesucristo es el bienhechor del género humano: se propone cambiar la religion, abolir todos los cultos difundidos por el universo como sombras de la ignorancia y reunir todos los pueblos bajo una misma ley, pero ley opuesta á las pasiones: en una palabra, propónese formar de todos los pueblos un solo pueblo, de todos los corazones un mismo corazon. Por esto propone al género humano un código de moral tan perfecto, que oscurece á los célebres sistemas de la filosofia. Id repasando y estudiando uno por uno todos los preceptos de la moral evangélica, y los hallareis admirables. Yo por mi parte confieso que aunque no tuviera ninguna otra clase de pruebas para quedar convencido de que Jesucristo era verdadero Dios, bastaríame leer el código de sus leyes: preceptos tan sábios, moral tan sublime, no podian ser parto de una cabeza humana. Era necesario que su autor fuese mas que hombre, era preciso que fuese Dios. ¿Quién sino Dios podia enseñar á los hombres no solamente á amar á los enemigos, sino á hacerles bien? ¿Quién sino Dios podia decir á los mortales, pagad la injuria con un



beneficio, el agravio con perdonar y hacer bien? ¡Oh religion santa y adorable, cuán hermosa eres! ¡Gracias os doy, Salvador de mi alma, porque os habeis dignado concederme la gracia de que nazca y viva en el centro de vuestra verdadera religion! No permitais que me aparte de ella por el pecado, y concededme la nueva gracia de ser observador de sus preceptos.

Habeis visto la misericordia y bondad infinita de nuestro Salvador, que así se postra delante de su enemigo Judas y le lava y besa sus piés con la misma caridad, con el mismo amor que lo hace con los otros discípulos, y habeis oido que primero nos dice, que lo hace para darnos ejemplo, y que al modo que él lo hizo, lo hagamos nosotros, amándonos mutuamente, y despues nos advierte que es un mandamiento nuevo que es su voluntad imponernos. La caridad del Evangelio, no es por cierto la caridad del mundo, pues sus caractéres son sublimes. ¿Os preguntaré yo ahora si cumpliendo con este precepto del Salvador estendeis vuestra caridad á vuestros enemigos? Pero creo que será mas acertado preguntaros primero si amais cristianamente á vuestros amigos. Si en esto encontrais faltas notables, si no amais cual debéis á vuestros padres, á vuestras esposas, á vuestros hijos, ¿cómo amareis á vuestros contrarios?

Yo estiéndome mi vista por el cuadro social, y al ver padres pobres que mendigan el sustento de puerta en puerta, mientras sus hijos se ven rodeados de comodidades; al ver esposos que de nada carecen ínterin que maltratan y hacen carecer hasta de lo mas preciso á sus mujeres; al observar la indolencia de muchos padres, que indiferentes por la suerte de sus hijos los abandonan y no cuidan de educarles cristianamente,

de suerte que formen honrados ciudadanos y buenos cristianos; al advertir la ingratitud de muchos hombres que se convierten en enemigos declarados de aquellos que antes les dispensaran beneficios; al oír tanta calumnia, tanta murmuracion con que se arrebatada la honra sin escrúpulo, yo no puedo menos de esclamar: ¿Dónde está la caridad cristiana? ¿Son estos los que profesan la religion de aquel Dios que dijo: amad no solamente á vuestros amigos, sino tambien á vuestros enemigos, á los que hareis bien y dispensareis beneficios? ¡Ah! Que estos no dan señales de pertenecer al pueblo cristiano, ni son discípulos de aquel Señor que dijo, quiero que mis discípulos sean conocidos por el amor que mutuamente se profesen. *In hoc cognoscent, omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem* (1).

Yo me trasporto con júbilo á los primeros siglos del cristianismo, y allí es donde veo practicada la verdadera caridad. Allí veo á los santos mártires abrazar á sus mismos verdugos y dirigir oraciones al cielo en su favor como antes lo hiciera Jesucristo desde el árbol de la cruz. Si una peste desoladora desarrollada en el Oriente en el siglo tercero, causa los mayores estragos, es admirable ver á los cristianos prestando los mayores auxilios á aquellos mismos que eran los mayores enemigos del nombre cristiano. Nada podia importar á aquellos tiranos el verse abandonados en situacion tan dolorosa por sus mismos parientes y amigos: la caridad cristiana, el amor de aquellos á quienes ellos miraran como enemigos, y que hacian objeto de sus mayores persecuciones, era suficiente para

(1) Joan. cap. XIII, v. 35.



que nada les faltara en medio de la general calamidad.

¡Cuántos triunfos ha conseguido el cristianismo por la caridad! ¡Cuánto podria deciros en este momento! Pero no permitiéndomelo el tiempo de que puedo disponer, llamaré tan solo vuestra atencion al origen ó causa fundamental de la conversion del anacoreta Pacomio. Hallábase al servicio del emperador, y llegó con otros soldados á un pueblo; fatigados todos de cansancio, de hambre, de sed, y careciendo de todo recurso, una muerte próxima les aguardaba, muerte de que les libraron los cristianos. Los habitantes de aquel pueblo les prodigaron toda suerte de cuidados, aplacaron su hambre y les socorrieron del modo mas abundante. Esta accion maravilló á Pacomio, el cual, no acostumbrado á ver tanta bondad, preguntó qué gente era aquella que tan generosamente les habia socorrido. Dijéronle que eran cristianos, y que sus máximas eran hacer bien sin reparar si aquellos á quienes lo hacian eran amigos ó enemigos. Bastó esto para que detestando los ídolos abrazase el cristianismo, pues que juiciosamente conoció que habia de ser verdadera una religion que enseñaba á hacer bien á la humanidad.

No olvidéis, pues, mis amadísimos oyentes, que somos hermanos, hijos de un mismo Padre, y que la gracia nos tiene unidos con vínculos de amor. Ejerced la caridad, y cuando veais que aquel que necesita de vuestros auxilios es vuestro enemigo ó os ha causado algun mal, fijad vuestra vista en el Cenáculo, y la vista de Jesus postrado ante el traidor Judas, lavando sus piés con el mismo amor que á los buenos apóstoles, os animará á hacer bien á aquel que os ha

hecho mal. Es verdad que recordareis la ofensa que os hizo, ¿pero esta será mayor que la que recibió el Señor de su falso discípulo, que le vendió por treinta dineros?

¡Ay, cristianos! Jesus sale ya del Cenáculo y se dirige al huerto de las Olivas para dar principio á su pasion: escuchad sus últimas palabras, oid que nos dice: «Amaos unos á otros como yo os he amado.» ¿Reusaremos seguir su doctrina y observar sus mandatos? No, Jesus mio: si hasta aquí hemos sido rebeldes, ya nos arrepentimos y ofrecemos practicar la caridad. Al modo que vos lo hicisteis, amaremos á amigos y enemigos para que cumpliendo exactamente vuestra voluntad, logremos un dia ser participantes de los frutos copiosos de la Redencion, y cantar vuestras alabanzas en compañía de los ángeles en la gloria, por eternidad de eternidades. Amen.



## SERMON

### PARA EL VIERNES SANTO POR LA TARDE.

#### Soledad de María Santísima.

*Facta est quasi vidua domina gentium.*  
Ha quedado como viuda la señora de  
las naciones.

Thr. cap. I, v. 1.

¿Estas contenta, posteridad de Adán? ¿Seguirás por mas tiempo vertiendo lágrimas al verte desheredada del cielo? ¿Gemirás aun en las orillas de los rios de tu dolor? Pero no: no fijes ya tu vista en el Paraiso, sino en el Gólgota; no en el árbol de la perdicion, sino en ese de bendicion donde ha exhalado su postrimer aliento el libertador de las naciones. Sí, hijos desgraciados del padre prevaricador, ya sois felices; necesitabais un Redentor; el Señor que es tan pródigo en misericordias lo habia ofrecido: los profetas le habian anunciado con todas las señales de su nacimiento, y los justos habian suspirado por el dia feliz en que redimidos los hombres pudieran esclamar: «Ya somos felices; ya se han roto las duras y pesadas cadenas de nuestra esclavitud, ya podemos de nuevo llamarnos hijos de Dios.»

Hemos, pues, conseguido nuestra libertad y aquella patria feliz, cuyas puertas cerradas se encontraran con duros y fuertes cerrojos, van á abrirse para que penetre por ellas triunfante de la muerte el Redentor de la humanidad Cristo Jesus, y abiertas quedan para todos aquellos que se quieran aprovechar de los frutos de la Redencion. Mas cristianos, no os entregueis tan solo al gozo y al regocijo al veros redimidos: parad vuestra consideracion en lo mucho que costó esta redencion y acompañad en este dia á la Esposa del immaculado Cordero, que vestida del mas riguroso luto, desnudos sus altares y habiendo suspendido sus alegres cánticos, se entrega al dolor y al desconsuelo.

Con espíritu de piedad y la mayor compostura habeis ya asistido á este templo y no habeis podido menos de pagar un tributo de lágrimas á la muerte del Redentor, cuyos grandes tormentos sufridos desde su prision en el Huerto hasta que exhaló su postrer aliento en el madero santo, escuchásteis conmovidos. ¿Pero padeció solo el Salvador? ¿No hubo quién le acompañase en sus tormentos, quién padeciese con él? ¡Ay, mis hermanos! que ya os veo fijar vuestras miradas compasivas en esa enlutada imájen que teneis á la vista. ¿La conoceis? ¿Sabreis decirme quién es? No me digais que es la hermosa María: decidme sí que es la amarga Madre del Salvador, porque el Omnipotente ha llenado su alma de la mayor amargura (1). Concluyeron los tormentos de Jesus al espirar en la cruz: no mas se verá azotado ni coronado de espinas: no mas le dejará caer en tierra la malicia de los pérfidos judíos: no mas dolores tendrá que sufrir el mansísimo

(1) Ruth. cap. I, v. 20.  
Tome IV.



Cordero de Judá; su cadáver será depositado en el sepulcro con la mayor reverencia, y de él saldrá triunfante al tercer día. Pero María no muere, y si bien había sufrido en su corazón cuanto su Divino Hijo en todo su cuerpo, quedábale aun que apurar el amargo cáliz del dolor: ¡María separada del Hijo de sus entrañas, sobre el cual cae la losa sepulcral!... ¡María sola!... ¡María que tanto había sufrido, tener que retirarse sin su Jesús del Calvario!... Confieso, cristianos, que no quisiera pesara sobre mí el encargo de pintar el lúgubre cuadro de la soledad de María. Yo me encuentro como un tierno parvulillo que no sabe explicarse: busco espresiones y no las encuentro, porque la soledad de la Santísima Virgen no puede explicarse. Era menester ser ella misma, estar dotado de sus mismos afectos, padecer lo que ella padeció, para poder comprender lo que sufrió su maternal corazón en la pasión y después de la pasión de su Santísimo Hijo. Yo oigo esclamar al Profeta de los lamentos: «Ha quedado viuda la Señora de las naciones» y veo que estas espresiones fueron dichas proféticamente de María: *Facta est quasi vidua Domina gentium.*

Y en efecto, María ha quedado como viuda: faltándole su Hijo, le ha faltado la luz de sus ojos, la vida de su alma, y su aflicción ha llegado á su colmo. Lloro inconsolable sin encontrar en nadie consuelo que mitigue la pena amarga en que rebose su corazón. *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consolatur me* (1). ¿Permaneceremos nosotros indiferentes á sus angustias? ¿No tendremos una lágrima que ofrecerle, siquiera sea en justo tributo de noble gratitud?

(1) Thr. cap. VI, v. 21.

¿No la acompañaremos en su soledad, llorando con ella la muerte de su Benjamin amado? Sí, cristianos: con este objeto nos hemos reunido bajo las bóvedas de este augusto santuario: el deseo de acompañar á la Santísima Virgen en su soledad nos ha obligado á abandonar nuestros hogares. Pues bien, yo os convido á que en espíritu vengais conmigo al Calvario, á ese lugar santificado con la preciosa sangre de un Dios hombre, para que llenos de compasión escuchéis los lamentos de María, para que oigais los clamores de la Señora de las naciones, que en la muerte de su Hijo ha quedado como viuda: *Facta est quasi vidua Domina gentium.* Atended, pues, al giro que voy á dar á mi oración. Para escitar vuestra ternura y gratitud, yo os haré ver los *grandes padecimientos de María Santísima en su soledad.* Primera parte. Para que en adelante trabajéis por aprovecharos de la sangre del Hijo y de los dolores de la Madre, os manifestaré que *contribuyó á hacer mas amarga su soledad el desamparo en que habian de dejarla en los futuros tiempos los pecadores.* Segunda parte. Una y otra os harán conocer cuán devotos y agradecidos debemos ser á la Santísima Virgen, por lo que cooperó á la obra de nuestra redención.

Para el mejor acierto, y puesto que la Iglesia reconcentra hoy su culto á la Santa Cruz, porque en ella se ha obrado la salvación, saludémosla con la mayor reverencia. *Ave cruz*, etc.

#### PRIMERA PARTE.

Un silencio sepulcral reina en el monte de las Calaveras: Jesús ha espirado, y aquella chusma infame que le ha sacrificado vuélvese á Jerusalén, blasfemando todavía del inocentísimo Cordero cuya sangre ha



hecho correr á torrentes. ¿Quién queda, pues, en el Calvario? ¿Qué pasa ahora en aquel lugar ya santificado? Fijad allí vuestra vista. ¡Tres cruces!... Dos malhechores ocupan las de los extremos, uno infeliz y desgraciado, y el otro bienaventurado porque ha reconocido antes de morir la santidad del que pende de la cruz del centro, y ha recibido los rayos vivificantes del Sol divino de justicia. Hay tambien una pequeña guarda, que rodea el cadáver del Redentor; pero todos permanecen en silencio: sus corazones estaban conmovidos; el estremecimiento de la naturaleza, la tristeza de los astros, los demas acontecimientos que habian tenido efecto á la muerte de Jesus, les habian dejado suspensos, y no se atrevian á articular palabra. ¿Se habrian abierto sus ojos? ¿Conocerian ya que la muerte de aquel hombre habia sido un horrendo sacrilegio? Pero no nos detengamos en nuestras observaciones. ¿Qué mas se descubre en el Calvario? ¡Ah! una mujer!... Y esta mujer inmóvil, se halla asida á los piés de la Cruz del Redentor: su vista está fija en el sagrado cadáver, y de tal modo padece, que embargada su garganta ni puede quejarse en su afliccion. Esta mujer que asi sufre, que de un modo tan cruel padece, es la Madre de Jesus, de ese Jesus Divino que está pendiente de aquel leño. ¡Qué escena mas cruel! ¿Quién será capaz de describirla con vivos colores? ¡Ah! el Eterno Padre se habia mostrado inexorable con su Hijo, pero este ha concluido ya de padecer, y todos los padecimientos reconcéntranse en el corazon amante de su Madre.

Así inmóvil permanece hasta la llegada de los piadosos varones que con el mayor cuidado y reverencia bajaron de la Cruz el sagrado cadáver, entregando

á su Madre los crueles clavos que le habian aprisionado al Santo madero. ¡Qué nueva afliccion! ¡Qué dolor tan profundo para aquella Madre que contempla los instrumentos de la crucifixion! María que ya está coronada con una corona de tribulacion, recibe tambien en sus manos la de espinas que habia ceñido las divinas sienes del Hijo de sus entrañas. ¿Por qué, diria, habeis ¡oh espinas crueles! martirizado cruelmente la hermosa cabeza de mi Jesus? ¿Por qué no fuisteis puestas en la mia, y perdonásteis á ese inocentísimo Cordero, que á nadie hizo mal, que á tantos hizo participantes de sus beneficios y bondades?

Mas ¡ay! señores, el tiempo corre, y el sagrado cadáver debe ser colocado en el sepulcro. María es una mujer singular, es una heroína admirable: con sus mismas manos lava el cuerpo de su Hijo, cubriendo sus heridas con el bálsamo aromático, cierra sus entreabiertos ojos, le abraza, y conforme como siempre lo estuvo con la voluntad del Eterno Padre, entrega aquel sagrado depósito del que nunca hubiera querido desasirse. Camina llena de valor hasta el sepulcro que riega con sus lágrimas, dále el último adios y vuélvese al Calvario. ¿Y con qué objeto? Con el de ser la primera que adore la Cruz, que si hasta aquel momento ha sido objeto de horror y espanto, será en los siglos futuros objeto de adoracion de las naciones y la perla de mayor valor que adornará las diademas de los monarcas.

Jeremías habia visto á través de los siglos la afliccion de esta bendita Madre, y esclama: ¿cómo está sentada sola la ciudad? *¿Quomodo sedet sola civitas* (1)?

(1) Thr. cap. I, v. 1.



¡Ah! Que ha quedado como viuda la Señora de las naciones: *Facta est quasi vidua domina gentium*. ¡Cuán amarga sería la soledad de María Santísima, cuando adora el santo leño donde su Hijo había sido crucificado! Luego que esta Señora se vió de nuevo en el Calvario, entonces es cuando experimenta lo amargo de su Soledad. ¿Dónde está, diría, mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Soberano Maestro? ¿Dónde está el que era mi gozo y mi alegría? ¡Ah! que en vano le busco por todas partes, porque no podré encontrarle. He perdido á mi Jesus, y con él todo lo he perdido y me he quedado como triste y desamparada viuda: mi corazón está conturbado, me ha desamparado mi fuerza y aun la misma luz de mis ojos no está ya conmigo (1). Con tan tristes lamentos esclamaba la afligida María en el desierto de su soledad amarga. Todo cuanto en su soledad pensaba, todo cuanto veía, todo cuanto iba ocurriendo, era nuevo motivo de dolor y angustia para su alma, como se espresa San Bernardino de Sena (2).

Y en efecto, María cuyas miradas se dirigen al árbol santo de la Cruz, recuerda todos los padecimientos de su Hijo: representasele el furor de los judíos: le vé de nuevo caer en el camino del Calvario: resuenan en sus oídos los ecos sacrílegos de los que le maldecían: aun le parece escuchar el ruido que producen los golpes del martillo con que le aprisionaran en la Cruz, y todos estos recuerdos son otras tantas afiladas cuchillas que parte á parte atraviesan su co-

(1) Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea: et lunem oculorum meorum, et ipsum non est mecum. Ps. XXXVII, v. 11.

(2) Quidquid occurrebat, afflictio, fuit. D. Bernardin. t. 4, Sermon. 2 de Mar. c. 3.

razon. ¡Oh purísima María, os diré yo con San Anselmo: toda la crueldad que se haya usado con los mártires, es muy leve comparado con vuestros padecimientos! *Quidquid crudelitatis influctum est corporibus Martyrum, leve fuit comparatione tuæ passionis, O Virgo*.

¡Cuán dolorosa no sería para María esta soledad cuando no podía detener el copioso llanto que corria por sus mejillas. *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus* (1). Todo el tiempo de su soledad, lo invirtió en llorar alimentándose tan solamente con sus lágrimas, como lo habia anunciado el profeta de los Salmos (2). Pero en medio de tanta afliccion no hay quien la consuele, ni aun los mas amigos. ¿Cómo es esto? me preguntareis vosotros, ¿no acompañaban á la Santísima Virgen los piadosos varones José y Nicodemus, San Juan y las Marías? Así fué ciertamente, y cuando la Señora volvía del Calvario al Cenáculo, salían de sus casas muchos judíos que la fueron acompañando y llorando, como dice San Buenaventura, y los mismos apóstoles fueron al dia siguiente á acompañarla y á pedirle perdon humildemente por la cobardía que habian mostrado. Pero señores, por mas que ellos quisiesen consolarla y enjugar sus lágrimas, ¿podrian conseguirlo? Bien sabeis que pasan algunos dias, primero que empieza á consolarse una madre cualquiera cuando la muerte le arrebató al hijo único á quien amaba y en quien tenia sus delicias: y si esto sucede en el orden natural, ¿qué consuelo podia encontrar una madre como María en la pérdida de un hijo como Jesus? Hubo es verdad, quien llorase por ella en su soledad amarga, pero no

(1) Thr. cap. 1, v. 2.

(2) Ps. XLI, v. 4.



lloraban, dice el padre San Agustin, ni se encontraban por el principal motivo que tanto le hacia padecer á la dolorosa Madre en su soledad, porque esta Señora se aflige sobremanera al considerar la ingratitude de los mortales al grande y señalado beneficio de la Redencion. Sola se vé, y sola conoce que la han de dejar: muchos cristianos, qual avaros Judas, renovarán la venta de su Santísimo y Divino Hijo. ¡Ah! Que bien puede esclamar en estos tristes momentos. *Audierunt quod ingemisco ego, et non est qui consoletur me.*

Grandes fueron en verdad, los dolores de su corazon al ver á Jesus con el peso de la cruz en el camino del Calvario: su corazon partiase de dolor, cuando le veia caer en tierra, agoviado por el peso del santo madero: sin igual fué su aficcion quando en la cima del Gólgotha, observó que le desnudaron de sus vestiduras dejándole desnudo á vista de todos los espectadores: no hay dolor que pueda compararse al suyo, quando vió taladrar sus piés y manos con los clavos, y quando vió que elevaban la cruz y la dejaron caer en el agujero de la peña: pero en fin, miraba el rostro de su Hijo y esto le servia de algun consuelo, ¿pero y en su soledad amarga? ¡Ah! Entonces sufre, y en vano para consolarse buscará aquel rostro Divino que estaba encerrado bajo la losa del sepulcro: ya no recibe la luz brillante que despedia el Sol Divino de Justicia y que venia á reverberar en el rostro de María, y sola y afligida esclama: ¿Habeis visto un dolor que pueda asemejarse al que yo sufro en mi soledad? ¿Habeis visto una pena que pueda compararse á la que divide mi corazon? Estoy llena de amargura y en esta triste soledad no encuentro quien me consuele.

Gracias os damos, Purísima María, y afligida Reina de los mártires por lo que cooperásteis á nuestra Redencion. Todas las generaciones aclamarán bienaventurada y os colmarán de bendiciones porque vos, Madre mia, fuisteis la Eva reparadora de los estragos que con su desobediencia trajo al mundo la primera. No es posible que nosotros podamos comprender el martirio de nuestra soledad, pero nosotros os compadecemos y quisiéramos que estuviera en nuestra mano el consolaros, pues se nos parte el corazon de pena al oiros esclamar. *Non est qui consoletur me.*

Pero si hemos visto los grandes padecimientos de María Santísima en su soledad, veamos ahora, contribuyó á hacerla mas amarga, el desamparo en que habian de dejarla en los futuros tiempos los pecadores. Asunto de la

#### SEGUNDA PARTE.

Con razon la Iglesia apellida á María Reina de los mártires, toda vez que el martirio de esta Señora es mas perfecto, mas noble é infinitamente mas cruel que el de todos los mártires. ¿Pueden concebirse dolores mas crueles, tormentos mayores que los que hubo de sufrir el Redentor amabilísimo de la humanidad? ¿Ha habido mártir alguno cuyos padecimientos hayan sido tan acerbos como los de Jesucristo? ¿Sufrió alguno mayor número de tormentos? Pues todo quanto padeció el Señor en todas las partes de su cuerpo, padeció María en su corazon: contéplala el padre San Bernardo al pié de la cruz, y no encontrando voces con que esplicar su dolor, dice que padeció con usura los dolores de que se vió libre en



su parto. Esto nos da á comprender la amargura de su soledad: ella reconcentró en su corazon todos los anteriores dolores. Pero ¿creeis que la causa única de serle tan amarga su soledad, fuese la ausencia de su Hijo y el recuerdo de sus tormentos? Suficiente era esto para que pudiese esclamar: «No hay un dolor que pueda asemejarse al que yo sufro en mi soledad.» Porque en efecto: nadie es capaz de imaginar cuánta amargura se derramaria en su corazon amante. ¿Dónde estás, esclamaria abrevada de pena y de dolor, dónde estás luz de mis ojos, vida de mi alma? ¿Por qué has bajado al sepulcro sin llevarme contigo? ¡Ah! Que yo no puedo vivir sin tu hermosa compañía. ¡Cuán feliz seria esta tu afligida Madre, si ella hubiese podido padecer sola y ofrecer el sacrificio! ¡Mas ay! Que el mio no hubiese sido de valor infinito, y era preciso que tú murieses para que se salvase la humanidad! Me resigno gustosa con la voluntad de Dios, soy su esclava y no debo quejarme.

Cristianos, ¿qué os parece mayor, la angustia de la Santísima Virgen en su soledad, ó su resignacion y conformidad en la voluntad divina? Ambas cosas son admirables á mi vista: en tanto es mas humilde en cuanto mas mortificada. Su misma conformidad debía prestarle algun consuelo: ella le ha visto padecer, pero sabe que es Dios: le ha visto colocar en el sepulcro pero no ignora que resucitará al tercer dia, y que despues subirá glorioso á los cielos para ocupar su trono á la diestra de su Eterno Padre. ¿Cómo, pues, no mitigar su dolor estas ideas? ¿Cómo, esclama, que no hay quien la preste consuelo?

Acaso vosotros, ¿ignorareis la segunda causa de la amargura de su soledad? Pues sabed que allí, presente

á su privilegiada imaginacion, hallábanse las generaciones futuras: hallábanse nuestros padres, nosotros y nuestros descendientes que han de existir hasta el último dia del postrero siglo: esa ingratitude monstruosa con que multitud de cristianos habian de renovar su soledad, desobedeciendo á su Hijo, despreciando su divina ley y haciendo infructuosa para ellos la pasion y muerte del Redentor; veíalo María, y tales y tan ciertos presagios daban los últimos golpes á aquella afilada cuchilla, que atravesaba su corazon amante: entonces juntando las manos ante el pecho, y elevando sus ojos al cielo, esclamaria: ¡Oh Eterno Padre, mi Dios y mi Señor! ¿Será posible que tanta sangre vertida, tantos azotes, tantas espinas, tan innumerables injurias, tanta llaga, tanto dolor, y una muerte tan cruel, no sea aprovechada por tan gran número de hombres, que mirando con menosprecio ó indiferencia esa glória que vuestro Santísimo Hijo les ha conquistado con su cruz, prefieran el infierno? ¿Será posible que haya hombres tan faltos de juicio, tan insensatos que prefieran morir de sed antes que beber en la fuente de agua viva? ¿Será posible que el fuerte armado siga haciendo nuevas conquistas aun despues de efectuada la Redencion del mundo? Ved aquí, mis hermanos, como todo cuanto descubria á través de los siglos contribuia á angustiar mas y mas su oprimidísimo corazon. Nuestras culpas, nuestra ingratitude, nuestros vicios, como asimismo los rudos ataques que la impiedad escudada con el nombre de filosofismo, habia de dirigir á la Iglesia fundada por su divino Hijo, la indiferencia en materias religiosas, las muchas blasfemias que se habian de proferir; la presente corrupcion de las costumbres que hoy ha minado el edificio



social en toda Europa; el abuso que se habia de hacer de los Sacramentos; en una palabra, los vicios que habian de reinar en el cristiano pueblo; la envidia, la soberbia, la lascivia, causa de tantos crímenes, todo estaba presente á su imaginacion, todo contribuia á aumentar el dolor que padecia en su soledad, las lágrimas que surcaban sus mejillas.

Ahora bien, mis amadísimos oyentes ¿os es conocida la segunda causa de la amargura de esta reina soberana? ¡Con cuánta razon esclama: *Populus meus oblitus est mei*: mi pueblo está olvidado de mí y así es que no hallo consuelo á mi dolor. Pregúntese, pues, cada uno de vosotros: ¿Habré yo tenido parte en la angustia de María? Habré contribuido á hacer mas penosa y amarga su soledad? Para satisfaceros, recordad vuestras costumbres y ved si ellas están conformes con lo que Jesucristo ordena, con lo que debe esperarse de un cristiano. Si como los primeros seguidores del Evangelio sois humildes, sufridos en la adversidad, fuertes para resistir las tentaciones; si tenéis una fé verdadera y vuestra caridad está adornada de las cualidades que señala el Apóstol, sois felices, lejos de renovar por vuestra parte la soledad de la Santísima Virgen, la consolais y merecereis alcanzar por ella, la salud y vida de vuestras almas (1). Pero por el contrario, si vivís engolfados en los placeres del mundo, si sacrificais todo vuestro tiempo y vuestros cuidados á los bienes y comodidades de la tierra, sin trabajar por vuestra salvacion; si estais henchidos de soberbia, sin conocer vuestra miseria y vuestra nada; si la codicia se ha apoderado de vuestros cora-

(1) Qui me invenerit, invenet vitam. Prov. cap. VIII, v. 35.

zones logrando desterrar de ellos todo principio de caridad, entonces sois unos criminales que renovando los tormentos de Jesus dejais á María abandonada en su Soledad, porque lejos de mostrarle amor, le manifestais ódio, señal evidente de que no merecereis su proteccion porque amais la muerte (1).

¡Ay, mis hermanos! Por desgracia es bastante crecido el número de los cristianos que ingratos y rebeldes á Jesucristo, que nos redimió con tantos tormentos, y á María que de un modo tan admirable cooperó á la obra de nuestro rescate, afligen de continuo el corazon de esta purísima criatura, que como su Hijo, con cuyos sentimientos hállase identificada, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y que viva. Pero María dirige su vista á los cristianos, observa la general corrupcion de las costumbres, y al ver lo poco que se acuerdan de los tormentos de su Hijo, y de sus dolores y soledad amarga, esclama en sentir de San Buenaventura: ¡Ay de mí, mujer desconsoladísima! ¡De todos soy olvidada y desamparada en mis penas! No hay quien me acompañe y consuele, y sola lloro la muerte de mi Hijo, pues que poniendo todos sus pensamientos en las cosas terrenas y perecederas, no tienen un momento para dedicarlo á su Redentor, ni á mí, ni á su propia salvacion.

Desgraciados de nosotros, mis amados hermanos, si pertenecemos al número de esas criaturas ingratas de las que con tanta justicia se queja la Santísima Virgen. Infelices de nosotros, si aunque procuremos no caer en graves pecados, no tratamos de combatir los vicios, de ser agradecidos al Redentor, observado-

(1) Qui autem in me peccaverit, lædet animam suam, Omnes qui me oderunt, diligunt mortem. Ibid. v. 36.



res de su divina ley, y verdaderos devotos de la Santísima Virgen, recordando de continuo cuanto padeció por nosotros en la pasión de su Divino Hijo, y después cuando quedó en la más triste y lamentable Soledad.

Oid aunque abreviadas las expresiones proferidas por la misma Virgen Santísima á una sierva suya: «La perdición de tantas almas como se condenan, y «los daños que padece el pueblo cristiano, todo se «origina del olvido y desprecio que tienen de la vida «de Cristo, y de las obras de la Redención humana. «Si en esto se tomara algún medio para despertar su «memoria y agradecimiento, y procedieran como «hijos fieles, y reconocidos á su Hacedor y reparador «y á mí que soy su intercesora, se aplacára la indignación del justo Juez, y tuviera algún remedio la «general ruina (1).» ¡Cuán felices seríamos si gravásemos en nuestros corazones estas sentidas expresiones de la Santísima Virgen! Procuremos, pues, acompañarla en su triste Soledad, con un espíritu verdaderamente cristiano, pues á más de que así estamos obligados á practicarle por deberes de amor y gratitud, son extraordinariamente estimables los bienes que de ello resultan á nuestras almas.

Si Jesucristo como Padre amoroso está siempre dando buenas inspiraciones, y llamando á la puerta de vuestros corazones, para que huyendo del pecado, entreis por los rectos caminos de la salvación, ¿cuántas máximas saludables no ha dispuesto que oigais durante esta santa Cuaresma? Al mismo tiempo que en otros países no habrá resonado la trompeta de la Divina

(1) Mist. Ciud. 2. part. n. 931.

Palabra, entre vosotros ha caído con abundancia esta semilla de salud. ¿Habrà caído en buena tierra? ¿Producirá en vuestros corazones ópimos frutos? ¿Os decidireis á practicar las virtudes que se os han predicado, y á huir de los vicios que hemos venido combatiendo? Quiera el Señor que así sea y que no se levanten en juicio contra vosotros los ninivitas convertidos por la predicación de Jonás, profeta: David, dócil á la voz de Nathán; Pablo, apóstol de Cristo, obediente á la voz del Señor que le llamó á sí, y lo quiso trocar de perseguidor de los cristianos en vaso de elección. Si así lo haceis; si dóciles á Jesucristo que os ha hablado por mi ministerio, vivís en justicia y santidad, en la meditación continua de los tormentos de Jesús, y los dolores y soledad de su Madre, sufrido todo por nosotros, y esto practicais con una resolución firme y constante, esta Señora que es nuestra Madre, en recompensa de haberla vosotros acompañado en su Soledad, durante los días de vuestra vida, os acompañará en la hora de vuestra muerte, intercederá con su Santísimo Hijo para que sean borrados vuestros pecados y os alcanzará la posesión feliz de la gloria, que os deseo. *Amen*.



INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO CUARTO.

Páginas.

SERMONES CUARESMALES.—Sermon para el Miércoles de Ceniza. . . . . 7

Sermon para el Viernes despues de Ceniza. . . . . 23

Id. para el primer Domingo de Cuaresma. . . . . 40

Id. 2.º para el primer Domingo de Cuaresma. . . . . 55

Id. para el Lunes despues de la Dominica primera de Cuaresma. . . . . 70

Id. para el Miércoles despues de la Dominica primera de Cuaresma. . . . . 86

Id. para el Viernes despues de la Dominica primera de Cuaresma. . . . . 101

Id. para la segunda Dominica de Cuaresma. . . . . 119

Id. 2.º para la segunda Dominica de Cuaresma. . . . . 137

Id. para el Lunes despues de la Dominica segunda de Cuaresma. . . . . 152

Id. para el Miércoles despues de la Dominica segunda de Cuaresma. . . . . 168

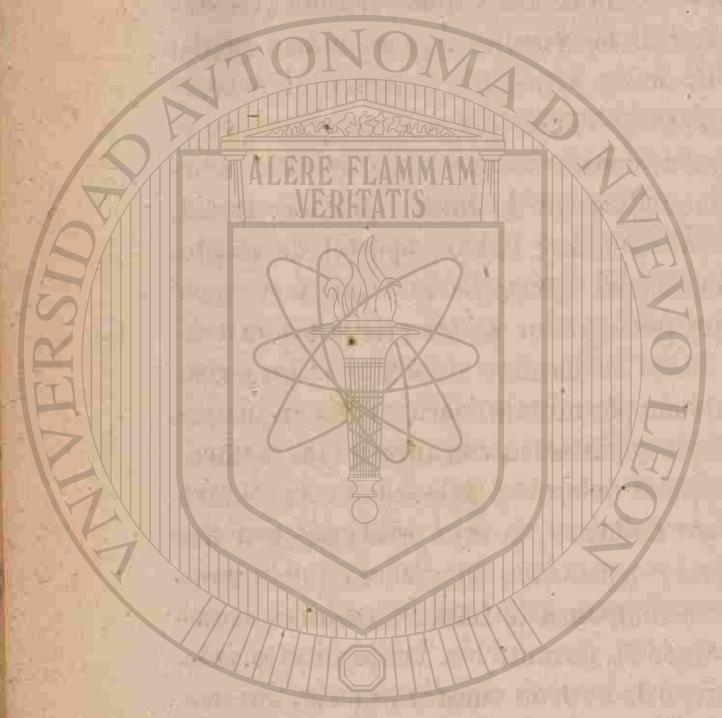
Id. para el Viernes despues de la Dominica segunda de Cuaresma. . . . . 183

Id. para la Dominica tercera de Cuaresma. . . . . 201

Id. 2.º para la Dominica tercera de Cuaresma. . . . . 216

Id. para el Lunes despues de la Dominica tercera de Cuaresma. . . . . 230

Tomo IV. . . . . 61



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sermon para el Miércoles despues de la Dominica tercera de Cuaresma. . . . .	249
Id. para el Viernes despues de la Dominica tercera de Cuaresma. . . . .	265
Id. para la Dominica cuarta de Cuaresma. . . . .	280
Id. para el Lunes despues de la Dominica cuarta de Cuaresma. . . . .	295
Id. para el Miércoles despues de la Dominica cuarta de Cuaresma. . . . .	311
Id. para el Viernes despues de la Dominica cuarta de Cuaresma. . . . .	325
Id. para la Dominica de Pasion. . . . .	339
Id. para el Lunes despues de la Dominica de Pasion. . . . .	354
Id. para el Miércoles despues de la Dominica de Pasion. . . . .	368
Id. para el Viernes despues de la Dominica de Pasion. . . . .	383
Id. 1.º para el Domingo de Ramos. . . . .	397
Id. 2.º para el Domingo de Ramos. . . . .	410
Id. 3.º para el Domingo de Ramos. . . . .	422
Id. para el Jueves Santo por la mañana. . . . .	435
Id. para el Jueves Santo por la tarde. . . . .	449
Id. para el Viernes Santo por la tarde. . . . .	464

## CONTINÚA

## LA LISTA DE LOS SEÑORES SUSCRITORES

## A LA BIBLIOTECA PREDICABLE.

## ABREVIATURAS USADAS EN ELLA.

c. p. . . . .	cura párroco.
c. e. . . . .	cura ecónomo.
p. . . . .	presbítero.
arc. . . . .	arcipreste.
v. . . . .	vicario.
cr. . . . .	coadjutor.
r. . . . .	rector.

D. Rafael Llopis, cr. de Peñís- cola.	D. Victoriano Recio, prior p. de Castrillo de la Guareña.
José María Morales, c. p. de Montefrío.	Francisco Gomez y Morales, p. en Valdilecha.
José María Jiménez de Novalla, p. en El Pozo.	José C. Camacho, p. en Toledo.
Andrés Melo, cr. de Cati.	Antonio Murillo, de Sevilla.
Luis Gonzalez, c. p. de Cinco- villas de Fresno.	Andrés Juanes, p. en Pela- bravo.
Pedro Sanchez, cr. de Pozo Seco.	Marcial Perez de Mena, c. p. de Ecija.
Fr. Cristobal Hernandez, p. en Rajo.	Esteban Casanueva, c. p. de Villar-mayor.
D. José Ignacio Nogueira, c. p. de Villaflores.	Calisto Lopez Martinez, p. en Moron de Almazan.
Demetrio Gil, c. p. de Villavi- ciosa de la Rivera.	Felipe Bug, c. p. de Barcheta.
Andrés Horteiga, c. p. de Are- nillas de Nuño Perez.	Pablo Barceló, c. p. de Gelsa.
Rafael Baquerizo y Barrera, p. en Córdoba.	Fernando Gallardo, c. p. de Palenzuela.
	Manuel Asensio Armada, c. p. de Ansemil.
	José Manuel Fernandez Gar-



- rido, presbitero en Orense.
- D. Antonio Vazquez Villamarin, de Orense.
- Tomás Oña y Martinez, c. p. de Villanueva de la Sagra o Lominchar.
- Manuel Catena y Perez, p. en Ubeda.
- Antonio Garcia Villarejo, de Villanueva de la Jara.
- Francisco Fuentes, p. en Socovos.
- Juan Lopez, cr. de la parroquia de Santo Tomas, de Villanueva del Campo.
- Ldo. D. Fermin Dominguez, c. p. del Salvador, de Villanueva del Campo.
- D. Severiano Lozano Martin, p. en Peñaranda de Bracamonte.
- Antonio Aguilar y Collado, c. p. de San Sebastian, de Estepa.
- José Lorenzo Antia, v. de Villareal.
- Lorenzo Temprano, c. p. de Pozo Antiguo.
- Andrés Gil, c. p. de Miño de San Esteban.
- Vicente Planells, p. en Ibiza.
- Juan Antonio Latorre y Tejada, p. en Ubeda.
- Antonio Ludeña, p. en Alhendro.
- Manuel Villalba y Calderon, cr. de Rivera del Fresno.
- Bartolomé Otero, c. p. de San Juan de los Caballeros, de Jerez de la Frontera.
- Vicente Fornier, p. en Villanueva de la Jara.
- Raimundo Lopez, c. p. de Porzuna.
- Sebastian Lesmes del Pozo, c. p. de Alcabon.
- Angel Francisco Bartolomé, c. p. de Argugillo.
- Gorgonio Rodriguez, cr. de Benialbo.
- Manuel Ballesteros Gil, c. p. de San Esteban de Sayar.
- D. Manuel Segade, p. en Puebla del Dean.
- Francisco Oliet, c. p. de Villanueva de Castellon (por dos ejemplares).
- Francisco Lopez Fernandez, cr. de Pedro Abad.
- Mariano Burgueño, de Valladolid.
- Antonio Barreira Mendez, de Orense.
- Ildefonso Gonzalez, c. p. de Velez-Rubio.
- Bernardo Santa Maria, c. p. de Villaldemiro.
- Francisco Gomez, p. en Monterey.
- Juan Melia, p. en Alagor.
- Isidoro Bernaldo, p. en Villamanrique de Tajo.
- Francisco Erasun y Bada, impresor en Pamplona (por dos ejemplares).
- Pantaleon Fernandez, c. p. de Guijo de Avila.
- José Mañera, v. de Mendigorría.
- Pedro Duro, p. en Sacedon.
- Rafael Barquin, p. en Barceñillas.
- Sr. Cura Párroco de Nuestra Señora de las Nieves, de Espinosa de los Monteros.
- D. Valentin Cayon, p. de Villoldo.
- José Benito Collazo, p. en Tuy.
- Juan Gomez, p. en Trigueros.
- Andrés José Mangas, arc. en Trigueros.
- Inocencio Velasco, c. p. de Luisiana.
- Mariano Bagües, c. p. de Ardisa.
- Antonio Maria Alba, cr. en Tormes.
- Sebastian Salgado, p. en Caldelas del Miño.
- Vicente Montagut, c. p. de Olleria.
- Pedro José Jimenez, p. de Rubio.
- Narciso Freixa, v. en Cadaques.
- Manuel Acuña Bayon, p. en Sevilla.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON  
CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

4470-79  
83 MICROFILMADO R-66



OTEC